

EL IDEAL DE LA UNIDAD HUMANA

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Los capítulos de este libro fueron escritos en forma serial en las páginas de la revista mensual *Arya* y, debido a la necesidad de una rápida publicación, han sido reimpresas tal como se hallaban, sin las alteraciones que hubiera precisado una obra de carácter más unitario. Reflejan las rápidas fases en los cambios de ideas, hechos y posibilidades que emergieron en el curso del conflicto Europeo. Los primeros capítulos fueron escritos cuando Rusia era todavía un Imperio y una autocracia; partes posteriores, después de la revolución Rusa y cuando la guerra se aproximaba a su fin, pero las dramáticas circunstancias del resultado, en sí mismo inevitable, no pudieron ser previstas. El lector puede guiarse, en lo que se refiere a las circunstancias temporales, sabiendo que los cuatro primeros capítulos cubren el final del año 1915; los doce siguientes, 1916; del decimoséptimo al vigesimooctavo, 1917; mientras que los siete restantes se extienden hasta Julio de 1918. El rápido cambio de circunstancias reflejado servirá para poner en evidencia la velocidad de la evolución por medio de la cual lo que al principio era sólo una idea vacilante y una dudosa posibilidad se ha convertido en una necesidad imperiosa que espera una pronta formulación.

Acontecimientos sucesivos han dejado obsoletos ciertos cálculos y especulaciones, porque éstos han sido resueltos por la lógica de los acontecimientos. Austria es un nombre del pasado, el Imperio de los Hohenzollerns ha desaparecido como un sueño nocturno, toda la Europa entre el Rin y el Volga es republicana. Finalmente, lo más importante de todo, la Sociedad de Naciones ha sido aprobada habiendo triunfado la idea Americana, al menos en principio, y está en proceso de formación. Pero las sugerencias principales expuestas en este libro permanecen inalteradas o, más bien, adquieren una realidad aun más apremiante. Las dos grandes dificultades que comporta esta etapa incipiente de unidad mundial serán, primero, la dificultad de reconducir a un solo sistema los pocos Imperios que quedan, pocos pero inmensamente crecidos en poder, en influencia y en la extensión de sus responsabilidades, y la enormemente incrementada multitud de naciones libres que la fuerza de los acontecimientos o el Poder que las guía -más que la voluntad de las naciones y Gobiernos- ha hecho nacer; asimismo, la lucha inevitablemente próxima entre Trabajo y Capitalismo. La primera es sólo una dificultad, un estorbo, aunque puede agravarse si se convierte en un conflicto entre las ideas imperialistas y nacionalistas o reproduce, en el esquema internacional, la lucha entre las viejas tendencias oligárquicas y democráticas bajo una nueva forma, esto es, la disputa entre el control del sistema mundial por la voluntad e influencia de unos pocos Estados imperiales poderosos y el control libre e igualitario por todos, naciones pequeñas y grandes, pueblos Europeos y Americanos y Asiáticos. La segunda constituye un peligro que puede llevar incluso a la desintegración de este primer intento de unificación, especialmente si, tal como parece ser su tendencia, la Sociedad de Naciones asume una política de defensa mundial contra las fuerzas del socialismo extremista revolucionario. Por otra parte, el conflicto puede acelerar, sea cual sea el resultado, la necesidad y realidad de un sistema más organizado y riguroso, el comienzo, al menos, de la segunda etapa de unificación.

Los principales argumentos expuestos en estas páginas tampoco se han visto afectados por el curso de los acontecimientos, esto es, la inevitabilidad de la unificación de la vida de la humanidad como resultado de esas fuerzas naturales imperativas que siempre conducen a la creación de agregados humanos cada vez mayores, la elección de los principios que serían seguidos en el proceso, la necesidad de preservar y llevar a su culminación el principio de la libertad individual y grupal en el seno de una unidad humana, y la insuficiencia de una unidad formal sin el desarrollo de una espiritualidad de la humanidad, que sólo puede resultar de un gran avance psicológico en la evolución espiritual de la raza.

PARTE I

CAPÍTULO I

LA TENDENCIA A LA UNIDAD: SU NECESIDAD Y SUS PELIGROS

Las superficies de la vida son fácilmente comprensibles; sus leyes, sus movimientos característicos, sus utilidades prácticas están al alcance de nuestras manos y podemos cogerlas y aprovecharnos de ellas con suficiente facilidad y rapidez. Pero no nos llevan muy lejos. Bastan para una activa vida superficial y cotidiana, pero no resuelven los grandes problemas de la existencia. Por otra parte, el conocimiento de las profundidades de la vida, sus poderosos secretos, sus grandes, ocultas, omnideterminantes leyes, nos resulta excesivamente difícil. No hemos hallado ninguna plomada que pueda sondear esas profundidades; nos parecen un vago e indeterminado movimiento, una profunda obscuridad de la que la mente se aparta voluntariamente para jugar con el vaivén y la espuma y los fáciles resplandores de la superficie. Sin embargo, son esas profundidades y sus fuerzas ocultas lo que debemos conocer, si queremos entender nuestra existencia; en la superficie hallamos sólo las leyes secundarias de la Naturaleza y leyes prácticas marginales que nos ayudan a superar las dificultades del momento y a organizar empíricamente, sin entenderlas, sus continuas transiciones.

Nada le resulta más obscuro a la humanidad o menos accesible a su entendimiento -ya sea en cuanto al poder que la mueve o el sentido y propósito hacia el que se mueve- que su propia vida comunitaria y colectiva. La sociología no nos ayuda, pues sólo nos ofrece la historia general del pasado y las condiciones externas bajo las cuales las comunidades han sobrevivido. La historia no nos enseña nada: es un confuso torrente de eventos y personalidades o un caleidoscopio de instituciones cambiantes. No alcanzamos el sentido real de todo este cambio y continuo fluir de la vida humana por los canales del Tiempo. Lo único que alcanzamos son fenómenos corrientes o recurrentes, fáciles generalizaciones, ideas parciales. Hablamos de democracia, aristocracia y autocracia, de colectivismo e individualismo, imperialismo y nacionalismo, del Estado y la comuna, de capitalismo y proletariado; avanzamos apresuradas generalizaciones y creamos sistemas absolutos que son solemnemente proclamados hoy sólo para vernos obligados a abandonarlos mañana; nos adherimos a causas y a inflamados entusiasmos cuyo triunfo se convierte en una temprana desilusión y, entonces, los abandonamos por otros, quizás por aquellos que nos habíamos molestado tanto en destruir. Durante un siglo la humanidad anhela la libertad y batalla por ella, la conquista al amargo precio de esfuerzo, lágrimas y sangre; del siglo que la disfruta sin haber luchado por ella se aparta como de una ilusión pueril y está dispuesta a renunciar a la desacreditada conquista a favor de algún nuevo bien. Y esto ocurre porque todo nuestro pensamiento y nuestra acción con respecto a nuestra vida colectiva son superficiales y empíricos; no buscan un conocimiento firme, profundo y completo, no se basan en él. La moraleja, sin embargo, no es aquí la vanidad de la vida humana, de sus ardores y entusiasmos y de los ideales que persigue, sino la necesidad de una búsqueda más sabia, vasta y paciente de su verdadera ley y propósito.

Hoy día el ideal de la unidad humana está abriéndose camino más o menos vagamente hacia el frente de nuestras conciencias. El surgimiento de un ideal en el pensamiento humano es siempre el signo de una intención de la Naturaleza, pero no siempre de una intención de culminarlo: a veces indica sólo un intento que está predestinado a un fracaso temporal. Pues la Naturaleza es lenta y paciente en sus métodos. Asume ideas y las desarrolla a medias, las abandona luego al borde del sendero para retomarlas en una era futura con una mejor configuración de circunstancias. Tienta a la humanidad, su instrumento pensante, y comprueba hasta qué punto está preparada para la armonía que ella ha imaginado; permite e incita al hombre a la tentativa y al fallo para que pueda aprender y alcanzar un éxito mayor en otro tiempo. Sin embargo, una vez que el ideal ha trazado su camino hacia el frente del pensamiento, debe ser ciertamente intentado, y este ideal de la unidad humana figurará por largo tiempo entre las fuerzas determinantes del futuro; pues las circunstancias intelectuales y materiales de la era lo han preparado y casi impuesto, especialmente los descubrimientos científicos que han hecho nuestra tierra tan pequeña que sus más grandes reinos no parecen ahora sino las provincias de un solo país.

Pero esta misma comodidad de las circunstancias materiales puede traer consigo el fracaso del ideal; pues, cuando las circunstancias materiales favorecen un gran cambio pero el corazón y la mente de la raza no están preparados -especialmente el corazón-, puede pronosticarse el fracaso, a menos, ciertamente, que los hombres se den cuenta a tiempo y acepten el cambio interior junto con el reordenamiento externo. Pero actualmente, el pensamiento humano se ha visto tan mecanizado por la Ciencia física que, probablemente, intentará la revolución que está vislumbrando sobre todo o exclusivamente por medios mecánicos, esto es, a través de ajustes sociales y políticos. Y, sin embargo, no es por medio de mecanismos sociales y políticos, o no es por medio de ellos en primer o único lugar, cómo puede lograrse la unidad de la raza humana de modo duradero o fructífero.

Debe recordarse que una mayor unidad social o política no es necesariamente un don en sí misma: es digna de ser intentada en tanto en cuanto provea un medio y una estructura para una vida individual y colectiva mejor, más rica, feliz y pujante. Pero hasta ahora la experiencia de la humanidad no confirma el punto de vista de que los conjuntos inmensos, íntimamente unidos y estrictamente organizados, contribuyan a una vida humana rica y pujante. Parecería, más bien, que la vida colectiva se siente más cómoda, es más original, variada, fructífera cuando puede concentrarse en pequeños espacios y en organismos simples.

Si consideramos el pasado de la humanidad donde nos es conocido, hallamos que los periodos interesantes de la vida humana, los escenarios en los que ha sido experimentada de modo más enriquecedor y ha dejado tras de sí los más preciosos frutos, han sido aquellas eras y países en los que la humanidad fue capaz de organizarse en pequeños centros independientes, ligados por estrechas relaciones recíprocas pero sin estar fundidos en una sola unidad. La Europa moderna debe dos tercios de su civilización a tres supremos momentos semejantes de la historia humana: la vida religiosa de las tribus coligadas que se llamaban a sí mismas Israel y que se convirtieron después en la pequeña nación de los Judíos, la vida polifacética de las pequeñas ciudades-estado Griegas y la vida artística e intelectual -similar pero más restringida- de la Italia medieval. Tampoco hubo en Asia una era tan rica en energía, tan digna de ser vivida, tan productiva de los

mejores y más perdurables frutos como el periodo heroico de la India en el que ésta se hallaba dividida en pequeños reinos, muchos de los cuales no eran mayores que un moderno distrito. Sus más maravillosas actividades, sus obras más vigorosas y resistentes, eso que, si tuviésemos que elegir, conservaríamos a costa del sacrificio de todo lo demás, pertenecen a ese periodo. Después de éste, el mejor periodo llegó con naciones y reinos mayores pero aún comparativamente pequeños, como los de los Palavas, Chalukyas, Pandyas, Cholas y Cheras. En comparación, la India recibió poco de los grandes imperios que surgieron y se hundieron dentro de sus fronteras, el Mongol, el Gupta o el Maurya; ciertamente poco, excepto en el terreno de la organización política y administrativa, un arte y una literatura refinados, y una cierta cantidad de obras perdurables en otros terrenos, no siempre de la mejor calidad. Más que original, estimulante y creativo, su impulso se orientó sobre todo a la elaboración de la organización.

Sin embargo, en este régimen de la pequeña ciudad-estado o de las culturas regionales hubo siempre un defecto que motivó la tendencia a organizaciones más vastas. El defecto fue un carácter de impermanencia, a menudo de desorden, especialmente de indefensión contra los ataques de organizaciones mayores, incluso una insuficiente capacidad para difundir el bienestar material. Por ello esta forma temprana de vida colectiva tendió a desaparecer y dio lugar a la organización de naciones, reinos e imperios.

Y aquí nos percatamos, primero, de que son las agrupaciones de pequeñas naciones las que han tenido la vida más intensa y no los Estados enormes y los imperios colosales. La vida colectiva, al difundirse en espacios demasiado vastos, parece perder intensidad y productividad. Europa ha vivido en Inglaterra, Francia, los Países Bajos, España, Italia, los pequeños Estados Germanos; toda su civilización y progreso posteriores se desarrollaron allí, no en la masa inmensa del Imperio Sacro Romano o del Imperio Ruso. Observamos un fenómeno similar en el terreno social y político cuando comparamos la vida y la actividad intensas de Europa -sus numerosas naciones actuando fértilmente unas sobre otras, progresando rápidamente a pasos veloces, creativos, a veces a saltos- con las grandes masas de Asia, sus largos periodos de inmovilidad en los que las guerras y revoluciones parecen episodios pequeños, ocasionales y habitualmente estériles, sus siglos de somnolencia religiosa, filosófica y artística, su tendencia a un creciente aislamiento y a un estancamiento final de la vida exterior.

En segundo lugar, notamos que, en esta organización de naciones y reinos, aquellos que han tenido la vida más vigorosa la han logrado gracias a una concentración artificial de la vitalidad en alguna gran ciudad, centro o capital, como Londres, París, Roma. Por medio de este mecanismo la Naturaleza, mientras consigue las ventajas de una organización más amplia y una unidad más perfecta, preserva hasta cierto punto ese poder, igualmente precioso, de fructífera concentración en un pequeño espacio y en una actividad íntimamente condensada, que había poseído ya en su más primitivo sistema de ciudad-estado o pequeño reino. Pero esta ventaja se logra a costa de la condena del resto de la organización -el distrito, la villa provincial, la aldea- a una vida oscura, pobre y soñolienta en extraño contraste con la intensidad vital de la *urbs* o metrópoli.

El Imperio Romano es el ejemplo histórico de la organización de una unidad que trasciende los límites de la nación, y sus ventajas y desventajas están en él perfectamente tipificadas. Las ventajas son una admirable organización, la paz, una extensa seguridad, el

orden y el bienestar material; la desventaja es que el individuo, la ciudad, la región sacrifican su vida independiente y se convierten en las partes mecánicas de una máquina: la vida pierde su color, su riqueza, su variedad, su libertad y su victorioso impulso creador. La organización es grande y admirable, pero el individuo mengua, es superado y eclipsado y, finalmente, a causa de la pequeñez y debilidad de lo individual, el enorme organismo, de modo lento e inevitable, pierde incluso su gran vitalidad de conservación y muere a causa de un creciente estancamiento. Aunque exteriormente íntegra, la estructura se ha podrido y empieza a resquebrajarse y disolverse al primer choque desde afuera. Tales organizaciones y periodos son inmensamente útiles para la conservación, así como el Imperio Romano sirvió para consolidar los beneficios de los siglos de riqueza que le precedieron. Pero detienen la vida y el crecimiento.

Nos damos cuenta, así, de lo que podría ocurrir si se diese una unificación social, administrativa y política de la humanidad tal como algunos han empezado a soñar hoy en día. Se requeriría una tremenda organización bajo la cual tanto la vida individual como la regional se verían oprimidas, reducidas, privadas de su necesaria libertad, como una planta sin lluvia ni viento ni luz del sol, y esto significaría para la humanidad -después, quizás, de un primer brote de satisfecha y alegre actividad- un largo periodo de mera conservación, estancamiento creciente y, por fin, declive.

Sin embargo, la unidad humana es evidentemente una parte del esquema final de la Naturaleza y debe tener lugar. Pero debe producirse en otras condiciones, con garantías que protejan a la raza y mantengan las raíces de su vitalidad intactas y ricamente variadas en su unidad.

CAPÍTULO II

LA IMPERFECCIÓN DE LOS AGREGADOS DEL PASADO

Todo el proceso de la Naturaleza depende de una oscilación y una constante tendencia a la armonía entre los dos polos de la vida: el individuo, al que alimenta la totalidad o agregado, y la totalidad o agregado, que el individuo ayuda a constituir. La vida humana no es una excepción a esta regla. Por ello, la perfección de la vida humana debe implicar la elaboración de una armonía no lograda hasta ahora entre los dos polos de nuestra existencia: el individuo y el agregado social. La sociedad perfecta será aquella que más plenamente contribuya a la perfección del individuo; la perfección del individuo será incompleta si no ayuda a alcanzar el estado perfecto del agregado social al que pertenece y, finalmente, el del más vasto agregado humano posible, la totalidad de una humanidad unida.

El proceso gradual de la Naturaleza introduce una complicación que impide al individuo estar en una relación pura y directa con la totalidad de la humanidad. Entre él mismo y esta totalidad inmensa se alzan, en parte como ayuda, en parte como obstáculos a la unidad final, los agregados menores que ha sido necesario formar a lo largo de las etapas progresivas de la cultura humana. Porque los problemas de espacio, las dificultades de organización y las limitaciones del corazón y el cerebro humanos han requerido la formación de agregados primero pequeños, después más y más grandes, de modo que el individuo pudiese prepararse gradualmente, por medio de una aproximación progresiva, para la universalidad final. La familia, la comuna, el clan o la tribu, la clase, la ciudad-estado o la organización de tribus coligadas, la nación, el imperio, son diferentes etapas en este progreso y expansión constante. Si los agregados menores fuesen destruidos tan pronto como los mayores fuesen eficazmente constituidos, esta gradación no conllevaría un resultado complejo; pero la Naturaleza no sigue esta vía. Ésta rara vez destruye completamente sus tipos una vez los ha creado, o destruye solamente aquellos que ya no presentan ninguna utilidad; el resto lo mantiene para que sirva a su necesidad o a su pasión por la variedad, la riqueza, la multiformidad, borrando sólo las líneas divisorias o modificando las características y relaciones lo suficiente como para permitir la unidad mayor que está creando. Por esta razón, a cada paso, la humanidad se enfrenta a varios problemas, que surgen no sólo de la dificultad de acuerdo entre los intereses del individuo y los del agregado inmediato, la comunidad, sino entre la necesidad e intereses de las unidades menores y el crecimiento de ese conjunto más vasto que debe abarcarlas a todas.

La historia nos ha preservado ejemplos dispersos de este proceso, ejemplos de fracaso y de éxito con un gran potencial de instrucción. Observamos la lucha para la agregación de tribus entre las naciones Semitas, Judíos y Árabes, superada en un caso tras la escisión en dos reinos -que siempre fue un origen de debilidad para la nación Judía-, superada en el otro sólo temporalmente por la súbita fuerza unificadora del Islam. En las razas Célticas, observamos el fracaso de la vida del clan en el intento de dar lugar a una existencia nacional organizada; un fracaso total en Irlanda y Escocia, sólo superado por la destrucción de la vida clánica provocada por una ley y cultura extranjeras; un fracaso

superado en Gales sólo en el último momento. Observamos el fracaso de las ciudades-estado y los pequeños pueblos regionales para fundirse entre sí en la historia de Grecia; sin embargo, el éxito nos sorprende en una tentativa similar de la Naturaleza en el desarrollo de la Italia Romana. Todo el pasado de la India durante los últimos dos mil años ha sido el intento, infructuoso a pesar de las muchas aproximaciones al éxito, de superar la tendencia centrífuga de un extraordinario número y variedad de elementos diversos: la familia, la comuna, el clan, la casta, el pequeño estado regional, la amplia unidad lingüística, la comunidad religiosa, la nación dentro de la nación. Acaso podamos decir que en este caso la Naturaleza llevó a cabo un experimento de complejidad y riqueza potencial sin paralelo, acumulando todas las dificultades posibles para llegar al resultado más opulento. Pero al final, el problema se probó insoluble, o por lo menos no fue resuelto, y la Naturaleza tuvo que acudir a su habitual desenlace a lo *deus ex machina*: la instrumentalización de un gobierno extranjero.

Pero incluso cuando la nación -la mayor unidad desarrollada hasta ahora con éxito por la Naturaleza- está lo suficientemente organizada, no siempre se consigue la unidad total. Si no existen otros elementos de discordia, siempre sigue siendo posible la lucha de clases. Y tal fenómeno nos guía a otra ley de este desarrollo gradual de la Naturaleza en la vida humana, que nos resultará de considerable importancia cuando lleguemos a la cuestión de una posible unidad humana. La perfección del individuo en una sociedad perfeccionada o, en último caso, en una humanidad perfeccionada -entendiendo la perfección siempre en un sentido relativo y progresivo- es el inevitable propósito de la Naturaleza. Pero el progreso de todos los individuos en una sociedad no se da *pari passu*, con marcha igual e igualable. Algunos avanzan, otros permanecen estacionarios -absoluta o relativamente-, otros retroceden. Consecuentemente, el surgir de una clase dominante es inevitable en el agregado mismo tal como, en el choque constante entre los agregados, lo es el surgir de naciones dominantes. La clase que predomine será aquella que manifieste más perfectamente el tipo que la Naturaleza necesita en ese momento para su progreso o, podría ser también, para su retrogresión. Si ella requiere poder y fuerza de carácter, surge una aristocracia dominante; si conocimiento y ciencia, una clase sabia y literaria dominante; si habilidad práctica, inventiva, economía y organización eficiente, una clase burguesa o *Vaishya* dominante, a menudo con un abogado a la cabeza; si lo que requiere, más que concentración, es difusión del bienestar general y una estrecha organización del trabajo, tampoco resultaría imposible el dominio de una clase artesana.

Pero este fenómeno, sea de clases dominantes o de naciones dominantes, nunca puede ser algo más que una necesidad temporal; pues el propósito final de la Naturaleza en la vida humana no puede ser la explotación de los muchos por los pocos ni siquiera la de los pocos por los muchos, nunca puede ser la perfección de algunos a costa de la abyecta obscuridad e ignorante sometimiento de la masa de la humanidad: éstos sólo pueden ser mecanismos transitorios. Por ello, observamos que tales predominios llevan siempre en sí mismos la semilla de su propia destrucción. Y deben pasar, bien por el rechazo o destrucción del elemento explotador, bien por un proceso de fusión e igualación. Vemos en Europa y América que el *Brahmin* y *Kshatrya* dominantes han sido abolidos o están a punto de ser reducidos al nivel de la masa general. Sólo perduran dos clases rígidamente separadas, la clase propietaria dominante y la clase trabajadora, y todos los movimientos significativos actuales tienen como meta la abolición de esta última superioridad. Con esta persistente tendencia, Europa ha obedecido a una de las grandes leyes de la marcha progresiva de la Naturaleza: su impulso a una igualdad final.

Sin duda, la igualdad absoluta no es buscada ni siquiera posible, del mismo modo que una absoluta uniformidad es tan imposible como totalmente indeseable; pero una igualdad fundamental, que convirtiese el juego de la verdadera superioridad y diferencia en algo inofensivo, es esencial a cualquier perfectibilidad concebible de la raza humana.

Por todo ello, el consejo perfecto para la minoría dominante es siempre que reconozca a tiempo la hora de su abdicación y que imparta sus ideales, sus cualidades, su cultura, su experiencia al resto del agregado o, por lo menos, tanto de todo ello como éste esté preparado para recibir. Cuando se actúa así, el agregado social avanza normalmente y sin interrupción ni serias lesiones o enfermedad; de otro modo, se le impone un progreso desordenado, pues la Naturaleza no soportará que el egoísmo humano obstaculice siempre su fija intención y su necesidad. Cuando las clases dominantes logran evitar tener que responder a la exigencia que les plantea, el peor de los destinos se abatirá sobre el agregado social; como en la India, donde el definitivo rechazo del *Brahmin* y de otras clases privilegiadas a hacer ascender a la masa de la nación tan cerca de su propio nivel como fuese posible, la brecha de superioridad fija e insalvable entre ellos y el resto de la sociedad, ha sido una de las causas principales de declive y degeneración. Pues cuando sus propósitos resultan frustrados, la Naturaleza inevitablemente retira su fuerza de la unidad ofensora hasta el punto de introducir y emplear medios distintos y externos para aniquilar el obstáculo.

Pero incluso si la unidad interior resulta tan perfecta como la maquinaria social, administrativa y cultural puede hacerla, aún persiste la cuestión del individuo. Porque estas unidades o agregados sociales no son como el cuerpo humano, en el que las células que lo componen son incapaces de una vida separada, aparte del agregado. El individuo humano tiende a existir en sí mismo y a exceder los límites de la familia, el clan, la clase, la nación; e incluso, esa autosuficiencia, por un lado, y esa universalidad, por el otro, son elementos esenciales de su perfección. Por ello, así como los sistemas de agregación social que dependen del dominio de una clase o clases sobre las demás deben cambiar o disolverse, los agregados sociales que obstaculizan la perfección del individuo y tratan de retenerlo en el molde limitado y en la rigidez de una cultura estrecha o de una clase mediocre o de un interés nacional deben hallar su fin o su día de transformación o destrucción bajo el impulso irresistible del avance de la Naturaleza.

CAPÍTULO III

EL GRUPO Y EL INDIVIDUO

Es un método constante de la Naturaleza, cuando debe reconciliar dos elementos de una posible armonía, proceder al principio mediante una larga y continuada oscilación en la que parece, por momentos, inclinarse totalmente hacia un lado, por momentos totalmente hacia el lado opuesto, y otras veces corregir ambos excesos por medio de un ajuste temporal más o menos satisfactorio y un compromiso moderador. Los dos elementos aparecen entonces como oponentes recíprocamente necesarios que, por esta razón, intentan llegar a una cierta solución de su contienda. Pero, en la medida en que cada uno tiene su propio egoísmo y esa innata tendencia de todas las cosas que las impulsa no sólo a preservarse a sí mismas sino también a afirmarse en proporción a la fuerza de que dispone, cada uno intenta llegar a la conclusión que mejor lo sitúe y en la que domine totalmente, si es posible, o incluso devore con su egoísmo el egoísmo del otro. Así, el progreso hacia la armonía se realiza a través de una lucha de fuerzas que a menudo parece ser, no un esfuerzo dirigido a la concordia y la adaptación mutua sino, más bien, a devorarse uno a otro. En efecto, este mutuo devorarse -no de uno por otro, sino de cada uno al otro, de manera que ambos vivan enteramente en el otro y como el otro- es lo máximo que llegamos a concebir por lo que respecta al ideal de unidad. Es el último ideal de amor al que la lucha trata ignorantemente de arribar; porque, por medio de la contienda, puede llegarse sólo a un acuerdo entre dos posturas opuestas, no a una armonía estable, a un compromiso entre dos egoísmos en conflicto y no a la fusión de uno con otro. Sin embargo, la lucha conduce a una mayor comprensión mutua que, finalmente, hace posible intentar la verdadera unidad.

En las relaciones entre el individuo y el grupo, esta tendencia constante de la Naturaleza aparece como la lucha entre dos tendencias humanas profundamente enraizadas: individualismo y colectivismo. A un lado está la autoridad, la perfección y el desarrollo monopolizadores del Estado; al otro, la libertad, la perfección y el desarrollo particulares del hombre como individuo. La idea del Estado, la pequeña o la enorme máquina viviente, y la idea humana, la Persona cada vez más concreta y luminosa, el Dios creciente, se alzan en perpetua oposición. La dimensión del Estado no supone ninguna diferencia en lo que respecta a la esencia de la lucha, ni tiene por qué implicarla respecto a sus circunstancias características. Fue la familia, la tribu o la ciudad, la polis; devino el clan, la casta y la clase, la *kula*, la gens. Ahora es la nación. Mañana o pasado mañana podría ser el conjunto de la humanidad. Pero incluso entonces el dilema entre el hombre y la humanidad persistirá, entre la Persona que quiere liberarse a sí misma y la absorbente colectividad.

Si nos remitimos únicamente a los datos accesibles de la historia y la sociología, debemos suponer que nuestra raza empezó por un grupo enteramente acaparador, al que el individuo estaba totalmente sometido, y que la individualidad creciente es una circunstancia del desarrollo humano, el fruto de una Mente cada vez más consciente. Podemos suponer que al principio el hombre era gregario, la asociación era su primera necesidad para sobrevivir; puesto que la supervivencia es la primera necesidad de todo ser, el individuo no podía ser nada más que un instrumento para la fuerza y la seguridad del grupo, y si a la fuerza y a la seguridad le añadimos el crecimiento, la eficacia, la autoafirmación tanto como la autopreservación, nos encontramos con lo que es todavía la idea de todo colectivismo. Esta tendencia es una necesidad surgida de las circunstancias y el medio. Observando más de cerca lo fundamental, percibimos que en la Materia la uniformidad es el signo del grupo; la libre variación y el desarrollo individual progresan con el crecimiento de la Vida y la Mente. Así, pues, si suponemos al hombre el producto de una evolución del ser mental en la Materia y a partir de la Materia, debemos aceptar que empieza por la uniformidad y el sometimiento del individuo y procede hacia la variedad y la libertad del individuo. La necesidad impuesta por las circunstancias y el medio y la ley inevitable de los principios fundamentales de su ser apuntarían a la misma conclusión, al mismo proceso en su evolución histórica y prehistórica.

Pero existe también la antigua tradición de la humanidad, que no es sano ignorar o menospreciar como mera ficción, que sugiere que el estado social fue precedido por otro, libre y asocial. De acuerdo con las ideas científicas modernas, si tal estado hubiese existido alguna vez, y ello está lejos de ser incuestionable, no habría sido sólo asocial sino antisocial; habría sido la condición del hombre como animal aislado, viviendo como la bestia de presa antes de convertirse, en el curso de su desarrollo, en un animal gregario. Pero la tradición habla, más bien, de una edad de oro en la que el hombre fue espontáneamente social sin sociedad. No sujeto por leyes o instituciones, sino viviendo por el instinto natural o el conocimiento espontáneo, él poseía en sí mismo la ley justa de su vivir en sí mismo y no tenía necesidad de depredar a sus prójimos ni de verse constreñido por el férreo yugo de la colectividad. Podemos decir, si queremos, que aquí la imaginación poética o idealista ha jugado con la memoria profunda de la raza: el hombre civilizado de los primeros tiempos leyó su joven ideal de asociación libre, no organizada y feliz en los recuerdos de la raza, recuerdos de una era de existencia desorganizada, salvaje y antisocial. Pero también es posible que nuestro progreso no haya sido un desarrollo rectilíneo, sino cíclico, y que esos ciclos hayan traído consigo periodos de realizaciones, al menos parciales, en las que los hombres hayan sido capaces de vivir de acuerdo con el excelso sueño del Anarquismo filosófico, asociados por la ley interior de amor y de luz y de ser verdadero, de justo pensar y justa acción, en lugar de verse forzados a la unidad por reyes y parlamentos, leyes y policías y castigos y toda esa tiránica tensión, toda esa opresión y represión pequeñas o grandes, y la horrenda secuencia de egoísmo y corrupción que acompaña al gobierno forzoso del hombre por el hombre. Es incluso posible que nuestro estado original fuese una instintiva espontaneidad animal de asociación libre y fluida, y que nuestro estado final sea una iluminada espontaneidad intuitiva de libre y fluida asociación. Nuestro destino podría ser la conversión de una asociación animal original en una comunidad de dioses. Nuestro progreso podría ser un tortuoso rodeo que condujese, desde la tranquila y espontánea uniformidad y armonía que refleja la Naturaleza, a la unidad en posesión de sí misma que refleja lo Divino.

Sea como sea, la historia y la sociología sólo nos hablan -aparte de los intentos de

la religión y otros idealismos de alcanzar ya una libre soledad ya una libre asociación- del hombre como de un individuo en un grupo más o menos organizado. Y del grupo existen siempre dos tipos. Uno afirma la idea del Estado a expensas del individuo -la antigua Esparta, la moderna Alemania-; el otro afirma la supremacía del Estado, pero procura al mismo tiempo proporcionar tanta libertad, poder y dignidad a los individuos que lo constituyen como es compatible con su autoridad -la antigua Atenas, la Francia moderna-. Pero a estos dos se ha añadido un tercer tipo en el que el Estado abdica tanto como le es posible en el individuo, afirma audazmente que existe para el crecimiento del individuo y para asegurar su libertad, su dignidad, el éxito de su humanidad, y experimenta con una fe llena de coraje si, al fin y al cabo, la máxima libertad, dignidad y humanidad del individuo no serán lo mejor para garantizar el bienestar, la fuerza y la expansión del Estado. De este tipo Inglaterra ha sido hasta hace poco el ejemplo más claro: Inglaterra hecha libre, próspera, enérgica, invencible por la sola fuerza de esta idea, bendecida por los Dioses con una expansión sin precedentes, con el imperio y la buena fortuna, porque no temió en ningún momento seguir esta tendencia fundamental y asumir los riesgos de este gran esfuerzo e incluso, a menudo, aplicarla más allá de los límites de su propio egoísmo insular. Desafortunadamente, ese egoísmo, los defectos de la raza y la exagerada afirmación de una idea limitada -que constituyen la nota característica de nuestra ignorancia humana- le han impedido darle a la idea la expresión más noble y rica posible o alcanzar por medio de ella resultados que Estados más rigurosamente organizados han alcanzado o están alcanzando. Y, como consecuencia, hallamos la idea colectiva o del Estado derribando la vieja tradición Inglesa, y es posible que antes de que pase mucho tiempo el experimento termine en una lamentable admisión de fracaso y sea reemplazado por esa “disciplina” Germánica y “eficiente” organización a las que hoy día parece tender toda la humanidad civilizada. Bien puede uno preguntarse si esto era realmente necesario, si, con una fe más audaz, iluminada por una inteligencia más flexible y vigilante, no se habrían alcanzado todos los resultados deseables gracias a un método nuevo y más libre que hubiese dejado intacto el *dharma* de la raza.

Debemos, además, señalar otro hecho en relación a la pretensión del Estado de suprimir al individuo en interés propio: es totalmente irrelevante respecto a este principio la forma que el Estado asuma. La tiranía del rey absoluto sobre todos y la tiranía de la mayoría sobre el individuo -que en realidad se convierte, por la paradoja de la naturaleza humana, en la hipnotizada opresión y represión de la mayoría por sí misma- son formas de una única tendencia. Cada una de ellas, cuando declara ser el Estado con su absoluto “*L'état, c'est moi*”, está expresando una profunda verdad aunque fundamente esa verdad en una falacia. La verdad es que cada una es realmente la expresión del Estado en su intento característico de subordinar a sí mismo la libre voluntad, la libre acción, el poder, la dignidad y la autoafirmación de los individuos que lo constituyen. La falacia reside en la idea subyacente de que el Estado es algo más importante que los individuos que lo constituyen y que puede, con impunidad para consigo mismo y para con las más altas esperanzas de la humanidad, arrogarse esta opresiva supremacía.

En tiempos modernos, la idea de Estado se ha reafirmado plenamente tras un largo intervalo y está dominando el pensamiento y la acción del mundo. Se apoya en dos razones: una apela al interés externo de la raza; la otra, a sus más altas tendencias morales. Pide que el egoísmo individual se inmole al interés colectivo; pretende que el hombre viva no para sí mismo sino para el todo, el grupo, la comunidad. Afirma que la esperanza del bien y el progreso de la humanidad residen en la eficiencia y organización del Estado.

Su camino hacia la perfección pasa a través de un ordenamiento por parte del Estado de todos los convenios económicos y vitales del individuo y del grupo, pasa por la “movilización” -para usar una expresión que la Guerra ha puesto de moda-, por parte del Estado y en el interés de todos, del intelecto, la capacidad, el pensamiento, la emoción, la vida del individuo, de todo lo que él es y de todo lo que posee. Llevada esta idea a su conclusión última, significa la plenitud del ideal socialista, y hacia esta conclusión la humanidad parece avanzar con notable rapidez. La idea del Estado se afirma velozmente con una gran fuerza motriz, y está dispuesta a aplastar bajo sus ruedas todo lo que se oponga a ella o afirme el derecho de otras tendencias humanas. Y, sin embargo, las dos ideas sobre las que se fundamenta están llenas de esa mezcla fatal de verdad y mentira que acompaña a todas nuestras reivindicaciones y afirmaciones humanas. Es necesario aplicarles el disolvente de una investigación y un pensamiento imparciales que se resistan a ser engañados por las palabras, si no queremos describir, impotentes, otro círculo en la ilusión, antes de poder retornar a la profunda y compleja verdad de la Naturaleza, que debería ser nuestra luz y nuestra guía.

CAPÍTULO IV

LA INSUFICIENCIA DE LA IDEA DEL ESTADO

¿Qué es, al fin y al cabo, esta idea del Estado, esta idea de una comunidad organizada a la que debe ser inmolado el individuo? Teóricamente, lo que se pide es la subordinación del individuo al bien del todo; prácticamente, es su subordinación al egoísmo colectivo, al egoísmo político, militar, económico, que trata de satisfacer ciertas ambiciones y propósitos colectivos concebidos e impuestos a la gran masa de los individuos por un número más pequeño o más grande de gobernantes que supuestamente representan de algún modo a la comunidad. Es indiferente que éstos pertenezcan a una clase gobernante o emerjan de la masa, como en los Estados modernos, en parte por fuerza de carácter pero en medida mucho mayor aun por la fuerza de las circunstancias; tampoco supone ninguna diferencia esencial el que sus metas e ideales estén impuestos hoy en día más por hipnotismo y persuasión verbal que por una fuerza expresa y efectiva. En ningún caso existe garantía de que esta clase o cuerpo gobernante represente a la mejor mentalidad de la nación, a sus más nobles propósitos o a sus más elevados instintos.

Nada semejante puede afirmarse del político moderno en ninguna parte del mundo: no representa el alma de un pueblo o sus aspiraciones. Lo que usualmente representa es toda la mediocridad común, el egoísmo, el egocentrismo, el autoengaño que le rodean; y todo esto lo representa lo suficientemente bien, así como una buena dosis de incompetencia mental y convencionalismo moral, de timidez y fingimiento. A menudo se le plantean grandes problemas que exigen decisión, pero no los trata con grandeza: en sus labios hay elevadas palabras y nobles ideas, pero se convierten rápidamente en la fácil consigna de un partido. La insania y falsedad de la vida política moderna es patente en todo país del mundo y sólo la hipnotizada aquiescencia de todos, incluso de las clases intelectuales, a este fraude organizado y mayúsculo, tapa y prolonga la enfermedad -la aquiescencia con la que los hombres se rinden a todo aquello que es habitual y que conforma la atmósfera ordinaria de sus vidas-. Sin embargo, son tales mentes las que tienen que decidir el bien de todos, es a tales manos a las que se les confía, es a un organismo semejante, que se llama a sí mismo Estado, al que el individuo se ve llamado con una insistencia cada vez mayor a rendir el gobierno de sus actividades. En realidad, no es de ningún modo el bien mayor de todos lo que se asegura de esta forma, sino una serie de engaños y errores organizados con una cierta dosis de bien que contribuye al progreso real, porque la Naturaleza avanza siempre a pesar de todos los obstáculos y al final consigue sus propósitos, aunque a menudo más a pesar de la imperfecta mentalidad del hombre que gracias a ella.

Pero aunque el instrumento de gobierno estuviese mejor constituido y fuese de un carácter moral y mental más elevado, aun si se hallase un modo de hacer lo que las antiguas civilizaciones intentaron imponiendo a sus clases gobernantes ideales y disciplinas elevados, el Estado no sería todavía lo que la idea del Estado pretende hacer creer que es. Teóricamente, es la sabiduría colectiva y la fuerza de la comunidad movilizadas y organizadas para el bien general. Prácticamente, lo que controla el motor y guía el tren es aquella pequeña parte de intelecto y de poder disponible en la comunidad que el mecanismo particular de la organización estatal permite que emerja; pero esa parte

se halla también atrapada en el mecanismo, estorbada por él y obstaculizada, además, por toda la estupidez y la egoísta debilidad que se genera en su emerger. Sin duda, esto es lo mejor que puede hacerse en las circunstancias presentes y la Naturaleza, como siempre, lo utiliza para lo mejor. Pero las cosas serían mucho peores aun si ni siquiera existiese terreno para el esfuerzo individual que, menos obstaculizado, hace lo que el Estado no puede hacer poniendo en acción y empleando la sinceridad, la energía, el idealismo de los mejores individuos para intentar aquello que el Estado no tiene la sabiduría o el coraje suficientes de intentar, para realizar aquello que el conservadurismo y la imbecilidad colectivos dejarían de hacer o suprimirían, o a lo que se opondrían activamente. Esta energía del individuo es el agente realmente eficaz del progreso colectivo. El Estado acude a veces en su ayuda y entonces, si ésta no supone un control indebido, sirve a un fin positivamente útil. Más a menudo, se alza en su camino y frena el progreso o crea la dosis necesaria de oposición organizada y fricción que siempre se necesita para dar una mayor energía y una forma más completa a la nueva realidad que está en proceso de formación. Pero a lo que tendemos ahora es un incremento del poder organizado del Estado y una actividad Estatal tan inmensa, irresistible y compleja, que eliminará totalmente el esfuerzo libre individual o lo reducirá al mínimo y lo desalmará hasta la impotencia. El correctivo necesario a los defectos, limitaciones e ineficiencia de la maquinaria del Estado desaparecerá.

El Estado organizado ni es la mejor de las mentes de la nación ni es la suma de las energías comunitarias. Deja fuera de su acción organizada y suprime o deprime indebidamente la fuerza activa y la mente pensante de importantes minorías, a menudo las de aquellas que representan lo mejor del presente y lo que está preparando el futuro. Es un egoísmo colectivo muy inferior al mejor del que la comunidad es capaz. Lo que ese egoísmo es en relación a otros egoísmos colectivos ya lo sabemos, y su horror se ha desnudado recientemente ante la vista y la consciencia de la humanidad. El individuo posee usualmente algo, por lo menos, semejante a un alma y, en cualquier caso, substituye las deficiencias de esa alma por un sistema de moralidad y un sentido ético, y las deficiencias de estos últimos, por el miedo a la opinión social o, cuando esto falla, por el miedo a la ley comunitaria, que ordinariamente debe obedecer o por lo menos sortear de algún modo; e incluso la dificultad de sortearla constituye un freno para todos, excepto para los más violentos o los más hábiles. Pero el Estado es una entidad que, poseyendo el máximo de poder, se deja frenar menos que ninguna otra por escrúpulos internos o por controles exteriores. No tiene alma o sólo un alma muy rudimentaria. Es una fuerza militar, política y económica; pero sólo en un grado ínfimo y de un modo muy primario, en el mejor de los casos, es un ser intelectual y ético. Y, desafortunadamente, el principal uso que hace de su infradesarrollado intelecto es adormecer con ficciones, consignas y recientemente con filosofías de Estado, su mal desarrollada consciencia ética. El hombre en comunidad es ahora, al menos, una criatura semicivilizada, pero su existencia internacional es aún primitiva. Hasta hace poco, la nación organizada, en sus relaciones con otras naciones, era sólo una enorme bestia de presa con apetitos a veces dormidos -cuando estaban satisfechos o desanimados por los acontecimientos-, pero que eran siempre la razón principal de su existencia. Autoprotección y expansión por la ingestión de los demás era su *dharma*. Hoy en día no se observa ninguna mejora esencial: sólo existe una mayor dificultad para devorar. Un "sagrado egoísmo" es todavía el ideal de las naciones y, por esta razón, no existe una consciencia verdadera o iluminada en la opinión humana que frene al Estado depredador, tampoco una ley internacional eficaz. Existe sólo el miedo a la derrota y el miedo, últimamente, a la desastrosa desorganización económica.

Pero una experiencia tras otra han demostrado que estos frenos son ineficaces.

En su vida interior, este inmenso egoísmo del Estado fue, tiempo atrás, poco mejor que en sus relaciones externas¹. Brutal, rapaz, artero, opresivo, intolerante con la libertad de acción, de expresión y de opinión, incluso con la libertad de conciencia en el terreno religioso, depredaba a los individuos y clases del interior tanto como a las naciones más débiles del exterior. Sólo la ruda necesidad de mantener viva y rica y fuerte a la comunidad de la que vivía hacía su acción parcial y toscamente benéfica. En los tiempos modernos se ha producido una gran mejora, a pesar del deterioro en otras direcciones. El Estado siente ahora la necesidad de justificar su existencia organizando el general bienestar económico y animal de la comunidad e incluso de todos los individuos. Está empezando a ver la necesidad de asegurar el desarrollo intelectual, e indirectamente moral, de toda la comunidad. Este intento del Estado de convertirse en un ser intelectual y moral es uno de los fenómenos más interesantes de la civilización moderna. Incluso la necesidad de intelectualizarlo y moralizarlo en sus relaciones externas ha sido impuesta a la conciencia de la humanidad por la catástrofe Europea. Pero la pretensión del Estado de absorber todas las actividades libres individuales -una pretensión que intensifica cada vez más a medida que se vuelve más claramente consciente de sus nuevos ideales y posibilidades- es, para decirlo discretamente, prematura y, si fuese satisfecha, sin duda acabaría por impedir el progreso humano, por convertirse en un estancamiento confortablemente organizado, tal como el que aceptó el mundo Grecorromano tras el establecimiento del Imperio Romano.

La exigencia del Estado al individuo de que se inmole en su altar y rinda sus actividades libres a una actividad colectiva es algo bien diferente de lo que nos piden nuestros más altos ideales. Significa tanto como rendir la forma presente de egoísmo individual a otro, una forma colectiva, más grande, pero no superior sino más bien inferior en muchos aspectos al mejor egoísmo individual. El ideal altruista, la disciplina del autosacrificio, la necesidad de una solidaridad creciente con nuestros prójimos y del desarrollo de un alma colectiva en la humanidad son cosas que no se discuten. Pero la anulación de sí mismo en el Estado no es lo que estos elevados ideales significan, ni siquiera es la vía para su realización. El hombre debe aprender a no suprimir ni mutilar, sino a realizarse en la realización de la humanidad, así como debe aprender a no mutilar ni destruir sino a completar su ego haciéndolo trascender sus limitaciones y perdiéndolo en algo más vasto que ahora trata de representarse. Pero la deglución del individuo libre por la inmensa máquina del Estado significa un resultado bien distinto. El Estado es una conveniencia, y una conveniencia más bien tosca, para nuestro desarrollo común: nunca debería convertirse en un fin en sí mismo.

La segunda pretensión de la idea del Estado, que esta supremacía y actividad universal de la maquinaria organizada del Estado es el mejor medio para el progreso humano, es asimismo una exageración y una ficción. El hombre vive por la comunidad, necesita desarrollarse a sí mismo tanto individual como colectivamente. Pero ¿es verdad que una acción gobernada por el Estado es la más capaz de desarrollar al individuo perfectamente, así como de servir a los objetivos de la comunidad? No lo es. Lo que sí es cierto es que el Estado es capaz de procurar todas las facilidades necesarias para la acción cooperativa de los individuos en la comunidad y de eliminar insuficiencias y obstáculos

¹ Me refiero al periodo intermedio entre los tiempos antiguos y modernos. En los tiempos antiguos, el Estado tenía, en algunos países por lo menos, ideales y una conciencia en lo que respecta a la comunidad, aunque mucho menos en sus tratos con otros Estados.

que, de otro modo, interferirían en su labor. Aquí la utilidad real del Estado cesa. El no reconocimiento de las posibilidades de la cooperación humana fue la debilidad del individualismo Inglés; el convertir la utilidad de la acción cooperativa en un pretexto para un rígido control de Estado es la debilidad de la idea Teutónica del colectivismo. Cuando el Estado intenta asumir el control de la acción cooperativa de la comunidad, se condena a sí mismo a crear una maquinaria monstruosa que acabará por aplastar la libertad, la iniciativa y el serio crecimiento del ser humano.

El Estado está obligado a actuar rudamente y en la masa; es incapaz de esa acción libre, armoniosa e inteligente o instintivamente variada propia de todo crecimiento orgánico. Porque el Estado no es un organismo, es una maquinaria y trabaja como una máquina, sin tacto, sin gusto, delicadeza o intuición. Trata de manufacturar, pero la humanidad está aquí para crecer y crear. Observamos este defecto en la educación dirigida por el Estado. Es justo y es necesario que se proporcione a todos educación, y en esta materia el Estado es eminentemente útil. Pero cuando controla la educación, la convierte en una rutina, un sistema mecánico en el que la iniciativa individual, el crecimiento individual y el verdadero desarrollo, opuestos a una instrucción rutinaria, se tornan imposibles. El Estado tiende siempre a la uniformidad porque la uniformidad le resulta fácil, mientras que la variación natural le resulta imposible a su naturaleza mecánica; pero la uniformidad es muerte, no vida. Una cultura nacional, una religión nacional y una educación nacional pueden ser cosas útiles siempre y cuando no interfieran con el crecimiento de la solidaridad humana, por una parte, y de la libertad individual de pensamiento, consciencia y desarrollo, por la otra. Porque aquéllas dan forma al alma comunitaria y le ayudan a añadir su cuota a la suma del progreso humano; pero una educación de Estado, una religión de Estado, una cultura de Estado, son violencias antinaturales. Y la misma regla es válida de forma diversa y en diverso grado cuando se aplica en otras direcciones de nuestra vida comunitaria y de sus actividades.

La tarea del Estado, mientras continúe siendo un elemento necesario en la vida y el crecimiento humanos, es proporcionar todas las facilidades posibles para la acción cooperativa, apartar los obstáculos, impedir todo derroche y fricción realmente nocivos -aunque una cierta dosis de derroche y de fricción son necesarios y útiles en toda acción natural- y, eliminando toda injusticia evitable, garantizar a cada individuo una justa e igualitaria oportunidad de autodesarrollo y satisfacción dentro del límite de sus posibilidades y de acuerdo con su naturaleza. Hasta aquí, el objetivo del socialismo moderno es justo y bueno. Pero toda interferencia innecesaria en la libertad de crecimiento del hombre es o puede ser dañina. Incluso la acción cooperativa es perjudicial si, en lugar de buscar un bien general compatible con las necesidades del crecimiento individual -y sin crecimiento individual no puede haber ningún bien permanente y real de la totalidad-, inmoló el individuo al egoísmo comunitario bloqueando así el espacio libre y la iniciativa necesarios para el florecimiento de una humanidad más perfectamente desarrollada. Mientras la humanidad no esté plenamente desarrollada, mientras necesite crecer y sea capaz de una mayor perfectibilidad, no puede existir ningún bien estático para la totalidad independiente del crecimiento de los individuos que la componen. Todos los ideales colectivistas que tratan de subordinar indebidamente al individuo tienden en realidad a una condición estática -ya sea en un estado presente o uno que esperan establecer pronto- que hará que todo intento de cambio serio sea contemplado como una ofensa del impaciente individualismo contra la paz, la rutina y la seguridad del feliz orden comunitario preestablecido. Siempre es el individuo quien progresa y obliga al resto a

progresar; el instinto de la colectividad es quedarse quieta en el orden establecido. Progreso, crecimiento, realización de un estado de ser más vasto proporcionan el mayor sentido de felicidad al individuo; *status* y una estable comodidad, al ente colectivo. Y así debe ser mientras el último sea más una entidad física y económica que un alma colectiva consciente de sí misma.

Es por ello muy improbable que, en las presentes condiciones de la raza, pueda lograrse una sana unidad humana gracias a la maquinaria del Estado, ya sea mediante la agrupación de Estados poderosos y organizados que disfruten de relaciones cuidadosamente reguladas y legalizadas, ya sea mediante la substitución del semicaótico y semiordenado comité de naciones actual por un solo Estado Mundial -sea la forma de este Estado Mundial un solo imperio, como el Romano, o una unión federada-. Una unidad externa o administrativa semejante puede ser intentada en el futuro próximo de la humanidad para acostumbrar a la raza a la idea de una vida común, a su hábito, a su posibilidad; pero no puede ser realmente sana, duradera o útil para todo el verdadero destino humano, a menos que se desarrolle algo más profundo, interno y real. De otro modo, se repetirá a escala mayor y en circunstancias diversas la experiencia del mundo antiguo. El experimento se desmoronará y dará lugar a una nueva era reconstructiva de anarquía y confusión. Quizás también esta experiencia sea necesaria para la humanidad; sin embargo, nos sería posible evitarla subordinando los medios mecánicos a nuestro verdadero desarrollo a través de una humanidad moralizada e incluso espiritualizada, unida en su alma interior y no sólo en su vida y cuerpo externos.

CAPÍTULO V

NACIÓN E IMPERIO: UNIDADES REALES Y POLÍTICAS

El problema de la unificación de la humanidad presenta dos dificultades diversas. Existe la duda de si los egoísmos colectivos ya creados en la evolución natural de la humanidad pueden, en este momento, modificarse o abolirse suficientemente, e incluso si puede establecerse una unidad exterior eficaz y segura. Y existe la duda de si, aun en el caso de que tal unidad externa pudiera ser establecida, no lo sería al precio de aplastar tanto la libertad de la vida del individuo como el libre juego de las diversas unidades colectivas ya creadas, y en las que existe una vida real y activa, substituyéndolas por una organización estatal que mecanizaría la existencia humana. Aparte de estas dos incertidumbres, existe una tercera duda respecto a si puede alcanzarse una unidad verdaderamente viva por mera unificación económica, política, administrativa, y si ésta no debería ir precedida, cuando menos, por los poderosos comienzos de una unidad moral y espiritual. Es la primera de estas cuestiones la que, de acuerdo con el orden lógico, debemos examinar en primer lugar.

En el estadio actual del progreso humano, la nación es la unidad viviente de la humanidad. Los imperios existen pero son, hoy por hoy, sólo unidades políticas y no reales: su vida no proviene de su interior y deben su continuidad a una fuerza impuesta a sus elementos constituyentes, o bien a una conveniencia política sentida o consentida por estos últimos y favorecida por el mundo exterior. Austria fue durante mucho tiempo el ejemplo vivo de tal imperio: una conveniencia política favorecida por el mundo exterior, consentida hasta hace poco por sus elementos constituyentes y mantenida por la fuerza de un elemento Germánico central encarnado en la dinastía de los Hapsburg -últimamente con la ayuda activa de su pareja Magiar-. Si la conveniencia política de un imperio de este tipo cesa, si los elementos constituyentes dejan de aceptarla y son dominados por una fuerza centrífuga más poderosa, si al mismo tiempo el mundo externo deja de favorecer la combinación, sólo queda la fuerza como único agente de una unidad artificial. Se produjo, ciertamente, una nueva conveniencia política a la que le era útil la existencia de Austria incluso después de que ésta hubiera empezado a padecer esa tendencia a la disolución, pero aquélla fue la conveniencia de la idea Germánica, que se convirtió en una inconveniencia para el resto de Europa y privó a Austria del consentimiento de importantes elementos constituyentes suyos que se vieron atraídos de este modo a combinaciones diversas de la fórmula Austriaca. Desde ese momento, la existencia del Imperio Austriaco se vio en peligro y dependió no de una necesidad interior sino, en primer lugar, del poder del connubio Austro-Magiar para sojuzgar a las naciones Eslavas del interior y, en segundo lugar, de la continuidad del poder y predominio de Alemania y de la idea Germánica en Europa, es decir, dependió de la sola fuerza. Y aunque en Austria la debilidad de la forma imperial de unión fue singularmente notable y sus condiciones exageradas, estas condiciones sin embargo son las mismas para todos los imperios que no son al mismo tiempo unidades nacionales. No hace mucho tiempo, precisamente, la mayor parte de pensadores políticos percibieron la -cuando menos- posibilidad de una disolución automática del Imperio Británico por la separación de las colonias, a pesar de los íntimos lazos de sangre, lengua y origen que debían mantenerlas unidas a la madre

patria. La razón se hallaba en que la conveniencia política de la unidad imperial, aunque disfrutada por las colonias, no era lo suficientemente apreciada por ellas y, por otra parte, no existía un principio viviente de unidad nacional. Los Australianos y los Canadienses empezaron a contemplarse a sí mismos como naciones separadas más que como miembros de una extendida nacionalidad Británica. Las cosas están cambiando ahora en lo que respecta a esas dos condiciones: ha sido descubierta una fórmula más amplia y el imperio Británico es por el momento relativamente más fuerte.

Sin embargo, cabe preguntarse, ¿por qué debería hacerse esta distinción entre unidad política y unidad real cuando el nombre, el tipo y la forma son los mismos? Debe hacerse porque es de la mayor utilidad para una ciencia política profunda y verdadera, y conlleva las más importantes consecuencias. Cuando un imperio como Austria, un imperio no nacional, se fragmenta, parece para siempre: no existe tendencia innata a recobrar la unidad exterior porque no existe unidad interior real, existe sólo un agregado manufacturado políticamente. Por el otro lado, una unidad nacional real quebrada por las circunstancias siempre preservará la tendencia a recobrar y reafirmar su unidad. El Imperio Griego sufrió el destino de todos los Imperios, pero la nación Griega, tras muchos siglos de inexistencia política, posee de nuevo un cuerpo propio y autónomo porque preservó su ego separado, y gracias a él existió verdaderamente bajo la capa de dominación Turca. Así ha ocurrido con todas las razas bajo el yugo Turco; porque esta poderosa soberanía, severa como lo fue en muchos aspectos, nunca trató de eliminar las características nacionales o de sustituirlas por una nacionalidad Otomana. Estas naciones han revivido y se han reconstituido o están intentando reconstituirse en la medida en que han preservado su sentido nacional real. La idea nacional Serbia intentó recuperar y ha recuperado todo el territorio en que el Serbio existe o predomina. Grecia intenta reconstruirse en sus territorios principales, las islas y las colonias Asiáticas, pero no puede restaurar la antigua Grecia puesto que incluso Tracia es más Búlgara que Helénica. Italia se ha convertido nuevamente en una unidad exterior después de muchos siglos porque, aun cuando no era un Estado, nunca dejó de ser un solo pueblo.

Esta verdad de una unidad real es tan poderosa que, incluso naciones que nunca alcanzaron en el pasado una unificación exterior, a la que fueron adversos el Destino y las circunstancias y aun su propio temperamento, naciones que han estado llenas de fuerzas centrífugas y han sido fácilmente dominadas por intrusiones extranjeras, han desarrollado siempre, asimismo, una fuerza centrípeta y han llegado inevitablemente a una unidad organizada. La antigua Grecia se adhirió a sus tendencias separatistas, a su ciudad autosuficiente o sus estados regionales, a sus pequeñas autonomías mutuamente enfrentadas; pero la fuerza centrípeta siempre estuvo presente, manifestada en las ligas, en las asociaciones de Estados, en soberanías como la Espartana y la Ateniense. Alcanzó por fin expresión: primero, imperfecta y temporalmente bajo el cetro Macedonio; luego, por medio de un extraño proceso, esto es, la transformación del mundo Romano Oriental en un imperio Griego y Bizantino; y ahora ha revivido nuevamente como la Grecia moderna. Y hemos visto en nuestro días a Alemania, constantemente desunida desde los tiempos antiguos, desarrollar al final hasta los más portentosos resultados su innato sentido de unidad, formidablemente encarnado en el Imperio de los Hohenzollern y persistente, tras su caída, como República federal. No resultaría de ningún modo sorprendente para aquellos que estudian la operación de las fuerzas y no meramente la tendencia de las circunstancias externas, el que una de las consecuencias lejanas de la guerra fuese la fusión del único elemento Germánico todavía separado, el Austro-Germano, con la

totalidad Germánica, aunque posiblemente en un cuerpo distinto del de la hegemonía Prusiana o el Imperio Hohenzollern². En estos dos ejemplos históricos, como en muchos otros -la unificación de la Inglaterra Sajona, la Francia medieval, la formación de los Estados Unidos de América- existía una unidad real, una unidad psicológicamente distintiva, que tendía, primero ignorantemente y por medio de una necesidad subconsciente, después por un repentino o gradual despertar al sentido de la unidad política, a una inevitable unificación externa. Se trata de un alma grupal propia y distinta impulsada por la necesidad interior, que se sirve de las circunstancias externas con el fin de formar para sí misma un cuerpo organizado.

Pero el ejemplo más sorprendente en la historia es la evolución de la India. En ninguna otra parte las fuerzas centrífugas han sido tan fuertes, numerosas, complejas, obstinadas. Sólo el tiempo empleado por la evolución es ya prodigioso y las desastrosas vicisitudes a través de las cuales ha debido avanzar han sido tremendas. Y, sin embargo, la tendencia inevitable ha actuado a través de todo ello constantemente, pertinazmente, con la sorda, oscura, indomable, inexorable obstinación que la Naturaleza manifiesta cuando el hombre se opone a sus propósitos instintivos; finalmente, después de un esfuerzo de milenios, ha triunfado. Y, como habitualmente ocurre cuando la Naturaleza es enfrentada de este modo por su propio material mental y humano, son las más adversas circunstancias las que esta obrera subconsciente ha convertido en los instrumentos más eficaces. Los comienzos de la tendencia centrípeta en la India se remontan a los tiempos más tempranos de los que guardamos recuerdo y se hallan tipificados en el ideal del *Samrat* o del *Chakravarti Raja* y en la costumbre militar y política de los sacrificios del *Ashwamedha* y del *Rajasuya*. Las dos grandes épicas nacionales casi parecen haber sido escritas para ilustrar este tema, pues una narra el establecimiento de un *dharmarajya* o reino imperial de justicia, mientras que la otra empieza con una idealizada descripción de semejante reino, que es presentado como si hubiese existido una vez en el antiguo y sagrado pasado del país. La historia política de la India es la historia de una sucesión de imperios tanto indígenas como extranjeros, cada uno de ellos destruido por fuerzas centrífugas, pero cada uno de ellos aproximando la tendencia centrípeta cada vez más a su triunfo. Y constituye una circunstancia significativa que, cuanto más foráneo ha sido un gobierno, mayor ha sido su fuerza para la unificación del pueblo sometido. Éste es siempre un signo seguro de que la unidad-nación esencial está ya presente y de que existe una vitalidad nacional indisoluble que hace inevitable el emerger de una nación organizada. En este ejemplo, vemos que la conversión de la unidad psicológica, en la que se basa la esencialidad de la nación, en una unidad exterior organizada a través de la cual pueda expresarse perfectamente, ha necesitado un periodo de más de dos mil años y aún no ha culminado³. Y, sin embargo, puesto que la esencialidad de todo ello estaba presente, ni la más persistente incapacidad para la unión en el pueblo, ni siquiera los impactos más desintegradores desde el exterior, han prevalecido contra la obstinada necesidad subconsciente. Y ésta es sólo la ilustración extrema de una ley general.

Sin duda resultaría útil demorarse un poco en el tema de esta ayuda prestada por la dominación extranjera al proceso de formación nacional para ver cómo opera. La historia está repleta de ejemplos. Pero en algunos casos, el fenómeno de una dominación foránea

²Esta posibilidad se hizo realidad durante un tiempo, pero por unos medios y en unas circunstancias que hicieron inevitable el revivir del sentimiento nacional Austriaco y su existencia nacional separada.

³Pero debe recordarse que Francia, Alemania, la Italia moderna requirieron cada una de ellas mil o dos mil años, incluso más, para dar forma a una firme unidad y fundarse en ella.

es momentáneo e imperfecto; en otros, duradero y completo; y en otros, a menudo repetido de diversas formas. En algunos ejemplos, el elemento foráneo es rechazado una vez cumplida su utilidad; en otros, es absorbido; en otros es aceptado, con una asimilación mayor o menor durante un periodo más largo o más corto de tiempo, como casta gobernante. El principio es el mismo, pero desarrollado diversamente por la Naturaleza de acuerdo con las necesidades de cada caso particular. No hay ninguna nación Europea moderna que no se haya visto obligada a pasar por una fase más o menos prolongada, más o menos completa de dominación extranjera para dar realidad a su nacionalidad. En Rusia e Inglaterra fue la dominación de una raza extranjera conquistadora, que enseguida se convirtió en una casta dominante y resultó, al final, absorbida y asimilada; en España, la sucesión del Romano, el Godo y el Moro; en Italia, la soberanía del Austriaco; en los Balcanes⁴, la larga soberanía del Turco; en Alemania, el yugo transitorio de Napoleón. Pero en todos los casos lo esencial ha sido un impacto o presión que, o bien despierta a una unidad psicológica dispersa a la necesidad de organizarse desde el interior, o bien quiebra, deprime o priva de poder, vitalidad y realidad a los factores de desunión más obstinados. En algunos casos, incluso ha sido necesario un cambio total de nombre, cultura y civilización, así como una modificación de la raza más o menos profunda. Esto ha ocurrido de modo notable en la formación de la nacionalidad Francesa. El antiguo pueblo Galo, a pesar -o quizás, a causa- de su civilización Druídica y su temprana grandeza, fue más incapaz de organizar una unidad política firme que, incluso, los antiguos Griegos o los viejos reinos y repúblicas Indias. Necesitó el dominio Romano y la cultura Latina, la superimposición de una casta gobernante Teutónica y, finalmente, el impacto de una conquista Inglesa temporal y parcial para alcanzar la inigualable unidad de la Francia moderna. Y aunque el nombre, la civilización y todo lo demás parezca haber cambiado, la nación Francesa de hoy es todavía y ha sido siempre la vieja nación Gala con sus antiguos elementos Vasco, Gaélico, Armoricano y otros modificados por su combinación con el Franco y el Latino.

Así, la nación es una unidad psicológica persistente que la Naturaleza se ha dedicado a desarrollar en todo el mundo de acuerdo con las formas más variadas y a educarla en la unidad física y política. La unidad política no es el factor esencial: puede no haberse realizado y, sin embargo, la nación persiste y avanza inevitablemente hacia su realización; puede ser destruida, y la nación aún persiste, y pena y sufre pero se niega a dejarse aniquilar. En los tiempos antiguos, la nación no fue siempre una unidad real y vital: la tribu, el clan, la comuna, el pueblo regional constituyeron los grupos vivos. Aquellas unidades que en su intento de evolución nacional destruyeron estos grupos vivos más antiguos sin llegar a una nacionalidad vital desaparecieron una vez fue destruida la unidad artificial o política. Pero ahora la nación se alza como la única unidad grupal viviente de la humanidad, en la que todas las demás deben coalescer o a la que deben servir. Incluso viejas razas y unidades culturales persistentes resultan impotentes contra ella. El Catalán en España, el Bretón y el Provenzal y el Alsaciano en Francia, el Galés en Inglaterra, pueden amar los signos de su existencia separada, pero la atracción de la unidad viviente mayor que suponen España, Francia, la nación Británica ha sido demasiado poderosa para verse afectada por estas persistencias. En los tiempos modernos, la nación es prácticamente indestructible, a menos que muera desde dentro. Polonia, desgarrada y aplastada bajo el talón de tres poderosos imperios, dejó de existir; pero la nación Polaca sobrevivió y se halla una vez más reconstituida. Alsacia, tras cuarenta años

⁴Aquí no existía un solo pueblo en busca de su unidad, sino muchos pueblos separados cada uno de los cuales debía recobrar su propia independencia o bien, en algunos casos, formar una coalición de pueblos afines.

de yugo Alemán, siguió fiel a su nacionalidad Francesa a pesar de las afinidades de raza y lengua con el conquistador. Todos los intentos modernos de destruir por la fuerza o aplastar una nación son absurdos y fútiles porque ignoran esta ley de la evolución natural. Los Imperios son todavía unidades políticas perecederas, la nación es inmortal. Y así lo seguirá siendo hasta que pueda hallarse una unidad viviente mayor a cuya fuerza de atracción superior se someta la idea de nación.

Y así surge la cuestión de si no es precisamente el imperio esa unidad predestinada en curso de evolución. El mero hecho de que actualmente la unidad vital no sea el imperio, sino la nación, no puede ser un impedimento para una inversión futura de las relaciones. Obviamente, para que se produzca esta inversión, el imperio debe dejar de ser una mera entidad política y convertirse en una entidad psicológica. Pero ha habido ejemplos, en el proceso evolutivo de la nación, en los que la unidad política precedió y se convirtió en la base de la unidad psicológica, como es el caso de la unión de Escoceses, Ingleses y Galeses para formar una nación Británica. No existe ninguna razón insuperable que impida una evolución similar a mayor escala y que una unidad imperial pueda substituir a la unidad nacional. La Naturaleza ha incubado largamente la agrupación imperial tratando de muchas formas de darle un mayor poder de duración, y el surgimiento en toda la tierra del ideal imperial consciente y sus intentos, aunque todavía inmaduros, violentos, torpes, de reemplazar a la unidad nacional, pueden ser racionalmente tomados como el signo precursor de uno de esos rápidos saltos con los que la Naturaleza a menudo logra lo que ha estado preparando gradual y tentativamente durante un largo periodo. Tal es, pues, la posibilidad que debemos considerar a continuación antes de examinar el fenómeno ya establecido de la nacionalidad en relación al ideal de la unidad humana. Dos ideales diferentes, y por ello dos posibilidades diversas, fueron precipitadas y aproximadas a su realización por el conflicto Europeo: una federación de naciones libres y, por otro lado, la distribución de la tierra entre unos pocos grandes imperios o hegemonías imperiales. Una combinación práctica de las dos ideas se convirtió en la posibilidad más tangible de un futuro próximo. Es necesario detenerse y considerar si, siendo un elemento de esta posible combinación ya una unidad viviente, no podría el otro, en ciertas circunstancias, convertirse asimismo en una unidad viva y ser la combinación, si se realizase, el fundamento de un orden de cosas nuevo y duradero. En caso contrario, esto no podría ser más que un mecanismo transitorio sin ninguna posibilidad de permanencia estable.

CAPÍTULO VI

ANTIGUOS Y MODERNOS MÉTODOS DE IMPERIO

Merece hacerse una clara distinción entre dos agregados políticos que, en el lenguaje común, acontecen con el nombre de imperio. Porque existe el imperio nacional homogéneo y existe el compuesto heterogéneo imperial. En cierto sentido, todos los imperios son compuestos, y lo son en cualquier caso si nos remontamos a sus orígenes; pero en la práctica existe una diferencia entre el agregado en el que los elementos componentes no están divididos por un fuerte sentimiento de su existencia separada dentro de la totalidad y el agregado imperial en el que esta base psicológica de separación está aún en vigor. Japón, antes de la absorción de Formosa y Corea, era una totalidad nacional y un imperio sólo en el sentido honorífico de la palabra; después de la absorción se convirtió en un imperio real y compuesto. Alemania, por su parte, habría sido un imperio puramente nacional, si no hubiese asumido la carga de tres adquisiciones menores: Alsacia, Polonia y Schleswig-Holstein, que no se unieron a ella por su sentido de la nacionalidad Germana, sino sólo por la fuerza militar. Supongamos que este agregado hubiese perdido sus elementos foráneos y, como máximo, hubiese adquirido en su lugar las provincias Teutónicas de Austria. En este caso, hubiésemos tenido el ejemplo de un agregado homogéneo, un imperio en el sentido honorífico de la palabra, pues sería un compuesto de naciones Teutónicas homogéneas o, como bien podríamos llamarlas, subnaciones, que no alimentarían ningún sentimiento de separatismo sino más bien, atraídas siempre hacia una unidad natural, formarían fácil e inevitablemente una unidad psicológica y no sólo política.

Pero esta forma, en estado de pureza, es ahora difícil de hallar. Los Estados Unidos son el ejemplo de tal agregado, aunque debido al accidente de estar gobernados por un Presidente periódicamente elegido y no por un monarca hereditario no asociamos de ningún modo el tipo con la idea de un imperio. Sin embargo, si el agregado imperial debe ser transformado de unidad política en unidad psicológica, parece que debería hacerse reproduciendo *mutatis mutandis* algo del sistema de los Estados Unidos, un sistema en el que cada elemento pudiera preservar una suficiente independencia estatal local así como un poder legislativo y de acción ejecutiva propio, sin dejar de formar parte de un agregado mayor inseparable. Esto podría efectuarse más fácilmente allí donde los elementos son suficientemente homogéneos, como lo sería en una federación de Gran Bretaña y sus colonias.

En el pensamiento político ha surgido recientemente una tendencia a la constitución de grandes agregados homogéneos, como el sueño de un imperio Pangermánico, una gran Rusia o imperio Paneslavo, o la idea Panislámica de un mundo musulmán unido⁵. Pero estas tendencias están usualmente asociadas al control por parte de este agregado homogéneo de otros elementos, heterogéneos con respecto a él, según el viejo principio de la compulsión militar y política: la retención por parte de Rusia de

⁵Los tres han sido destruidos por el efecto de la revolución y la guerra pero, si la idea de nación pierde fuerza, el último todavía puede revivir en el futuro; el segundo, si el Comunismo destruyese la idea nacional, podría tener aún una posibilidad.

naciones Asiáticas bajo su dominio⁶, la ocupación parcial o total por parte de Alemania de países y provincias no Germánicas, el control por parte del Califato de pueblos subyugados no Musulmanes⁷. Incluso si no existiesen estas anomalías, la organización actual del mundo difícilmente se prestaría a una remodelación imperial sobre bases raciales o culturales. Vastos agregados de este tipo hallarían enclaves bajo su dominio habitados por elementos totalmente heterogéneos o mixtos. Aparte de la resistencia y el rechazo de las naciones emparentadas a renunciar a su amada nacionalidad y fundirse en combinaciones de este género, existiría esta incompatibilidad de factores mixtos o heterogéneos, recalcitrantes a la idea y a la cultura que tratase de absorberlos. Así, un imperio Paneslavo necesitaría el control de la Península Balcánica por parte de Rusia en tanto que primer Estado Esloveno; pero tal modelo debería enfrentar no sólo la independiente nacionalidad Serbia y el imperfecto Eslavismo del Búlgaro, sino también los elementos Rumano, Griego y Albano, totalmente incompatibles. Así, no parece que esta tendencia a vastos agregados homogéneos, aunque durante cierto tiempo ha jugado un papel importante en la historia de la humanidad y todavía no está agotada ni desechada, pueda ser la solución final; porque aun si triunfase, debería enfrentar en un grado mayor o menor las dificultades del tipo heterogéneo. Por ello, el verdadero problema del imperio continúa siendo cómo transformar la unidad política artificial de un imperio heterogéneo -heterogéneo en composición racial, lenguaje y cultura- en una unidad real y psicológica.

La historia nos proporciona un solo ejemplo, grande y definido, del intento de resolver este problema a tan vasta escala y con condiciones antecedentes que podrían aportar ideas directrices a los enormes imperios heterogéneos modernos, Rusia, Inglaterra⁸, Francia, que se enfrentan ahora a este problema. El viejo imperio Chino de cinco naciones, admirablemente organizado, no es el ejemplo adecuado; sus partes constituyentes pertenecían todas a la raza Mongol y no presentaban formidables dificultades culturales. Pero la Roma imperial tuvo que enfrentar esencialmente los mismos problemas que los imperios modernos, a excepción de una o dos complicaciones importantes, y hasta cierto punto los resolvió con éxito magistral. Su imperio perduró varios siglos y, aunque a menudo fue amenazado por la fragmentación, venció todas las tendencias desintegradoras por su principio interno de unidad y por su poderosa atracción centrípeta. Su fallo fue su bisección en los imperios del Este y el Oeste, que precipitó su final. Sin embargo, cuando ese fin llegó, no se produjo por una disgregación desde dentro, sino simplemente por la decadencia de su centro de vida. Y hasta que esta vida central se marchitó, no pudo prevalecer la presión bárbara ejercida desde el exterior sobre su solidez magnífica, presión a la que equivocadamente se atribuye su ruina.

El Romano efectuó su dominio por conquista militar y colonización militar; pero una vez que su conquista había sido asegurada, no se contentaba con mantenerla soldada como una unidad política artificial ni confiaba tampoco únicamente en esa conveniencia política de un gobierno bueno, eficiente, bien organizado económicamente y administrativamente benéfico, que lo hacía en principio aceptable a los pueblos conquistados. Tenía un instinto político demasiado fino como para contentarse así fácilmente; porque es seguro que si se hubiese detenido ahí, el imperio se habría quebrado en una fecha mucho

⁶Esto se ha visto alterado por el surgimiento de una Unión Soviética que proclama la unión voluntaria de estos pueblos Asiáticos a Rusia; pero uno no puede estar seguro de si esto constituye una realidad permanente o sólo un fenómeno temporal aparente.

⁷Estos dos imperios han desaparecido ahora y no parece existir posibilidad de que resurjan.

⁸Este imperio ha alterado tanto su forma, transformándose en una Mancomunidad libre, que la objeción ya no resulta relevante; ya no existe un vetusto imperio, sino una *Commonwealth* libre y un número de pueblos sometidos que avanzan rápidamente hacia la autonomía.

más temprana. Los pueblos bajo su dominio habrían preservado su sentido de nacionalidad separada y, una vez acostumbrados a la eficacia y organización administrativa Romanas, habrían tendido inevitablemente al disfrute separado de estas ventajas como naciones organizadas independientes. Fue este sentimiento de separada nacionalidad lo que el gobierno Romano logró eliminar dondequiera que estableció su propia influencia dominante. Y esto se realizó, no por medio del estúpido sistema de la fuerza bruta al estilo Teutónico, sino a través de una presión pacífica. Roma, primero, se unió a la única cultura rival que era superior a la suya en ciertos aspectos y la aceptó como parte de su existencia cultural, e incluso como su parte más valiosa; creó una civilización Grecorromana, dejó que la lengua Griega la extendiese y afirmase en el Oriente, pero la introdujo en todo otro lugar por medio del Latín y de una educación Latina y logró vencer pacíficamente a las culturas inmaduras o decadentes de las Galias y otras provincias conquistadas. Pero, puesto que este proceso podía no haber bastado para abolir todas las tendencias separatistas, no sólo admitió que sus súbditos Latinizados alcanzasen los más altos cargos militares y civiles e incluso la púrpura imperial -de forma que, menos de un siglo después de Augusto, un Galo Italiano primero y después un Íbero Español recibían el nombre y el poder de los Césares-, sino que procedió rápidamente a privar de toda vitalidad y a abolir después todos los grados originales de privilegio civil extendiendo la plena ciudadanía Romana a todos sus súbditos, Asiáticos, Europeos y Africanos, sin distinción.

El resultado fue que todo el imperio se convirtió psicológicamente, y no sólo políticamente, en una única unidad Grecorromana. No sólo la superioridad de fuerza o el reconocimiento de la paz Romana y de su buen gobierno adhirieron las provincias al mantenimiento del imperio, sino todos sus deseos, sus asociaciones, su orgullo y sus afinidades culturales. Cada intento de dirigente provincial o jefe militar de crear imperios provinciales en beneficio propio falló porque no encontró ninguna base, ninguna tendencia que lo apoyase, ningún sentimiento nacional y ningún sentido de la ventaja material o de otro tipo que pudiera derivarse del cambio, en la población de la que debía depender el éxito en la continuidad del intento. Hasta aquí el Romano triunfó; donde fracasó, se debió al vicio esencial de su método. Al quebrantar, por más pacíficamente que lo hiciese, las culturas vivientes o la individualidad de los pueblos que gobernaba, privó a las gentes de sus manantiales de vitalidad, de las raíces de su fuerza. Sin duda, eliminó todas las causas positivas de desintegración y garantizó una fuerza pasiva de oposición a todo cambio desintegrador; pero su imperio vivió sólo en el centro y, cuando el centro tendió a agotarse, no se halló vida positiva y abundante en todo el cuerpo para reponerla. Al final, Roma ni siquiera pudo depender sólo de la provisión de vigorosos individuos que le proporcionaban los pueblos cuya vida había sido oprimida por el peso de una civilización prestada: tuvo que apoyarse en los bárbaros fronterizos. Y cuando cayó en pedazos, estos bárbaros, y no un resurgir de los viejos pueblos, fueron sus herederos. Porque su barbarismo era al menos una fuerza viviente y un principio de vida, pero la civilización Grecorromana se había convertido en un principio de muerte. Habían sido destruidas todas las fuerzas vivientes por cuyo contacto podía haberse modificado y renovado su propia fuerza. Al final, su forma tuvo que ser destruida y dejar que su principio sembrase de nuevo el campo virgen de la cultura vital y vigorosa de la Europa medieval. Lo que el Romano no tuvo la sabiduría de hacer mediante su imperio organizado -porque ni siquiera el más profundo y fino instinto político es sabiduría- tuvo que ser hecho por la Naturaleza misma en la unidad laxa pero viviente de la Cristiandad medieval.

El ejemplo de Roma ha perseguido a la imaginación política de Europa desde entonces. No sólo ha estado detrás del Sacro Imperio Romano de Carlomagno, del gigantesco intento de Napoleón y del sueño Germano de un imperio mundial gobernado por la eficacia Teutónica y la cultura Teutónica, sino que todas las naciones imperiales, incluyendo a Francia e Inglaterra, han seguido hasta cierto punto sus huellas. Pero, significativamente, todo intento de repetir el éxito Romano ha fracasado. Las naciones modernas no han sido capaces de seguir completamente a Roma en las líneas trazadas por ella o, si intentaron seguirla, han topado con condiciones diversas y, o bien se han colapsado, o bien se han visto obligadas a detenerse. Es como si la Naturaleza hubiese dicho: “Este experimento ha sido llevado una vez hasta sus consecuencias lógicas y una vez es bastante. He creado condiciones nuevas, encontrad vosotros medios nuevos o, por lo menos, enmendad o completad los viejos donde éstos fueron deficientes o se extraviaron”.

Las naciones Europeas han extendido sus imperios por el viejo método Romano de conquista y colonización militar, abandonando en su mayor parte el principio pre-Romano de soberanía o hegemonía única que fue practicado por los reyes Asirios y Egipcios, los Estados Indios y las ciudades Griegas. Pero este principio ha sido utilizado en ocasiones también en forma de protectorado, para preparar los medios más normales de ocupación. Las colonias no han sido del tipo puramente Romano, sino de un tipo mixto entre el Cartaginés y el Romano; oficial y militarmente, disfrutando como las colonias Romanas derechos civiles superiores a los de la población indígena, pero al mismo tiempo y, en medida mucho mayor, han sido colonias comerciales de explotación. El más próximo al tipo Romano ha sido el asentamiento Inglés en el Ulster, mientras que el sistema Alemán en Polonia aplicó en condiciones modernas el viejo principio Romano de expropiación. Pero éstas son excepciones, no la regla.

Una vez ocupado el territorio y asegurada la conquista, las naciones modernas se han visto enfrentadas por una dificultad que no han sido capaces de superar como los Romanos lo hicieron: la dificultad de desenraizar la cultura indígena y, con ella, el sentido indígena de separación. Todos estos imperios han llevado consigo, al principio, la idea de imponer su cultura con su bandera; primero, simplemente como instinto del conquistador y como factor necesario al hecho de la dominación política y a la seguridad de su permanencia pero, después, con la intención consciente de extender, tal como se dice algo farisaicamente, los beneficios de la civilización a las razas “inferiores”. No puede decirse que el intento haya sido muy próspero en ninguna parte. Fue intentado con profundidad y rudeza considerables en Irlanda; pero, aunque la lengua Irlandesa fue abolida excepto en las regiones agrestes de Connaught y todos los signos de la antigua cultura Irlandesa desaparecieron, la ultrajada nacionalidad simplemente se aferró a cualquier otro medio de distinción a su alcance, por más nimio que éste fuese -su religión Católica, su raza y sentimiento nacional Celtas- y, aun cuando fue Anglizada, se resistió a volverse Inglesa. La anulación o relajación de la presión extranjera ha tenido como consecuencia una violenta reacción, un intento de revivir la lengua Gaélica, de reconstituir el viejo espíritu y la cultura Celtas. El Alemán no logró Prusianizar Polonia, ni siquiera a su pariente Alsaciano, que habla su misma lengua. Los Fineses permanecieron inconquistablemente Finlandeses en Rusia. Los mansos métodos Austriacos dejaron al Austriaco Polaco como Polonés, igual que a su oprimido hermano en la Posen Germana. De acuerdo con esto, empezó a imponerse el sentimiento de la inutilidad de este esfuerzo y de la necesidad de

dar libertad al alma de la nación sometida, limitando la acción del Estado soberano a la imposición de nuevas condiciones administrativas y económicas con tanto cambio social y cultural como pudiera ser libremente aceptado o pudiese instaurarse a través de la educación o la fuerza de las circunstancias.

El Alemán, ciertamente, nuevo e inexperto en métodos imperiales, se adhirió a la vieja idea Romana de asimilación, que trató de llevar a efecto tanto a través de medios Romanos como no Romanos. Mostró incluso una tendencia a remontarse más allá de los más antiguos Césares, a los métodos de los Judíos en Canaán y de los Sajones en la Bretaña Oriental, métodos de expulsión y masacre. Pero, puesto que al fin y al cabo, se había modernizado y poseía cierto sentido de las necesidades y ventajas económicas, no pudo llevar adelante esta política con profundidad ni pudo servirse de ella en tiempos de paz. Sin embargo, insistió en el viejo método Romano, trató de substituir la cultura y lengua indígenas por las Germanas y, cuando no pudo hacerlo por presión pacífica, lo intentó por la fuerza. Un intento de este tipo está abocado al fracaso: en lugar de producir la unidad psicológica que pretende, sólo consigue acentuar el espíritu nacional y siembra un odio invencible y profundamente enraizado que es peligroso para el imperio y puede incluso destruirlo, si los elementos de oposición no son demasiado escasos en número y débiles en fuerza. Y si esta eliminación de culturas heterogéneas es imposible en Europa, donde las diferencias son sólo variaciones de un tipo común y deben vencerse sólo pequeños y débiles elementos, se halla obviamente fuera de cuestión en el caso de aquellos imperios que tienen que tratar con las grandes masas Asiáticas y Africanas enraizadas desde hace siglos en una cultura nacional antigua y bien constituida. Si debe crearse una unidad psicológica, habrá de hacerse por otros medios.

El impacto recíproco de culturas diversas no ha cesado, sino que más bien se ha acentuado por las condiciones del mundo moderno. Pero la naturaleza del impacto, los fines a los que se orienta y los medios que con mayor éxito pueden conducir a esos fines, han sido profundamente alterados. La tierra trata ahora de dar a luz una civilización única, vasta y flexible para toda la raza humana a la que debe contribuir toda cultura moderna y antigua, y en la que cada agregado humano definido deberá introducir su necesario elemento de variación. En la persecución de este objetivo debe darse necesariamente cierta lucha por la supervivencia. Lo más capaz de sobrevivir será aquí todo lo que mejor pueda servir a las tendencias que la Naturaleza está instigando en la humanidad -no sólo las tendencias actuales, sino también las resucitadas tendencias del pasado y las tendencias aún inmaduras del futuro-. Y será también todo aquello que mejor pueda actuar como fuerzas de liberación y de síntesis, lo que mejor pueda contribuir a la adaptación, a la armonización y a la revelación del sentido secreto de los esfuerzos de la gran Madre. Pero en esta lucha la violencia militar o la presión política no ayudan al éxito, más bien al contrario. La cultura Germana, para bien o para mal, estaba haciendo rápidas conquistas por todo el mundo antes de que los gobernantes de Alemania se equivocaran lo bastante como para despertar la fuerza latente de ideales opuestos por medio de la violencia armada. E incluso ahora, aquello que le es esencial, la idea del Estado y de la organización de la vida de la comunidad por el Estado -que es común tanto al imperialismo Alemán como al socialismo Alemán-, es mucho más fácil que triunfe por la derrota del primero en la Guerra que por su victoria en una lucha brutal.

Este cambio en el movimiento y la orientación de las tendencias mundiales apunta a una ley de intercambio y adaptación, y a una nueva manifestación a partir del encuentro de varios elementos. Sólo podrán triunfar y perdurar definitivamente aquellos agregados imperiales que reconozcan la nueva ley y constituyan su organización de acuerdo con ella. Ciertamente pueden lograrse victorias inmediatas de un tipo opuesto y la ley puede ser violentada; pero estos éxitos se consiguen, tal como la historia lo demuestra repetidamente, a costa de todo el futuro de una nación. Como consecuencia de una mayor comunicación y de la extensión del conocimiento había empezado ya a reconocerse la nueva verdad. El valor de las variaciones había empezado a ser admitido, y las viejas y arrogantes pretensiones de esta o aquella cultura de imponerse a todas las demás y sojuzgarlas estaban perdiendo su fuerza y la confianza en sí mismas, cuando el antiguo y gastado credo saltó de pronto armado con la espada Germana para reafirmarse a sí mismo, si podía, antes de perecer. El único resultado ha sido proporcionar fuerza añadida y claro reconocimiento a la verdad que trataba de negar. Incluso la importancia de los Estados más pequeños -Bélgica, Serbia⁹- como unidades culturales en el conjunto de Europa ha sido elevada casi a la dignidad de un credo. El reconocimiento del valor de las culturas Asiáticas, limitado anteriormente al pensador, el erudito y el artista, ha alcanzado ahora la mentalidad popular por asociación en el campo de batalla. La teoría de las razas “inferiores”, una inferioridad y superioridad medidas por la aproximación a la propia forma de cultura, ha recibido lo que puede convertirse en su golpe de gracia. Las semillas de un nuevo orden de cosas están penetrando rápidamente en la mentalidad consciente de la raza.

Esta nueva tendencia del impacto de culturas se revela más claramente donde se encuentran el Europeo y el Asiático. La cultura Francesa en África del Norte, la cultura Inglesa en la India dejan instantáneamente de ser Francesa e Inglesa y se convierten, a los ojos del Asiático, simplemente en común civilización Europea. No se trata ya de una dominación imperial tratando de consolidar posiciones por vía de la asimilación, sino de un continente parlamentando con otro continente. El móvil político se vuelve insignificante; el móvil mundial ocupa su lugar. Y en esta confrontación, ya no se trata de una civilización Europea segura de sí misma que ofrece su luz y sus dones a la semibárbara civilización Asiática, ya no se trata de la agradecida aceptación por parte de ésta de semejante transformación benéfica. Incluso el adaptable Japón, pasado el primer entusiasmo, ha retenido todo lo que le resulta fundamental a su cultura; y en todas partes la corriente Europea ha hallado la oposición de una voz y una fuerza interiores que dan el alto a su ímpetu victorioso¹⁰. El Este es en su totalidad, a pesar de ciertos escrúpulos y reticencias, propenso -y, donde no del todo propenso, forzado por las circunstancias y la tendencia general de la humanidad- a aceptar las partes realmente valiosas de la moderna cultura Europea, su ciencia, su curiosidad, su ideal de educación y edificación universales, su abolición de privilegios, su expansiva y liberalizadora tendencia democrática, su instinto de libertad e igualdad, su voluntad de demoler las formas estrechas y opresivas, su exigencia de aire, de espacio, de luz. Pero a partir de cierto punto, el Este se niega a seguirla; y esto ocurre precisamente en aquellas cosas que son las más profundas, las más esenciales para el futuro de la humanidad, las cosas del alma, las honduras de la mente y el temperamento. Aquí, también, todo apunta no a una substitución y conquista, sino a un entendimiento e intercambio mutuos, una adaptación mutua, una nueva formación.

⁹Ahora Yugoslavia.

¹⁰Se ha producido un recrudescimiento del impulso Europeizante en Turquía y en China reforzado por la influencia de la Rusia Bolchevique. Dondequiera que haya una ortodoxia recalcitrante que deba ser vencida, este movimiento puede aparecer, pero sólo como una fase pasajera.

La vieja idea no está enteramente muerta y no morirá sin una última lucha. Existen todavía aquellos que sueñan con una India Cristianizada, con la lengua Inglesa dominando, si no reemplazando, a las lenguas indígenas, o con la aceptación de las formas y modos Europeos como la condición necesaria para un *status* igual entre un Europeo y un Asiático. Pero éstos son los que en espíritu pertenecen a la pasada generación y no pueden valorar los signos de la hora que apunta a una nueva era. La Cristiandad, por ejemplo, sólo ha triunfado donde ha podido aplicar sus una o dos características de particular superioridad: su disposición a inclinarse y levantar al caído y oprimido allí donde el Hindú, ligado por los prejuicios de casta, no tocaría ni socorrería; su mayor prestancia en proporcionar alivio donde es necesario; en una palabra, la compasión y la asistencia activas que heredó de su progenitor, el Budismo. Donde no ha podido aplicar esta palanca ha fallado totalmente, e incluso puede perder fácilmente esta palanca porque el alma de la India, despertada por el nuevo impacto, está empezando a recuperar sus tendencias perdidas. Las formas sociales del pasado están cambiando allí donde resultan inadecuadas a las nuevas condiciones e ideales políticos y económicos, o incompatibles con la creciente necesidad de libertad e igualdad; pero no hay señal de que nada, aparte de una nueva sociedad Asiática ampliada y liberalizada, vaya a emerger a partir de este proceso. Los signos son los mismos en todo lugar; las fuerzas actúan en todas partes en el mismo sentido. Ni Francia ni Inglaterra tienen el poder -y éstas están rápida o lentamente perdiendo el deseo- de destruir y reemplazar a la cultura Islámica en África o a la India en India. Todo lo que pueden hacer es aportar lo que ellas poseen de valor para que sea asimilado según las necesidades y el espíritu interior de estas naciones más antiguas.

Ha sido necesario demorarse en esta cuestión porque es vital para el futuro del imperialismo. La substitución de la cultura local por la imperial, y en la medida de lo posible de la lengua indígena por la del conquistador, le resultó esencial a la vieja teoría imperial; pero en este momento está fuera de cuestión y el mismo deseo de efectuarla debe ser rechazado como algo inviable: el viejo modelo Romano de imperio deja de tener utilidad alguna para la solución del problema. Algo de la lección Romana continúa siendo válido, especialmente aquellas características que le son esenciales a la misma esencia del imperialismo y al significado de imperio, pero se requiere un nuevo modelo. Este nuevo modelo ha empezado ya a desarrollarse obedeciendo a las exigencias de esta era: es el modelo del imperio federal, o bien del imperio confederado. El problema que tenemos que considerar se reduce pues a esto: ¿es posible crear un imperio de gran extensión sólidamente federado y compuesto de razas y culturas heterogéneas? Y, suponiendo que el futuro se halle en esta dirección, ¿cómo podría un imperio tan artificial en apariencia transformarse en una unidad natural y psicológica?

CAPÍTULO VII

LA CREACIÓN DE LA NACIÓN HETEROGÉNEA

El problema de un imperio federal que debe combinar elementos heterogéneos y fundarse sobre la única base que es firme y segura, esto es, la creación de una verdadera unidad psicológica, se resuelve en dos factores diversos: la cuestión de la forma y la cuestión de la realidad a la que la forma debe servir. El primero es de gran importancia práctica, pero sólo el último es vital. Una forma de unidad puede hacer posible, puede favorecer o incluso ayudar activamente a crear la realidad correspondiente, pero nunca puede reemplazarla. Y, como hemos visto, la verdadera realidad es, en el orden de la Naturaleza, la psicológica, puesto que el mero hecho físico de la unión política y administrativa puede no ser nada más que una creación temporal y artificial, destinada a colapsarse irremisiblemente tan pronto como su utilidad inmediata haya cesado o las circunstancias que favorecieron su subsistencia hayan sido alteradas radical o seriamente. Así, la primera cuestión que debemos considerar es qué tipo de realidad es esta que se intenta crear con la forma de un imperio federal; y, sobre todo, debe considerarse si será una mera ampliación del tipo nacional, el agregado humano más grande desarrollado por la Naturaleza hasta ahora, o un nuevo tipo de agregado que excederá y tenderá a substituir a la nación tal como ésta suplantó a la tribu, al clan, a la ciudad-estado y al estado regional.

La primera tendencia natural de la mente humana al enfrentarse a este problema es preferir la idea que más coincide con la línea de sus nociones familiares y que parece darle continuidad. Porque la mente humana es, en general, contraria a cambios radicales de concepción. Acepta más fácilmente el cambio cuando su realidad está velada por la continuidad de la forma habitual de las cosas o bien por una ficción ceremonial, legal, intelectual o sentimental. Es una ficción semejante lo que algunos piensan crear como puente desde la idea de nación hasta la idea del imperio como unidad política. Aquello que une ahora a los hombres más firmemente es la unidad física de un solo país en el que vivir y al que defender, una vida económica común dependiente de esa unidad geográfica y el sentimiento patriótico que se desarrolla en torno al hecho físico y económico, sentimiento que o bien crea una unidad política y administrativa, o bien asegura su permanencia una vez ésta ha sido creada. Hagamos extenso, pues, ahora este poderoso sentimiento por medio de una ficción: exijamos de los constituyentes heterogéneos del imperio que cada uno contemple como madre patria no ya a su tierra de origen, sino al imperio o, por lo menos, si existe un gran apego al viejo sentimiento, que aprenda a contemplar el imperio en primer lugar y sobre todo como la gran madre. Una variedad de esta idea es la noción Francesa de madre patria: Francia. Todas las otras posesiones del imperio, aunque en la fraseología Inglesa serían clasificadas más bien como dependencias a pesar de los importantes derechos políticos de que gozan, son contempladas como colonias de la madre patria, consideradas conjuntamente como la Francia ultramarina y educadas para centrar sus sentimientos nacionales en torno a la grandeza, la gloria y la amabilidad de Francia, la madre común. Es una noción que resulta natural al temperamento Céltico-Latino, aunque extraño al Teutónico, y que se apoya en una comparativa debilidad de los prejuicios de raza y color, y en ese notable poder de atracción y asimilación que Francia comparte con todas las naciones Celtas.

El poder, el a menudo milagroso poder de tales ficciones, no debería ser ignorado ni por un momento. Éstas constituyen el método más común y eficaz de la Naturaleza cuando debe enfrentar esa resistencia obstinada a todo cambio que ella misma ha implantado en su animal mentalizado, el hombre. Sin embargo, hay condiciones sin las cuales una ficción no puede tener éxito durante mucho tiempo o no puede tenerlo en absoluto. En primer lugar, debe fundarse en algo que plausiblemente se parezca a la verdad, aunque sea de modo superficial. Debe engendrar una realidad suficientemente poderosa como para reemplazar a la ficción o, en última instancia, justificarla. Y esta realidad debe generarse progresivamente y no demorarse demasiado tiempo en la etapa de nebulosa informe. Hubo un tiempo en el que estas condiciones fueron menos apremiantes, un tiempo en el que la masa de los hombres era más imaginativa, menos sofisticada, en el que se sentía satisfecha con un sentimiento o una apariencia; pero a medida que la raza avanza, se vuelve mentalmente más viva, más consciente de sí, más crítica y rápida para captar las disonancias entre hecho y simulación. Además está el pensador: sus palabras son escuchadas y comprendidas hasta un punto sin precedente en la historia conocida de la humanidad, y el pensador tiende a convertirse, cada vez con mayor intensidad, en un inquisidor, un crítico, un enemigo de ficciones¹¹.

¿Está, pues, esta ficción basada en un paralelo factible? En otras palabras, ¿es cierto que la verdadera unidad imperial, cuando se lleve a cabo, será sólo una ampliación de la unidad nacional? Si no, ¿cuál es la realidad que esta ficción intenta preparar? En la historia, ha habido muchos ejemplos de nación compuesta y, si el paralelo debe aceptarse como válido, es una nación compuesta similar pero a gran escala lo que el imperio federal ha de crear. Debemos, pues, arrojar una mirada a los ejemplos más característicos y afortunados de nación compuesta, ver hasta qué punto el paralelo es aplicable y si existen dificultades en el camino que apunten más a la necesidad de una nueva evolución que a la variación de un antiguo éxito. Tener una idea justa de las dificultades puede ayudarnos a descubrir el modo de superarlas.

El ejemplo más patente, tanto de nación compuesta o heterogénea desarrollada con éxito como de imperio heterogéneo de evolución afortunada, es el de la nación Británica del pasado, hoy Imperio Británico -éxito sí, pero afortunadamente con una reserva, porque está sujeto a los peligros de una masa de problemas aún no resueltos¹²-. La nación Británica ha estado compuesta por una Anglonormanda Inglaterra de lengua Inglesa, un Gales Címrico de lengua Gaélica, una medio Sajona, medio Gaélica Escocia de lengua Inglesa y, muy imperfectamente, muy parcialmente, por una Irlanda Gaélica con una colonia principalmente Angloescocesa, que la mantiene unida por la fuerza al cuerpo general pero que nunca ha sido capaz de imponer una unión verdadera. Irlanda fue, hasta tiempos recientes, el elemento de fracaso en esta formación y es sólo ahora, bajo una forma y en circunstancias diversas de las de los otros miembros, cuando se está haciendo posible cierto tipo de unión con el conjunto -una unión todavía muy precaria y con el imperio, no con la nación Británica, y que ni siquiera ahora ha empezado a ser real¹³. ¿Cuáles fueron las circunstancias determinantes de este éxito general y de este

¹¹Estas condiciones también pueden desaparecer pronto, porque la libertad de pensamiento está amenazada en todas partes y, donde no haya libertad de pensamiento, desaparecerá el poder del pensador.

¹²Debe recordarse que esto fue escrito hace ya varias décadas y que las circunstancias y el mismo Imperio han cambiado completamente. El problema, tal como era entonces, ya no sigue planteándose.

¹³Esto fue escrito cuando el *Home Rule* parecía ser una solución posible; el fracaso se ha convertido ahora en un hecho patente e Irlanda es ya la República independiente de Irlanda.

parcial fracaso?, ¿qué luz arrojan sobre las posibilidades del problema mayor?

Al construir sus agregados humanos, la Naturaleza ha seguido como principio general la misma ley que observa respecto a sus agregados físicos. Proporciona primero un cuerpo natural, después una vida e intereses vitales comunes para los constituyentes del cuerpo, por último una mente consciente o sentido de unidad y un centro u órgano dirigente a través del cual ese sentido de ego puede ser consciente de sí y actuar. Debe existir, en su proceso ordinario, un vínculo común de descendencia o de pasada asociación que permita que lo semejante se una a lo semejante y se distinga de lo no semejante y, también, un área de habitación común, un país dispuesto de tal forma que todos los que habiten dentro de sus fronteras naturales se hallen bajo una suerte de necesidad geográfica de unión. En tiempos más tempranos, cuando las comunidades estaban menos firmemente enraizadas en la tierra, la primera de estas condiciones era la más importante. En las comunidades modernas ya establecidas prevalece la segunda; pero la unidad de la raza, pura o mezclada -pues no necesita haber sido una en su origen-, sigue siendo un factor de importancia, y una disparidad y diferencia intensas pueden crear fácilmente serias dificultades e impedir que la necesidad geográfica se imponga con cierta permanencia. Para que ésta pueda imponerse, debe darse una fuerza considerable en la segunda condición natural, es decir, debe existir una necesidad de unidad económica o hábito de sustento común y una necesidad de unidad política o hábito de organización vital común para la supervivencia, el funcionamiento y el crecimiento. Y, para que esta segunda condición pueda alcanzar la plenitud de su fuerza, no debe haber nada que deprima o que destruya a la tercera de las condiciones en su creación o continuidad. No debe hacerse nada que tenga como resultado enfatizar la desunión del sentimiento o perpetuar el sentido de separación respecto al resto de la totalidad del organismo; porque tal cosa tenderá a hacer al centro u órgano gobernante no representativo psicológicamente del conjunto y, por ello, no le permitirá ser un verdadero centro de su sentido del ego. Pero debemos recordar que separatismo no es lo mismo que particularismo, que bien puede coexistir con la unidad: es el sentimiento de la imposibilidad de la verdadera unión lo que separa, no el mero hecho de la diferencia.

La necesidad geográfica de unión se halló obviamente presente en la formación de la nación Británica. La conquista de Gales e Irlanda y la unión con Escocia fueron acontecimientos históricos que sólo representaron la acción de esta necesidad; pero la unidad de raza y la asociación pasada estuvieron totalmente ausentes y debieron ser creadas con mayor o menor dificultad. Se efectuó con éxito en Gales y Escocia en un lapso de tiempo mayor o menor, pero no en Irlanda. La necesidad geográfica es sólo una fuerza relativa; puede ser sobrepujada por un poderoso sentimiento de desunión, cuando no se hace nada eficaz para disolver el impulso desintegrador. Incluso cuando la unión se ha efectuado políticamente, tiende a ser destruida, en especial cuando en la unidad geográfica existe una barrera física o línea de división suficientemente poderosa como para ser la base de intereses económicos en conflicto, como la que divide Bélgica de Holanda, Suecia de Noruega, o Irlanda de Gran Bretaña. En el caso de Irlanda, los gobernantes Británicos no sólo no hicieron nada para salvar o disolver esta línea de división económica y neutralizar en la mentalidad Irlandesa el sentimiento de ser un cuerpo separado, una región física separada, sino que por un violento error en el cálculo de las causas y los efectos acentuaron ambas cosas en la mayor medida posible.

En primer lugar, la vida económica y la prosperidad de Irlanda fueron

deliberadamente quebrantadas en interés del tráfico y comercio Británicos. Después de esto, era de poca utilidad provocar, por medios que uno teme inquirir, la “unión” política de las dos islas en un cuerpo legislativo común, un mismo órgano de gobierno, porque ese órgano de gobierno no era un centro de unidad psicológica. Donde los intereses más vitales eran no sólo diferentes, sino que se hallaban en conflicto, tal unión sólo podía representar la prolongación del control y de la aserción de los intereses del “socio predominante”, así como la continuidad del sometimiento y de la negación de los intereses del cuerpo extranjero sujeto al organismo mayor por cadenas legislativas, pero no unido por medio de una fusión real. La hambruna que despobló Irlanda mientras Inglaterra medraba y prosperaba fue el terrible testimonio ofrecido por la Naturaleza del siniestro carácter de esta “unión” que no era unidad, sino la más acre oposición en el terreno de los intereses más esenciales. Los movimientos Irlandeses en favor del *Home Rule* y del separatismo fueron la expresión natural e inevitable de la voluntad de Irlanda por sobrevivir: no significaban nada más que el instinto de autopreservación presintiendo y reivindicando el único medio evidente de preservación.

En la vida humana, los intereses económicos son aquellos que, ordinariamente, resultan violados con la menor impunidad; porque están ligados a la vida misma y su persistente violación, si no destruye al organismo oprimido, provoca necesariamente la más amarga revuelta y acaba en uno de los inexorables desquites de la Naturaleza. Pero en el tercer orden de las condiciones naturales, también la política Británica en Irlanda cometió un error igualmente radical con su intento de librarse de todos los elementos del particularismo Irlandés por medio de la violencia. Gales, como Irlanda, fue adquirido por conquista, pero no se realizó allí un intento tan elaborado de asimilarlo; tras las primeras perturbaciones que siguen a un proceso violento, tras uno o dos abortados intentos de resistencia, Gales fue librado a la pacífica presión de las condiciones naturales, y la preservación de su propia raza y lengua no ha constituido un obstáculo para la unión gradual de la raza Címrica y la Sajona en una nacionalidad Británica común. Una no interferencia similar, aparte del problema menor de los clanes de los Highlands, tuvo como resultado una fusión aun más rápida de la raza Escocesa con la Inglesa. Hay ahora en la isla de Gran Bretaña una raza Británica compuesta con un país común ligado por una una sangre mixta común, por una asociación pasada transformada en unidad, por la necesidad geográfica, por un interés político y económico común, y por la formación de un ego común. El proceso opuesto en Irlanda, el intento de imponer un proceso artificial donde la operación de las condiciones naturales, ayudadas por un poco de delicadeza y de voluntad de conciliación, habría bastado, la aplicación de viejos métodos a una nueva serie de circunstancias, ha dado como resultado el efecto opuesto. Y cuando se descubrió el error, hubo de tenerse en cuenta el efecto del *Karma* pasado y la unión debió realizarse de acuerdo con el método exigido por los intereses Irlandeses y por los sentimientos particularistas Irlandeses: primero, por el ofrecimiento del *Home Rule* y, después, por la creación del Estado Libre, y no por una unión legislativa completa.

Este resultado bien puede tener hondas repercusiones: puede provocar la necesidad de una remodelación definitiva del Imperio Británico, y quizás de toda la nación Anglo-Céltica, sobre nuevas líneas y con el principio federativo como base. Porque Gales y Escocia no se han fundido con Inglaterra tan completamente como el Bretón, el Alsaciano, el Vasco y el Provenzal se fundieron en la indivisible unidad de Francia. Aunque ningún interés económico, ninguna necesidad física apremiante exige la aplicación del principio federativo a Gales y Escocia, subsiste en éstos no obstante un

sentimiento particularista menor pero suficiente que podría llegar a sentir la repercusión del acuerdo establecido con Irlanda y despertar en estos dos países el deseo de un reconocimiento similar de su separación provincial. Y este sentimiento está destinado a recibir una nueva fuerza y estímulo por la aplicación práctica del principio federativo en el proceso de reorganización del imperio colonial -que algún día podría volverse inevitable-gobernado hasta ahora por Gran Bretaña sobre la base del *Home Rule* sin federación¹⁴. Las circunstancias peculiares, tanto nacionales como coloniales, que han presidido la formación y la expansión de las razas que habitan las Islas Británicas han sido tales que, de hecho, casi hacen aparecer este Imperio como algo totalmente buscado y preparado por la Naturaleza, a fin de ser el gran campo de experimentación para la creación de un nuevo tipo en la historia de los agregados humanos: el imperio federal heterogéneo.

¹⁴*Home Rule* reemplazado ahora por el Estatuto de Dominio, que significa una confederación de hecho aunque no todavía en la forma.

CAPÍTULO VIII

EL PROBLEMA DE UN IMPERIO FEDERAL HETEROGÉNEO

Si la construcción de una nación compuesta en las Islas Británicas fue desde el principio un resultado inevitable, una necesidad geográfica y económica cuya plena consecuencia se vio sólo impedida por los errores más violentos y perversos de la clase gobernante, no puede decirse lo mismo del proceso -más rápido, aunque todavía gradual y casi inconsciente- por el que el imperio colonial de Gran Bretaña ha evolucionado hasta el punto de poder convertirse en una unidad real. No hace tanto tiempo que la separación definitiva de las colonias, que habría llevado a la formación de jóvenes naciones independientes, por lo menos Australia y Canadá, fue contemplada como el fin inevitable del imperio colonial, su única conclusión lógica y difícilmente deplorable.

Existían sanas razones para esta actitud mental. La necesidad geográfica de la unión estaba totalmente ausente; por el contrario, la distancia creaba una evidente separación mental. Cada colonia poseía un cuerpo físico claramente delimitado y parecía predestinada, de acuerdo con las líneas seguidas entonces por la evolución humana, a convertirse en una nación separada. Los intereses económicos de la madre patria y de las colonias eran diversos, distantes unos de otros y a menudo opuestos, como lo demostró la adopción por parte de las últimas de un proteccionismo arancelario contra la política Británica de Libre Comercio. Su único interés político en el Imperio era la salvaguardia que la flota y el ejército Británicos ofrecían contra una posible invasión extranjera, y no compartieron ni se interesaron en el gobierno del Imperio ni en forjar sus destinos. Psicológicamente, el único vínculo era un frágil recuerdo del origen y un tibio sentimiento que podía evaporarse fácilmente y que se vio combatido por un definido sentimiento separatista y por la inclinación natural de las agrupaciones humanas fuertemente marcadas a crear para sí mismas una vida independiente y un tipo racial específico. La raza original variaba: en Australia era Británica; en África del Sur, predominantemente Holandesa; en Canadá, medio Francesa, medio Inglesa; pero en los tres países estaban desarrollándose hábitos de vida, tendencias políticas, un nuevo tipo de temperamento, de carácter y de cultura, si puede llamarse así, que eran como los polos opuestos de la vieja cultura, del temperamento, de los hábitos de vida y de las tendencias políticas y sociales Británicas. Por otra parte, la madre patria no derivaba ventajas tangibles de estos retoños en el terreno de lo político, lo militar o lo económico, sino sólo el prestigio que la posesión de un imperio podía por sí misma proporcionarle. Así pues, por ambas partes, todas las circunstancias apuntaban a una pacífica separación final que dejaría a Inglaterra sólo el orgullo de haber sido la madre de tantas naciones nuevas.

Debido a la aproximación de las diferentes partes del mundo llevada a cabo por la Ciencia física, debido a la tendencia resultante a formar agregados mayores, al cambio en las condiciones políticas del mundo y a las profundas transformaciones políticas, económicas y sociales hacia las que Gran Bretaña ha avanzado, todas las condiciones se han alterado ahora y es fácil ver que la fusión del imperio colonial en una gran *Commonwealth* federada, o algo que pueda asumir de forma plausible ese nombre, es prácticamente inevitable. Existen dificultades en el camino: dificultades económicas, para

empezar; porque, tal como hemos visto, la separación geográfica tiende a una divergencia, a menudo a una oposición de intereses económicos, y una *Zollverein* imperial, suficientemente natural entre los Estados del Imperio Germánico, o una Confederación Centroeuropea como la proyectada por una de las partes beligerantes durante la Gran Guerra, sería una creación artificial entre países tan distanciados y requeriría una vigilancia constante y mucha diplomacia. Sin embargo, al mismo tiempo, la unidad política tiende a exigir la unidad económica como su concomitante natural y no se siente completa sin ella. También existen dificultades políticas y de otro tipo que pueden manifestarse aún y destruir la formación imperial, si el proceso práctico de unificación es conducido violenta e ignorantemente; pero ninguna de éstas tiene por qué ser insuperable o constituir un impedimento real. La dificultad racial, que fue durante un tiempo seria y peligrosa en Sudáfrica y no ha sido todavía eliminada, no tiene por qué ser mayor que en Canadá: en ambos países se da el elemento Inglés que, ya en mayoría o en minoría, puede ligar el elemento extranjero al Imperio por una unión o fusión amistosa. Tampoco existe ahí una poderosa atracción exterior, ni un choque de culturas ya formadas, ni una incompatibilidad de temperamentos como la que hizo tan difícil la unión real del Imperio Austríaco.

Todo lo que se necesita es que Inglaterra continúe tratando el problema con el recto instinto y no cometa nada parecido a su fatal torpeza Americana o al error en que incurrió, pero del que afortunadamente se retrajo, en Sudáfrica. Debe tener siempre presente que su destino posible no es el de ser un país dominante que imponga en todas las partes de su dominio la uniformidad con respecto a ella o una perpetua subordinación, sino ser el centro de una gran confederación de Estados y naciones que lleguen a coalescer, por su poder de atracción, en una nueva unidad supranacional. Aquí, la primera condición es que debe respetar escrupulosamente la libertad de la vida interior y la voluntad de las colonias así como sus tendencias sociales, culturales y económicas de las colonias, mientras les otorga una importancia igual a la propia en la gestión de las grandes cuestiones comunes del Imperio. Ella misma no puede ser nada más, en el futuro de este nuevo tipo de agregado, que un centro cultural y político, el broche o nodo de la unión. Dada esta orientación de la mente gobernante de Inglaterra, sólo un cataclismo imprevisto puede impedir la formación de una unidad imperial en la que el *Home Rule* bajo una laxa soberanía Británica sería reemplazado por una Federación con *Home Rule* como su base¹⁵.

Pero el problema se torna mucho más difícil cuando se plantea la cuestión de otras dos grandes partes constituyentes del Imperio: Egipto y la India; tan difícil, que la primera tentación de la mente política, apoyada por cientos de prejuicios e intereses manifiestos, era naturalmente abandonar el problema y crear un imperio colonial federado con estos dos grandes países como dependencias sometidas¹⁶. Es obvio que una solución semejante no podía durar y, si se hubiese insistido obstinadamente en ella, habría conducido a los más indeseables resultados, si no a un desastroso final. El renacimiento de la India es tan inevitable como el sol que se levantará mañana, y el renacimiento de una gran nación de trescientos millones de almas, con un temperamento tan peculiar, con tradiciones e ideas

¹⁵Todo esto, siempre y cuando el Imperio continúe siendo próspero y victorioso; siempre y cuando, además, la política exterior Británica no haga las obligaciones de la unidad federada demasiado molestas para los miembros menores.

¹⁶La cuestión de Egipto ha sido ya resuelta desde que todo esto fue escrito y de modo contrario a la unión. La India, incluso ya entonces en camino hacia un estatuto libre, lo ha alcanzado definitivamente, aunque sus dos partes separadas han figurado durante un periodo como Dominios y uno de ellos (el Paquistán) se adhiera posiblemente por un tiempo a ese estatuto, mientras que el otro (la India) ha adoptado, aunque como República independiente, una nueva fórmula de adhesión a la *Commonwealth*.

de vida únicas como las que tiene, con una inteligencia tan poderosa y una masa tan grande de energías potenciales, no puede ser sino uno de los fenómenos más formidables del mundo moderno. Es evidente que la nueva unidad imperial federada no puede permitirse un permanente antagonismo frente a esta nación renaciente de trescientos millones de hijos y que a la política miope de esos servidores del hoy y de sus intereses, que aplazarían el resultado inevitable tanto como fuera posible, no se le puede permitir prevalecer. Esto se ha reconocido ya, ciertamente, en principio; la dificultad será ahora el tratamiento de los problemas que surgirán cuando la solución práctica de la cuestión India ya no pueda ser pospuesta a un incierto futuro.

La naturaleza de las dificultades en el camino de una unión práctica entre los diversos agregados es suficientemente obvia. Existe, en primer lugar, esa separación geográfica que ha hecho siempre de la India un país y un pueblo aparte, incluso cuando era incapaz de realizar su unidad política y recibía, por invasión e intercambio cultural, todo el impacto de las civilizaciones de su entorno. Está la masa misma de su población de trescientos millones, cuya fusión de cualquier tipo con el resto de las naciones del Imperio supondría una cuestión muy diferente de la fusión de las poblaciones de Australia, Canadá y Sudáfrica, comparativamente insignificantes. Está la importante línea de demarcación por raza, color y temperamento entre el Europeo y el Asiático. Está el milenarismo pasado, la absoluta disparidad de orígenes, los recuerdos indelebles, las tendencias inherentes, que impiden cualquier posibilidad de borrar o minimizar la línea de demarcación mediante la aceptación, por parte de la India, de una cultura total o predominantemente Europea. Todas estas dificultades no tienen por qué significar necesariamente la insolubilidad del problema; por el contrario, sabemos que no puede presentarse ninguna dificultad a la mente humana que ésta, si quiere, no pueda resolver. Nosotros daremos por supuesto que, en este caso, existirán tanto la buena voluntad como la necesaria sabiduría, que la política Británica no cometerá errores irreparables, que de los errores menores que no puede dejar de cometer al tratar un problema semejante se retractará a tiempo, tal como ha sido su actitud y hábito en el pasado; y que, de este modo, más tarde o más temprano podrá crearse cierto tipo de unidad psicológica entre estos dos agregados tan dispares de la raza humana.

Queda por determinar en qué condiciones es esto posible y cuál será la naturaleza de la unidad. Está claro que la raza gobernante debe aplicar con una escrupulosidad mucho mayor y una resolución más firme el principio que ya ha aplicado en otros lugares con tanto éxito y cuya omisión ha resultado siempre, después de un cierto tiempo, tan negativa para sus propios intereses superiores. Debe permitir, respetar e incluso favorecer activamente la evolución libre y separada de la India en el marco de la unidad del Imperio. Mientras la India no se gobierne totalmente a sí misma, sus intereses deben ser de primera importancia para las mentes de aquellos que sí la gobiernen y, cuando goce de autogobierno, deberá ser de un tipo que no la obstaculice en el cuidado de sus propios intereses. No debe ser forzada, por ejemplo, a una *Zollverein* imperial que, en las condiciones presentes, sería desastrosa para su futuro económico, hasta que -o a menos que- las condiciones cambien por una política decidida que estimule y promueva su desarrollo industrial, incluso aunque éste deba revelarse inevitablemente perjudicial para muchos intereses comerciales existentes en el Imperio. No debe hacerse ningún esfuerzo para imponer la cultura o las condiciones Inglesas a su vida en proceso de crecimiento o hacer de ellas el *sine qua non* de su reconocimiento entre los pueblos libres del Imperio, y ninguno de sus esfuerzos para desarrollar su cultura y su evolución característica debe

hallar interferencia u oposición. Su dignidad, sus sentimientos, sus aspiraciones nacionales deben hallar cada vez mayor reconocimiento, tanto en la práctica como en principio. Dadas estas condiciones, la seguridad de sus intereses políticos y económicos y su voluntad de un desarrollo fluido la mantendrían en el Imperio dando tiempo para todo lo demás, para que la parte más sutil y difícil del proceso de unificación se consumase más o menos rápidamente.

La unidad creada no podría nunca tomar la forma de un Imperio Indo-Británico: eso no es sino fruto de la imaginación, una quimera que nunca debería proponerse en detrimento de las posibilidades reales. Las posibilidades podrían ser, primero, una firme unidad política asegurada por intereses comunes; segundo, un sano intercambio comercial y una ayuda mutua en el terreno de la industria sobre bases saludables; tercero, una nueva relación cultural entre las dos secciones más importantes de la humanidad, Europa y Asia, que les permitiese la mutua transmisión de todo lo que es grande y valioso, como miembros iguales de una sola familia humana; y, finalmente, en lugar de las habituales asociaciones pasadas fundadas en el desarrollo político y económico y en la gloria militar, que principalmente han ayudado a la construcción de la unidad-nación, podría esperarse la gloria mayor aun de una asociación e íntima colaboración en la construcción de una cultura nueva, rica y diversa para una vida más noble de la humanidad. Porque, sin duda, éste debería ser el tipo de unidad supranacional que constituyese el próximo paso en la agregación progresiva de la humanidad.

Es evidente que este próximo paso no tendría otra razón de ser o valor que el de hacer posible, por la demostración práctica y por la creación de nuevos hábitos de sentimiento, de actitud mental y de vida común, la unidad de toda la raza humana en una sola familia. La mera creación de una inmensa unidad imperial sería un fenómeno vulgar, reaccionario incluso, si no tuviese como meta este importante resultado. La sola construcción de una multicolor unidad Indo-Británica pertrechada para el combate, dividida por el egoísmo comercial, político y militar de otras grandes unidades como Rusia, Francia, Alemania y América, constituiría un retroceso, no un avance. Por ello, si este proceso está destinado a tener lugar -porque lo que hemos hecho aquí ha sido sólo tomar el Imperio Británico como el mejor ejemplo de un nuevo tipo posible-, debería ser nada más que una fase intermedia y teniendo presente este ideal: que pudiese ser aceptado por esos amantes de la humanidad que no se hallan sujetos a las limitaciones del viejo patriotismo local que enfrenta a nación contra nación. Y ello siempre que los medios políticos y administrativos sean tales que nos conduzcan a la unidad de la raza humana, porque ésta es la dudosa hipótesis de la que hemos partido. Las probabilidades de un resultado semejante son todavía escasas, porque el temperamento de la India, tanto de la Musulmana como de la Hindú, se orienta todavía predominantemente hacia la independencia, y por parte Inglesa no se ha hecho nada en favor de la otra posibilidad. Pero tal posibilidad debía, sin embargo, ser considerada, puesto que no es totalmente imposible que en condiciones diversas pueda aceptarse una independencia virtual en lugar de una autonomía separada y aislada. Si así fuese, ello sería un signo de que una de las etapas de la Naturaleza hacia el resultado final conducía a este pasaje. En su favor puede decirse que, si semejante combinación de dos pueblos y culturas tan dispares demostrase ser posible, la cuestión mayor de la unidad mundial empezaría a parecer menos remota¹⁷.

¹⁷Esto ha tomado, tal como era prácticamente inevitable después de todo, un giro distinto; pero esta parte del capítulo ha sido dejada como estaba porque la consideración de esta posibilidad era necesaria para el desarrollo del tema. Que esta posibilidad de experiencia no haya logrado aproximarse al éxito en ninguna parte ilustra el hecho de que esta etapa intermedia en el progreso hacia una unión mundial total presenta dificultades que la hacen casi imposible. Su lugar ha sido ocupado por agregados tales como la Commonwealth, la Unión Soviética y posibilidades tales como los propuestos Estados

CAPÍTULO IX

LA POSIBILIDAD DE UN IMPERIO MUNDIAL

El progreso de la idea imperial desde su etapa artificial y formativa hasta su posición como verdad psicológica consciente, capaz de controlar la mente humana con la misma fuerza y vitalidad que ahora distingue a la idea nacional de todo el resto de los móviles grupales, es sólo una posibilidad, no una certeza futura. No es siquiera más que una posibilidad vagamente naciente y, mientras no haya emergido de esta inmadura condición en la que se halla a merced de la locura de los estadistas, de las pasiones formidables de las grandes masas humanas y de los intereses obstinados de los admitidos egoísmos, no podemos tener ninguna garantía que no vaya, incluso ahora, cuando apenas ha nacido, a malograrse. Y si es así, ¿qué otra posibilidad puede haber para la unificación de la humanidad por medios políticos y administrativos? Ésta sólo sería posible si el viejo ideal de un imperio mundial único, por procesos que ahora aparentemente no son posibles, se convirtiese en un hecho consumado o si, por otra parte, el ideal opuesto de una libre asociación de naciones libres superase los cientos de poderosos obstáculos que se alzan en el camino de su consecución práctica.

La idea de un imperio mundial impuesto por pura fuerza está en oposición directa, tal como hemos visto, a las nuevas condiciones que la naturaleza progresiva de las cosas ha introducido en el mundo moderno. Aislemos el problema, sin embargo, de estas nuevas condiciones y admitamos la posibilidad teórica de una gran nación única que impusiera su gobierno político y su cultura predominante en toda la tierra, tal como Roma impuso una vez la suya a los pueblos del Mediterráneo, al Galo y al Britano. O supongamos incluso que una de las grandes naciones lograra vencer a todos sus rivales por la fuerza y la diplomacia y, después, respetando la cultura y la separada vida interior de las naciones sometidas, afianzase su dominio por medio de una paz mundial, de una administración benéfica y de una incomparable organización del conocimiento y de los recursos humanos para la mejora del estado presente de la humanidad. Debemos ver ahora si esta posibilidad teórica puede reunir las condiciones que le permitirían convertirse en una posibilidad práctica. Ahora bien, si examinamos esta cuestión, nos daremos cuenta de que tales condiciones no existen; por el contrario, todo está en contra de la realización de un sueño tan colosal: éste sólo podría acontecer si se diesen cambios formidables hasta ahora ocultos en el secreto del futuro.

Se supone comúnmente que lo que lanzó a Alemania a su reciente guerra contra el mundo fue un sueño imperial semejante al descrito. Hasta qué punto esta intención era consciente en las mentes que dirigían la nación es un tema abierto a la duda; pero lo cierto es que si Alemania hubiese prevalecido en la Guerra tal como había esperado en un principio, la situación creada la habría empujado a esta gran aventura. Porque habría disfrutado de una posición dominante única que ninguna otra nación habría experimentado todavía durante el periodo conocido de la historia del mundo. Y las ideas que han gobernado recientemente el intelecto Alemán, la idea de su misión, de la superioridad de su raza, la inconmensurable excelencia de su cultura, su ciencia, la organización de su vida y su derecho divino para guiar la tierra e imponerle su voluntad y

sus ideales, todo esto junto al omnímodo espíritu del moderno comercialismo¹⁸ le habría impelido inevitablemente a afrontar la dominación universal como una tarea divinamente encomendada. El hecho de que una nación moderna, y ciertamente una nación muy avanzada en esa eficiencia, esa científica utilización de la ciencia, ese espíritu de organización, de ayuda del Estado, de la inteligente gestión de los problemas nacionales y sociales y del ordenamiento del bienestar económico, que Europa entiende por la palabra civilización, el hecho, decimos, de que una nación semejante fuese poseída y guiada por tales ideas e impulsos es sin duda una prueba de que los viejos dioses no están muertos: el antiguo ideal de la Fuerza dominadora lanzada a conquistar, gobernar y perfeccionar el mundo es todavía una realidad vital y no ha dejado de ejercer su impronta en la psicología de la raza humana. Tampoco existe ninguna certidumbre de que la reciente Guerra haya acabado con estas fuerzas y este ideal. Porque la Guerra ha sido decidida por el enfrentamiento de una fuerza contra otra fuerza, por el triunfo de una organización sobre otra organización, por la utilización superior o, en todo caso, más afortunada de aquellas mismas armas que constituían la fuerza real de la gran Potencia Teutónica agresiva. La derrota del Reich con sus propias armas no ha podido matar por sí misma al espíritu encarnado entonces en Alemania y bien podría abocar a una nueva encarnación del mismo espíritu, quizás en alguna otra raza o imperio: toda la batalla debería así ser librada otra vez. Mientras los viejos dioses existan, la destrucción o el debilitamiento del cuerpo que ellos animan es de poca importancia porque saben bien cómo transmigrar. Alemania derribó el espíritu Napoleónico de Francia en 1813 y destruyó los restos de su dominio Europeo en 1870; la misma Alemania se convirtió en la encarnación de aquello que había vencido. El fenómeno puede fácilmente reproducirse a una escala mucho más terrible.

Tampoco fue el fracaso de Alemania una prueba de la imposibilidad de este sueño imperial, como no lo fue el fracaso previo de Napoleón. Porque a la combinación Teutónica le faltaron todas las condiciones necesarias, excepto una, para el éxito de un propósito tan formidable. Tenía la más poderosa organización militar, científica y nacional que ningún pueblo haya desarrollado, pero le faltaba el gigantesco impulso conductor que Francia poseyó en un grado mucho mayor en la era Napoleónica, única cosa que puede coronar una empresa tan colosal con el éxito. Le faltaba el sabio genio diplomático que crea las condiciones indispensables para el éxito. Le faltaba la fuerza complementaria del poder naval, que es incluso más necesario que la superioridad militar para la tarea de la dominación mundial; y por su posición geográfica y por el cerco de sus enemigos alrededor de sus fronteras, estaba especialmente abierta a todas las desventajas que acompañan al dominio de los mares por parte del adversario natural. Sólo la combinación de un insuperable poderío naval y un insuperable poderío terrestre¹⁹ puede llevar una empresa tan vasta al terreno de la posibilidad real. Roma misma pudo aspirar a algo similar a un imperio mundial sólo cuando hubo destruido la superior fuerza marítima de Cartago. Sin embargo, los estadistas Alemanes calcularon tan erróneamente el problema que su nación entró en la lid con el predominio del Poder marítimo ya en manos de la coalición enemiga. En lugar de concentrar sus esfuerzos contra este adversario natural, en lugar de utilizar la vieja hostilidad de Rusia y Francia contra Inglaterra, su torpe y brutal diplomacia logró que estos antiguos enemigos se aliasen contra ella misma; en lugar de aislar a Inglaterra, consiguió sólo aislarse a sí misma, y el modo en que

¹⁸N.T. Hemos preferido este neologismo para la traducción del término inglés 'commercialism' siguiendo a las traducciones francesa e italiana. Este término denota la práctica y el énfasis excesivo en la persecución del éxito o provecho financiero y no, como el concepto 'mercantilismo', el sistema financiero que atiende en primer término a la práctica del comercio.

¹⁹Pero ahora se requiere además, y en un grado mucho mayor, el insuperable poderío aéreo.

empezó y condujo la Guerra la aisló aun más moralmente y dio una fuerza suplementaria al aislamiento físico provocado por el bloqueo Británico. Ciegamente obstinada en una gran concentración militar de Europa Central y Turquía, se alejó caprichosamente del único Poder marítimo que podía haberla apoyado.

Puede pensarse que la empresa imperial sea renovada en una fecha futura de la historia del mundo por un estadista o por una nación mejor situada, mejor equipada, dotada de un genio diplomático más sutil, una nación tan favorecida por las circunstancias, el temperamento y la fortuna como lo fue Roma en el mundo antiguo. ¿Cuáles serían entonces las condiciones necesarias para su éxito? En primer lugar, su objetivo tendría pocas probabilidades de éxito si le faltase esa extraordinaria buena suerte que permitió a Roma enfrentar a sus posibles rivales y enemigos uno a uno, evitando así una coalición victoriosa de las fuerzas hostiles. ¿Qué posibilidad existe de una situación tan afortunada en un mundo tan alerta y bien informado como el moderno, donde todo es conocido, espiado, contemplado por ojos celosos y mentes activas, bajo las condiciones de la moderna publicidad y la veloz comunicación planetaria? El mero hecho de detentar una posición dominante basta para poner a todo el mundo en guardia y hacerle focalizar su hostilidad en la Potencia cuya secreta ambición instintivamente siente. Por ello, una secuencia tan afortunada sólo parecería posible si, en primer lugar, tal Potencia iniciase su avance casi inconscientemente, sin ninguna ambición establecida y visible que pudiese despertar la alarma general; en segundo lugar, si una serie de acontecimientos favorables la condujesen tan cerca del fin deseado que éste quedara a su alcance antes de que aquellos que pudiesen impedirlo se percatasen de semejante posibilidad. Si, por ejemplo, hubiese una serie de conflictos entre las cuatro o cinco grandes Potencias que ahora dominan el mundo y cada uno de estos conflictos dejase al agresor aplastado, sin esperanza de recuperación y sin ninguna Potencia que ocupase su lugar, es concebible que, al final, una de ellas quedase en una posición de predominio natural tal -un predominio alcanzado sin ninguna deliberada agresión, alcanzado, al menos aparentemente, resistiendo la agresión de los demás- que el imperio mundial quedaría naturalmente en sus manos. Pero con las presentes condiciones de vida, especialmente con la ruinosa naturaleza de la guerra moderna, semejante secuencia de conflictos, totalmente natural y posible en periodos anteriores, parece estar más allá del horizonte de posibilidad real.

Debemos, pues, aceptar que la Potencia que avanzase hacia la dominación mundial debería hallar inevitablemente en algún momento una coalición formada contra ella por casi todo el resto de las Potencias capaces de oponérsele, coalición que contaría además con la simpatía general. Dada incluso la más afortunada de las diplomacias, este momento parece inevitable. Deberá, pues, poseer un predominio militar y naval combinados y perfectamente organizados para triunfar en este enfrentamiento desigual. Pero ¿dónde está el imperio moderno que pueda aspirar a alcanzar tal predominio? De aquellos que ya existen, Rusia puede llegar un día a poseer un poder militar tan arrollador que la fuerza actual de Alemania no sea, comparada con él, sino una bagatela; pero que pueda combinar esta fuerza terrestre con un poder marítimo similar es algo impensable. Inglaterra ha disfrutado hasta ahora de un predominio naval arrollador que, en ciertas condiciones, puede crecer tanto como para desafiar al mundo en armas²⁰; pero no podría, ni siquiera con los ejércitos y la ayuda de todas sus colonias, crear una fuerza terrestre equivalente a menos, es cierto, que provocase condiciones gracias a las cuales pudiese servirse de todas las posibilidades militares de la India. Incluso entonces, pensemos sólo

²⁰Esto no es posible ya a partir del enorme desarrollo de la marina Americana.

en las formidables masas y poderosos imperios que debería estar dispuesta a enfrentar y veremos que la creación de este doble predominio es una contingencia que los hechos mismos muestran como, si no quimérica, sí por lo menos altamente improbable.

Dada, incluso, una amplia superioridad del número de sus enemigos, una nación podría prevalecer concebiblemente sobre la coalición de sus oponentes gracias a una ciencia superior o a un empleo más hábil de sus recursos. Alemania confió en su superior ciencia para el triunfo de su empresa, y el principio en el que se fundó era sano. Pero en el mundo moderno la Ciencia es un bien común y, aunque una nación se desmarcase del resto tanto como para dejarlo, en un principio, en una posición de gran inferioridad, la experiencia ha demostrado que al cabo de poco tiempo -y una poderosa coalición no podría ser destruida al primer golpe- el terreno perdido puede recuperarse rápidamente o, por lo menos, pueden desarrollarse métodos de defensa que neutralicen en gran medida la ventaja lograda por el enemigo. Así pues, para el éxito deberíamos suponer el desarrollo, por parte de la nación o el imperio ambicioso, de una ciencia nueva o de descubrimientos nuevos no compartidos por el resto que le llevaran a una posición de superioridad semejante a la que Cortés y Pizarro disfrutaron frente a los Aztecas o los Peruanos. La superioridad de disciplina y organización que dio la ventaja a los antiguos Romanos, o a los Europeos en la India, ya no resulta suficiente para una empresa tan vasta.

Vemos, por ello, que las condiciones para el éxito de un imperio mundial son tales que difícilmente puede considerarse este modo de unificación como algo perteneciente al dominio de las posibilidades prácticas. Que pueda intentarse nuevamente es factible; que fracasará, casi puede ser profetizado. Al mismo tiempo, debemos tener en cuenta las sorpresas de la Naturaleza, el amplio campo de posibilidades inesperadas en su trato con nosotros. Por ello, no podemos considerar esta contingencia una imposibilidad absoluta. Por el contrario, si ésa fuera su intención, la Naturaleza crearía repentina o gradualmente los medios y las condiciones necesarias. Pero, aunque llegara a producirse, el imperio así creado debería enfrentar tantas fuerzas que su preservación resultaría más difícil aun que su creación y, o bien su temprano colapso pondría de nuevo el problema en escena en espera de una solución mejor, o bien debería, despojándose de los elementos de fuerza y dominio que inspiraron su empresa, contradecir el propósito esencial de su gran esfuerzo. Esto, sin embargo, pertenece a otro aspecto de nuestro tema y debemos posponerlo por el momento. Diremos ahora, no obstante, que si la unificación gradual del mundo por el crecimiento de grandes imperios heterogéneos que formen verdaderas unidades psicológicas es sólo una posibilidad vaga y naciente, su unificación por medio de una única dominación imperial forzosa ha traspasado o está traspasando el horizonte de las posibilidades reales y sólo podría acontecer por medio de procesos inesperados y a partir de las infinitas sorpresas que reserva la Naturaleza.

CAPÍTULO X

LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA

Hemos tenido que demorarnos tanto en las posibilidades de una agrupación-Imperio porque la evolución del Estado imperial es un fenómeno dominante del mundo moderno; gobierna las tendencias políticas de la última parte del siglo diecinueve y la primera del veinte, del mismo modo que la evolución de la nación libre democratizada gobernó la era que precedió a la nuestra. La idea dominante de la Revolución Francesa era la fórmula del pueblo libre y soberano y, a pesar del elemento cosmopolita introducido en la fórmula revolucionaria por el ideal de la fraternidad, esta idea se convirtió de hecho en la afirmación de la nación libre, independiente, gobernándose democráticamente a sí misma. En la época de la Gran Guerra, este ideal no se había desarrollado plenamente ni siquiera en el mundo occidental; porque Europa central estaba democratizada sólo en parte y Rusia sólo había empezado a volver su rostro hacia la meta común; incluso ahora, existen pueblos o fragmentos de pueblos Europeos sometidos²¹. Sin embargo, cualesquiera que fueran las imperfecciones, la idea de una nación libre democrática ha triunfado prácticamente en toda América y Europa. Los pueblos de Asia han aceptado igualmente este ideal que gobernó el siglo diecinueve y, aunque los movimientos de nacionalismo democrático en los países orientales, en Turquía, Persia, India y China, no fueron afortunados en sus primeros intentos de lograr reconocimiento, la profunda y extensa labor de la idea no puede ser puesta en duda por ningún observador cuidadoso. Sean cuales sean las modificaciones que puedan producirse, sean cuales sean las nuevas tendencias que intervengan, sean cuales sean las reacciones que se les opongan, difícilmente podría dudarse de que los principales dones de la Revolución Francesa deben perdurar y ser universalizados como adquisiciones permanentes, como indispensables elementos del orden futuro del mundo: consciencia y autonomía nacionales, libertad e ilustración para el pueblo, y tanta igualdad y justicia sociales, por lo menos, como sea indispensable para la libertad política; porque un gobierno democrático del pueblo por el pueblo es incompatible con cualquier forma de fija y rígida desigualdad.

Pero antes de que el gran impulso del diecinueve pudiera hacerse realidad en todas partes, antes incluso de que pudiera establecerse enteramente en Europa, una nueva tendencia ha intervenido y una nueva idea se ha alojado en la mente progresiva de la humanidad. Ésta es el ideal de un Estado perfectamente organizado. Fundamentalmente, el ideal de un Estado perfectamente organizado es socialista y se basa en la segunda palabra de la gran fórmula revolucionaria, igualdad, así como el movimiento del siglo diecinueve se centró en la primera: libertad. El primer impulso dado por el gran trastorno Europeo logró sólo un cierto tipo de igualdad política. Una incompleta nivelación social dejó aún intacta la única desigualdad y la única forma de preponderancia política que ninguna sociedad competitiva puede eliminar: la preponderancia de los ricos sobre los pobres, la desigualdad entre los más y los menos afortunados en la lucha por la vida, que se hace inevitable por la diferencia de capacidad, por la oportunidad desigual y por las desventajas resultantes de las circunstancias y del entorno. El Socialismo busca liberarse de esta persistente desigualdad destruyendo la forma competitiva de sociedad y

²¹Esto ya no constituye un hecho evidente, aunque subsiste todavía un estado de vasallaje en lugar de un sometimiento puro y simple.

substituyéndola por la cooperativa. Una forma cooperativa de sociedad existió en tiempos pasados en la figura de la comuna; pero la restauración de la comuna como unidad implicaría prácticamente el retorno a la vieja ciudad-estado y, puesto que esto ya no es posible con las vastas agrupaciones y grandes complejidades de la vida moderna, la idea socialista sólo podría materializarse a través de un Estado nacional rigurosamente organizado. Eliminar la pobreza no por medio de la ruda idea de la distribución igualitaria de los bienes, sino por la posesión común de toda la propiedad y su administración a través del Estado organizado, hacer iguales las oportunidades y capacidades en la medida de lo posible a través de la educación y preparación universales -de nuevo por medio del Estado organizado- es la idea fundamental del Socialismo moderno. Ello implica una abrogación o, por lo menos, una rigurosa disminución de toda libertad individual. El Socialismo Democrático aún se adhiere, ciertamente, al ideal decimonónico de libertad política; insiste en el igual derecho de todos, en el Estado, para elegir, juzgar y cambiar a sus propios gobernantes, pero está dispuesto a sacrificar toda otra libertad a su propia idea central.

El progreso de la idea Socialista parecería, por ello, guiar hacia la evolución de un Estado nacional perfectamente organizado que proporcionaría y controlaría la educación y preparación, gestionaría y gobernaría todas las actividades económicas y, para ese propósito tanto como para asegurar una eficacia perfecta, gobernaría también la moralidad, el bienestar y la justicia social; además, ordenaría la totalidad o, en cualquier caso, la mayor parte de la vida externa e interna de sus componentes individuales. De hecho, realizaría a través de un organizado control estatal lo que las sociedades tempranas intentaron mediante la presión social, la rigurosa norma de costumbre, el código minucioso y el *Shashtra*. Tal es el resultado inevitable inherente al ideal revolucionario. Este fenómeno se manifestó, primero, bajo la presión del peligro externo durante el Gobierno de Francia por los Jacobinos y el Reino del Terror; ha ido emergiendo y tendiendo a consolidarse bajo la presión de una necesidad interior a lo largo de la última parte del siglo diecinueve; ha emergido, no plenamente pero sí según una primera fórmula rudimentaria próxima a su completitud, por la combinación de la necesidad interior y exterior durante la presente Guerra. Lo que antes era un mero ideal del que sólo parecían inmediatamente posibles unos imperfectos pasos iniciales se ha convertido ahora en un programa realizable, como lo ha probado cierta demostración práctica convincente aunque necesariamente apresurada e imperfecta. Es verdad que para que tal programa pueda siquiera realizarse, la libertad política tiene que ser temporalmente abolida; pero esto, puede argüirse, es sólo un accidente momentáneo, la concesión a una necesidad temporal. En condiciones más libres, lo que se hizo de forma parcial y provisional por gobiernos que los pueblos habían consentido en investir con una autoridad absoluta y provisionalmente irrecusable puede hacerse, cuando no existe la presión de la guerra, de un modo total y permanente por el Estado democrático autónomo.

En este caso, el futuro próximo del grupo humano parecería ser el de la nación autónoma, políticamente libre, pero apuntando a una organización económica y social perfecta y, a tal fin, dispuesta a someter toda libertad individual al control del Estado nacional organizado²². Así como Francia fue, al final del siglo dieciocho y comienzos del diecinueve, la gran propagandista y el taller experimental de la libertad y la igualdad políticas, Alemania ha sido al final del diecinueve y comienzos del veinte la principal

²²Esto se hizo con un prodigioso atisbo de perfección en la Rusia Bolchevique, en la Alemania Nazi, en la Italia Fascista, y la necesidad de una opción semejante amenazó por un momento con extenderse por todas partes.

propagandista y el taller experimental de la idea del Estado organizado. Ahí ha surgido la teoría del Socialismo y ahí ha sido su propaganda más eficaz, hasta el punto de que una gran parte de la nación se entregó al nuevo evangelio; es ahí también donde han sido más minuciosa y admirablemente concebidas y aplicadas las grandes medidas socialistas, así como aquellas que han sometido el individuo al control del Estado para el bien común y el rendimiento de la nación. Importa poco que esto lo realizase un gobierno antisocialista, militarista y aristocrático; el hecho mismo es una prueba de la fuerza irresistible de esta nueva tendencia, y sólo bastaba para completar su triunfo la inevitable transferencia del poder administrativo de sus antiguos detentadores al pueblo.

A lo largo de las últimas décadas hemos visto a las ideas Germanas y a los métodos Germanos de ingerencia y control estatal ganar terreno en otros países, incluso en Inglaterra, patria del individualismo. La derrota de Alemania en la Guerra Europea no conjuró sus ideales, como la de la Francia revolucionaria y Napoleónica por la coalición Europea no supuso el fin de los suyos, ni el triunfo temporal del sistema monárquico y aristocrático impidió la expansión de sus nuevas ideas por toda Europa. Incluso si el militarismo y Junkerismo Alemán fuesen destruidos, el colapso de la forma imperial de gobierno sólo podría apresurar el desarrollo y la victoria más completos de eso que ha estado operando detrás de ellos y obligándoles a servirlo: la gran tendencia moderna a un Estado socialista perfectamente organizado; mientras que el resultado evidente de la Guerra en las naciones que se opusieron a Alemania ha sido empujarlas más rápidamente hacia el mismo ideal.

Si esto fuese todo, la evolución natural de las cosas, ayudada por la frustración de la forma Germana de imperialismo, conduciría lógicamente a un nuevo orden mundial basado en un sistema de Estados nacionales independientes pero cada vez más organizados, asociados más o menos estrechamente para el logro de los objetivos internacionales aunque conservando su existencia autónoma. Éste es el ideal que ha atraído a la mente humana como una posibilidad todavía distante desde la aparición del gran fermento revolucionario; es la idea de una federación de naciones libres, el parlamento del hombre, la federación del mundo. Pero las circunstancias reales vetan la esperanza de que pueda llegarse a una solución ideal semejante en un futuro próximo. Porque las ideas nacionalistas, democráticas y socialistas no son las únicas que actúan en el mundo: el imperialismo está igualmente en ascenso. Sólo unos pocos pueblos Europeos, en el presente, son naciones limitadas a sí mismas; cada nación es libre en sí misma, pero domina grupos humanos que no son libres o lo son sólo parcialmente. Incluso Bélgica, pequeña como es, tiene su Congo; Portugal, también pequeño, sus colonias; la pequeña Holanda, sus dependencias en el Archipiélago oriental; incluso los pequeños Estados Balcánicos han aspirado a resucitar un "imperio" y a gobernar sobre nacionalidades distintas de la suya o han acariciado la idea de volverse predominantes en la península. La Italia de Mazzini tiene sus aventuras imperialistas en Trípoli, Abisinia, Albania, las islas Griegas. Esta tendencia imperialista probablemente se intensificará durante cierto tiempo en lugar de debilitarse. La idea de remodelar incluso Europa sobre el estricto principio de la nacionalidad, que cautivó a las mentes liberales de Inglaterra antes del conflicto bélico, no se ha hecho todavía viable y, si se pusiese en práctica, aún quedarían toda Asia y toda África como terreno sujeto a las ambiciones imperialistas de las naciones Occidentales y de Japón. El carácter desinteresado que llevó a una mayoría en América a decretar la libertad de las Filipinas y reprimió el deseo de aprovecharse de los problemas de Méjico no le es posible a la mentalidad del Viejo Mundo, y no puede

saberse cuánto tiempo todavía puede perdurar incluso en América contra la creciente marea del sentimiento imperialista. El egoísmo nacional, el orgullo de dominio y el deseo de expansión gobiernan aún la mente humana, por más que puedan haber modificado sus métodos mediante débiles atisbos de móviles más elevados y una mejor moralidad nacional. Y hasta que este espíritu haya sido radicalmente cambiado, la unión de la raza humana en una federación de naciones libres debe seguir siendo una noble quimera.

Sin duda, una libre asociación y unidad debe ser la meta última de nuestro desarrollo y, hasta que se realice, el mundo estará sometido a constantes cambios y revoluciones. Todo orden establecido, porque es imperfecto, porque insiste en disposiciones cuya injusticia siempre acaba por ser reconocida o que obstaculizan el camino de nuevas tendencias y fuerzas, porque sobrevive a su utilidad y justificación, debe concluir en *malaise*²³, resistencia y trastorno; debe cambiar por sí mismo o ser cambiado sopena de conducir a cataclismos como los que periódicamente perturban nuestro progreso humano. Pero no ha llegado el tiempo en que el verdadero principio de orden pueda reemplazar a aquellos que son artificiales e imperfectos. La esperanza de una federación de naciones libres será vana hasta que las presentes desigualdades entre nación y nación hayan desaparecido o hasta que todo el mundo se eleve a una cultura común basada en un estado moral y espiritual más alto que el que ahora existe o es posible. Estando vivo el instinto imperial y siendo dominante y más fuerte, en el momento presente, que el principio del nacionalismo, la evolución de los grandes imperios difícilmente podría dejar de eclipsar durante un tiempo la tendencia al desarrollo de las nacionalidades libres. Todo lo que puede esperarse es que el viejo imperio, artificial y meramente político, sea reemplazado por un tipo más verdadero y más moral, y que los imperios existentes, llevados por la necesidad de fortalecerse y por un inteligente interés propio, sean capaces de ver que el reconocimiento de la autonomía nacional es una concesión sabia y necesaria al instinto aún vital del nacionalismo que puede ser utilizada para acrecentar, en vez de debilitar, su fuerza y la unidad imperial. De este modo, mientras una federación de naciones libres es por el momento imposible, un sistema de imperios federados y naciones libres en una asociación más estrecha que la que el mundo ha conocido hasta ahora no es del todo imposible; y con éste y otros pasos podría alcanzarse, en una fecha más próxima o más lejana, una forma de unidad política para la humanidad²⁴.

La Guerra ha sugerido muchas soluciones para la creación de esta asociación más estrecha pero, como norma general, éstas se han limitado a la concepción de un mejor ordenamiento de las relaciones internacionales en Europa. Una de ellas fue la idea de la eliminación de la guerra por medio de una ley internacional más estricta, administrada por un Tribunal internacional y apoyada por la sanción de las naciones, que sería impuesta por todas ellas a la nación ofensora. Semejante solución es quimérica, a menos que sea inmediatamente seguida por desarrollos ulteriores y de mayor alcance. Porque la ley promulgada por el Tribunal debe ser impuesta por la alianza de algunas de las Potencias más fuertes como, por ejemplo, la coalición de los aliados victoriosos que dominan al resto de Europa, o por un concierto de todas las Potencias Europeas o por unos Estados Unidos de Europa o por alguna otra forma de federación Europea. Una alianza dominante

²³N.T. En francés en el original.

²⁴La aparición de Hitler y la colosal tentativa Alemana de dominio mundial han contribuido a ello, paradójicamente, por medio de su derrota y la reacción contra él ha alterado completamente las circunstancias mundiales: los Estados Unidos de Europa son ahora una posibilidad de orden práctico que ha empezado a intentar hacerse realidad.

de las grandes Potencias sería simplemente una repetición en principio del sistema de Metternich y se quebraría de modo inevitable tras cierto lapso de tiempo; mientras que un Concierto de Europa debe significar, tal como lo ha demostrado la experiencia, la insegura tentativa de agrupaciones rivales de mantener un precario entendimiento que podría posponer, pero no impedir definitivamente, nuevos conflictos y colisiones. En sistemas tan imperfectos, la ley sería obedecida sólo mientras resultase conveniente, sólo mientras las Potencias que desearan nuevos cambios y reajustes no admitidos por el resto no considerasen llegado el momento oportuno para la resistencia. La Ley dentro de una nación está segura sólo porque existe una autoridad reconocida con poder para determinarla y realizar los cambios necesarios, una autoridad con fuerza suficiente como para castigar toda violación de sus estatutos. Una ley internacional o intereuropea tiene que contar con las mismas ventajas, si ha de ejercer algo más que una mera presión moral que pueda ser ignorada por aquellos que son lo suficientemente fuertes como para desafiarla y que encuentran beneficio en su violación. Una forma de federación Europea, por más laxa que ésta sea, es por ello esencial si la idea de un orden nuevo, que apunta tras estas propuestas, debe hallar aplicación práctica. Una vez constituida, tal federación debe ser necesariamente consolidada y aproximarse cada vez más a la forma de los Estados Unidos de Europa.

Si semejante unidad Europea puede ser creada, o si ya formada puede ser mantenida y perfeccionada a pesar de las muchas fuerzas de disolución, las muchas causas de conflicto que durante largo tiempo la someterían a prueba hasta el punto de ruptura, es algo que sólo la experiencia puede mostrar. Pero es evidente que, en el presente estado de egoísmo humano, si se crease, se convertiría en un instrumento tremendamente poderoso para la dominación y explotación del resto del mundo por parte del grupo de naciones que están hoy a la vanguardia del progreso humano. Inevitablemente, despertaría en antagonismo frente a ella la idea de la unidad Asiática y de la unidad Americana y, si bien estas agrupaciones continentales en substitución de las menores unidades nacionales presentes podrían constituir un avance hacia la unión final de toda la humanidad, su realización significaría sin embargo cataclismos de un tipo y alcance que eclipsarían la presente catástrofe, cataclismos en los que las esperanzas de la humanidad, en lugar de avanzar hacia su cumplimiento, podrían hundirse y colapsar fatalmente. Pero la objeción principal a la idea de los Estados Unidos de Europa es que el sentido general de la humanidad está tratando ya de ir más allá de las distinciones continentales y de someter éstas a una idea humana más vasta. Así, una división sobre la base continental podría ser, desde este punto de vista, un paso reaccionario de los más graves y provocar las más serias consecuencias para el progreso humano.

Europa, ciertamente, se halla en esta anómala posición: por una parte, está madura para la idea Paneuropea pero, al mismo tiempo, se encuentra en la necesidad de sobrepasarla. El conflicto de las dos tendencias fue curiosamente ejemplificado no hace mucho tiempo por ciertas especulaciones sobre la naturaleza de la reciente contienda Europea. Se sugirió que el pecado de Alemania en esta Guerra se debió a su exagerada y egoísta idea de nación y a su desprecio de la idea de Europa, una idea más vasta a la que la idea de nación debe ahora someterse y subordinarse. La vida entera de Europa debe ser ahora una unidad que lo absorba todo, su bien debe merecer la más alta consideración, y al egoísmo nacional debe permitírsele existir sólo como una parte orgánica de este egoísmo más grande. En efecto, ésta es la aceptación, tras muchas décadas, de la idea de Nietzsche, que insistió en que el nacionalismo y la guerra eran anacronismos y que el

ideal de todas las mentes ilustradas debía consistir, no en ser buenos patriotas, sino en ser buenos Europeos. Pero inmediatamente surgió la pregunta: ¿qué decir, pues, de la creciente importancia de América en la política mundial, qué decir de Japón y de China, qué de la renovada vitalidad de Asia? El escritor tuvo que retractarse de su primera fórmula y explicar que por Europa él entendía no Europa, sino todas las naciones que habían aceptado los principios de la civilización Europea como base de su gobierno y de su organización social. Esta fórmula, más filosófica, tiene la obvia o al menos la más atractiva ventaja de incluir a América y a Japón reconociendo así a todas las naciones realmente libres o dominantes como partes integrantes del círculo de la propuesta solidaridad; al mismo tiempo, ofrece la posibilidad de admisión en ese círculo a otras naciones siempre que puedan demostrar, tan decididamente como Japón o de algún otro modo, que han ascendido al estándar Europeo.

Cierto, aunque Europa está todavía poderosamente separada del resto del mundo en su propia concepción -como mostraron el resentimiento frecuentemente expresado respecto a la persistencia de Turquía en Europa y el deseo de poner fin a este gobierno de Europeos por Asiáticos-, en la práctica se halla inextricablemente ligada a América y Asia. Algunos de los países Europeos tienen colonias en América, todos tienen posesiones y ambiciones en Asia -donde sólo Japón escapa a la sombra proyectada por Europa- o en África del Norte, que es culturalmente una con Asia. Los Estados Unidos de Europa significarían, así, una federación de naciones Europeas libres, dominadores de una Asia semisometida y poseedores de partes de América, donde se hallarían en incómoda proximidad a naciones todavía libres y necesariamente inquietas y alarmadas por la sombra formidable de esta intromisión. El resultado inevitable en América sería una mayor aproximación entre el Centro y Sur Latinos y el Norte Anglófono, y un inmenso énfasis en la Doctrina Monroe con consecuencias que no pueden ser fácilmente previstas; mientras que en Asia podría darse sólo uno de estos dos resultados posibles: o la desaparición del resto de los Estados libres de Asia, o un vasto resurgimiento Asiático y la retirada Europea de Asia. Tales movimientos serían una prolongación de la vieja línea de desarrollo humano y reducirían a nada las nuevas condiciones cosmopolitas creadas por la moderna cultura y por la Ciencia; pero son inevitables si la idea de nación en Occidente ha de fundirse con la idea de Europa, es decir, con la idea continental antes que con una consciencia más amplia de una común humanidad.

Por ello, si antes o después debe crearse un nuevo orden supranacional como resultado del presente trastorno, éste debe ser una asociación que abarque a Asia, África y América tanto como a Europa y su naturaleza debe ser la de una organización de la vida internacional constituida por un número de naciones libres, como Suecia, Noruega, Dinamarca, los Estados Unidos, las repúblicas Latinas así como de un grupo de naciones imperiales y colonizadoras, tal como lo es la mayor parte de los pueblos de Europa. O bien estas últimas seguirían, como son ahora, libres en sí mismas pero dueñas de pueblos sometidos que con el paso del tiempo se volverían más y más intolerantes frente al yugo impuesto sobre ellos; o bien, gracias a un progreso ético que está todavía muy lejos de realizarse, pasarían a ser en parte centros de imperios federales libres y en parte naciones tutoras de razas aún retrasadas e insuficientemente desarrolladas hasta que éstas alcanzasen la capacidad de administrarse a sí mismas, tal como los Estados Unidos afirmó haber detentado durante algún tiempo la posesión de las Filipinas. En el primer caso, la unidad, el orden, la ley común establecida perpetuarían y estarían parcialmente fundados en un enorme sistema de injusticia, y se expondrían a las revueltas y revoluciones de la

Naturaleza y a las grandes venganzas con las que ésta afirma finalmente el espíritu humano contra esos errores que tolera, por un tiempo, como avatares necesarios en el desarrollo del hombre. En el último caso, habría cierta posibilidad de que el nuevo orden, por más lejos que estuviera en sus principios de ese ideal final de una libre asociación de agregados humanos libres, pudiese conducir pacíficamente y a través de un movimiento natural del progreso espiritual y ético de la raza a una estructura política, social y económica sana, justa y segura que permitiese a la humanidad apartarse de sus preocupaciones menores y dar comienzo por fin al desarrollo de su ser superior, que es la parte más noble de su destino potencial o -si no lo es, porque quién conoce si el largo experimento de la Naturaleza con el tipo humano está destinado al éxito o al fracaso-, es al menos la más elevada posibilidad futura que la mente humana puede vislumbrar.

CAPÍTULO XI

LA PEQUEÑA UNIDAD LIBRE Y LA UNIÓN MAYOR CONCENTRADA

Si consideramos las posibilidades de unificación de la raza humana por vías políticas, administrativas y económicas, observamos que un cierto tipo de unidad, o un primer paso hacia ella, parece no sólo posible, sino algo exigido más o menos urgentemente por un espíritu fundamental en la humanidad y por una percepción de su necesidad. Este espíritu ha sido creado en buena medida por el creciente conocimiento mutuo y por una comunicación cada vez más intensa; en parte, también por el desarrollo de ideales intelectuales más vastos y libres, y por simpatías emocionales en la mente progresiva de la raza. La percepción de la necesidad se debe, en parte, a la exigencia de satisfacer estos ideales y simpatías; en parte, a cambios económicos y a otros cambios materiales que hacen que los resultados de la vida nacional dividida -guerra, competencia comercial y consecuente inseguridad y peligro para la compleja y vulnerable organización social moderna- resulten más y más perturbadores tanto para el animal humano económico y político como para el pensador idealista. En parte, también, el nuevo giro se debe al deseo de las naciones más favorecidas de poseer, disfrutar y explotar sin problemas al resto del mundo, sin el peligro en que incurrirían con sus propias rivalidades y su formidable competencia, y prefiriendo un entendimiento y compromiso útiles entre ellas. La fuerza real de esta tendencia está en sus partes intelectuales, idealistas y emocionales. Sus causas económicas son en parte permanentes, y por ello elementos de fuerza y de seguro cumplimiento, y en parte artificiales y temporales, y por ello elementos de inseguridad y debilidad. Los incentivos políticos constituyen la parte más vil de la amalgama: su presencia puede incluso viciar el resultado global y conducir finalmente a un retroceso y a la necesidad de disolver la unidad inicialmente alcanzada.

Sin embargo, es posible algún resultado en un futuro más próximo o más lejano. Veamos por qué vías puede tener lugar, si llega a producirse: en primer lugar, por una suerte de entendimiento y unión iniciales a partir de las necesidades comunes más apremiantes, esto es, convenios comerciales, convenios relativos a la guerra y la paz, convenios para el arbitraje común de las disputas, dispositivos para el mantenimiento del orden mundial. Estos rudimentarios acuerdos iniciales, una vez aceptados, se desarrollarán naturalmente por la presión de la idea que los inspira y por su necesidad intrínseca dando lugar a una unidad más estrecha e incluso quizás, al final, a un supremo gobierno común, que puede durar hasta que los defectos del sistema establecido y la aparición de otros ideales y tendencias incompatibles con su mantenimiento conduzcan a un nuevo cambio radical o a la íntegra disolución del sistema en sus elementos y constituyentes naturales. Hemos visto también que esta unión se produciría probablemente sobre la base del mundo actual, modificada en cierta medida por los cambios que deben acontecer ahora de modo inevitable: cambios internacionales, que consistirán probablemente más en ajustes que en la introducción de un nuevo principio radical, y cambios sociales de un alcance mucho mayor en las naciones mismas. Dicho de otro modo, esta unión se decidirá entre las naciones libres y los imperios colonizadores actuales, pero con una organización interna de la sociedad y un modelo administrativo que progresarán rápidamente hacia un riguroso socialismo de Estado e igualitarismo de

los que se beneficiarán, principalmente, el trabajador y la mujer. Porque éstas son las tendencias dominantes de esta hora. Ciertamente, nadie puede predecir con plena seguridad que esta hora prevalecerá sobre todo el futuro. No sabemos qué sorpresas del gran drama humano, qué violentos resurgimientos de la vieja idea nacional, qué colisiones, fracasos, inesperados resultados en el desarrollo de las nuevas tendencias sociales, qué rebelión del espíritu humano contra un opresivo y mecánico colectivismo de Estado, qué crecimiento y poder, acaso, de un evangelio de anarquismo filosófico cuya misión sea reafirmar el inextirpable anhelo humano de libertad individual y libre autorrealización, qué imprevistas revoluciones religiosas y espirituales pueden llegar a intervenir en el curso mismo de este movimiento presente de la humanidad y desviarlo hacia un desenlace bien distinto. La mente humana no ha alcanzado todavía esa iluminación o esa ciencia segura que le permitiría prever con certeza su mismo mañana.

Supongamos, sin embargo, que no interviene ningún factor inesperado como los descritos. Podría realizarse entonces una cierta unidad política de la humanidad. Queda por resolver aún la cuestión de si es deseable que ésta se realice de este modo y en este momento y, si es así, en qué circunstancias, con qué indispensables condiciones cuya ausencia haría que el resultado alcanzado fuese sólo temporal como lo fueron las anteriores unificaciones parciales de la humanidad. Y en primer lugar, recordemos a qué precio ha conseguido la humanidad las unidades mayores constituidas en el pasado. El pasado inmediato ha creado para nosotros la nación, el imperio homogéneo natural, de naciones semejantes en raza y cultura o unidas por la necesidad geográfica y por atracciones recíprocas, y el imperio heterogéneo artificial fundado por medio de la conquista, mantenido por la fuerza, por el yugo de la ley, por la colonización comercial y militar, pero no fundido todavía en una verdadera unidad psicológica. Cada uno de estos principios de agregación ha aportado algún logro real o alguna posibilidad de progreso al conjunto de la humanidad, pero cada una ha comportado también sus desventajas temporales o inherentes e infligido alguna lesión a la totalidad del ideal humano.

La creación de una nueva unidad, cuando se realiza por medio de procesos externos y mecánicos, debe pasar usualmente, casi por necesidad práctica, por un proceso de contracción interna antes de que la unidad pueda permitirse otra vez una nueva y libre expansión de su vida interior; porque su primera necesidad e instinto es formar y asegurar su propia existencia. Reforzar su unidad es su impulso predominante y por esta suprema necesidad tiene que sacrificar la diversidad, la armoniosa complejidad, la riqueza de los diversos materiales, la libertad de relaciones internas sin las cuales la verdadera perfección de la vida es imposible. Para constituir una fuerte y segura unidad debe crear un centro supremo, un poder Estatal concentrado, ya sea monárquico o de aristocracia militar o de clase plutocrática u otra posible forma de gobierno a la que deberán subordinarse y sacrificarse la independencia y la vida libre del individuo, de la comuna, de la ciudad, de la región o de cualquier otra unidad menor. Al mismo tiempo, existe una tendencia a crear una sociedad firmemente mecanizada y rígida, a veces una jerarquía de clases u órdenes en la que el más bajo es adscrito a un lugar y deber inferiores y sometido a un tenor de vida más limitado que el que ocupa un grado superior, tal como en la jerarquía formada por el rey, el clero, la aristocracia, la clase media, el campesinado y la clase servil, que reemplazó en Europa a la rica y libre existencia de la ciudad y de la tribu o como el rígido sistema de castas, que reemplazó en la India a la existencia abierta y natural de los vigorosos clanes Arios. Además, como ya hemos visto, la participación activa y estimulante de todos o de la mayoría en el pleno vigor de la vida común, que era

la gran ventaja de las primeras comunidades, pequeñas pero libres, es mucho más difícil en un agregado mayor y al principio resulta imposible. En su lugar, se da una concentración de la fuerza de vida en un centro dominante o, como máximo, en una clase o clases gobernantes y dirigentes, mientras la gran masa de la comunidad es abandonada a un relativo torpor y disfruta sólo de un mínimo, sólo de una parte indirecta de esa vitalidad, en la medida en que a esta última se le permite filtrarse desde arriba y afectar indirectamente a la vida que se desarrolla en los estratos inferiores, más vulgar, pobre y estrecha. Éste es al menos el fenómeno que observamos en el periodo histórico del desarrollo humano que precedió a la creación del mundo moderno y la preparó. También en el futuro podría sentirse la necesidad de una rigidez constrictiva y formativa para constituir y consolidar firmemente las nuevas formas políticas y sociales que están ocupando u ocuparán el lugar de los agregados actuales.

Las pequeñas comunidades humanas, en las que todos pueden tomar fácilmente parte activa y en las que las ideas y movimientos son rápida y vívidamente percibidos por todos y pueden ser materializadas y conformadas velozmente sin necesidad de una organización grande y compleja, abocan naturalmente a la libertad en cuanto dejan de preocuparse por la primera y absorbente necesidad de la autopreservación. Formas tales como la monarquía absoluta o la oligarquía despótica, un Papado infalible o una sacrosanta clase teocrática no pueden florecer fácilmente en semejante entorno; les falta la ventaja de la distancia respecto a la masa y esa posición remota respecto a la crítica diaria de la mente individual de las que depende su prestigio. Y, por otra parte, no se da, para justificar su existencia, la urgente necesidad de uniformizar a grandes multitudes y vastas áreas, para cuya estabilización y mantenimiento aquéllas sirven en otros lugares. Por ello, vemos al régimen monárquico en Roma incapaz de mantenerse y, en Grecia, considerado una breve y antinatural usurpación; por su parte, la forma oligárquica de gobierno, aunque más vigorosa, no pudo asegurarse ni una supremacía clara y exclusiva ni una duración estable más que en una comunidad puramente militar como Esparta. La tendencia a la libertad democrática, en la que cada hombre participa de modo natural en la vida cívica tanto como en las instituciones culturales del Estado, tiene una voz paritaria en la determinación de la ley y la política, y toma parte en su ejecución en la medida en que se lo permiten su derecho como ciudadano y su capacidad como individuo, era innata al espíritu de la ciudad-estado e inherente a su forma. En Roma, esta tendencia estaba igualmente presente, pero no pudo desarrollarse con tanta rapidez ni perfeccionarse tan enteramente como en Grecia, a causa de los requerimientos de un Estado militar y conquistador que necesitaba una cabeza absoluta, un *imperator*, o un pequeño cuerpo oligárquico para dirigir su política exterior y su conducta militar. Pero aun así, el elemento democrático estuvo siempre presente y la tendencia democrática fue tan poderosa que empezó a operar y a crecer casi desde los tiempos prehistóricos e incluso en medio de la constante lucha de Roma por su propia preservación y expansión siendo sólo interrumpida por las supremas empresas bélicas como el gran duelo con Cartago por el imperio del Mediterráneo. En la India, las comunidades tempranas eran sociedades libres en las que el rey fue sólo una cabeza militar o un jefe civil. Vemos al elemento democrático perdurar en los días de Buddha y sobrevivir en pequeños Estados en tiempos de Chandragupta y Megasthenes, aun cuando las grandes monarquías y los imperios gobernados burocráticamente estaban acabando por reemplazar a los regímenes libres precedentes. Sólo en la medida en que la necesidad de una vasta organización de la vida India en toda la península, o al menos en la parte norte de la misma, se hizo sentir de un modo creciente, la forma de la monarquía absoluta se afirmó en el país y la casta culta y sacerdotal impuso

su dominio teocrático a la mente colectiva y su rígido *Shastra* como cadena de la unidad social y vínculo de la cultura nacional.

Como en la vida política y cívica, así también en la vida social. Una cierta igualdad democrática es casi inevitable en una comunidad pequeña; el fenómeno opuesto de marcadas distinciones y superioridad de clase puede establecerse durante el periodo militar del clan o la tribu, pero no puede mantenerse mucho tiempo en la estrecha intimidad de una estable ciudad-estado, excepto por medios artificiales tales como los que fueron aplicados en Esparta y Venecia. Aun cuando la distinción persista, su exclusividad está limitada y no puede hacerse más profunda ni más intensa dando lugar a una jerarquía fija. El tipo social natural de la pequeña comunidad es aquel que hallamos en Atenas, donde no sólo Cleón, el curtidor, ejerció una influencia política tan poderosa como el noble y rico Nicias, y los más altos puestos y funciones cívicas estaban abiertos a hombres de todas las clases, sino que también en las funciones y relaciones sociales había libertad de asociación e igualdad. Hallamos una igualdad democrática similar, aunque de un tipo diferente, en los primeros documentos de la civilización India. La rígida jerarquía de castas, con la pretensión y arrogancia del espíritu de casta, constituye una evolución tardía; en la vida simple de los tiempos antiguos, la diferencia o incluso la superioridad de función no conllevaba un sentido de superioridad personal o de clase: en el principio, la función religiosa y social más sagrada, la del *Rishi* y sacrificador, parece haber estado abierta a hombres de todas las clases y ocupaciones. Teocracia, casta y monarquía absoluta crecieron en fuerza *pari passu*, como la Iglesia y el poder monárquico en la Europa medieval, bajo la compulsión de nuevas circunstancias creadas por el desarrollo de grandes agregados sociales y políticos.

Las sociedades cuya cultura evolucionó en condiciones semejantes a las de las primeras ciudades-estado y clanes-nación Griegos, Romanos e Indios debieron desarrollar una intensa vida colectiva y una fuerza dinámica de cultura y de creatividad, a las que los agregados nacionales posteriores hubieron de renunciar y que sólo pudieron recuperar tras un largo periodo de autoformación en el que las dificultades propias del desarrollo de un nuevo organismo ya habían sido enfrentadas y vencidas. La vida cultural y civil de la ciudad Griega, de la que Atenas representa el logro supremo, una vida en la que vivir era en sí mismo una educación, en la que el más pobre y el más rico se sentaban juntos en el teatro para ver y juzgar los dramas de Sófocles y Eurípides, y el comerciante y el tendero Atenienses tomaban parte en las sutiles conversaciones filosóficas de Sócrates, creó para Europa no sólo sus modelos e ideales políticos, sino prácticamente todas sus formas básicas de cultura intelectual, filosófica, literaria y artística. La vida política, jurídica y militar de la sola ciudad de Roma, igualmente intensa, creó para Europa sus modelos de actividad política, militar, de disciplina y ciencia, de jurisprudencia e igualdad, e incluso sus ideales de imperio y colonización. Y en la India, fue la primitiva intensidad de la vida espiritual, de la que captamos destellos en la literatura Védica, Upanishádica y Budista, la que creó las religiones, las filosofías, las disciplinas espirituales que de modo directo o indirecto han esparcido desde entonces algo de su espíritu y conocimiento a través de Asia y Europa. Y en todas partes la raíz de esta fuerza libre, generalizada y poderosamente dinámica y vital que el mundo moderno sólo ahora está recuperando de algún modo era la misma a pesar de todas las diferencias: era la plena participación, no de una clase limitada, sino del conjunto de los individuos, en la multiforme vida de la comunidad, era la sensación que cada uno tenía de estar lleno de la energía de todos y de una cierta libertad para crecer, para ser él mismo, para realizar, pensar, para crear en el

flujo incontenible de esa energía universal. Es esta condición, esta relación entre el individuo y el agregado, lo que la vida moderna ha tratado hasta cierto punto de recuperar, y lo ha hecho de una forma torpe e imperfecta y llena de dificultades, pero con fuerzas de vida y de pensamiento a su disposición mucho más vastas que aquellas con las que podía contar la humanidad primitiva.

Es posible que, si las viejas ciudades-estado y clanes-nación hubiesen podido perdurar y modificarse en el sentido de crear agregados libres más grandes sin perder su propia vida en la nueva masa, muchos problemas habrían podido resolverse con una mayor simplicidad, con visión directa y fidelidad a la Naturaleza, problemas que ahora debemos resolver de una forma compleja y molesta, bajo el peligro de enormes amenazas y generalizadas convulsiones. Pero no hubo de ser así. Aquella vida primitiva tenía defectos vitales que no podían curarse. En el caso de las naciones Mediterráneas, deben hacerse dos importantes excepciones a la participación general de todos los individuos en la plena vida cívica y cultural de la comunidad: tal participación era negada al esclavo y apenas concedida a la mujer en la estrecha vida que se le permitía. En la India, la institución de la esclavitud estuvo prácticamente ausente y la mujer tuvo al principio una posición mucho más libre y digna que en Grecia y Roma; pero el esclavo fue pronto reemplazado por el proletariado, llamado en la India el *Sudra*, y la mujer fue rebajada en la sociedad India al nivel de sus congéneres Occidentales. Es posible que estos dos grandes problemas, el de la servidumbre económica y el de la sujeción de la mujer, hubieran sido enfrentados y resueltos en la comunidad primitiva si ésta hubiese vivido más, tal como han sido enfrentados ahora y se hallan en proceso de solución en el Estado moderno. Pero es dudoso: sólo en Roma vislumbramos ciertas tendencias iniciales que podrían haberse orientado en esa dirección y que nunca pasaron de ser las tímidas insinuaciones de una posibilidad futura.

Más grave fue el completo fracaso de esta forma temprana de sociedad a la hora de resolver la cuestión de las relaciones entre comunidad y comunidad. La guerra siguió siendo su relación normal. Todos los intentos de una federación libre fracasaron y como único medio de unificación quedó la conquista militar. El apego a los pequeños agregados, en los que cada hombre se sentía más vivo, había generado una especie de insularidad mental y vital que no podía acomodarse a las nuevas y más amplias ideas que la filosofía y el pensamiento político, impulsados por necesidades y tendencias más vastas, trajeron al terreno de la vida. Por ello, los viejos Estados tuvieron que disolverse y desaparecer: en la India, en los grandes imperios burocráticos de los Gupta y los Maurya a los que sucedieron el Patán, el Mongol y el Inglés; en el Oeste, en las vastas expansiones militares y comerciales logradas por Alejandro, por la oligarquía Cartaginesa y por la república y el imperio Romanos. Las últimas no fueron unidades nacionales sino supranacionales, prematuros intentos de grandes unificaciones de la humanidad que no podían consolidarse definitivamente mientras la unidad-nación intermedia no hubiese sido desarrollada de un modo completo y saludable.

La creación del agregado nacional quedó, pues, reservada para el milenio que sucedió al colapso del Imperio Romano. Y para resolver el problema que se le planteaba, el mundo, durante este periodo, hubo de abandonar muchos -en realidad, la mayoría- de los logros alcanzados para la humanidad por las ciudades-estado. Sólo cuando este problema fue resuelto, pudo darse un esfuerzo auténtico para desarrollar no sólo una comunidad firmemente organizada, sino una comunidad progresiva y cada vez más

perfeccionada; no sólo un fuerte molde de vida social, sino el libre crecimiento y la plenitud de la vida misma dentro de ese molde. Debemos estudiar brevemente este ciclo antes de poder considerar si la intervención de un nuevo esfuerzo a favor de agregados mayores se hallaría libre del peligro de un nuevo retroceso en el que el progreso interior de la raza tendría que ser sacrificado, al menos temporalmente, a fin de concentrar el esfuerzo en el desarrollo y la afirmación de una masiva unidad exterior.

CAPÍTULO XII

EL ANTIGUO CICLO DE CONSTRUCCIÓN PRENACIONAL DEL IMPERIO- EL CICLO MODERNO DE CONSTRUCCIÓN NACIONAL

Hemos visto que la construcción de la verdadera unidad nacional fue un problema de agregación humana que el mundo antiguo legó al del medioevo. El mundo antiguo partió de la tribu, de la ciudad-estado, del clan, del pequeño estado regional, esto es, de unidades menores que vivían entre otras unidades semejantes a ellas en cuanto al tipo general, a menudo emparentadas lingüísticamente y muchas veces pertenecientes a una misma familia racial. Tales unidades se distinguían de otros agregados humanos por su tendencia a una civilización común y por favorables circunstancias geográficas que protegían tanto la semejanza existente entre ellas como su diversidad respecto de otros grupos. Así, Grecia, Italia, las Galias, Egipto, China, Medo-Persia, India, Arabia, Israel, todos empezaron con una laxa agregación cultural y geográfica que hizo de ellas unidades culturales separadas y distintas antes de que pudieran convertirse en unidades-nación. En el interior de esta imprecisa unidad, la tribu, el clan, la ciudad o los estados regionales formaban en la vaga masa muchos puntos de unidad distinta, vigorosa y compacta, que sentían cada vez más intensamente la divergencia y oposición de su unidad cultural con respecto al mundo exterior, pero que podían sentir también frecuentemente, de una forma mucho más íntima y aguda, sus propias divergencias, contrastes y oposiciones. Donde este sentido de distinción local era más agudo, el problema de unificación nacional fue necesariamente más difícil y su solución, cuando se logró, tendió a ser más ilusoria.

En la mayoría de los casos, se intentó una solución. En Egipto y Judea ésta fue hallada con éxito aun en el ciclo antiguo de la evolución histórica; pero, ciertamente en Judea y probablemente en Egipto, el resultado llegó sólo por la dura disciplina del sometimiento a un yugo extranjero. Donde esta disciplina faltó, donde la unidad nacional se logró en cierto modo desde dentro -usualmente por medio de la conquista de todo el resto por parte de un clan, una ciudad o unidad regional fuertes, como Roma, Macedonia o los clanes montañoses de Persia-, el nuevo Estado, en lugar de esperar a crear una base firme para su conquista y establecer profundos y poderosos cimientos de unidad nacional, procedió enseguida a trascender su necesidad inmediata embarcándose en una carrera de conquista. Antes de que las raíces psicológicas de la unidad nacional hubieran penetrado profundamente, antes de que la nación fuese firmemente consciente de sí misma, poseyese irresistiblemente su unidad y se hallase invenciblemente adherida a ella, el Estado gobernante, arrastrado por el impulso militar que lo había llevado hasta ese punto, intentó de forma inmediata y por los mismos medios crear un agregado imperial más grande. Asiria, Macedonia, Roma, Persia, más tarde Arabia, siguieron todas la misma tendencia y el mismo ciclo. La gran invasión de Europa y del Asia Occidental por la raza Gaélica y la subsiguiente desunión y declive de los Galos se debieron probablemente al mismo fenómeno y procedieron de una unificación más inmadura y peor constituida aun que la Macedonia. Todas se convirtieron en el punto de partida de grandes movimientos imperiales antes de haberse hecho la piedra angular de unidades nacionales sólidamente edificadas.

Por esta razón, tales imperios no pudieron durar. Algunos tuvieron una vida más larga que otros porque habían establecido fundamentos más firmes en la unidad-nación central, como lo hizo Roma en Italia. En Grecia, Filipo, el primer unificador, llevó a cabo un rápido pero imperfecto intento de unificación cuya celeridad fue posible gracias al previo, aunque menos rígido, dominio Espartano; y, si hubiese sido seguido por sucesores de un talento paciente en lugar de por un hombre de vasta imaginación y genio supremo, este primer y rudimentario intento práctico podría haberse ultimado, consolidado y convertido en una obra duradera. El fundador que opera a gran escala y rápidamente necesita siempre como sucesor a un hombre con el talento o el genio para la organización más que con el ímpetu para la expansión. Un César seguido por un Augusto significó una obra de masiva durabilidad; un Filipo seguido por un Alejandro, un logro de gran importancia para el mundo por sus resultados, pero en sí mismo un mero esplendor de corta vida. Roma, a quien la cauta Naturaleza le negó todo hombre de genio de mando hasta que hubo unificado firmemente Italia y establecido la base de su imperio, fue capaz de edificar con mucha mayor solidez; sin embargo, fundó su imperio no como centro y cabeza de una gran nación, sino en cuanto que ciudad dominante que se servía de una Italia sometida como plataforma para arrojarse sobre el mundo circundante y subyugarlo. Por ello, tuvo que enfrentar un problema de asimilación mucho más difícil -el de un complejo de naciones y culturas, formadas o incipientes, diferentes de la propia- antes de haber conseguido y aprendido a aplicar al nuevo problema, a una escala más reducida y fácil, el arte de la unificación completa y absoluta, antes de haber fundido en un solo organismo nacional viviente, ya no Romano sino Italiano, los elementos de diversidad y semejanza ofrecidos por los factores Galo, Latino, Úmbrico, Osco y Greco-Apuliano de la antigua Italia. Por ello, aunque su imperio duró muchos siglos, logró su conservación en el tiempo al coste de la energía, la vitalidad y el vigor interior: no alcanzó ni la unidad nacional ni una unidad imperial duradera y, como otros imperios antiguos, debió colapsarse y dejar el espacio libre para una era de verdadera construcción nacional.

Es necesario poner de relieve dónde reside el error. La organización administrativa, política y económica de la humanidad en agregados de menor o mayor tamaño es un trabajo que pertenece básicamente al mismo tipo de fenómenos que la creación de organismos vitales en la Naturaleza física. Ésta emplea en primer lugar, podría decirse, métodos externos y físicos gobernados por los principios de la energía vital física para crear formas vivientes, aunque su objetivo interior es liberar, manifestar y poner en acción un principio suprafísico, psicológico, latente en las operaciones de la vida y el cuerpo. Su propósito y método global son construir un cuerpo fuerte y duradero y un funcionamiento vital para un ego encarnado distinto, poderoso, bien centrado y bien ramificado. En este proceso, tal como hemos visto, son formadas primero unidades menores distintas en una unidad más vasta e imprecisa. Éstas tienen una poderosa existencia psicológica, un cuerpo y un funcionamiento vital bien desarrollados, mientras que en la masa mayor el sentido psicológico y la energía vital están presentes pero desorganizados y privados de un funcionamiento preciso siendo el cuerpo una cantidad fluida o una masa informe o, como máximo, algo semifluido-semisólido, un plasma más que un cuerpo. Éste debe ser, a su vez, formado y organizado; debe dársele una forma física sólida, un funcionamiento vital preciso y una clara realidad psicológica, una consciencia de sí y una voluntad mental de ser.

Así se forma una unidad nueva y mayor; y ésta se halla nuevamente entre un número de unidades similares a las que, al principio, considera hostiles y totalmente

diferentes de sí misma, luego entra en una especie de comunidad con ellas, aunque permaneciendo diversa, hasta que otra vez vemos repetirse el fenómeno original de un número de pequeñas unidades distintas en una unidad más grande y más imprecisa. Las unidades contenidas son mayores y más complejas que antes, la unidad contenedora es también más grande y más compleja que antes, pero la posición esencial y el problema a resolver son los mismos. Así, al principio, se daba el fenómeno de ciudades-estado y pueblos regionales coexistentes como partes desunidas de una vaga unidad cultural y geográfica, Italia o la Hélade, y el problema consistía en crear la nación Helénica o Italiana. Después, en su lugar se dio el fenómeno de unidades nacionales formadas o en formación, coexistentes como partes desunidas de la vaga unidad cultural y geográfica representada, primero, por la Cristiandad y después por Europa, y con él el problema de la unión de esta Cristiandad o de esta Europa que, aunque más de una vez concebida por estadistas individuales y pensadores políticos, nunca fue lograda y ni siquiera intentados sus primeros pasos. Antes de que sus dificultades pudiesen ser superadas, el movimiento moderno, con sus fuerzas unificadoras, nos ha presentado un fenómeno más nuevo y complejo: el de un cierto número de unidades-nación y unidades-imperio en el marco de unas relaciones comerciales cada vez más estrechas y una interdependencia vital vaga pero cada vez mayor; y el problema anexo de la unificación de la humanidad eclipsa ya el sueño insatisfecho de la unificación de Europa.

En la Naturaleza física, los organismos vitales no pueden vivir enteramente por sí mismos: viven o bien por intercambio con otros organismos vitales, o bien en parte gracias a ese intercambio y en parte devorando a otros, pues éstos son los procesos de asimilación comunes a la vida física separada. Al unificarse la vida, por otra parte, es posible una asimilación que va más allá de la alternativa de devorarse uno a otro o de un estado de permanente distinción y separación que limita la asimilación a una recepción mutua de energías, descargadas por una vida sobre otra. Puede darse, en lugar de esto, una asociación de unidades que se subordinen conscientemente a una unidad general, la cual se desarrolla gracias a este proceso de atracción mutua. Algunas de éstas, ciertamente, son eliminadas y usadas como material para nuevos elementos, pero no todo puede ser tratado así, no todo puede ser devorado por una unidad dominante porque en tal caso no existe unificación, no se produce la creación de una unidad más grande, no se da una continuidad de vida mayor, sino sólo una supervivencia temporal del devorador gracias a la digestión y utilización de la energía del devorado. En la unificación de los agregados humanos, éste es pues el problema: cómo deben subordinarse las unidades constitutivas a una nueva unidad sin morir ni desaparecer.

La debilidad de las viejas unidades imperiales creadas por conquista consistía en que tendían a destruir a las unidades menores que asimilaban, como hizo la Roma imperial, y a convertirlas en alimento para la vida del órgano dominante. Galia, España, África, Egipto, fueron así asesinados, convertidos en materia muerta, y su energía fue absorbida por el centro, Roma. De este modo, el imperio se convirtió en una gran masa moribunda de la que la vida de Roma se alimentó durante siglos. Con semejante método, sin embargo, el agotamiento de la vida de las partes sometidas acaba dejando al voraz centro dominante sin ninguna fuente para nuevos aprovisionamientos de energía. Al principio, la mejor fuerza intelectual de las provincias conquistadas fluyó hacia Roma y su energía vital vertió en ella una gran provisión de fuerza militar y de habilidad de gobierno pero, finalmente, ambas fracasaron y la energía intelectual de Roma primero y su habilidad militar y política después fenecieron en medio de la muerte general. La

civilización Romana no habría vivido siquiera tanto tiempo de no haber sido por las nuevas ideas e impulsos recibidos del Oriente. Este intercambio, sin embargo, no tenía ni el vigor ni la continuidad que en el mundo moderno caracteriza al flujo y reflujo siempre nuevo de corrientes de pensamiento e impulsos de vida, y no podía reanimar verdaderamente la baja vitalidad del cuerpo imperial ni detener durante mucho tiempo su proceso de decadencia. Cuando el yugo Romano se hizo más flexible, el mundo tan firmemente mantenido bajo control se había convertido, desde hacía mucho tiempo, en un 'muerto en vida' gigantesco, decoroso, magníficamente organizado, pero incapaz de reorganización o regeneración: la vitalidad sólo podía ser restablecida por la irrupción del vigoroso mundo bárbaro desde las llanuras de Germania, las estepas de más allá del Danubio y los desiertos de Arabia. La disolución tuvo que preceder a un movimiento de construcción más sólida.

En el periodo medieval de construcción nacional, vemos a la Naturaleza corregir este primitivo error. Cuando hablamos de los errores de la Naturaleza, usamos en realidad una figura ilegítimamente tomada de nuestra psicología y experiencia humanas; porque en la Naturaleza no hay errores, sino sólo el deliberado compás de sus pasos trazados y retrazados en una prefigurada cadencia, cada uno de cuyos movimientos tiene un sentido y un lugar en la acción y reacción de su proceder gradual. El dominio arrollador de la uniformidad Romana fue un mecanismo no para destruir permanentemente, sino para debilitar la excesiva vitalidad separada de las viejas unidades menores, de modo que cuando revivieran no presentasen un obstáculo insuperable al crecimiento de la verdadera unidad nacional. Lo que la mera unidad-nación puede perder por no experimentar esta cruel disciplina -dejamos de lado el peligro de una muerte efectiva que tal disciplina conlleva, como en el caso de Caldea o Asiria, tanto como las ventajas espirituales y de otro tipo que pueden derivarse evitándola- nos lo muestra el ejemplo de la India, donde los imperios Maurya, Gupta, Andhra y Mongol, inmensos y poderosos como eran, nunca consiguieron aplastar la vida obstinadamente independiente de las unidades sometidas, desde la comunidad de la aldea hasta el área regional o lingüística. La India ha necesitado la presión de un gobierno de origen no indígena ni localmente centrado, el dominio de una nación extranjera totalmente extraña en cultura y moralmente acorazada contra las simpatías y atracciones de la atmósfera cultural India, para hacer en un siglo el trabajo que dos mil años de un imperialismo más flexible no habían logrado realizar. Semejante proceso implica necesariamente una presión cruel, a menudo peligrosa, y una destrucción de viejas instituciones; porque la Naturaleza, cansada de la obstinada inmovilidad de una resistencia inmemorial, parece preocuparse poco de cuántas cosas valiosas y hermosas sean destruidas mientras su objetivo principal se cumpla: pero podemos estar seguros de que si la destrucción tiene lugar es porque, para tal propósito, la destrucción era indispensable.

En Europa, cuando la presión Romana cesó, revivieron la ciudad-estado y la nación regional como elementos de una nueva construcción. Pero excepto en un país, y curiosamente en la misma Italia, la ciudad-estado no ofreció una resistencia auténtica al proceso de unificación nacional. Debemos adscribir su poderosa resurrección en Italia a dos circunstancias: primero, a la prematura opresión Romana sobre la antigua vida libre de la ciudad antes de que ésta hubiese desarrollado plenamente sus posibilidades; segundo, a su supervivencia embrionaria tanto por la prolongada vida civil de la misma Roma, como por la persistencia en los *municipia* Italianos de un sentido de vida separada, oprimida pero nunca aniquilada como lo fue la vida clánica de las Galias y España o la

vida separada de la ciudad en Grecia. Así, psicológicamente, la ciudad-estado Italiana ni murió satisfecha y plenamente realizada ni fue destruida más allá de toda posibilidad de recuperación; por ello revivió en nuevas encarnaciones. Y esta resurrección fue desastrosa para la vida nacional de Italia, aunque un don y un beneficio incalculables para la cultura y la civilización del mundo; porque así como la vida urbana de Grecia había creado originalmente el arte, la literatura, el pensamiento y la ciencia del mundo Grecorromano, la vida urbana de Italia los recuperó, los renovó y les dio una forma nueva, adecuada a nuestros tiempos modernos. En todas partes, la unidad-ciudad revivió sólo bajo la forma de los municipios libres o semilibres de la Francia, Flandes o Alemania medievales; y éstos no fueron en ningún momento un obstáculo para la unificación sino que más bien ayudaron a formar una base subconsciente para ella y, al mismo tiempo, a impedir, gracias a poderosos impulsos y a un libre movimiento de pensamiento y de arte, la tendencia del medioevo a la uniformidad intelectual, el estancamiento y el obscurantismo.

El viejo clan-nación pereció excepto en países como Irlanda y en la Escocia del Norte y del Oeste, que no habían sufrido la presión Romana, y esto resultó allí tan fatal para la unificación como la ciudad-estado en Italia: impidió que Irlanda desarrollase una unidad organizada y que los Highlands Célticos se amalgamasen con la nación Escocesa Anglo-Céltica hasta que el yugo de Inglaterra pasó sobre ellas e hizo lo que el gobierno Romano habría hecho, si su expansión no hubiese sido detenida por los montes Grampianos y los mares de Irlanda. En el resto de la Europa Occidental, la obra realizada por el gobierno Romano fue tan profunda que ni siquiera el dominio de los países Occidentales por parte de las naciones tribales Germanas logró revivir el viejo clan-nación, fuertemente caracterizado y obstinadamente separativo. En su lugar, creó los reinos regionales de Alemania y las divisiones provinciales y feudales de Francia y España; pero fue sólo en Alemania, que como Irlanda y los Highlands Escoceses no había soportado el yugo Romano, donde esta vida regional constituyó un serio obstáculo para la unificación. En Francia pareció impedirla por un tiempo pero, en realidad, esta vida regional sólo resistió lo suficiente como para convertirse en un valioso elemento de riqueza y variedad en la unidad final de Francia. La incomparable perfección de esa unidad es un signo de la secreta sabiduría oculta en el largo proceso que observamos en la historia de Francia, que a la mirada superficial le parece tan miserable y confuso, una alternancia tan prolongada de anarquía y despotismo monárquico o feudal, tan diferente del desarrollo gradual, sólido y mucho más ordenado de la vida nacional de Inglaterra. Pero en Inglaterra, la riqueza y la diversidad necesarias del organismo último fueron proporcionadas de otro modo: por la gran diferencia de las razas que conformaron la nueva nación y por la perduración de Gales, Irlanda y Escocia como unidades culturales separadas con consciencia propia subordinada a la unidad mayor.

El ciclo Europeo de construcción nacional difiere, así pues, del antiguo ciclo que condujo desde el estado regional y la ciudad-estado al imperio: primero, en no sobrepasar su objetivo para proceder a una unificación mayor negligiendo los necesarios agregados intermedios; en segundo lugar, en su progresión lenta y gradual a través de tres etapas sucesivas que permitieron establecer la unidad sin que los elementos constituyentes fuesen asesinados ni prematura o indebidamente oprimidos por los instrumentos de unificación. La primera etapa consistió en una larga oscilación de tendencias centrífugas y centrípetas en la que el sistema feudal proporcionó un principio de orden y unidad, una unidad imprecisa pero orgánica. La segunda fue un movimiento de unificación y de creciente uniformidad en la que se repitieron ciertos aspectos del antiguo sistema imperial

Romano, pero con una fuerza menos arrolladora y una tendencia menos agotadora. Ésta se caracterizó primero por la creación de un centro metropolitano que empezó a absorber, como Roma, las mejores energías vitales de las otras partes. Una segunda característica fue el desarrollo de una soberana autoridad absoluta, cuya función consistió en imponer una uniformidad legal, administrativa, política y lingüística y una centralización de la vida nacional. Un tercer signo de este movimiento fue el establecimiento de una cabeza y un cuerpo espirituales gobernantes que servían para imponer una uniformidad similar en el pensamiento religioso y en la educación y opinión intelectuales. Esta presión unificadora, llevada demasiado lejos, habría acabado tan desastrosamente como la Romana de no haber sido seguida por una tercera etapa de revuelta y difusión, que quebrantó o subordinó estos elementos -el feudalismo, la monarquía, la autoridad de la Iglesia- tan pronto como su labor terminó y reemplazó su tendencia por un nuevo movimiento dirigido a la difusión de la vida nacional a través de una libertad e igualdad política, legislativa, social y cultural fuerte y bien organizada. Su orientación fue intentar que en la nación moderna, como en la vieja ciudad, todas las clases y todos los individuos disfrutasen de los beneficios de una existencia nacional liberada y participasen de las libres energías de la nación.

La tercera etapa de vida nacional disfruta de las ventajas de la unidad y de la uniformidad creadas por la segunda, y es capaz de utilizar nuevamente y sin riesgo las posibilidades de la vida regional y ciudadana salvadas por la primera etapa de la total destrucción. Gracias a estas etapas del progreso nacional, nuestros tiempos modernos son cada vez más capaces de afrontar -cuando y donde sea deseado o necesario- la idea de una nación federada o de un imperio federal sólidamente basado en una unidad psicológica profunda y bien establecida; esto, en efecto, se logró ya de acuerdo con un modelo simple en Alemania y América. Ahora, podríamos avanzar también sin riesgo, si quisiéramos, hacia una descentralización parcial sirviéndonos de gobiernos subordinados, comunas y ciudades provinciales, que podrían contribuir a evitar una absorción excesiva por parte de la metrópolis de las mejores energías nacionales, facilitando así su circulación a través de muchos centros y plexos. Al mismo tiempo, podemos empezar a prever la utilización organizada de un Estado inteligentemente representativo de toda la nación consciente, activa y vitalizada como medio para la perfección de la vida del individuo y de la comunidad. Tal es el punto que el desarrollo del agregado-nación ha alcanzado en el momento en que nos enfrentamos, de acuerdo con las tendencias futuras, ya al problema mayor del agregado imperial, ya a problemas aun más importantes derivados de la creciente unidad cultural y de la interdependencia comercial y política de toda la humanidad.

CAPÍTULO XIII

LA FORMACIÓN DE LA UNIDAD-NACIÓN: LAS TRES ETAPAS

Las tres etapas de desarrollo que han marcado la evolución moderna y medieval del tipo nación pueden ser contempladas como el proceso natural en el que debe crearse una nueva forma de unidad a partir de condiciones complejas y materiales heterogéneos, por medio de un procedimiento más externo que interno. El método externo trata siempre de imponer a la condición psicológica de los hombres formas y hábitos nuevos por la presión de las circunstancias y las instituciones más que por la creación directa de una condición psicológica nueva que, por el contrario, desarrollaría libre y flexiblemente sus propias formas sociales adecuadas y útiles. En tal proceso debe darse, en la naturaleza misma de las cosas, primero, una especie de orden social laxo pero suficientemente imperioso y un tipo común de civilización que sirvan de armazón o estructura sobre la que el nuevo edificio pueda levantarse. Después, debe seguir naturalmente un periodo de organización estricta dirigida a la unidad y a la centralización del control y, quizás, a una nivelación y uniformidad generales bajo esa dirección central. Por último, si el nuevo organismo no debe fosilizar y estereotipar la vida, si debe ser aún una vigorosa y viviente creación de la Naturaleza, debe llegar, tan pronto como la formación ha sido consolidada y la unidad se ha convertido en un hábito mental y vital, un periodo de libre desarrollo interno. Esta actividad interna más libre, una vez afianzada en su centro y en su base por las necesidades, ideas e instintos creados de la comunidad, ya no comportará el peligro de desorden, disgregación o interrupción del desarrollo y de la formación del organismo.

La forma y el principio del primer sistema, menos rígido, debe depender de la historia pasada y de las condiciones actuales de los elementos que deben ser soldados para dar lugar a una nueva unidad. Pero es notable que tanto en Europa como en Asia se diese una tendencia común, que no podemos adscribir a ningún intercambio íntimo de ideas sino a la operación de la misma causa y necesidad naturales, al desarrollo de una jerarquía social basada en una división de acuerdo con cuatro actividades sociales diferentes -la función espiritual, el dominio político y la doble función económica de producción e intercambio mercantil y de trabajo o servicio dependiente-. El espíritu, la forma y el equilibrio desarrollados fueron muy distintos en las diferentes partes del mundo de acuerdo con la inclinación de la comunidad y sus circunstancias, pero el principio inicial fue casi idéntico. La fuerza motriz fue en todas partes la necesidad de una forma de vida social común, vasta y eficaz, en la que la fijeza de las condiciones sociales permitiese someter los intereses individuales y los pequeños intereses de la comunidad al yugo de una unidad e igualdad religiosa, política y económica suficientes. Es notable que la civilización Islámica, con su principio dominante de igualdad y fraternidad en la fe, y su curiosa institución de una esclavitud que no impedía al esclavo elevarse incluso hasta el trono, nunca fuese capaz de desarrollar una forma semejante de sociedad y que, a pesar de su estrecho contacto con la Europa política y progresiva, no lograse generar unidades-nación fuertes y vivas, bien organizadas y conscientes ni siquiera tras la caída del imperio de los Califas. Sólo ahora, bajo la presión de las ideas y condiciones modernas, lo está haciendo.

Pero incluso allí donde esta fase preparatoria tuvo una existencia real, no siempre se dieron las etapas subsiguientes. El periodo feudal de Europa con sus cuatro órdenes -el clero, el rey y los nobles, la burguesía y el proletariado- posee una semejanza suficientemente próxima al cuádruple orden Indio, con sus clases sacerdotal, militar, mercantil y *Shudra*. El sistema Indio tomó su sello característico de un orden de ideas diferente, preponderantemente religioso y ético más que político, social o económico. Sin embargo, en la práctica, la función dominante del sistema fue social y económica, y no parece haber razón, a primera vista, para que no siguiese, cualesquiera que fuesen las diferencias de detalle, la evolución común. Japón, con su gran orden feudal bajo el liderazgo espiritual y secular del Mikado, y más tarde el doble liderazgo del Mikado y el Shogun, desarrolló una de las unidades-nación más vigorosas y conscientes que el mundo ha visto. China, con su gran clase culta -que reunía las funciones del *Brahmin* y del *Kshatriya*, es decir, de conocimiento espiritual y secular y de gobierno ejecutivo- y su Emperador e Hijo del Cielo como cabeza y representante de la unidad nacional, logró convertirse en una nación unida. El diverso resultado en la India, aparte de otras causas, se debió a una evolución diferente del orden social. En todo otro lugar, esa evolución se orientó a una organización y liderazgo seculares; en el seno de la nación, creó una clara consciencia política y, como consecuencia, produjo la subordinación de la clase sacerdotal a la militar y administrativa, o la igualdad de ambas, o incluso su fusión bajo una cabeza espiritual y secular común. En la India medieval, por el contrario, esta evolución tendió hacia el dominio social de la clase sacerdotal y la substitución de la consciencia política común por una consciencia espiritual común, como base del sentimiento nacional. No se creó ningún centro secular duradero, no existió ninguna cabeza imperial o real que por su prestigio, su poder, su antigüedad, por inspirar la reverencia y obediencia generales, pudiese superar o siquiera contrarrestar este prestigio y predominio sacerdotales generando un sentimiento de unidad política tanto como de unidad espiritual y cultural.

La lucha entre la Iglesia y el Estado monárquico es una de las características más importantes y vitales de la historia de Europa. Si este conflicto hubiese tenido un resultado diverso, toda la humanidad futura habría estado en peligro. Dado el curso de las cosas, la Iglesia se vio obligada a renunciar a su vindicación de independencia y al predominio sobre el poder temporal. Incluso en las naciones que siguieron siendo Católicas, la independencia y predominio reales de la autoridad temporal acabaron por triunfar. El rey de Francia, por ejemplo, ejerció un control sobre la Iglesia y el clero Galos que hizo imposible toda interferencia efectiva del Papa en los asuntos franceses. En España, a pesar de la estrecha alianza entre el Rey y el Papa y de la admisión teórica de la completa autoridad espiritual del último, era en realidad la cabeza temporal la que decidía la política eclesiástica y ordenaba los terrores de la Inquisición. En Italia, la presencia directa de la cabeza espiritual del Catolicismo en Roma fue un gran obstáculo moral para la creación de una nación políticamente unida; la apasionada determinación del pueblo Italiano, una vez liberado, de establecer a su Rey en Roma fue en realidad un símbolo de la ley según la cual una nación políticamente organizada y consciente sólo puede tener una autoridad suprema y central, y ésta debe ser el poder secular. La nación que ha alcanzado o está alcanzando esta etapa debe o bien separar la exigencia religiosa y espiritual de su común vida política y secular individualizando la religión, o unir una y otra mediante una alianza del Estado y la Iglesia que sostenga la autoridad única de la cabeza temporal, o bien concentrar la jefatura espiritual y temporal en una sola autoridad tal como se hizo en Japón, en China y en la Inglaterra de la Reforma. Incluso en la India, el primer pueblo que desarrolló una consciencia nacional de un tipo no predominan-

temente espiritual fue el Rajput, en especial el de Mewar, para el que el *Rajah* era la cabeza de la sociedad y de la nación. Y el pueblo que habiendo alcanzado consciencia nacional se acercó más a lograr también una unidad política organizada fue el Sikh, para el que el Guru Govind Singh concibió deliberadamente un centro espiritual y secular común, el *Khalsa*; y también los Mahrattas, que no sólo establecieron una cabeza secular representativa de la nación consciente, sino que se secularizaron tanto que, podría decirse, todo el pueblo sin distinción, *Brahmin* y *Shudra*, se convirtió durante cierto tiempo potencialmente en un pueblo de soldados, políticos y administradores.

En otras palabras, la institución de una jerarquía social fija, si bien parece haber sido una etapa necesaria para las primeras tendencias de la formación nacional, tuvo que modificarse y preparar su propia disolución para hacer posibles las etapas posteriores. Un instrumento válido para cierto trabajo y en ciertas condiciones, si se sigue utilizando cuando el trabajo y las condiciones han cambiado, se convierte necesariamente en un obstáculo. Se requería, así pues, un cambio de dirección: pasar de la autoridad espiritual de una clase y la autoridad política de otra a una centralización de la vida común de la nación en desarrollo bajo una cabeza secular más que religiosa o, si la tendencia religiosa en el pueblo era demasiado poderosa como para separar los ámbitos secular y espiritual, bajo una cabeza nacional que fuese la fuente de autoridad en ambos departamentos. Era especialmente necesario para la creación de una consciencia política, sin la que ninguna unidad-nación separada puede llegar a formarse, que los sentimientos, las actividades y los instrumentos necesarios para su creación tomasen por un tiempo el mando y todo el resto permaneciese en segunda fila apoyándolos. Una Iglesia o una casta sacerdotal dominante que permanece en el ámbito de su propia función no puede generar la unidad política organizada de una nación, porque se gobierna por consideraciones diversas de las políticas y administrativas y no puede esperarse que subordine a éstas sus propios intereses y sentimientos característicos. Puede ser de otro modo sólo si la casta religiosa o sacerdotal se convierte también, como en el Tíbet, en la clase política verdaderamente gobernante del país. En la India, el dominio de una casta gobernada por intereses y consideraciones sacerdotales, religiosos y en parte espirituales -una casta que dominaba el pensamiento y la sociedad y determinaba los principios de la vida nacional pero que no gobernaba y administraba realmente- fue siempre un obstáculo en el camino del desarrollo seguido, con una mentalidad más secular, por los pueblos Europeos y Mongoles. Es ahora, tras el advenimiento de la civilización Europea, al haber perdido la casta *Brahmin* no sólo la mejor parte de su exclusiva influencia sobre la vida nacional sino al haberse secularizado en gran medida, cuando las consideraciones seculares y políticas alcanzan el primer plano, cuando una vasta consciencia política ha despertado y la unidad organizada de la nación, como algo distinto de la unidad espiritual y cultural, es posible de hecho y no ya sólo como una informe tendencia subconsciente.

La segunda etapa del desarrollo de la unidad-nación se ha caracterizado, así pues, por una modificación de la estructura social de forma que ésta dejase suficiente espacio libre para el establecimiento de un potente y visible centro de unidad administrativa y política. Esta etapa es acompañada necesariamente por una fuerte tendencia a la abrogación de incluso aquellas libertades que puede proporcionar una jerarquía social fija, y a la concentración de poder en las manos, usualmente, de un gobierno monárquico dominante si no absoluto. Las ideas democráticas modernas toleran a la realeza sólo como una figura inoperante, como servidora de la vida del Estado o como centro oportuno de la administración ejecutiva, pero ya no es indispensable como centro de control real. Sin

embargo, la importancia histórica de una monarquía poderosa en la evolución del tipo nación, tal como existió en los tiempos medievales, no puede ser exagerada. Aun en la Inglaterra insular, individualista y amante de la libertad, los Plantagenets y Tudor fueron el núcleo real y activo alrededor del cual la nación adquirió una forma consolidada y se convirtió en una fuerza adulta. Y en los países Continentales, el papel jugado por los Capetos y sus sucesores en Francia, por la Casa de Castilla en España y por los Romanov y sus predecesores en Rusia es aun más preeminente. En el último de estos ejemplos, casi puede decirse que sin los Ivanes, Pedros y Catalinas no habría existido Rusia. E incluso en los tiempos modernos, la función casi medieval ejercida por los Hohenzollern en la unificación y desarrollo de Alemania fue contemplada con un inquieto asombro por los pueblos democráticos, para los cuales un fenómeno semejante ya no era inteligible y difícilmente parecía serio. Pero podemos percibir también el mismo fenómeno en el primer periodo de formación de las nuevas naciones Balcánicas. La búsqueda de un rey que centralizase y ayudase a su crecimiento, a pesar de todas las extrañas comedias y tragedias que la acompañaron, se torna perfectamente inteligible como una manifestación del sentimiento de la vieja necesidad, algo no tan verdaderamente necesario ahora²⁵ pero sentido en la mente subconsciente de estos pueblos. En la nueva formación del Japón como nación de tipo moderno, el Mikado tuvo un papel similar; el instinto de los renovadores lo sacó de su desvalida reclusión para afrontar esta necesidad interior. El intento de una breve dictadura en la China revolucionaria con vistas a convertir al país en una nueva monarquía nacional debe ser atribuido tanto a un sentimiento análogo en la mente práctica como a mera ambición política²⁶. Es el sentimiento del gran papel jugado por la realeza en la centralización y formación de la vida nacional en la etapa más crítica de su nacimiento lo que explica la tendencia, común en el Este y no del todo ausente en la historia de Occidente, a investirla con un carácter casi sagrado; explica también la apasionada lealtad con la que han sido servidas las grandes dinastías nacionales o sus sucesores en el momento de su degeneración y caída.

Pero esta fase del desarrollo nacional, por más saludable que sea en su papel peculiar, es casi siempre fatalmente acompañada por esa supresión de las libertades internas del pueblo que hace a la mente moderna -de forma natural, pero poco científica-severa en su juicio del viejo absolutismo monárquico y de sus tendencias. Porque ésta es siempre una fase de concentración, de rigor, de uniformidad, de fuerte control y de dirección única: universalizar una ley, un gobierno, una autoridad central es la necesidad que debe afrontar y, por ello, su espíritu debe ser reforzar y centralizar la autoridad, limitar o suprimir totalmente la libertad y la libre variación. En Inglaterra, el periodo de la Nueva Monarquía desde Eduardo IV hasta Isabel; en Francia, el gran periodo Borbón desde Enrique IV hasta Luis XIV; en España, la época que se extiende desde Fernando hasta Felipe II; en Rusia, el gobierno de Pedro el Grande y Catalina, fueron los momentos en los que estas naciones alcanzaron su madurez, formaron plenamente y consolidaron su espíritu, y alcanzaron una firme organización. Y todos éstos fueron periodos de absolutismo o de tendencia al absolutismo en los que se estableció una cierta uniformidad o se intentó establecerla. Este absolutismo vestía ya, en su ropaje más primitivo, la idea renaciente del Estado y del derecho de éste a imponer su voluntad a la vida y el pensamiento y la consciencia del pueblo para hacer de él una sola mente y un solo cuerpo,

²⁵Ahora reemplazada por la cabeza política-espiritual de un Líder casi semidivino, un Führer que encarna en sí mismo, se diría, la personalidad de la raza.

²⁶Debe notarse que incluso el idealismo democrático de la mente moderna de China se ha visto obligado a cristalizarse alrededor del "líder", un Sun Yat Sen o Chiang Kai Shek, y la fuerza de la inspiración ha dependido del poder de este centro viviente.

indivisos, perfectamente eficientes y perfectamente dirigidos²⁷.

Desde este punto de vista, comprenderemos de un modo más inteligente el intento de los Tudor y los Estuardo de imponer al pueblo una autoridad monárquica y a la vez una uniformidad religiosa y captaremos el sentido real de las guerras religiosas en Francia, del gobierno monárquico Católico en España con su método atroz de la Inquisición y la opresiva voluntad de los Zares absolutistas en Rusia de imponer también una Iglesia nacional absoluta. El esfuerzo fracasó en Inglaterra porque, después de Isabel, dejó de responder a toda necesidad genuina: la nación ya estaba bien formada, ya era fuerte y se hallaba segura contra los embates del exterior. En todo otro lugar triunfó, tanto en los países Protestantes como en los Católicos; mientras que, en los casos raros como Polonia, donde este movimiento no pudo tener lugar o fracasó, el resultado fue desastroso. Cierto, en todas partes supuso una atrocidad contra el alma humana, pero ésta no se debió meramente a la maldad natural de los gobernantes: constituyó una etapa inevitable en la formación de la unidad-nación por medios políticos y mecánicos. Si dejó a Inglaterra como el único país en Europa donde la libertad pudo progresar gradual y naturalmente, se debió en buena medida, sin duda, a las fuertes cualidades del pueblo, pero más aun a su afortunada historia y a sus circunstancias insulares.

El Estado monárquico, en esta evolución, aplastó o subordinó las libertades religiosas de los hombres e hizo, de un orden eclesiástico servil o conciliado, el sacerdote de su derecho divino y, de la Religión, la sirvienta de un trono secular. Destruyó las libertades de la aristocracia y le dejó sus privilegios, que fueron consentidos sólo para que ésta sostuviese y reforzase el poder del rey. Después de usar a la burguesía contra los nobles, destruyó, donde pudo, sus libertades cívicas reales y vivas permitiéndole sólo una forma exterior de libertad y su cuota de derecho y de especiales privilegios. En cuanto al pueblo, éste no tenía libertades que pudiesen ser destruidas. Así, el Estado monárquico concentró en sus propias actividades toda la vida nacional. La Iglesia le sirvió con su influencia moral, los nobles con sus tradiciones militares y su habilidad, la burguesía con el talento o la superchería de sus abogados y el genio literario o el poder administrativo de sus eruditos, sus pensadores y sus hombres de innata capacidad económica; el pueblo pagó impuestos y sirvió con su sangre a las ambiciones personales y nacionales de la monarquía. Pero toda esta poderosa estructura, este bien soldado orden de cosas estaba condenado por su mismo triunfo, estaba predestinado a caer con estrépito o bien mediante una abdicación más o menos involuntaria y gradual ante nuevas necesidades e influencias. Fue tolerado y sostenido mientras la nación sintió consciente o subconscientemente su necesidad y justificación; una vez que ésta hubo sido satisfecha y cesó, renació inevitablemente la vieja oposición que, ahora plenamente consciente, no pudo ser suprimida por más tiempo ni permanentemente resistida. Al transformar el viejo orden en un mero simulacro, la monarquía había destruido su propia base. La autoridad sacerdotal de la Iglesia, una vez cuestionada en el terreno espiritual, no podía ser mantenida mucho tiempo por medios temporales, por la espada y la ley; la aristocracia, al conservar sus privilegios pero perder su función real, se hizo odiosa y cuestionable a los ojos de las clases inferiores; la burguesía, consciente de su talento, irritada por su inferioridad social y política, despertada por la voz de sus pensadores, lideró el movimiento de revuelta y apeló a la ayuda del populacho; las masas -mudas, oprimidas, sufrientes- se alzaron con este nuevo apoyo que les había sido negado anteriormente e invirtieron toda la jerarquía social. De aquí el colapso del viejo mundo y el nacimiento de la nueva era.

²⁷Ejemplificado ahora, con una interesante perfección, en Rusia, Alemania e Italia: la idea totalitaria.

Ya hemos visto la justificación interior de este gran movimiento revolucionario. La unidad-nación no se forma ni existe sólo como fin en sí misma: su objetivo es dar lugar a un modelo más vasto de agregación humana en el que la raza, y no sólo las clases y los individuos, pueda avanzar hacia su pleno desarrollo humano. Mientras la labor de formación continúa, esta forma superior de desarrollo puede ser frenada y la autoridad y el orden aceptados como primera consideración, pero esto deja de ser posible cuando el agregado tiene su existencia asegurada y siente la necesidad de una expansión interior. Entonces, las viejas ataduras deben romperse: los medios de formación tienen que ser descartados como obstáculos para el crecimiento. La libertad, entonces, se convierte en la consigna de la raza. El orden eclesiástico, que suprimió la libertad de pensamiento e impidió un nuevo desarrollo ético y social, debe ser privado de su despótica autoridad para que el hombre pueda ser mental y espiritualmente libre. Los monopolios y privilegios del rey y de la aristocracia tienen que ser destruidos para que todos puedan participar del poder, la prosperidad y la actividad nacionales. Finalmente, el capitalismo burgués tiene que ser inducido o forzado a consentir un orden económico en el que el sufrimiento, la pobreza y la explotación sean eliminados, y la riqueza de la comunidad sea compartida de un modo más igualitario por todos aquellos que ayudan a crearla. En todos los dominios, los hombres tienen que alcanzar la plenitud, descubrir la dignidad y la libertad humanas en sí mismos y dar libre curso a su más altas capacidades.

Porque la libertad es insuficiente, la justicia también es necesaria y se convierte en una exigencia apremiante; se alza el clamor de igualdad. Ciertamente, la igualdad absoluta no existe en este mundo, pero esta consigna fue esgrimida contra las desigualdades injustas e innecesarias del viejo orden social. Bajo un orden social justo, debe haber igualdad de oportunidades, una educación igual para todos de modo que todos puedan desarrollar sus facultades y usarlas y, en la medida de lo posible, debe darse una igual participación en las ventajas de la vida del agregado, como derecho de todos aquellos que contribuyen a la existencia, al vigor y al desarrollo de esa vida por el uso de sus capacidades. Tal como hemos señalado, esta necesidad podría haber tomado la forma de un ideal de libre cooperación guiada y sostenida por una autoridad central sabia y liberal, expresión de la voluntad común, pero en la práctica ha vuelto a la vieja noción de un Estado eficiente y absoluto -no ya monárquico, eclesiástico, aristocrático, sino secular, democrático y socialista-, en el que la libertad es sacrificada a la necesidad de igualdad y de eficacia colectiva. Ignoraremos por el momento las causas psicológicas de este retroceso. Quizás libertad e igualdad, libertad y autoridad, libertad y eficiencia organizada no puedan conciliarse nunca de un modo absolutamente satisfactorio mientras el hombre individual y colectivo viva egoístamente, mientras sea incapaz de experimentar un gran cambio espiritual y psicológico y no se alce, más allá de la mera asociación comunitaria, a ese tercer ideal que un vago sentir interior hizo añadir, a los pensadores revolucionarios de Francia, a sus consignas de libertad e igualdad: el más grande de los tres aunque hasta ahora sólo una palabra vacía en los labios del hombre, el ideal de fraternidad o, expresado de modo menos sentimental pero más verdadero, el ideal de la unidad interior. Ésta nunca ha sido creada ni podrá serlo por ningún mecanismo social, político o religioso; debe ser engendrada en el alma y emerger desde las ocultas y divinas profundidades interiores.

CAPÍTULO XIV

LA POSIBILIDAD DE UN PRIMER PASO HACIA LA UNIDAD INTERNACIONAL: SUS ENORMES DIFICULTADES

El desarrollo de la unidad-nación se debe, en realidad, a la presión creciente de una necesidad y una idea interiores, pero tiene lugar a través de la acción de fuerzas, formas e instrumentos políticos, económicos y sociales. El estudio de este desarrollo nos muestra un progreso que empieza por una formación imprecisa en la que son reunidos varios elementos para la unificación, procede a través de un periodo de fuerte concentración y coerción en el que el ego nacional consciente es desarrollado, fortalecido y dotado de un centro y de instrumentos necesarios para su vida orgánica, y pasa por último a un periodo final de existencia separada y de sólida unidad interna capaces de resistir la presión exterior en el que se hace posible la libertad y una participación activa y cada vez más igualitaria de todos en los beneficios de la vida nacional. Si la unidad de la raza humana debe llevarse a cabo por los mismos medios y agentes y de un modo similar al de la nación, debemos esperar que siga un curso análogo. Tal es por lo menos la probabilidad más obvia y parece ser coherente con la ley natural de toda creación, que parte de la masa imprecisa, la más o menos amorfa nebulosa de fuerzas y materiales, y procede por contracción, constricción y consolidación hasta dar lugar a un molde preciso en el que por fin se torna posible y segura una rica evolución de varias formas de vida.

Si consideramos el estado actual del mundo y sus posibilidades inmediatas, veremos que es inevitable un primer periodo de formación laxa y de orden imperfecto. Ni la preparación intelectual de la raza humana, ni el desarrollo de sus sentimientos, ni las fuerzas y condiciones económicas y políticas que la mueven y que despiertan su preocupación han alcanzado un punto de tensión interior o de presión exterior que pueda alentarnos a esperar un cambio total de la base de nuestra vida o el establecimiento de una unidad completa o real. No puede existir todavía ni siquiera una unidad externa real y, mucho menos, una unidad psicológica. Es verdad que el vago sentimiento y necesidad de algo de este género han crecido rápidamente y que la lección de la guerra ha hecho surgir eso que será la idea maestra del futuro de un estado incipiente en que no era sino la generosa quimera de unos pocos pacifistas o idealistas del internacionalismo. Se acabó por reconocer que la idea de la unidad humana contiene cierta fuerza de realización, y la voz de aquellos que la declaraban la manía de intelectuales chiflados y excéntricos perdió volumen y confianza en sí misma porque dejó de verse tan firmemente apoyada por el sentido común del hombre corriente, ese sentido común de la mente material tan miope que percibe intensamente las realidades inmediatas pero que es ciego por completo frente a las posibilidades del futuro. Sin embargo, hasta este momento, no se ha llevado a cabo la larga preparación intelectual necesaria: los intelectuales de la época no han arrojado la semilla de un pensamiento cada vez más dominante, capaz de remodelar las ideas del hombre común; y la rebelión creciente contra las condiciones actuales no ha alcanzado todavía ese punto que haría posible a grandes masas de hombres, cautivadas por la pasión de un ideal y por la esperanza de una nueva felicidad para la humanidad, destruir el sistema presente y construir un nuevo modelo de vida colectiva. En otra dirección -la substitución del sistema individualista de sociedad por un colectivismo creciente-, sí se ha

producido en buena medida esa preparación intelectual y esa concentración de fuerza necesarias para la rebelión; aquí, la guerra ha actuado como una fuerza de precipitación y nos ha acercado mucho más a la posibilidad del triunfo de un -no necesariamente democrático- socialismo de Estado. Pero en ningún caso se han dado esos presupuestos favorables para un fuerte movimiento de unificación internacional. Tampoco sería razonable predecir el estallido real de un dinámico idealismo de masas en esta dirección. La preparación puede haber empezado, puede haber sido considerablemente facilitada y acelerada por los acontecimientos recientes, pero está todavía en sus primeras etapas.

En tales condiciones, no es probable que las ideas y proyectos de los intelectuales del mundo que replanteen totalmente y desde sus raíces el estado de la vida internacional a la luz de principios generales encuentren una realización inmediata. En ausencia de un estallido idealista general de esperanza humana creativa que haga posibles estas transformaciones, el futuro será determinado no por las ideas del pensador sino por la mente práctica del político, que representa la razón y el temperamento común de la época y efectúa usualmente algo mucho más cercano al mínimo que al máximo de lo que es posible. La mente general de una gran masa de hombres, aunque está dispuesta a escuchar las ideas que ha sido enseñada a recibir y está acostumbrada a captar esta o aquella noción con una avidez partidista, se halla todavía gobernada en su acción no tanto por su pensamiento como por sus intereses, pasiones y prejuicios. El político y el estadista -y el mundo está ahora lleno de políticos pero muy falto de estadistas- actúan de acuerdo con esta mente general de la masa: el uno está gobernado por ella, el otro tiene que otorgarle siempre una importancia principal y no puede conducirla adonde quiere, a menos que sea uno de esos grandes genios y poderosas personalidades que unen una mente vasta y una fuerza dinámica de concepción a un enorme poder o influencia sobre los hombres. Además, la mente política tiene limitaciones que le son propias más allá de las de la mente general de la masa: es aun más respetuosa con el *statu quo*, está aun menos inclinada a esa gran aventura que abandona las bases del pasado en que se siente segura, es más incapaz de lanzarse a lo incierto y lo nuevo. Para hacerlo debe o bien ser forzada por la opinión general o por un poderoso interés, o bien caer ella misma bajo el hechizo de un entusiasmo nuevo y grande que invada la atmósfera mental de su tiempo.

Si la mente política fuese enteramente abandonada a sí misma, no podríamos esperar, de las mayores convulsiones internacionales verificadas por la historia, otro resultado tangible que un reajuste de fronteras, una redistribución del poder y de las posesiones y unos pocos progresos, deseables o indeseables, en las relaciones internacionales, comerciales y de otro tipo. Ésta es una posibilidad desastrosa que conduciría a convulsiones más desastrosas aun -mientras el problema no sea resuelto- contra las cuales el futuro del mundo no está de ningún modo protegido. Sin embargo, puesto que la mente de la humanidad se ha visto intensamente conmovida y sus sentimientos han sido enérgicamente despertados, puesto que es cada vez más evidente que el viejo estado de cosas ha dejado de ser tolerable, puesto que lo indeseable del equilibrio internacional -fundado en una alianza de egoísmos nacionales contenidos sólo por miedos recíprocos y vacilaciones, por inefectivos tratados de arbitraje y tribunales de la Haya y por las torpes disputas de un Concierto Europeo- debe resultar ahora absolutamente claro incluso a la mente política, podemos esperar que el resultado del colapso moral del viejo orden sea un intento serio de inaugurar un orden nuevo. Las pasiones y los odios y las esperanzas nacionales egoístas despertadas por la guerra son ciertamente un gran obstáculo en el camino y pueden fácilmente hacer que un inicio semejante resulte fútil o de una efímera

estabilidad. Pero, a falta de otra cosa, el mero agotamiento y la reacción interna producidos al relajarse la tensión del conflicto podrían dar tiempo para que emergieran nuevas ideas, sentimientos, fuerzas, eventos que contrarrestasen esta perniciosa influencia²⁸.

Sin embargo, lo máximo que podemos esperar no puede ser sino muy poco. En la vida interna de las naciones, los efectos finales de la guerra no pueden dejar de ser poderosos y radicales, porque en ese dominio todo está preparado: la presión sentida ha sido enorme y la expansión posterior a su cesación debe ser de una magnitud comparable en sus resultados; pero en la vida internacional sólo podemos esperar, en el mejor de los casos, la posibilidad de un mínimo de cambio radical que, por más pequeño que sea, podría sin embargo revelarse como un punto de partida irrevocable, una semilla de vitalidad suficiente como para asegurar la inevitabilidad del crecimiento futuro. Ciertamente, si antes del fin de esta contienda mundial hubiesen tenido lugar procesos lo bastante poderosos como para cambiar la mente general de Europa, para forzar a los pensamientos mezquinos de sus gobernantes a alcanzar mayores profundidades y generar un sentimiento más extendido de la necesidad de cambio radical, habría podido esperarse mucho más. Pero cuando el gran conflicto se acercaba a su fin, no tuvo lugar nada análogo: el periodo dinámico durante el cual se forman las ideas y las tendencias efectivas de los hombres en crisis semejantes pasó sin la creación de ningún impulso poderoso y profundo. Hubo sólo dos puntos en los que la mente general de los pueblos resultó poderosamente afectada. Primero, se generó un sentimiento de rebeldía contra la posible repetición de esta vasta catástrofe; pero más se sintió aun la necesidad de hallar los medios de impedir la dislocación sin precedentes de la vida económica de la raza producida por la convulsión. Por ello, es en estas dos direcciones donde puede esperarse cierto desarrollo real, porque es esto al menos lo que debe intentarse si se quiere llegar a satisfacer la expectativa y el deseo generales. Y tratar con ligereza estas necesidades supondría declarar en bancarrota la inteligencia política de Europa. Este fracaso convencería a sus gobiernos y clases dirigentes de impotencia moral e intelectual, y bien podría conducir al fin a una rebelión general de los pueblos de Europa contra sus instituciones existentes y contra la dirección actual de los asuntos públicos, una dirección ciega y descarriada.

Podría esperarse, pues, el intento de hallar un medio estable y eficaz para regular y reducir al mínimo la guerra, para limitar los armamentos, para hallar una satisfactoria solución a las contiendas peligrosas y, especialmente, aunque esto presenta la dificultad mayor, para afrontar ese conflicto de ambiciones e intereses comerciales que constituye ahora el factor decisivo, aunque de ningún modo el único, en la recurrencia de la guerra. Si este nuevo acuerdo contuviese la semilla del control internacional, si se revelase un primer paso hacia un vago organismo internacional o contuviese quizás sus elementos o líneas iniciales, o incluso un primer proyecto en el que la vida de la humanidad pudiese hallar su modelo de crecimiento hacia una existencia unificada, entonces, por más rudimentario o insatisfactorio que este acuerdo fuese al principio, el futuro portaría en sí una promesa segura. Una vez en marcha, a la humanidad le resultaría imposible retroceder y, cualesquiera que fuesen las dificultades, las decepciones, las luchas, las reacciones, los lapsos o las brutales interrupciones que marcasen el curso de este desarrollo, todo ello

²⁸Escrito originalmente en 1916, antes del fin de la guerra. Esta feliz posibilidad no pudo materializarse inmediatamente y la inseguridad, confusión y desorden crecientes hicieron cada vez más imperativa la creación de un sistema internacional, si la moderna civilización no había de colapsarse en el derramamiento de sangre y el caos. El resultado de esta necesidad fue, primero, la creación de la Sociedad de Naciones y, después, de la O.N.U. Ninguna de ellas ha demostrado ser satisfactoria desde el punto de vista político, pero la existencia de cierto centro de orden organizado se ha convertido a partir de ahora en algo claramente indispensable.

en definitiva, lejos de obstaculizar, no podría sino ayudar al resultado final e inevitable.

Sin embargo, sería vano esperar que el principio de control internacional fuese totalmente eficaz desde el inicio o que esta formación laxa, que en sus orígenes será probablemente algo entre lo formal y lo informe, impida nuevos conflictos, explosiones y catástrofes²⁹. Las dificultades son demasiado grandes. La mente de la raza no tiene todavía la necesaria experiencia; el intelecto de sus clases gobernantes no ha adquirido el mínimo de sabiduría y clarividencia necesarias; el temperamento de los pueblos no ha desarrollado los instintos y sentimientos indispensables. Sea el que sea el acuerdo que se establezca, partirá de la vieja base de egoísmos, ambiciones, codicias, arrogancias nacionales y se esforzará simplemente en regularlas apenas lo suficiente como para evitar colisiones demasiado desastrosas. Los primeros medios intentados serán necesariamente insuficientes porque rendirán demasiado respeto a aquellos mismos egoísmos que tratan de controlar. Las causas del conflicto persistirán; el temperamento que lo engendra sobrevivirá, exhausto acaso o sometido por un tiempo en algunas de sus actividades, pero no exorcizado; los medios de la contienda podrán ser controlados, pero se les permitirá existir. Los armamentos serán restringidos, pero no abolidos; los ejércitos nacionales podrán ser limitados en número -una limitación ilusoria-, pero serán conservados; la ciencia continuará todavía ministrando ingeniosamente el arte de la masacre colectiva. La guerra sólo puede ser abolida si los ejércitos nacionales son abolidos, y aun entonces con dificultad y mediante la creación de otro mecanismo que la humanidad no sabe todavía cómo elaborar o, aunque lograrse crearlo, no sería capaz o no estaría plenamente dispuesta durante un tiempo a utilizarlo. Y no hay posibilidad de que los ejércitos nacionales sean abolidos, porque cada nación desconfía de todas las demás naciones en gran medida, alimenta demasiadas ambiciones y apetitos, necesita seguir armada aunque sólo sea para guardar sus mercados y conservar sus dominios, colonias y pueblos sometidos. Las ambiciones y rivalidades comerciales, el orgullo, los sueños, los anhelos, las envidias políticas no van a desaparecer como por el toque de una varita mágica sólo porque Europa, en un loco estallido de ambiciones, celos y odios largamente incubados, haya diezmado a sus hombres y en tres años haya arrojado al crisol de la guerra los recursos de décadas. El despertar debe ser mucho más profundo, su acción debe tener raíces mucho más puras antes de que la psicología de las naciones sea transmutada en ese “algo maravilloso, fecundo y extraño” que destierre de nuestra atormentada y vacilante vida humana la guerra y las colisiones internacionales.

Si persiste el egoísmo nacional, si los medios de conflicto persisten, sus causas, sus oportunidades, sus excusas, nunca faltarán. La guerra actual se ha producido porque todas las naciones líderes actuaban desde mucho tiempo atrás de un modo que la hacía inevitable; se ha producido porque existía un estado confuso en los Balcanes y una esperanza en Oriente Próximo, y rivalidades comerciales y coloniales en el Norte de África por las cuales las naciones dominantes habían estado batallando en la paz mucho antes de que una o varias de ellas aferrasen el fusil y el obús. Sarajevo y Bélgica fueron meras circunstancias determinantes; para alcanzar la raíz de las causas debemos retroceder al menos hasta Agadir y Algeciras. Desde Marruecos a Trípoli, desde Trípoli a Tracia y Macedonia, desde Macedonia a Hercegovina, la cadena eléctrica corrió con esa lógica inevitable de causas y efectos, de acciones y sus frutos que llamamos Karma, creando detonaciones menores en su camino hasta que halló el punto inflamable y provocó la

²⁹Esta predicción, suficientemente fácil de hacer en su tiempo, y la estimación de sus causas se han visto plenamente justificadas por el curso de los acontecimientos y el estallido de una guerra aun más grande y más desastrosa.

vasta explosión que ha llenado a Europa de sangre y de ruinas. Posiblemente, la cuestión Balcánica se solucione de forma definitiva, aunque esto está muy lejos de poder darse por cierto; posiblemente la expulsión definitiva de los Alemanes de África facilite la situación dejando este continente en posesión de tres o cuatro naciones que actualmente son aliadas. Pero aunque Alemania fuese borrada del mapa y sus resentimientos y ambiciones eliminados de entre los factores Europeos, las causas originales de la guerra persistirían. Existiría aún la cuestión Asiática del Próximo y Lejano Oriente, que podría presentarse bajo nuevas condiciones y apariencias y recombinar sus elementos constitutivos, pero que seguiría tan llena de peligro que, si fuese resuelta negligentemente o no lo fuese en absoluto, resultaría fácil predecir la próxima colisión humana con Asia como su teatro u origen. Incluso si esta dificultad se resolviese, se producirían necesariamente nuevas causas de lucha en las que el espíritu del egoísmo y de la ambición nacional buscaría satisfacerse; y mientras viva, buscará satisfacción y la saciedad nunca podrá satisfacerlo de una vez por todas. El árbol debe portar su propio fruto y la Naturaleza es siempre un diligente jardinero.

La limitación de ejércitos y armamentos es un remedio ilusorio. Aunque pudiera hallarse un medio internacional eficaz de control, éste dejaría de ser válido tan pronto como la guerra estallase. El conflicto Europeo ha demostrado que, en el curso de la guerra, un país puede convertirse en una enorme fábrica de armas y una nación puede transformar todos sus pacíficos hombres en un ejército. Inglaterra, que empezó con una fuerza armada pequeña, incluso insignificante, fue capaz, en el curso de un solo año, de levantar a millones de hombres y, en dos, de entrenarlos y equiparlos y arrojarlos con provecho al platillo de la balanza. Esta lección práctica es suficiente para demostrar que la limitación de ejércitos y armamentos únicamente puede aligerar la carga nacional en tiempos de paz dejando a la nación, por este mismo hecho, más recursos para el conflicto, pero no puede impedir, ni siquiera minimizar, la desastrosa intensidad y extensión de la guerra. La elaboración de una ley internacional más enérgica y con una capacidad de sanción más eficaz tampoco puede ser un remedio infalible o perfecto. A menudo se afirma que es esto lo que se necesita: tal como en la nación la Ley ha reemplazado y suprimido al viejo y bárbaro método de resolver las disputas entre individuos, familias o clanes por el arbitraje de la Fuerza, en la vida de las naciones debería ser posible una solución similar. Quizás lo sea algún día, pero esperar que tenga éxito desde el principio es ignorar tanto la base real de la autoridad efectiva de la Ley como la diferencia entre los elementos constitutivos de una nación desarrollada y los del mal desarrollado comité internacional que se pretende instaurar.

La autoridad de la Ley en una nación o comunidad no depende realmente de ninguna -así llamada- “majestad” o poder místico existente en los reglamentos y decretos hechos por los hombres. Sus fuentes reales de poder son dos: primero, el fuerte interés de la mayoría o de una minoría dominante o de toda la comunidad en mantenerla y, en segundo lugar, la posesión de una única fuerza armada, policía y ejército, que hace ese interés efectivo. La metafórica espada de la justicia puede actuar sólo porque hay una espada real tras ella capaz de forzar al rebelde y disidente a cumplir sus decretos y a sufrir sus penas. Y el carácter esencial de esta fuerza armada es que no pertenece a nadie, a ningún individuo o grupo constitutivo de la comunidad, excepto al Estado, al rey, a la clase gobernante o al cuerpo en el que la autoridad soberana esté encarnada. No puede existir ninguna garantía, si la fuerza armada del Estado se halla contrarrestada de algún modo o su eficacia única disminuida por la existencia de otras fuerzas armadas pertene-

cientes a grupos o individuos en cierta medida libres del control central o capaces de usar su poder contra la autoridad gobernante. Aun así, aun con esta autoridad respaldada por una fuerza armada única y centralizada, la Ley no ha sido capaz de impedir la lucha entre los individuos y las clases porque no ha podido eliminar del conflicto las causas psicológicas, las económicas y otras de diverso género. El crimen, con las penas en que incurre, es siempre una especie de violencia mutua, una especie de rebelión y guerra de civil; e incluso en las comunidades más fieles a la ley y dotadas con la mejor policía aún cunde el crimen. Es posible incluso la organización del crimen, aunque usualmente no puede conservar o consolidar su poder, porque se ve enfrentado por todo el vehemente sentimiento y la organización eficaz de la comunidad. Pero, ciñéndonos más a nuestro tema, la Ley no ha sido capaz de impedir, aunque la haya minimizado, la posibilidad de guerra civil y de discordia violenta y armada en el seno mismo de la nación organizada. Siempre que una clase u opinión se ha considerado oprimida o tratada con intolerable injusticia, siempre que ha hallado a la Ley y a su fuerza armada tan enteramente asociadas a intereses opuestos que la suspensión del principio de la ley y la insurgencia de la violencia revolucionaria contra la violencia opresiva le resultaron o le parecieron los únicos remedios, si pensó que tenía una oportunidad de éxito, apeló al antiguo arbitraje de la Fuerza. Incluso en nuestros propios días hemos visto a las naciones más sumisas ante la ley tambalearse al filo de una desastrosa guerra civil y a hombres de estado responsables declararse dispuestos a apelar a ella si se llegase a imponer una medida rechazada por ellos, aun en el caso de que ésta fuese aprobada por la suprema autoridad legislativa con la sanción del soberano.

Pero en cualquier vaga organización internacional actualmente posible, la fuerza armada estaría todavía dividida entre sus grupos constituyentes; les pertenecería a ellos, no a ninguna autoridad soberana, Superestado o consejo federal. La posición se parecería a la caótica organización de las épocas feudales en las que príncipe y barón tenían sus separadas jurisdicciones y sus recursos militares y podían desafiar la autoridad del soberano, si eran lo suficientemente poderosos o podían disponer de aliados lo bastante fuertes y numerosos entre sus pares. Pero en nuestro caso, no existiría siquiera el equivalente a un soberano feudal -un rey que, si no otra cosa, si no realmente un monarca, era al menos el primero entre sus pares- con el prestigio de la soberanía y los medios para convertirla en una fuerte y permanente realidad.

Tampoco mejoraría las cosas el hecho de que una fuerza armada compuesta controlase a las naciones y a su potencia militar separada: esta fuerza compuesta se fragmentaría y sus elementos retornarían a sus fuentes en conflicto al estallar la lucha abierta. En la nación desarrollada, el individuo es la unidad y está perdido en la masa de individuos, es incapaz de evaluar con certeza la fuerza que podría comandar en un conflicto, se halla temeroso ante todos los individuos no ligados a él porque ve en ellos soportes naturales de la autoridad ultrajada; la rebelión le resulta un asunto peligroso y de consecuencias incalculables, incluso la conspiración inicial está colmada en todo momento de mil terrores y de peligros que se arrojan en masa contra el escaso número de oportunidades dispersas. El soldado también es un individuo solitario, temeroso del resto, un castigo terrible pende sobre él y puede caer al mínimo signo de insubordinación; jamás está seguro de poder confiar en el apoyo de sus camaradas o, aunque tenga cierta confianza en él, no puede estar seguro del apoyo efectivo de la población civil y se halla, por esta razón, privado de la fuerza moral que le animaría a desafiar la autoridad de la Ley y el Gobierno. Y, además, siente que no pertenece ya más a un individuo o familia o

clase, sino al Estado y el país o, cuando menos, a la maquinaria de la que él forma parte. Pero aquí, los elementos constituyentes serían un pequeño número de naciones; algunas de ellas, poderosos imperios, capaces de mirar a su alrededor, de medir su propia fuerza, de asegurarse aliados, de calcular la fuerza en su contra: las posibilidades de éxito o de fracaso serían todo lo que tendrían que tener en consideración. Y los soldados del ejército compuesto pertenecerían de corazón a su país y no a la amorfa entidad que les controlase.

Por ello, en espera de la formación práctica de un Estado internacional constituido de tal forma que sea algo distinto de un mero conglomerado informe de naciones o un vaniloquio de los delegados de los gobiernos nacionales, el reino de paz y unidad soñado por el idealista nunca será posible a través de estos medios políticos y administrativos o, si lo es, nunca estará seguro. Aun si la guerra propiamente dicha fuese eliminada, así como en la nación existe el crimen entre individuos, así como en la lucha de clases se emplean medios tan desastrosos como la huelga general, también aquí se desarrollarían nuevos medios de lucha y acaso resultarían mucho más desastrosos que la guerra. Y éstos serían necesarios e inevitables en la economía de la Naturaleza no sólo para afrontar la necesidad psicológica de la discordia, la pasión y la ambición egoístas, sino como una salida y un arma contra el sentimiento de injusticia, los derechos oprimidos, las posibilidades frustradas. La ley es siempre la misma: cuando la raíz de la acción es el egoísmo, éste impone sus propios resultados y reacciones y, aunque éstos sean minimizados y reprimidos mediante un mecanismo externo, su estallido final es seguro; podrá ser retardado, pero no impedido para siempre.

Es evidente, por lo menos, que sin un poderoso control central ninguna formación imprecisa puede ser satisfactoria, eficaz o duradera, ni siquiera en el caso de que fuera mucho menos imprecisa, mucho más compacta que todo lo que actualmente parece probable que vaya a desarrollarse en un futuro próximo. Debe darse, de acuerdo con la naturaleza de las cosas, un segundo paso, un movimiento hacia una rigidez mayor, una limitación de las libertades nacionales y la institución de una única autoridad central con un poder de control uniforme sobre los pueblos de la tierra.

CAPÍTULO XV

ALGUNAS LÍNEAS DE POSIBLE CONSECUCIÓN

¿Qué forma, qué fuerza, qué sistema entre los muchos que son ahora posibles o que pueden surgir mañana será escogido por la Voluntad secreta que existe en las cosas para realizar la unificación externa de la humanidad? Es éste un interesante tema de especulación, y para aquellos que miran más allá del estrecho horizonte de los acontecimientos efímeros es, incluso, un tema fascinante; pero, desafortunadamente, hoy por hoy no puede ser nada más. La misma multitud de posibilidades en un periodo de la humanidad tan rico en las más diversas y potentes fuerzas, tan fructífero en nuevos procesos subjetivos y mutaciones objetivas, crea una niebla impenetrable en la que sólo pueden entreverse vagas formas de gigantes. Ciertas ideas sugeridas por el estado actual de las fuerzas y por la experiencia pasada es todo lo que podemos permitirnos en un terreno tan resbaladizo.

Hemos considerado una imposibilidad práctica, dadas las condiciones internacionales actuales y el estado presente de la mentalidad y moralidad internacional, la idea de una solución inmediata sobre la base de una asociación de nacionalidades libres, aunque ésta sería obviamente la base ideal. Porque ésta fundaría su fuerza motriz en la armonía de los dos grandes principios actualmente en vigor: el nacionalismo y el internacionalismo. Su adopción significaría que el problema de la unidad humana sería abordado al mismo tiempo desde una base racional y desde una sana base moral: por una parte, el reconocimiento del derecho de todas las grandes agrupaciones naturales de hombres a vivir y a ser ellas mismas, y la instauración del respeto a la libertad nacional, como uno de los principios básicos de la conducta humana; por la otra, un justo sentido de la necesidad de orden, de ayuda recíproca, de participación común, de vida e intereses comunes en la raza humana unificada y asociada. La sociedad o Estado ideal es aquel en el que el respeto a la libertad individual y al libre crecimiento del ser personal hacia su perfección se halla en armonía con el respeto a las necesidades, a la eficacia, a la solidaridad, al crecimiento natural y a la perfección orgánica del ser colectivo, la sociedad o nación. Del mismo modo, en un agregado ideal de toda la humanidad, en una sociedad o Estado internacional, la libertad nacional tanto como el libre crecimiento y realización de las naciones debe armonizarse progresivamente con la solidaridad y el crecimiento y perfección unificados de la raza humana.

Por esta razón, si se admitiese este principio básico, podrían ciertamente existir fluctuaciones debidas a las dificultades propias de la puesta en práctica de una combinación perfecta, tal como en el crecimiento del agregado nacional se puso a veces el acento en la libertad y otras en la eficacia y el orden; pero puesto que las verdaderas condiciones del problema habrían sido reconocidas desde el principio y no abandonadas al azar de un ciego tira y afloja, existiría la posibilidad de una solución pronta y razonable, y ello con mucha menos fricción y violencia en el proceso.

Pero hay pocas probabilidades de que la humanidad disfrute de una fortuna semejante, una fortuna que carece de todo precedente. No pueden esperarse condiciones ideales, porque éstas exigen claridad psicológica, exigen una difundida racionalidad e

inteligencia científica y, sobre todo, una elevación y rectitud morales a las que todavía no se han aproximado ni la masa de la humanidad ni sus líderes y gobernantes. En ausencia de todo ello, lo que determinará la solución de este y de otros problemas no serán la razón, la justicia y la cordialidad recíproca, sino la tendencia de las fuerzas y su regulación práctica y legal. Y, del mismo modo que el problema del Estado y el individuo se ha visto perturbado y obscurecido no sólo por el egoísmo individual y el egoísmo colectivo de la sociedad sino por el continuo choque entre poderes intermedios -la lucha de clases, el conflicto entre Iglesia y Estado, entre el rey y los nobles, el rey y los comunes, la aristocracia y la plebe, la burguesía capitalista y el proletariado-, también el problema de la nación y de la humanidad internacional se verá ciertamente turbado por las reivindicaciones de estos poderes intermedios. Sin aludir a los intereses y alianzas comerciales, a las simpatías culturales o raciales, a los movimientos como el Panislamismo, el Paneslavismo, el Pangermanismo, el Pananglosajonismo, a los posibles Panamericanismo y Panmongolismo que se insinúan en el futuro -para no hablar de monstruos no nacidos aún- siempre existirá como importante factor intermedio el Imperialismo, ese inmenso Titán armado y dominante que, por su misma naturaleza, exigirá su propia satisfacción aun a costa de sofocar a las unidades nacionales incómodas e impondrá sus propias necesidades con prioridad a las necesidades del recién nacido comité internacional. Tal satisfacción la obtendrá presumiblemente por un tiempo, pues sus pretensiones serán durante un largo periodo irresistibles. En cualquier caso, ignorar sus reivindicaciones o imaginar que pueden ser descartadas con un trazo de la pluma del escritor es construir simétricos castillos sobre las doradas arenas de un idealismo irrealizable.

Cuando se trata de la realización efectiva, son las fuerzas las que ocupan el primer lugar; los principios morales, la razón, la justicia, sólo actúan en la medida en que las fuerzas pueden ser obligadas o persuadidas a admitirlos o, más a menudo, a servirse de ellos como de elementos auxiliares o inspirados gritos de guerra: un camuflaje para sus propios intereses. Las ideas saltan a veces al campo de batalla como fuerzas en armas e irrumpen a través de las filas de poderes desprovistos de ideal; a veces invierten la situación y hacen de los intereses sus asistentes subordinados, un combustible para su propia llama; a veces triunfan por el propio martirio, pero ordinariamente deben operar no sólo por medio de una presión semientubierta, sino adaptándose a fuerzas poderosas, o deben incluso sobornarlas y seducirlas u operar a través y desde detrás de ellas. No podrá ser de otro modo hasta que el hombre medio y el hombre colectivo se vuelvan de un carácter más intelectual, moral y espiritual, y dejen de ser exclusivamente el animal humano vital, emocional y semirrazonante que es son. La idea internacional aún no materializada deberá operar, durante un tiempo por lo menos, con este proceso secundario y a través de tales compromisos con las fuerzas efectivas del nacionalismo y el imperialismo.

Podría preguntarse si, en el momento en que las cosas estén preparadas para la elaboración de un sistema firme y estable, la idea de un internacionalismo justo basado en el respeto al principio de las nacionalidades libres no habrá hecho un progreso suficiente, gracias al esfuerzo de los pensadores e intelectuales, como para ejercer una presión irresistible en los Estados y los gobiernos y hacer aceptar una gran parte, si no la totalidad, de sus reivindicaciones. La respuesta es que los Estados y los gobiernos usualmente se rinden a una presión moral sólo en la medida en que ello no les obliga a sacrificar sus intereses vitales. Ningún imperio constituido liberará fácilmente sus partes dependientes

ni permitirá a una nación sometida sentarse en la mesa de un consejo internacional en condición de paridad, a menos que se vea obligado a ello. El viejo entusiasmo por la libertad es un ideal que hizo a Francia intervenir a favor de la formación de una Italia libre o que indujo a Francia y a Inglaterra a crear la nueva nación Griega. Las libertades nacionales para las que se pidió respeto durante la guerra, incluso a punta de espada -o, deberíamos decir ahora, con la voz del cañón-, fueron aquellas a las que, por estar ya establecidas, se les reconocía el derecho a existir. Todo lo que se propuso más allá de estos límites fue restituir a los Estados libres ya existentes aquellas poblaciones de sus propias nacionalidades que se hallaban aún bajo un yugo extranjero. Se propuso la creación de una gran Serbia, de una gran Rumanía, la restauración de la Italia “irredenta”, la devolución de Alsacia-Lorena a Francia. La autonomía bajo soberanía Rusa fue todo lo que se prometió a Polonia hasta que la victoria Alemana sobre Rusia alteró los intereses y con ello el idealismo de los Aliados. Una cierta autonomía bajo soberanía imperial, o donde esto ya no existe bajo una “protección” o “influencia” imperial, es considerada ahora por muchos una idea más práctica que la restauración de la libertad nacional. Esto es un signo, quizás, del oscuro crecimiento de la idea de los imperios federales, que hemos discutido ya como una de las posibilidades del futuro. La libertad nacional, como ideal absoluto, no cuenta ya con la antigua aceptación general ni con la misma fuerza creativa. Las naciones que pelean por su libertad deben depender de su propia fuerza y entusiasmo; sólo pueden esperar un moderado o incierto apoyo, excepto de individuos entusiastas o de pequeños grupos cuya ayuda es puramente oral e ineficaz. Incluso muchos de los intelectuales más avanzados aprueban cálidamente la idea de una autonomía subordinada para las naciones ahora sometidas, pero parecen contemplar con impaciencia sus deseos de independencia completa. Hasta tal punto ha recorrido ya el imperialismo su próspera senda y ha imprimido el agregado imperial su imagen en las más libres imaginaciones como consumado poder del progreso humano.

¡Cuánto más podrá avanzar este sentimiento, con el nuevo impulso de la humanidad, en su organización de la existencia internacional sobre líneas más vastas y ventajosas! Es posible incluso que la impaciencia abiertamente expresada por los Alemanes, en sus días de imperialismo, contra la prolongada existencia de pequeñas nacionalidades que oponían persistentemente la barrera de sus derechos adquiridos a las vastas alianzas políticas y comerciales pueda todavía, moderando su rigor, justificar sus pretensiones en el futuro y ser aceptada por el sentimiento general de la humanidad, aunque en una forma menos brutal, menos arrogante y agresivamente egoísta. Es decir, puede desarrollarse una tendencia más poderosa en la razón política de la humanidad para desear -y quizás finalmente para insistir en- la reorganización de los Estados de acuerdo con un sistema de vastas combinaciones imperiales y no sobre la base de un *statu quo* entre un conjunto de imperios y de nacionalidades libres³⁰.

Pero aun si este proceso no tuviese lugar o no llegase a verificarse a tiempo, los Estados libres y no imperiales actualmente existentes se hallarían incluidos por fuerza en el sistema o consejo internacional que se crease; pero esta inclusión no sería probablemente sino la posición de los pequeños nobles del medioevo en relación a los grandes príncipes feudales, una posición más de vasallos que de iguales. La guerra demostró claramente el hecho de que son sólo las grandes Potencias las que cuentan realmente en la escena internacional; todo el resto existe meramente por tolerancia, por protección o por

³⁰Si las ambiciones de Italia, Alemania y Japón y la idea Fascista en general hubiese prevalecido, podría haberse verificado un orden de cosas semejante.

alianza. Mientras el mundo estuvo organizado sobre el principio de nacionalidades separadas, esta preponderancia de las grandes Potencias pudo haber sido sólo una realidad latente sin efectos verdaderamente importantes en la vida de las naciones menores, pero tal inmunidad puede cesar el día en que la necesidad de la acción combinada o de una continua interacción activa se convierta en una parte reconocida o en el fundamento mismo del sistema mundial. La posición de un Estado menor que se opusiese a la voluntad de una gran Potencia o de un grupo de Potencias, sería peor incluso que la de los pequeños países neutrales en la guerra actual o que la de una pequeña compañía rodeada por grandes Trusts. Se vería obligado a aceptar la tutela de uno u otro grupo de los leviantes que lo circundasen y su peso o su acción independiente en el consejo de las naciones sería nulo.

Sin duda, el derecho de las naciones pequeñas a existir y a reafirmar sus intereses contra la agresión imperialista constituye aún hoy una fuerza; fue uno, cuando menos, de los motivos de la colisión internacional. Ahora bien, la aserción de este derecho contra la agresión de una sola Potencia ambiciosa es una cosa, pero su aserción contra la organización del interés común de las naciones, decidido por una mayoría de grandes Potencias sería con toda probabilidad contemplada con una luz totalmente distinta. El inconveniente causado por un número de pequeños países neutrales que pretendían mantenerse al margen y resultar lo mínimamente afectados que fuese posible por el enorme conflicto internacional fue ásperamente sentido no sólo por los beligerantes, que se vieron obligados a usar a veces una presión indirecta y otras una presión directa para minimizar este inconveniente, sino incluso por los mismos países neutrales, para los cuales su neutralidad era preferible únicamente como un mal menor frente al peso y al desastre de una participación activa en la contienda. En cualquier sistema internacional, la autoafirmación de estas libertades menores sería contemplada, probablemente, como un egoísmo mezquino y un obstáculo intolerable a los grandes intereses comunes o, quizás, a la solución de los conflictos entre los grandes intereses mundiales. Es ciertamente probable que en cualquier constitución de la unidad internacional las grandes Potencias intenten lograr que su voz sea igual a su fuerza e influencia; incluso si esta constitución fuese exteriormente democrática, se convertiría en la práctica en una oligarquía de las grandes Potencias. Las constituciones sólo pueden disfrazar los hechos, no pueden abrogarlos: porque, cualesquiera que sean las ideas que la forma de la constitución encarne, su funcionamiento es siempre el de las fuerzas realmente existentes que pueden servirse de ella con eficacia. La mayoría de los gobiernos tiene actualmente o ha pasado a través de una forma democrática, pero en ninguna parte ha habido todavía una democracia real; siempre han sido las clases terratenientes y profesionales y la burguesía las que han gobernado en nombre del pueblo. Así también, en cualquier Consejo o sistema de control internacional, sería un número reducido de grandes imperios lo que gobernaría en nombre de la humanidad.

Si fuese de otro modo, lo sería en el mejor de los casos sólo durante un corto periodo de tiempo, a menos que nuevas fuerzas entrasen en juego y detuviesen o disolviesen la tendencia ahora dominante en el mundo a vastos agregados imperiales. La situación sería entonces, por un tiempo, muy semejante a la de la Europa feudal mientras intentaba esterilmente dar lugar a una Cristiandad unida: un gran nudo de intereses heterogéneos y complicados, superpuestos e interconectados, y un número de pequeñas Potencias con cierto peso, pero eclipsadas y en parte tiranizadas por unas pocas grandes Potencias que trataban de resolver la inevitable complejidad de sus intereses aliados,

divididos y contrarios por cualquier medio ofrecido por el nuevo sistema mundial, y sirviéndose para este propósito de todo apoyo que pudiesen hallar en las clases, ideas, tendencias o instituciones. En este caso, surgirían problemas de feudos y mercados Asiáticos, Africanos, Americanos; habría luchas de clases que empezaría como cuestiones nacionales para volverse internacionales; el Socialismo, el Anarquismo y el residuo de una era competitiva de la humanidad lucharían por la preeminencia; habría choques entre el Europeísmo, el Asiaticismo y el Americanismo. Y de toda esta confusión debería surgir algún resultado. Bien podría ser que ello ocurriera a través de métodos muy diferentes de éstos a los que la historia nos tiene acostumbrados: la guerra podría ser eliminada o reducida a un mero fenómeno extraño de guerra civil en la comunidad o confederación internacional; nuevas formas de coerción tales como las comerciales, cuya frecuencia estamos ahora viendo incrementarse, podrían reemplazarla; podrían activarse incluso otros mecanismos que hoy en día nos son totalmente desconocidos. Pero para la humanidad en general, la situación sería esencialmente la misma que la ya experimentada en el pasado por los pequeños agregados informes de otro tiempo y debería abocar a los mismos resultados: éxito, realización parcial o fracaso.

La simplificación más natural del problema, aunque no parezca ahora posible, sería la división del mundo en unos pocos agregados imperiales, que consistirían en comunidades o imperios en parte federados y en parte confederados. Aunque una solución semejante sea irrealizable dada la fuerza actual de los egoísmos nacionales, la evolución de las ideas y la fuerza de las circunstancias cambiantes podría llegar a provocar algún día la creación de este estado de cosas y ello conduciría a una confederación más estrecha. América parece estar orientándose vagamente hacia un entendimiento cada vez mayor entre unos Estados Unidos cada vez más cosmopolitas y las Repúblicas Latinas de América del Centro y del Sur; esta situación, en ciertas circunstancias, podría materializarse en un Estado Confederado Interamericano. Por otra parte, si Alemania y Austria no hubieran sido completamente destruidas por el resultado de la guerra, la idea de un imperio confederado Teutónico bien podría haberse materializado en un futuro cercano; y aunque ahora los dos países están destruidos, aún puede tomar cuerpo en un futuro más lejano³¹. En el mundo Asiático podrían emerger agregados similares. Una distribución semejante de la humanidad en vastos agregados naturales tendría la ventaja de simplificar un gran número de difíciles problemas mundiales y, con el progreso de la paz, de la comprensión mutua y de ideas más abiertas, ésta podría conducir a una agregación final comparativamente indolora en forma de un Estado Mundial.

Otra solución posible queda sugerida por el precedente de la evolución del tipo nación a partir de la primera forma feudal imprecisa. Así como en este caso el continuo choque de fuerzas diversas y de poderes equipolentes hizo que emergiese uno de ellos -al principio sólo el primero entre sus pares, el rey feudal- en forma de monarquía centralizada, concebiblemente, si los imperios y las naciones del mundo no lograsen llegar a una solución pacífica entre ellos, si los conflictos de clase, los conflictos intercomerciales, los conflictos entre las diversas ideas y tendencias nuevas tuviesen como resultado un largo periodo de confusión, de trastornos y de cambios constantes, podría emerger una nación-soberano con la misión de transformar este orden semicaótico o parcial en un orden real y duradero. Hemos concluido que la conquista militar del mundo por parte de una sola nación no es posible más que en condiciones que ahora no

³¹El tercer Reich Nazi en Alemania pareció durante un tiempo estar conduciendo a la realización de esta posibilidad según otro modelo: un imperio Alemán Centroeuropo bajo una hegemonía totalitaria.

existen y que no son, por el momento, previsibles. Pero una nación imperial, tal como Inglaterra por ejemplo, expandida por todo el mundo, en posesión del imperio de los mares, con el conocimiento de cómo federar con éxito sus partes constituyentes y organizar toda su fuerza y potencial, teniendo la habilidad de convertirse en el representante y protector de las tendencias más progresistas y liberales de los nuevos tiempos, aliándose con otras fuerzas y naciones interesadas en su triunfo y mostrando que tiene el secreto de una organización internacional justa y eficiente, podría verosimilmente convertirse en el árbitro de las naciones y en el centro efectivo de un gobierno internacional. Esta probabilidad, bajo cualquier forma, es aún totalmente remota, pero con nuevas circunstancias podría convertirse en una posibilidad realizable del futuro.

Si la tarea de organizar el mundo probase ser demasiado difícil, si no pudiera llegarse a ningún acuerdo duradero o no pudiese erigirse ninguna autoridad legal sólidamente constituida, la tarea podría ser asumida no por un único imperio predominante, sino por dos o tres grandes Potencias imperiales, suficientemente afines en interés y unidas en la idea de superar posibles diferencias y recelos, y lo bastante fuertes como para dominar o destruir toda resistencia e imponer algún tipo de gobierno y legalidad internacionales eficaces³². El proceso sería entonces muy penoso y comportaría una coerción moral y económica brutales pero, si se asegurase el prestigio derivado del éxito y desarrollase cierta forma tolerable de legalidad y justicia o siquiera de orden próspero, acaso lograría al final ganarse el apoyo moral general y se revelase un punto de partida para formas mejores y más libres.

Sin embargo, otra posibilidad que no puede ser ignorada es que la única evolución considerada por nosotros hasta ahora, la meramente intergubernamental y política, sea interrumpida por la lucha de clases, desde hace mucho tiempo amenazante. El internacionalismo proletario se hundió como cualquier otra forma de internacionalismo -científico, cultural, pacifista, religioso- ante la dura prueba de la guerra y, durante la gran crisis, el conflicto entre Trabajo y Capital quedó en suspenso. Se tuvo entonces la esperanza de que el espíritu de unidad, de conciliación y compromiso continuaría reinando después de la guerra y que el conflicto amenazante sería evitado. Sin embargo, nada en la naturaleza humana o en la historia avalaba semejante confianza en las esperanzas del momento. El conflicto entre clases había supuesto durante mucho tiempo una amenaza, como la colisión Europea. Esta última fue precedida por grandes esperanzas de paz mundial, tentativas de concierto Europeo y tratados de arbitraje que debían hacer la guerra finalmente imposible. La esperanza de un concierto entre Proletariado y Capital, de que resuelvan idílicamente sus espinosas causas de conflicto por el dúo lírico de un melodioso compromiso en nombre de los intereses superiores de la nación resulta igualmente engañosa e improbable. Ni la socialización de los gobiernos, ni la creciente nacionalización de la industria eliminarían la raíz del conflicto. Porque siempre quedaría la cuestión crucial de la forma y de las condiciones del nuevo socialismo de Estado: si éste debería ser regulado en función de los intereses del Proletariado o en función de los del Estado capitalista, y si su dirección debería ser democrática y bajo la autoridad de los mismos obreros u oligárquica y burocrática bajo la autoridad de las clases dirigentes actuales. Esta cuestión bien podría conducir a contiendas que fácilmente se convertirían en un conflicto internacional o, por lo menos, intereuropeo; podría incluso escindir a cada nación en dos, en lugar de unir las como en la crisis bélica. Y los resultados de un

³²Si, por ejemplo, se produjese un conflicto entre las Potencias democráticas y las totalitarias, la fuerza aliada de una Inglaterra, Francia y América victoriosas o, en caso contrario, de las Potencias Fascistas, podría imponer un orden inicial en el mundo.

conflicto semejante podrían tener un efecto incalculable, ya fuera cambiando dinámicamente las ideas y la vida de los hombres, orientándolas en nuevas direcciones, ya destruyendo las barreras de las naciones e imperios existentes³³.

³³Esta hipotética previsión resultó plenamente justificada -y tendió a justificarse cada vez más- por el desarrollo postbélico de la vida nacional e internacional. La inhumana carnicería en España, el desarrollo de dos tipos opuestos de Socialismo en Rusia, Italia y Alemania, la inestable situación política en Francia fueron ejemplos del resultado final de estas tendencias. Pero esta tendencia ha alcanzado su clímax con el nacimiento del Comunismo y parece probable ahora que el futuro sea el teatro de una lucha entre el Comunismo y un Industrialismo superviviente capitalista en el nuevo Mundo o incluso entre el Comunismo y un sistema más moderado de democracia social en los dos continentes del Viejo Mundo. Pero en general, las especulaciones escritas en este capítulo, en un periodo en que las posibilidades futuras eran muy diferentes de las que existen ahora y todo era un torbellino de dudosa confusión, están superadas, puesto que ha intervenido un conflicto más formidable aun y ha barrido las condiciones previas. Sin embargo, algunas de ellas sobreviven todavía y amenazan la sana evolución de la nueva tentativa de orden mundial, sino ciertamente de todo orden mundial futuro.

CAPÍTULO XVI

EL PROBLEMA DE LA UNIFORMIDAD Y LA LIBERTAD

En cierta medida, hemos respondido a la pregunta de la que partimos. Tras haber sondeado, tan profundamente como nuestras luces lo permiten, la posibilidad de una unificación política y administrativa de la humanidad por motivos políticos y económicos y a través de medios puramente políticos y administrativos, se ha concluido que ello no sólo es posible, sino que los pensamientos y las tendencias de la humanidad tanto como el resultado de los acontecimientos actuales y de las fuerzas y necesidades existentes, se han orientado decisivamente en esta dirección. Ésta es una de las corrientes dominantes de la Naturaleza Universal en el flujo del desarrollo humano y es la consecuencia lógica de la historia pasada de la humanidad y de nuestras circunstancias presentes. Al mismo tiempo, nada nos autoriza a predecir un progreso rápido y sin penalidades, ni siquiera la garantía de su éxito final. Hemos visto algunas de las dificultades que existen en el camino, hemos visto también las directrices que la unificación podría seguir en la práctica para superar estas dificultades. Hemos concluido que la única línea que probablemente no seguirá es la ideal, es decir, la que exigen la justicia, el interés supremo y el pensamiento más elevado de la humanidad, aquella que tendría las máximas posibilidades de un éxito perdurable. No es probable que tal unificación asuma perfectamente -salvo, en todo caso, en un periodo mucho más avanzado de nuestra evolución colectiva- la forma de una federación de naciones libres e iguales o que adopte como móvil una perfecta armonía entre los principios en conflicto del nacionalismo y el internacionalismo.

Y ahora debemos considerar el segundo aspecto del problema, su efecto en las fuentes de la vida y del progreso humanos. La unificación política y administrativa de la humanidad no sólo es posible, sino que se halla anunciada por nuestra evolución presente; la resistencia de los egoísmos nacionales será probablemente arrollada por el impulso creciente de la tendencia unificadora actual, a la que la angustia de la guerra Europea ha dado por un tiempo cuerpo y voz articulada. Pero queda por resolver la cuestión de si, no en esta primera formación imprecisa, sino a medida que la unificación se desarrolle y se torne más completa y vigorosa, un orden estrictamente unificado no implicará necesariamente un considerable desprecio de las libertades de la humanidad, tanto individuales como colectivas, y el surgimiento de algún mecanismo opresivo que, durante algún tiempo al menos, obstaculizará, restringirá o amenazará con represión excesiva el libre desarrollo del alma vital de la humanidad. Hemos visto que, en tales procesos, a un periodo de formación laxa le sigue usualmente un periodo de restricción y constricción en el que se intenta una unificación más rígida, de forma que a la nueva unidad pueda dársele una estructura más sólida. Y esto ha significado en unificaciones pasadas, y significará probablemente aquí también, una supresión de ese principio de libertad en la vida humana que constituye la conquista más valiosa de las pasadas luchas espirituales, políticas y sociales de la humanidad. Es probable que el mismo ciclo de progreso se repita otra vez en esta nueva línea de avance.

Un proceso semejante sería no sólo probable sino inevitable, si la unificación de la humanidad procediese de acuerdo con el evangelio Germánico de la dominación creciente

del mundo por parte de un imperio, una nación o una raza aptos para ello. Sería asimismo inevitable, si los medios empleados por el Destino fuesen la dominación de la humanidad por parte de dos o tres grandes naciones imperiales, o si la fuerza ejecutora fuese una Europa unida y compacta que, poniendo en práctica el modelo de cierto tipo de pensadores políticos, tomase todo el resto del mundo en sus manos y mantuviese a las razas humanas de color bajo tutela por tiempo indefinido.

El objetivo y la justificación ostensibles de semejante tutela sería civilizar, es decir, Europeizar a las razas menos desarrolladas. En la práctica, sabemos que ello significaría su explotación puesto que, de acuerdo con la naturaleza humana, el benevolente pero enérgico guardián se sentiría autorizado a sacar el máximo provecho de su ventajosa situación siempre, por supuesto, en interés de su propio desarrollo y al mismo tiempo del desarrollo del mundo en general. Este régimen se fundaría en su fuerza superior y se opondría a las veleidades libertarias de los gobernados aduciendo que o bien éstos son inaptos para el gobierno, o bien que su aspiración es prematura: dos argumentos que bien pueden ser válidos para siempre puesto que nunca lograrán ser satisfactoriamente refutados a aquellos que los esgrimen. Al principio, este régimen podría operar de un modo que preservase el principio de libertad individual de las razas gobernantes mientras imponía una sujeción beneficiosa a las gobernadas, pero esto no podría durar. La experiencia del pasado demuestra que la preferencia del principio de autoridad respecto del de libertad se engendra en un pueblo imperial, reacciona sobre él mismo y lo conduce, primero insensiblemente y después a través de un cambio de concepciones y por la fatalidad de las circunstancias, a sacrificar su propia libertad interior. Sólo habría dos salidas posibles de esta situación: el desarrollo del principio de libertad entre los pueblos aún sometidos -o, digamos, administrados por otros para su propio bien- o el declive general de este principio en el mundo. O bien el orden superior gana desde arriba, o bien el inferior gana desde abajo: no pueden subsistir perpetuamente juntos en la misma economía humana. Pero nueve veces de cada diez, en ausencia de circunstancias que pongan fin a la relación entre amo y sometido, es la posibilidad menos afortunada la que triunfa³⁴.

Todos estos medios de unificación procederían en la práctica por el uso de la fuerza y de la coerción; ahora bien, todo uso deliberado, prolongado y difundido de medios coercitivos tiende a debilitar el principio de libertad en aquellos que aplican la coerción tanto como el hecho de la libertad en aquellos a los que les es aplicada. Tal uso favorece el desarrollo del principio opuesto, el de la autoridad dominante, cuya tendencia es introducir rigidez, uniformidad y un sistema de vida mecanizado y por ello mismo, al final, incapaz de progreso. Ésta es una relación psicológica de causa y efecto cuya acción no puede ser evitada más que procurando fundar todo uso de la autoridad sobre la base más amplia posible de libre consenso. Pero por su misma naturaleza y origen, los regímenes de unificación así introducidos se hallarían privados del libre empleo de este correctivo, porque deberían emplear la coerción sobre materiales en gran parte recalcitrantes e imponer su voluntad a todas las fuerzas y tendencias opuestas. Se verían obligados a reprimir, reducir, acaso incluso abolir todas las formas de libertad que, según su experiencia, alimentasen el espíritu de rebelión y resistencia; es decir, todas las grandes libertades de acción y de expresión que constituyen la mejor parte, la más vigorosa y

³⁴Estas consideraciones no guardan ya relación con el estado actual de cosas. Asia es ahora en su mayor parte libre o está en proceso de liberación, la idea de un Occidente o una Europa dominantes no tiene ya ninguna fuerza, ha ido desapareciendo del pensamiento de los hombres y, en la práctica, de la existencia.

estimulante, de la libertad humana. Se verían obligados a abolir, primero mediante la violencia y después por medio de la supresión legal y la represión, todos los elementos de lo que ahora llamamos libertad nacional. En el proceso, la libertad individual sería destruida no sólo en los países sometidos a la coerción sino también, por reacción y contagio inevitables, en la nación o naciones imperiales. Las recaídas en esta dirección son siempre fáciles, porque la aserción de la dignidad y libertad humanas es una virtud que el hombre ha adquirido sólo a través de una larga evolución y con un doloroso esfuerzo, y es poco proclive a respetar la libertad de los demás, aunque sin ella su propia libertad nunca puede estar segura. Oprimir y dominar allí donde puede -a menudo, nótese, con excelentes motivaciones- o ser medio víctima y medio siervo de aquellos que pueden dominar son sus propensiones animales innatas. Por ello, toda restricción innecesaria de las pocas libertades comunes que el hombre ha sido capaz de organizar para sí mismo se convierte de hecho en un paso atrás, sea cual sea el logro que ello pueda suponer, y toda opresión, toda represión organizadas más allá de lo que las imperfectas condiciones de la naturaleza humana hacen inevitables supone, no importa dónde o por quién sean practicadas, un golpe al progreso de toda la raza.

Si, por otra parte, la unificación formal de la raza fuese efectuada por una combinación de naciones libres e imperio, y si estos imperios se esforzasen en ser realidades psicológicas y por ello mismo organismos libres, o si llegado este momento la raza hubiese progresado tanto como para que pudiera adoptarse el principio de la libre agrupación nacional o cultural en una humanidad unificada, el peligro de retroceso sería en gran medida atenuado. Sin embargo, todavía existiría. Porque, tal como hemos visto, el principio de orden, de uniformidad, es la tendencia natural de un periodo de unificación. El principio de libertad ofrece un obstáculo natural al desarrollo de la uniformidad y, aunque perfectamente reconciliable con un orden verdadero, aunque puede insertarse y coexistir sin dificultad con un orden ya establecido, en la práctica no se reconcilia fácilmente con un orden nuevo que exija de él sacrificios para los que no se halla psicológicamente preparado. Esto, en sí mismo, no tendría por qué preocupar, puesto que todo movimiento hacia adelante implica cierta dosis de fricción y dificultad de adaptación; y si en este proceso la libertad por una parte y el orden por la otra sufriesen unos pocos golpes, éstos aún podrían reestablecerse con cierta facilidad en un nuevo modo de adaptación tras un cierto número de experiencias. Desgraciadamente, la naturaleza de toda tendencia o principio que trata de imponerse es, en el periodo de su desarrollo, sobreafirmarse y exagerar sus pretensiones cuando halla las circunstancias favorables, satisfacer sus impulsos de un modo exclusivo, afirmar despóticamente su dominio y deprimir o incluso pisotear otras tendencias y principios, especialmente aquellos que siente más alejados de su propia naturaleza. Y, si en estos poderes opuestos halla resistencia, su impulso de autoafirmación se hace agresivo, violento, tiránico: en vez de la fricción propia de la adaptación tiene lugar una lucha hostil sembrada de violentas vicisitudes, de acciones y reacciones, de evoluciones y revoluciones, hasta que un lado u otro prevalece en el conflicto.

Esto es lo que ha ocurrido en la evolución pasada de la humanidad; la lucha del orden y la uniformidad contra la libertad ha sido el hecho dominante en todas las grandes formaciones y procesos humanos: religiosos, sociales y políticos. No existe de momento ninguna base para predecir un principio de desarrollo más razonable en el futuro. Ciertamente, más que en ningún otro periodo conocido de su historia, el hombre parece estar convirtiéndose ahora de un modo más generalizado en un animal razonante, pero no

por ello se ha hecho, excepto en una o dos direcciones, una mente más razonable y un espíritu más armonioso. Porque todavía usa su razón mucho más comúnmente para justificar el conflicto y la oposición mutua que para llegar a sabios acuerdos. Y su mente y su razón siempre están en gran medida a merced de sus deseos y pasiones vitales. Por ello, debemos suponer que, incluso en las mejores circunstancias, se impondrá el viejo método de evolución y la vieja lucha se renovará en el proceso de unificación de la humanidad. El principio autoritario y de orden intentará una organización mecánica; el principio de libertad se resistirá y exigirá un sistema más flexible, más libre, más abierto. Los dos viejos enemigos lucharán por el control de la unidad humana como lo hicieron en el pasado por el control de la forma naciente de la nación. En el proceso, siendo las circunstancias favorables al poder más estrecho, tanto la libertad nacional como la individual serán puestas contra el muro... y las acompañará la fortuna, si un pelotón de leyes y restricciones no las ejecuta de un golpe de gracia militar.

Esto podría evitarse si en las mismas naciones el espíritu de libertad individual floreciese aún con su antiguo vigor, porque ello exigiría entonces, no sólo por simpatía natural sino en interés propio, el respeto a las libertades de todas las naciones constituyentes. Pero, según lo que indican todas las apariencias actuales, estamos entrando en un periodo en el que el ideal de la libertad individual se halla destinado a un eclipse completo bajo la sombra de la idea de Estado, si no a una suerte de muerte temporal o por lo menos de largo torpor, coma o hibernación. La constricción y mecanización del proceso de unificación coincidiría probablemente con un proceso de constricción y mecanización en el interior de cada unidad constituyente. ¿Dónde, pues, hallaría el espíritu de libertad su salvaguardia o su fuente de alimentación en este doble proceso? En éste, las viejas formulaciones prácticas de libertad desaparecerían y la única esperanza de sano progreso residiría en una nueva formulación de la libertad, una formulación elaborada por un movimiento espiritual o intelectual de la mente humana, nuevo y poderoso, que reconciliase la libertad individual con el ideal colectivo de una vida comunitaria, y la libertad de la unidad grupal con la recién nacida necesidad de una vida más unida de la raza humana.

Mientras tanto, debemos considerar hasta dónde es probable o posible llevar el principio de unificación en aquellos aspectos más exteriores y mecánicos que el método externo, es decir, político y administrativo, tiende a favorecer; debemos considerar, asimismo, hasta qué punto sus formulaciones más extremas favorecerán o retardarán el verdadero progreso de la raza hacia su perfección. Debemos considerar hasta qué punto el principio mismo de la nacionalidad podría verse afectado, si existe alguna posibilidad de su disolución total o, en caso de que sea preservado, qué lugar ocupará la unidad-nación subordinada en la nueva vida unitaria. Esto conlleva la cuestión del control, la idea del "Parlamento del Hombre" y otras ideas de organización política aplicadas a este nuevo y portentoso problema en la ciencia del vivir colectivo. En tercer lugar, está la cuestión de la uniformidad y de hasta qué punto es ésta saludable para la raza o necesaria para su unidad. Resulta evidente que entramos aquí en problemas que deberemos tratar de un modo mucho más abstracto que los que hemos abordado hasta ahora y teniendo mucho menos en cuenta las realidades inmediatas. Porque todo esto pertenece al oscuro futuro y toda la luz con la que podemos contar es la de la experiencia pasada y la de los principios generales de la vida, la naturaleza y la sociología; el presente nos proporciona sólo una luz tenue para una solución que se proyecta algo más allá en el Tiempo y se halla velada por una tiniebla colmada de incalculables posibilidades. No podemos prever nada; sólo podemos especular y exponer ciertos principios.

Vemos que siempre existen dos posibilidades extremas con un número de compromisos más o menos probables. La nación es actualmente la firme unidad-grupo de agregación humana a la que todo el resto de las unidades tiende a subordinarse; incluso la unidad imperial no ha sido hasta ahora sino un desarrollo de la nacional y los imperios han existido en los tiempos presentes no conscientemente y para la creación de agregados más vastos, como hizo el mundo imperial Romano, sino para servir al instinto de dominio y expansión, a la codicia de tierras, de dinero, de comodidad, a la agresividad vital, intelectual y cultural de naciones prósperas y poderosas. Esto, sin embargo, no pone a la unidad-nación al abrigo de una posible disolución en un principio de agregación más vasto. Siempre deberán existir unidades grupales en cualquier unificación humana, aun en la más completa, intolerante y uniforme, porque éste es el principio mismo no sólo de la naturaleza humana, sino de la vida y de toda forma de agregación. Topamos aquí con una ley básica de la existencia universal, con las matemáticas y la física fundamentales de la creación. Pero esto no implica que la nación deba persistir como unidad grupal. Podría desaparecer totalmente: el rechazo de la idea nacional ha empezado ya mientras que la idea inversa, la del *sans-patrie*, el ciudadano del mundo, nació y creció en fuerza antes de la guerra y, aunque temporalmente apagada, silenciada y debilitada, no está en absoluto muerta y podría revivir más adelante con acrecentada violencia. Por otra parte, la idea nacional podría persistir con plena vitalidad o incluso -tras cualesquiera luchas y aparentes declives- reafirmar finalmente su vida, su libertad y su vigoroso particularismo en el seno de la unidad mayor. Por último, podría también perdurar pero con una vitalidad reducida y sometida, o incluso sin ninguna vitalidad real o espíritu viviente de particularismo o separatismo, sino sólo como una conveniencia, un hecho administrativo más que psicológico, similar al departamento Francés o al condado Británico. Pero también, podría preservar suficiente grado de distinción mecánica, de forma que pudiese constituir el punto de partida de esa disolución de la unidad humana que sería inevitable si la unificación fuese más mecánica que real, es decir, si continuase regida por el móvil político y administrativo, fundada en el hábito de la comodidad y la conveniencia económica y social o meramente cultural, y fracasase en su misión de servir de base material a la unidad espiritual de la humanidad.

Lo mismo puede decirse del ideal de la uniformidad; porque para muchas mentes, en especial para aquéllas de inclinación rígida y mecánica, aquéllas en las que la lógica y la intelectualidad son más poderosas que la imaginación y el libre instinto vital o aquéllas que son fácilmente seducidas por la belleza de una idea y proclives a olvidar sus limitaciones, la uniformidad es un ideal, incluso a veces el ideal más alto en que pueden pensar. La uniformidad de la humanidad no constituye una eventualidad imposible aunque sea irrealizable en las circunstancias presentes y apenas concebible, desde ciertos puntos de vista, salvo en un futuro muy distante. Porque, ciertamente, hay o ha habido un inmenso impulso hacia la uniformidad de los hábitos de vida, hacia la uniformidad del conocimiento, hacia la uniformidad política, social, económica, educativa, y todo ello, si fuese llevado hasta sus últimas conclusiones, conduciría naturalmente a una uniformidad de cultura. Si esto se verificase, la única defensa que quedaría en pie contra la muerta nivelación de una total uniformidad sería la diferencia de lenguaje; porque el lenguaje crea y determina el pensamiento incluso mientras es creado y determinado por él y, mientras exista diferencia de lenguaje, siempre existirá una cierta dosis de libre variación de pensamiento, de conocimiento y de cultura. Pero es fácilmente concebible que la uniformidad general de cultura y una vida estrechamente asociada otorguen una fuerza

irresistible a la ya percibida necesidad de una lengua universal. Y una lengua universal, una vez creada o adoptada, puede acabar por aniquilar las lenguas regionales tal como el Latín aniquiló la lengua de las Galias, España e Italia o tal como el Inglés ha acabado con el Córnic, el Gaélico de Escocia y el de Irlanda y contaminado la lengua Galesa. Por otra parte, debido al creciente subjetivismo de la mente humana, se advierte hoy en día un renacer del principio de libre variación y un rechazo de la uniformidad. Si esta tendencia triunfa, la unificación de la raza deberá organizarse de tal modo que respete la libre cultura, el libre pensamiento y la vida libre de sus unidades constitutivas. Pero existe también una tercera posibilidad, la de una uniformidad dominante, que permitiría o incluso impulsaría variaciones menores que no amenazasen los fundamentos de su gobierno. Y aquí también, dentro de sus propios límites, las variaciones podrían ser vitales, vigorosas, hasta cierto punto particularistas aunque no separatistas, o podrían constituir tonos y matices totalmente menores pero suficientes como punto de partida para la disolución de la uniformidad en un nuevo ciclo de progreso diversificado.

Así también en lo que atañe a la organización del gobierno de la raza humana. Podría ser un régimen estricto bajo una autoridad central similar a la que ciertos modelos socialistas contemplan para la nación, un régimen que suprimiese toda libertad individual y regional en interés de una organización compacta y uniforme de la educación humana, la vida económica, los hábitos sociales, morales, el conocimiento, la religión incluso, todo sector de la actividad humana. Un proceso semejante puede parecer imposible y sería ciertamente irrealizable en un futuro cercano a causa de las inmensas masas a las que debería abarcar, las dificultades que debería vencer, los muchos problemas que deberían ser resueltos antes de poder ponerse en práctica. Pero esta idea de la imposibilidad olvida dos importantes factores: el desarrollo de la Ciencia, que puede manipular a grandes masas cada vez con mayor facilidad -piénsese en la guerra actual- al tiempo que abordar problemas a una escala cada vez mayor, y el rápido avance del Socialismo³⁵. Supuesto el triunfo de la idea o práctica socialista bajo cualquiera de sus disfraces -en todos los continentes-, ésta conduciría naturalmente hacia una socialización internacional que se haría posible gracias al desarrollo de la ciencia, la organización científica y la aniquilación de las dificultades espaciales y numéricas. Por otra parte, es posible que tras un ciclo de violento conflicto entre el ideal de rígida organización y el ideal de libertad, el periodo socialista de la humanidad se revelase comparativamente breve, como el del absolutismo monárquico en Europa, y fuese seguido por otro más inspirado en los principios del Anarquismo filosófico, es decir, de la unidad basada en la más completa libertad individual y en la libertad, también, de una agrupación natural no impuesta. Podría alcanzarse asimismo un compromiso: un régimen dominante con una libertad subordinada más o menos vital pero, aun en el caso de que ésta fuese poco vital, podría constituir aún un punto de partida para la disolución del régimen, que se produciría cuando la humanidad empezase a sentir que la organización rígida no es su destino último y que se había hecho de nuevo indispensable para su futuro un nuevo ciclo de búsqueda y experimento.

Es imposible considerar aquí todas estas grandes cuestiones con un mínimo de profundidad. Lanzar ciertas ideas que nos guíen en nuestra aproximación al problema de la unificación es todo lo que podemos intentar. El problema es vasto y oscuro, y siquiera un rayo de luz aquí y allá puede ayudarnos a atenuar su dificultad y obscuridad.

³⁵Incluso reacciones evidentes tales como el régimen Fascista de Italia, ahora derrotado, no hacen sino preparar o encarnar nuevas posibilidades del principio de control y dirección del Estado, que es la esencia del Socialismo.

PARTE II

CAPÍTULO XVII

LA LEY DE LA NATURALEZA EN NUESTRO PROGRESO: UNIDAD EN LA DIVERSIDAD, LEY Y LIBERTAD

Sólo para el hombre, entre las criaturas terrestres, vivir correctamente implica la necesidad de conocer correctamente, ya sea -tal como pretende el racionalismo- por medio del instrumento único o dominante de su razón o, de una forma más amplia y compleja, por la suma de sus facultades; y lo que debe conocer el hombre es la verdadera naturaleza del ser y su constante manifestación en los valores de la vida o, en un lenguaje menos abstracto, lo que debe conocer es la ley de la Naturaleza y, especialmente, la de su propia naturaleza, las fuerzas que hay en él y a su alrededor y su correcta utilización para una mayor perfección y felicidad propias y de las criaturas próximas a él. Según la vieja expresión, su oficio es aprender a vivir de acuerdo con la Naturaleza. Pero la Naturaleza no puede seguir siendo imaginada, como lo fue en otro tiempo, como la ley verdadera y eterna de la que el hombre se ha apartado, pues ella misma es algo cambiante, en progreso, en evolución, en ascenso hacia cimas siempre más elevadas, superando uno tras otro los límites de sus propias posibilidades. Sin embargo, en todo este cambio existen ciertos principios eternos o verdades del ser que permanecen sin variación y, sobre ellos como base fundamental, con ellos como materia prima y en ellos como molde o estructura, deben tener lugar nuestro progreso y perfección. Si no fuese así, existiría sólo un caos infinito y no un mundo, ordenado aun a pesar del conflicto de sus fuerzas.

La vida infrahumana del animal y de la planta no está sometida a esta necesidad de conocimiento ni a la de eso que constituye la compañía obligada del conocimiento: una voluntad consciente siempre impelida a ejecutar aquello que el conocimiento percibe. Gracias a esta exención, se halla libre de un inmenso número de errores, deformaciones y enfermedades, pues vive espontáneamente de acuerdo con la Naturaleza; su conocimiento y su voluntad son los de la Naturaleza y por ello incapaces, consciente o inconscientemente, de desviarse de sus leyes y dictados. El hombre parece, por el contrario, gozar del poder de aplicar su voluntad y su mente a la Naturaleza y de la posibilidad de gobernar su movimiento, incluso de apartarse del curso que ella le ha dictado. Pero aquí existe, de hecho, un truco del lenguaje que deforma la realidad. Porque la mentalidad del hombre es parte también de la Naturaleza: su mentalidad es incluso la parte más importante de su naturaleza, si no la más grande. Es, podríamos decir, la Naturaleza hecha parcialmente consciente de sus propias leyes y fuerzas, consciente de su esfuerzo de progreso e inspirada por la voluntad consciente de imponer una ley cada vez más elevada a sus propios procesos de vida y de ser. En la vida infrahumana existe una lucha vital y física, pero no un conflicto mental. El hombre está sometido a este conflicto mental y se halla, por ello mismo, en guerra no sólo con otros sino consigo mismo. Y porque es capaz de esta guerra consigo mismo, es capaz también de eso que le está negado al animal: una evolución interior, un progreso hacia tipos cada vez más elevados,

un constante trascenderse a sí mismo.

Actualmente, esta evolución tiene lugar por un conflicto y un progreso de las ideas aplicadas a la vida. En su aspecto primario, las ideas humanas de la vida son simplemente una traducción mental de las fuerzas y tendencias de la vida misma al emerger éstos en forma de necesidades, deseos e intereses. La mente humana posee una inteligencia práctica más o menos clara y precisa que tiene en cuenta todas estas cosas y da a cada una un valor mayor o menor de acuerdo con su propia experiencia, preferencia y juicio. A algunas de éstas el hombre las acepta y las ayuda a crecer con su voluntad e inteligencia, a otras las rechaza, las desanima y logra incluso eliminarlas. Pero de este proceso elemental emerge un segundo y más avanzado aspecto de las ideas del hombre sobre la vida: éste va más allá de la mera traducción mental y de la manipulación dinámica inmediata de las fuerzas y tendencias que han emergido o están emergiendo en él y en su entorno, y logra una evaluación ordenada de las mismas. Las estudia como reglas y procesos fijos de la Naturaleza y se esfuerza en entender su ley y su norma. Trata de determinar las leyes de su mente, su vida y su cuerpo, la ley y la regla de los hechos y fuerzas que le rodean, que constituyen su medio y determinan el campo y la base de su acción. Puesto que somos seres imperfectos y evolutivos, este estudio de las leyes de la vida debe considerar dos aspectos: percibe la norma de lo que es y la norma de lo que puede o debe ser, la ley de nuestras realidades y la ley de nuestras potencialidades. Esta última toma para el intelecto humano, que siempre tiende a una afirmación enfática y arbitraria de las cosas, la forma de un modelo fijo e ideal o de un conjunto de principios del que nuestra vida actual es una caída o desviación, o hacia el que nuestra vida actual supone un progreso y una aspiración.

La concepción evolutiva de la Naturaleza y de la vida nos aporta una perspectiva más profunda. Tanto lo que es como lo que puede ser son expresiones de los mismos hechos constantes de la existencia y de fuerzas o poderes de nuestra Naturaleza de los que no podemos ni debemos escapar, puesto que toda vida es la Naturaleza consumándose a sí misma y no la Naturaleza destruyéndose o negándose a sí misma. Pero nosotros podemos -y ése es nuestro destino- elevar, cambiar y ampliar las formas, organizaciones y valores de estos hechos constantes y de estas fuerzas de nuestra naturaleza y existencia. Y, en el curso de nuestro progreso, el cambio y el perfeccionamiento pueden dar lugar a lo que parecería una transformación radical, aunque nada esencial haya sido alterado. Nuestras realidades son la forma y el valor o poder de expresión que han alcanzado nuestra vida y naturaleza; su norma o ley es la organización y el proceso determinados propios de esa etapa de la evolución. Nuestras potencialidades apuntan hacia una forma, un valor, un poder de expresión nuevos con una organización y proceso nuevos y específicos que constituyen la norma y ley de las mismas. Hallándose así entre lo real y lo posible, nuestro intelecto tiende a confundir nuestra ley y forma actuales con la ley eterna de nuestra naturaleza y existencia, y a contemplar cualquier cambio como una desviación o caída o, por el contrario, tiende a confundir alguna ley y forma futuras y potenciales con nuestra regla ideal de vida, y a contemplar toda desviación fáctica de la misma como un error o pecado de nuestra naturaleza. En realidad, sólo es eterno aquello que es constante a través de todos los cambios, y nuestro ideal no puede ser más que una expresión progresiva de ello. Sólo el límite extremo de altura, amplitud y plenitud de la expresión que le es posible al hombre, si tal límite existiese, podría ser considerado, si lo conociésemos -y por el momento no conocemos nuestras máximas posibilidades-, el ideal eterno.

Sean cuales sean las ideas o los ideales que la mente humana extraiga de la vida y trate de aplicarle, éstos no pueden ser sino la expresión de esa misma vida en su intento de descubrir más y más su propia ley, de fijarla en un nivel cada vez más alto y de hacer realidad sus potencialidades. Nuestra mentalidad representa la parte consciente del movimiento de la Naturaleza en su esfuerzo de realización y culminación progresivas de los valores y potencialidades de su modo humano de vivir. Si esta mentalidad fuese perfecta, sería una en su conocimiento y voluntad con todo el Conocimiento y la Voluntad secretos que la Naturaleza trata de hacer emerger a la superficie; si así fuera, no existiría el conflicto mental. Porque, entonces, seríamos capaces de identificarnos con su movimiento, conocer su propósito y seguir inteligentemente su curso haciendo realidad la verdad que subraya el Guita: que es únicamente la Naturaleza quien actúa y que los movimientos de nuestra mente y vida son sólo la acción de sus manifestaciones. La vida infrahumana hace esto mismo de una forma vital, instintiva y mecánica, vive de acuerdo con la Naturaleza dentro de los límites de su tipo y se halla libre de conflicto interno, aunque no del conflicto con otra vida. Una vida superhumana alcanzaría esta perfección conscientemente, haría suyos el Conocimiento y la Voluntad secretos que hay en las cosas y su realización seguiría el movimiento libre, espontáneo y armonioso de la Naturaleza, sin apresuramiento, sin pausa, hacia ese desarrollo pleno que es su meta inherente y, por ello mismo, predestinada. De hecho, porque nuestra mentalidad es imperfecta, sólo alcanzamos vislumbres de las tendencias y fines de la Naturaleza, y convertimos cada vislumbre alcanzada en un principio absoluto o en una teoría ideal de nuestra vida y de nuestra conducta; vemos sólo un aspecto de su proceso y lo presentamos como el sistema completo y perfecto que debe regir la organización de nuestra vida. Operando a través de la imperfecta mente individual y de la aun más imperfecta mente colectiva, la Naturaleza presenta los hechos y los poderes de nuestra existencia como principios y fuerzas opuestos a los que nos adherimos con nuestro intelecto y emociones; favoreciendo o debilitando ahora a éste y luego al otro, los conduce a través de la lucha y el conflicto a un conocimiento mutuo en la mente del hombre, al sentimiento de su mutua necesidad y a una relación y síntesis de sus potencialidades progresivamente justa que, en la elástica potencialidad de la vida humana, se traduce en una armonía y combinación creciente de los poderes alcanzados.

La evolución social de la raza humana es necesariamente un desarrollo de las relaciones entre tres factores constantes: individuos, comunidades de varios tipos y humanidad. Cada uno busca su propia realización y satisfacción, pero cada uno está obligado a lograrlas no independientemente, sino en relación con los demás. El primer objetivo natural del individuo debe ser su propio crecimiento y plenitud interiores, y la expresión de los mismos en su vida exterior; pero esto sólo puede conseguirlo a través de sus relaciones con otros individuos, con los diversos tipos de comunidad -religiosa, social, cultural y política- a que pertenece y con las ideas y necesidades de la humanidad en general. La comunidad debe buscar su propia realización pero, sea cual sea la potencia de su masa de consciencia y su organización colectiva, sólo puede lograr su crecimiento a través de los individuos, bajo la presión de las circunstancias establecidas por su entorno y según las condiciones impuestas por sus relaciones con otras comunidades e individuos y con la humanidad en general. La humanidad como conjunto no tiene, hoy por hoy, una vida común conscientemente organizada; posee sólo una organización rudimentaria, determinada mucho más por las circunstancias que por la inteligencia y la voluntad humanas. Y, sin embargo, la idea y el hecho de nuestra existencia, naturaleza y destino humanos comunes ha ejercido siempre su poderosa influencia sobre el pensamiento y la

acción del hombre. Una de las principales preocupaciones de la ética y de la religión ha sido las obligaciones del hombre con respecto a la humanidad. La presión de los grandes movimientos y fluctuaciones de la raza ha afectado siempre a los destinos de sus comunidades separadas e, inversamente, estas comunidades separadas -sociales, culturales, políticas, religiosas- no han cesado de presionar para expandirse y abarcar, si fuese posible, a la totalidad de la raza. Y suponiendo que la humanidad entera llegase a una vida organizada común y buscarse una realización y una satisfacción comunes, sólo podría lograr su objetivo por medio de la relación del conjunto con sus partes y con la ayuda de la expansión de la vida de los seres humanos individuales y de las comunidades, porque es el progreso de estos últimos lo que determina el desarrollo de la vida de la raza.

La Naturaleza opera siempre a través de estos tres términos y ninguno de ellos puede ser abolido. Su punto de partida es la manifestación visible de la unidad y la multiplicidad, de la totalidad y sus unidades constitutivas, y crea unidades intermedias entre los dos extremos sin las cuales no puede darse un pleno desarrollo ni de la totalidad ni de las unidades. En las mismas formas vivientes, la Naturaleza crea siempre tres factores: el género, la especie y el individuo. Pero mientras en la vida animal se contenta con separaciones rígidas y agrupaciones sumarias, en la vida humana se esfuerza, por el contrario, en anular las divisiones que ha creado y conducir a toda la especie hacia el sentido de la unidad y la realización de la unidad. Las comunidades humanas están formadas no tanto por el agrupamiento instintivo de un número de individuos del mismo género o especie como por asociación local, comunidad de intereses y comunidad de ideas; y estos límites tienden siempre a ser sobrepasados al ampliarse el horizonte de los pensamientos y simpatías humanas gracias a una interpenetración más honda de las razas, naciones, intereses, ideas y culturas. Sin embargo, aunque su separatismo sea trascendido, estos límites no son abolidos de hecho, porque reposan en un principio esencial de la Naturaleza: el de la diversidad en la unidad. Por esta razón, parecería que el ideal o propósito último de la Naturaleza deba ser el desarrollo del individuo y de todos los individuos hasta el máximo de sus capacidades, el desarrollo de la comunidad y de todas las comunidades hasta la máxima expresión posible de esa existencia y potencialidad multiformes cuyas diferencias están destinadas a manifestar; después, el desarrollo de la vida unificada de la humanidad hasta el máximo de su capacidad y satisfacción comunes, no por la supresión de la plenitud de la vida del individuo o de la pequeña comunidad, sino sirviéndose al máximo de la diversidad que éstos manifiestan. Tal parece ser el modo más sano para incrementar las riquezas totales de la humanidad y verterlas en un fondo común de posesión y disfrute.

El progreso unificado de la humanidad se realizaría así por un principio general de intercambio y asimilación entre individuo y comunidad, entre comunidad y comunidad y, además, entre la pequeña comunidad y la totalidad de la humanidad, entre la vida y consciencia comunes de la humanidad y sus comunidades o individuos constitutivos en libre desarrollo. De hecho, a pesar de que es este intercambio lo que la Naturaleza trata aun ahora de efectuar hasta cierto punto, la vida está lejos de regirse por semejante principio de libre y armónica reciprocidad. En lugar de un intercambio libre y enriquecedor, existen luchas, oposición de ideas, impulsos e intereses, intentando cada uno aprovecharse de los demás por medio de todo tipo de guerras, de robos y bandidajes en todos los planos -intelectual, vital, físico- o incluso por la supresión, la deglución y digestión de sus prójimos. Éste es el aspecto de la vida que la humanidad, en sus pensamientos y su aspiración más elevados, sabe que debe trascender, pero o no ha

descubierto todavía los medios adecuados para hacerlo o no ha tenido la fuerza de aplicarlos. En su lugar, la humanidad trata ahora de eliminar los conflictos y desórdenes propios del crecimiento por medio de una profunda subordinación o servidumbre de la vida del individuo a la vida de la comunidad y, lógicamente, tenderá a eliminar el conflicto entre comunidades mediante una fuerte subordinación o servidumbre de la vida de la comunidad a la vida unida y organizada de la raza humana. Eliminar la libertad para liberarse del desorden, la contienda y el derroche, eliminar la diversidad para liberarse del separatismo y de las complejidades discordantes, es el impulso al orden y a la organización estricta con el que la arbitraria rigidez de la razón intelectual trata de substituir las difíciles curvas del proceso de la Naturaleza por su propia línea recta.

Pero la libertad le es tan necesaria a la vida como la ley y un régimen; la diversidad nos es tan necesaria como la unidad para nuestra verdadera plenitud. La existencia es sólo una en su esencia y totalidad; en su juego, es necesariamente multiforme. Una uniformidad absoluta significaría el fin de la vida mientras que, a la inversa, el vigor del pulso de la vida puede medirse por la riqueza de las diversidades que aquélla crea. Al mismo tiempo, mientras que la diversidad es indispensable para una vida potente y fértil, la unidad es necesaria para su orden, su organización y estabilidad. Debemos crear la unidad, pero no necesariamente la uniformidad. Si el hombre pudiese alcanzar una unidad espiritual perfecta, no sería necesario ningún tipo de uniformidad; porque sobre este fundamento sería posible la máxima gama de diversidad sin riesgo alguno. Si además pudiese realizar una unidad segura, clara y firmemente establecida en este principio, se haría posible una diversidad plena, incluso ilimitada en su aplicación, sin miedo al desorden, a la confusión o el conflicto. Porque no puede hacer ninguna de estas dos cosas, se halla siempre bajo la tentación de substituir la unidad real por la uniformidad. Mientras la energía vital del hombre pide la diversidad, su razón favorece a la uniformidad. La prefiere porque la uniformidad le proporciona una poderosa y clara ilusión de unidad en lugar de la verdadera unidad, a la que resulta mucho más difícil llegar. La prefiere, en segundo lugar, porque la uniformidad le facilita la cuestión de la ley, el orden y la organización, cuestión que de otro modo le resultaría difícil. La prefiere, también, porque el impulso de la mente del hombre es hacer de toda diversidad importante una excusa para la lucha y la separación; por ello, la uniformidad le parece el único modo seguro y fácil de unificación. Además, la uniformidad en cierta dirección o aspecto de la vida le ayuda a economizar energías para un desarrollo en otras direcciones. Si el hombre puede estandarizar su existencia económica y escapar a sus problemas, halla más tiempo para el ocio y para atender a su crecimiento intelectual y cultural. Si, además, estandariza toda su existencia social y no se ocupa en sus posibles problemas más lejanos, halla quizás paz y una mente libre para atender más enérgicamente a su desarrollo espiritual. Sin embargo, incluso aquí la compleja unidad de la existencia hace valer su verdad: al final, todo el crecimiento intelectual y cultural del hombre sufre a causa de la inmovilidad social, sufre por cualquier restricción o empobrecimiento de su vida económica. La existencia espiritual de la raza, aunque alcance alturas remotas, ve debilitarse al final su plenitud y sus continuas fuentes de vitalidad cuando depende de una sociedad demasiado estandarizada y regimentada: la inercia de los niveles inferiores se eleva y toca incluso las cumbres.

Debido a los defectos de nuestra mentalidad, la uniformidad debe ser admitida hasta cierto punto e incluso buscada; sin embargo, el propósito real de la Naturaleza es una unidad verdadera sobre la base de una rica diversidad. Su secreto resulta suficientemente

claro si se percibe que, aunque la Naturaleza crea siguiendo un único plan general, insiste siempre en una variación infinita. El plan de la forma humana es uno y, sin embargo, no hay dos seres humanos que sean exactamente iguales en sus características físicas. La naturaleza humana es una en sus componentes y en sus grandes líneas, pero no existen dos seres humanos que sean exactamente iguales en temperamento, características y substancia psicológica. Toda la vida es una en su plan y principio esenciales -aun la planta es una hermana reconocible del animal-, pero la unidad de la vida admite y estimula una variedad infinita de tipos. La variación natural de las comunidades humanas sigue el mismo modelo que la variación de los individuos, cada una desarrolla su propio carácter, su principio de variación, su ley natural. Esta variación y esta obediencia fundamental a la propia ley separada es necesaria para su vida, pero es igualmente necesaria para la sana vida de la humanidad en su conjunto. Porque el principio de variación no impide el libre intercambio, no se opone al enriquecimiento de todos desde un fondo común y del fondo común por medio de todos, que, tal como hemos visto, constituye el principio ideal de la existencia; por el contrario, sin una variación asegurada tal intercambio y mutua asimilación serían imposibles. Por ello, vemos que el secreto de la vida reside en esta armonía entre nuestra unidad y nuestra diversidad. En todas sus obras, la Naturaleza insiste en la unidad y en la variación por igual. Descubriremos que una unidad espiritual y psicológica verdadera puede permitir una libre diversidad y prescindir de toda uniformidad salvo del mínimo indispensable para expresar la comunidad de naturaleza y de principio esencial. Hasta que podamos alcanzar esta perfección, debe aplicarse el método de la uniformidad; pero no debemos extralimitarnos en su aplicación porque correremos el peligro de debilitar a la vida en las mismas fuentes de su poder, de su riqueza y de su desarrollo sano y natural.

La disputa entre ley y libertad pertenece al mismo orden de cosas y se mueve hacia la misma solución. La diversidad, la variación debe ser una variación libre. La Naturaleza no manufactura, no impone un patrón o una regla desde afuera: impele a la vida al crecimiento desde dentro, a afirmar su propia ley y desarrollo naturales modificados sólo por sus relaciones con el medio. Toda libertad, ya sea individual, nacional, religiosa, social o ética, se basa en este principio fundamental de nuestra existencia. Por libertad entendemos la libertad para obedecer a la ley de nuestro ser, para crecer hasta nuestra propia culminación natural, para descubrir natural y libremente nuestra armonía con el medio. Los peligros y desventajas de la libertad -el desorden, la contienda, el derroche y la confusión a que conducen su mal empleo- son obvios, ciertamente. Pero éstos surgen de la ausencia o defecto del sentido de unidad entre individuo e individuo, entre comunidad y comunidad, que les lleva a afirmarse unos a expensas de los otros en lugar de crecer con una ayuda e intercambio recíprocos, y a afirmar la propia libertad en el mismo acto de violar el libre desarrollo del prójimo. Si fuese establecida una unidad real, una unidad espiritual y psicológica, la libertad no conllevaría peligros y desventajas; porque los individuos libres amantes de la unidad se verían obligados por sí mismos, por su propia necesidad, a adaptar perfectamente su propio crecimiento al de sus prójimos y no se sentirían completos sin el libre crecimiento de los demás. A causa de nuestra imperfección presente y de la ignorancia de nuestra mente y voluntad, es necesario recurrir a la ley y el orden para restringir y obligar desde afuera. Las fáciles ventajas de una ley y coerción poderosas son obvias, pero igualmente importantes son sus desventajas. El tipo de perfección que consiguen crear tiende a ser mecánica e incluso el orden que imponen resulta artificial y susceptible de resquebrajarse, si se levanta el yugo o cesa la presa. Llevado muy lejos, un orden impuesto debilita el principio de crecimiento natural, que es

el verdadero método de la vida, y puede llegar incluso a aniquilar la capacidad de crecimiento real. Reprimimos y estandarizamos la vida a riesgo nuestro: con un régimen excesivo destruimos la iniciativa de la Naturaleza y el hábito de autoadaptación intuitiva. Desposeída de su elasticidad, la individualidad desvitalizada, aun cuando externamente parece nítida y simétrica, perece desde dentro. Es mejor la anarquía que la larga prolongación de una ley que no es la nuestra o que nuestra verdadera naturaleza no puede asimilar. Y toda ley represiva o preventiva es sólo una improvisación, un sustituto de la ley verdadera que debe desarrollarse desde dentro y ser, no un freno a la libertad, sino su imagen externa y su expresión visible. La sociedad humana progresa verdadera y vitalmente en la medida en que la ley se vuelve hija de la libertad; alcanzará su perfección cuando, habiendo aprendido el hombre a conocer su unidad espiritual y a ser espiritualmente uno con su prójimo, la ley espontánea de su sociedad exista sólo como el molde externo de su libertad interior gobernada por él mismo.

CAPÍTULO XVIII

LA SOLUCIÓN IDEAL: UNA AGRUPACIÓN LIBRE DE LA HUMANIDAD

Los principios de libertad y unidad, fundados en las tendencias esenciales y constantes de la Naturaleza en el desarrollo de la vida humana, deberían ser evidentemente las ideas rectoras en cualquier intento inteligente de unificación de la raza humana. Y sería así, si la unificación pudiese realizarse según el modelo de una constitución como la Licurga o con las leyes de un Manu ideal, el sabio y rey perfecto. Intentada -como lo será- de un modo muy diverso, de acuerdo con los deseos, las pasiones y los intereses de grandes masas de hombres y sin mejor luz para guiarla que la semiiluminada razón de los intelectuales del mundo y el oportunismo empírico de los políticos y estadistas, la unificación se realizará probablemente a través de una secuencia de experimentos confusos, retrocesos y reintentos, resistencias y persistencias; progresará a pesar de la sinrazón humana entre un clamor de ideas e intereses rivales, marchará vacilante a través de una guerra de principios, avanzará en medio del choque de partidos vehementes concluyendo en una serie de compromisos más o menos torpes. Tal como hemos dicho, podría instaurarse incluso de la forma menos ideal aunque no la más inconveniente de todas: con una cierta dosis de violencia y la dominación de un reducido número de imperios vastos y poderosos o, incluso, por la aparición de un solo Imperio Mundial predominante, un Estado-Rey que sería aceptado o se impondría a sí mismo como árbitro, si no como gobernador, de la humanidad. La fuerza efectiva en cualquier unificación política, administrativa y económica, será probablemente no un principio inteligente, sino la necesidad y la conveniencia; no la exigencia de luz, sino de poder.

Sin embargo, aunque el ideal no sea susceptible de ser puesto en práctica inmediatamente, nuestra acción debería tender cada vez más hacia él. Y si no siempre puede emplearse el mejor método, es bueno conocerlo para que, en la lucha de principios y fuerzas e intereses, algo del mismo entre en nuestras relaciones con los demás y mitigue los errores, los tropiezos y los sufrimientos que nuestra ignorancia y sinrazón nos obligan a pagar como precio del progreso. En principio, así pues, la unificación ideal de la humanidad sería un sistema en el que, como primera norma de vida común y armoniosa, a los pueblos humanos se les permitiría formar sus propias agrupaciones de acuerdo con sus divisiones naturales de localidad, raza, cultura, conveniencia económica y no según los más violentos accidentes de la historia o la voluntad egoísta de las naciones poderosas, cuya política es siempre obligar a las más pequeñas o peor organizadas a servir a sus intereses como naciones dependientes o a obedecer sus órdenes como naciones sometidas. La organización actual del mundo ha sido establecida por fuerzas económicas, diplomacias políticas, tratados de adquisición y violencia militar, sin consideración hacia ningún principio moral o norma general del bien de la humanidad. Ha servido groseramente a ciertos fines del desarrollo de la Fuerza Universal y ha ayudado, a costa de un gran derramamiento de sangre, sufrimiento, crueldad, opresión y rebelión, a unir más estrechamente a la humanidad. Como todas las cosas que, si bien no ideales en sí mismas, han tenido su lugar en el mundo y se han afirmado con fuerza, este método ha hallado su justificación -no moral sino biológica- en la necesidad de esos métodos brutales que la Naturaleza debe usar tanto con una humanidad semianimal como con su

creación animal. Pero una vez dado el gran paso hacia la unificación, ya no habría razón para que existiesen las organizaciones artificiales nacidas de esta necesidad. Y ello, en primer lugar, porque el objetivo ya no sería la satisfacción del egoísmo, del orgullo y de la codicia de naciones particulares, sino el bien del mundo en general; en segundo lugar, porque en una unión o Estado Mundial sanamente organizado, toda reivindicación legítima que una nación pudiese hacer a otra, tal como la de sus necesidades de bienestar económico y expansión, sería resuelta no ya por el principio de lucha y competencia, sino por el de cooperación o adaptación recíproca o, cuando menos, por el de una competencia regulada por la ley, la igualdad y el intercambio justo. Por ello, no habría lugar ya para las agrupaciones forzosas y artificiales, excepto aquéllas debidas a la tradición histórica o a los hechos consumados, que tendrían obviamente poco peso en el contexto de una gran transformación de las condiciones del mundo, imposible de alcanzar a menos que la raza esté dispuesta a destruir cientos de tradiciones y a derribar la mayoría de los hechos consumados.

Siendo necesarias las agrupaciones, el primer principio de la unidad humana debería ser un sistema de agrupaciones libres y naturales que no dejase espacio para las discordias internas, las incompatibilidades, la represión y rebelión entre raza y raza o entre pueblo y pueblo. Porque de otro modo el Estado Mundial se fundaría, en parte al menos, sobre un sistema de injusticia y represión legalizadas o, en el mejor de los casos, sobre un sistema de fuerza y coerción, por más mitigadas que éstas se hallasen. Un sistema semejante contendría elementos de insatisfacción ansiosos por aferrarse a cualquier esperanza de cambio y poner su fuerza moral y el poder material que aún les quedase a favor de cualquier veleidad de desorden, de secesión o de disolución del sistema que pudiese surgir en la raza y, quizás, de un retorno al viejo orden de cosas. Así pues, perdurarían centros morales de rebelión que, dada la agitación propia de la mente humana, no podrían dejar de tener, en periodos que les fuesen favorables, un gran poder de contagio y autodifusión. De hecho, cualquier sistema que pareciese estereotipar anomalías, eternizar la injusticia y la desigualdad o reposar permanentemente en un principio de compulsión y sumisión forzosa, no ofrecería ninguna seguridad y estaría condenado por su propia naturaleza a la transitoriedad.

Ésta fue la principal debilidad de la tendencia surgida durante la guerra a la organización del mundo sobre la base del *statu quo* actual, que siguió a la reciente convulsión mundial. Tal solución tenía el defecto de querer fijar condiciones que en su naturaleza deben ser transitorias. Implicaba no sólo el gobierno de esta o aquella nación sobre insatisfechas minorías foráneas, sino la supremacía de Europa sobre la mayor parte de Asia y sobre toda África. Una liga o una incipiente unidad de las naciones supondría, en tales condiciones, el control de enormes masas humanas por la oligarquía de unas pocas razas blancas. Éste no podría ser el principio de una organización duradera del mundo porque, en tal caso, una de las dos alternativas siguientes se haría inevitable: o un nuevo sistema debería mantener por medio de la ley y la fuerza el estado de cosas existente y resistir todo intento de cambio radical -pero esto conduciría a una supresión antinatural de grandes fuerzas naturales y morales y, al final, a un tremendo desorden, quizás a una explosión que haría pedazos el mundo-, o bien debería instaurarse una autoridad legislativa general y unos medios de cambio que permitiesen al juicio y al sentimiento de la humanidad prevalecer sobre los egoísmos imperialistas, y a los pueblos de Europa, Asia y África actualmente sometidos hacer valer las reivindicaciones de su

consciencia cada vez más despierta en las asambleas mundiales³⁶. Pero una autoridad semejante, que pudiese interferir en los egoísmos de los grandes y poderosos imperios, sería difícil de establecer, resultaría lenta en su acción, no conseguiría ejercer cómodamente su poder o su influencia moral y sus deliberaciones no serían probablemente ni serenas ni armoniosas. Se limitaría a representar los sentimientos e intereses de una oligarquía gobernante de grandes Potencias o concluiría en unos movimientos de secesión y guerra civil entre los Estados como la que resolvió la cuestión de la esclavitud en América. Sólo existiría otra solución posible: que los sentimientos y principios liberales despertados al principio por la guerra en Europa se convirtiesen en fuerzas de acción estables y permanentes, y se extendiesen a las relaciones de las naciones Europeas con sus colonias no Europeas. En otras palabras, las naciones Europeas deberían aceptar como principio político estable la necesidad de cambiar el carácter de su imperialismo y transformar sus imperios, tan pronto como fuera posible, de unidades artificiales en unidades psicológicas verdaderas.

Pero esto conduciría inevitablemente al reconocimiento del principio que hemos avanzado: la organización del mundo según un sistema de agrupaciones libres y naturales y no, como hasta ahora, de agrupaciones en parte libres y en parte forzosas. Porque una unidad psicológica sólo podría hallarse garantizada si las naciones ahora sometidas aceptasen libremente ser incluidas en el agregado imperial; ahora bien, el poder de libre consentimiento implicaría un poder de libre disenso y separación. Si debido a la incompatibilidad de cultura, temperamento o interés económico o de cualquier otro tipo la unidad psicológica no pudiera ser establecida, o bien la separación resultaría inevitable, o bien debería recurrirse al viejo principio de fuerza, cosa difícil cuando debe tratarse con grandes masas de hombres que, en el curso del nuevo proceso, han desarrollado una consciencia propia y han recuperado su unida fuerza intelectual y vitalidad. Debe admitirse que unidades imperiales de este tipo podrían constituir la próxima etapa de la agregación humana -aunque de ningún modo son inevitables-, siendo más fáciles de realizar en las condiciones actuales que la unificación de toda la humanidad. Sin embargo, tales unidades sólo podrían tener dos propósitos racionales: por una parte, servir de posada en el camino hacia la unidad de todas las naciones del mundo y como experimento de confederación económica y administrativa a gran escala; por otra, ser un medio para habituar a las naciones de diferente raza, tradición, civilización y color a vivir juntas en una familia política común, como la que toda la raza humana deberá establecer en cualquier marco de unidad que respete el principio de variación y no imponga un nivel de muerta uniformidad. La unidad imperial heterogénea tiene valor en el proceso de la Naturaleza sólo como medio hacia esa unidad más grande y, donde no se mantuviese después gracias a algún tipo de atracción natural o a un milagro de fusión total -algo improbable, pero no imposible-, dejaría de existir una vez que la unificación mayor se hubiese completado. También en esta línea de desarrollo, y ciertamente en toda línea de desarrollo, el principio de agrupación libre y natural de los pueblos debe ser la conclusión final, la base última y perfecta. No puede ser más que así porque la unificación de la humanidad no se hallará segura ni será saludable sobre ningún otro fundamento. Y debe ser así porque, una vez la unificación haya sido definitivamente completada y la guerra y las envidiosas competencias nacionales hayan sido reemplazadas por mejores métodos de relación y de adaptación recíproca, no podrá existir razón alguna para mantener ningún

³⁶ La Sociedad de Naciones empezó con un indefinido ideal de este tipo; pero incluso sus primeros intentos de oponerse a los egoísmos imperiales acabaron en secesión y sólo logró evitar la guerra civil entre sus miembros retractándose de sus propios compromisos. En realidad, nunca fue nada más que un instrumento al servicio de la política de unas pocas grandes Potencias.

otro sistema artificial y, por ello, tanto la razón como la conveniencia impondrán el cambio. La instauración de un sistema de agrupación natural se convertiría así en algo tan automático como pueda serlo la organización administrativa de un país de acuerdo con sus provincias naturales. Y sería tanto una necesidad de la razón y la conveniencia como del respeto necesariamente debido, en cualquier sistema de descentralización o de federación libre, a los sentimientos raciales o nacionales o a las unidades locales de antigua existencia. Otras consideraciones podrían modificar la aplicación de este principio, pero no existiría ninguna que fuese lo suficientemente poderosa como para abrogarlo.

La unidad natural en una agrupación libre de este género es la nación, porque ésta es la base que la evolución natural ha creado firmemente y que, de hecho, parece haber generado con miras a una unidad más grande. Por ello, a menos que la unificación sea pospuesta a una etapa lo bastante lejana de nuestra historia como para que el principio nacional de agregación pierda su fuerza y su vitalidad y se disuelva en algún otro, la unidad-nación natural y libre, y quizás el grupo de naciones, será el justo soporte viviente de un sistema mundial sano y armonioso. La raza tiene su importancia todavía y podría ser uno de sus elementos, pero sólo un elemento subordinado. En ciertas agrupaciones predominaría y sería decisivo; en otras, sería anulado en parte porque el sentimiento nacional e histórico prevalecería sobre las diferencias de lengua y de raza y, en parte, debido a las relaciones económicas y de otro tipo creadas por el contacto local y la unidad geográfica. La unidad cultural contaría, pero no prevalecería necesariamente en todos los casos; incluso la fuerza conjunta de raza y cultura podría no ser suficientemente poderosa como para ser un factor decisivo.

Ejemplos de esta complejidad se hallan en todas partes. Suiza pertenece, por lenguaje, raza y cultura, e incluso por afinidades sentimentales, a diferentes agregaciones nacionales: a dos por sentimiento y cultura, la Latina y la Teutónica; a tres por raza y lengua, la Alemana, la Francesa y la Italiana. Y estas diferencias pesaron lo suficiente como para desorientar y dividir las simpatías Suizas en la conflagración de las naciones; pero el sentimiento decisivo que se impuso a todos los demás fue el de la nacionalidad Helvética y éste parece impedir ahora y siempre cualquier idea de partición voluntaria o de disolución de la unidad antigua, natural, local e histórica que es Suiza. Alsacia pertenece predominantemente por raza, lengua y pasado histórico a la unión Germánica, pero los Alemanes apelaron en vano a estos títulos e intentaron en vano transformar Alsacia-Lorena en Elsass-Lothringen: los sentimientos vivientes y las afinidades nacionales, históricas, culturales de este pueblo lo unen todavía a Francia. Canadá y Australia no tienen conexión geográfica con las Islas Británicas ni entre ellos mismos, y el primero parecería predestinado a pertenecer a una unidad grupal Americana; pero, de hecho, en ausencia de un cambio de sentimiento, que ahora es difícilmente previsible, ambos preferirían pertenecer a una agrupación Británica antes que fundirse el uno en una nación Americana cada vez más cosmopolita y mantenerse el otro aparte como una unión Australasiática. Por otro lado, los elementos Esloavo y Latino del imperio Austro-Húngaro, aunque pertenecían por historia, posición geográfica y conveniencia económica a este imperio, se orientaron decididamente hacia la separación y, donde los sentimientos locales se lo permitieron, se unieron a sus familias lingüísticas, raciales y culturales. Si Austria hubiese tratado a sus súbditos Esloavos como a los Magiarses o si hubiese sido capaz de crear una cultura nacional propia a partir de sus elementos Germano, Esloavo, Magiar e Italiano, todo hubiese sido distinto y su unidad se habría visto garantizada contra toda fuerza perturbadora. Raza, lengua, relaciones locales y conveniencia económica son

factores poderosos, pero lo decisivo es un elemento psicológico que, cuando es dominante, propicia espontáneamente la unión. Todas las otras fuerzas, por más turbulentas que sean, deben ceder ante este factor más sutil; por más que pretendan la libre expresión y el libre uso de su particularismo en el seno de la unidad mayor, las fuerzas económicas, culturales y raciales deben subordinarse a un poder de atracción más poderoso.

Por esta misma razón, el principio básico que se adopte debe ser el de una agrupación libre y no el de una norma abstracta o práctica, ni tampoco cualquier principio de tradición histórica o estado de hecho impuesto a las naciones. Es fácil construir un sistema en la mente y proponerse edificarlo sobre fundamentos que a primera vista parecerían racionales o convenientes. A primera vista, parecería que la unificación de la humanidad podría organizarse de un modo más racional y conveniente sobre la base de una agrupación Europea, una Asiática, una Americana, con dos o tres subgrupos en América -el Latino y el Anglparlante-, tres en Asia -el Mongol, el Indio y el Próximo Oriental, con el África musulmana quizás como anexo natural de este último-, cuatro subgrupos en Europa -el Latino, el Eslavo, el Teutónico y el Anglo-Celta, este último con las colonias que quisieran permanecer unidas a él-, mientras que el África Central y Meridional podrían desarrollarse de acuerdo con las condiciones actuales, pero según principios más humanos y progresivos, como los que exigirían los sentimientos de una humanidad unificada. Algunas de las dificultades actuales y obvias podrían no revestir gran importancia en un sistema mejor estructurado. Sabemos, por ejemplo, que naciones íntimamente ligadas por todo tipo de vínculos aparentes se hallan en realidad divididas por antipatías más profundas que aquellas -más ideales y menos reales- que las separan de pueblos con los que no tienen vínculo o afinidad. El Japón Mongol y la China Mongola están netamente divididos en sentimiento; Árabes, Turcos y Persas, aunque unidos por la religión y la cultura Islámicas, no constituirían una familia enteramente feliz si sus presentes sentimientos mutuos persistieran. Las Escandinavas Noruega y Suecia contaron con todo lo necesario para aproximarse y perpetuar su unión -excepto un sentimiento poderoso, aunque irracional, que hizo imposible la continuidad de la unión-. Pero estas antipatías sólo perduran, en realidad, mientras existe una efectiva presión hostil, un sentimiento de sujeción o dominación, un miedo a la opresión de la individualidad de una por parte de la otra; una vez eliminado todo esto, las antipatías desaparecerían probablemente. Es notable, por ejemplo, que desde la separación de Noruega y Suecia, los tres Estados Escandinavos se han mostrado cada vez más dispuestos a actuar conjuntamente y a considerarse una agrupación natural en Europa. La vieja antipatía de las naciones Irlandesa e Inglesa está declinando ante la evidencia de una relación más justa, aunque aún imperfecta, entre las dos individualidades nacionales. Del mismo modo, la antipatía entre el Austriaco y el Magiar cedió cuando fue establecida una relación más justa entre los dos reinos. Por esta razón, es fácilmente concebible que, con un sistema en el que desapareciesen las causas de hostilidad, las afinidades naturales prevalecerían y una agrupación como la descrita podría resultar más fácilmente realizable. Puede argüirse también que la humanidad, sometida a una intensa presión unificadora, tendería naturalmente a la creación de una simetría de este orden. Podría ocurrir que un gran cambio o revolución en el mundo aboliera rápida y poderosamente todos los obstáculos, tal como la Revolución Francesa abolió en Francia aquéllos que el viejo régimen oponía a un sistema democrático uniforme. Pero no sería posible poner en práctica ninguna de estas sistematizaciones, si los sentimientos reales de los pueblos no correspondieran a estos sistemas de conveniencia racional: el estado del mundo está actualmente bien lejos de esta correspondencia ideal.

La idea de una nueva base fundada en el principio de sentimiento nacional pareció durante un tiempo susceptible de realización práctica en un terreno limitado. Ésta se limitaba a la reorganización Europea, e incluso ahí debía imponerse, por la lógica de la guerra y de la fuerza, sólo a los imperios derrotados. Los otros aceptaron reconocerla para sí mismos sólo de una forma restringida: Rusia, mediante la concesión de autonomía a Polonia; Inglaterra, concediendo el *Home Rule* a Irlanda y creando una federación con sus colonias; mientras tanto, otras negaciones de este principio persistirían aún e incluso se añadirían una o dos nuevas en obediencia a ambiciones y exigencias imperiales. A este nuevo principio se le dio incluso un nombre y durante cierto tiempo la idea de la 'autodeterminación' recibió sanción oficial y consideración de evangelio. Por más imperfecta que hubiese sido su aplicación, si se hubiese logrado su realización práctica, ello habría significado el nacimiento físico y la infancia de un nuevo ideal y habría abierto a las esperanzas de la humanidad la perspectiva de su aplicación a una escala cada vez mayor, hasta su universalización final. Si bien es verdad que la victoria de los Aliados puso fin a estas elevadas declaraciones, ya no es posible considerar este ideal de reorganización mundial sobre la base de agrupaciones nacionales libres como un sueño imposible, un ideal totalmente quimérico.

Sin embargo, las fuerzas que se le oponen son considerables y es una vana esperanza pensar que serán vencidas sin largas y difíciles luchas. El egoísmo nacional e imperial es la primera y la más poderosa de las fuerzas opuestas. Rendir el instinto de dominación y el deseo de seguir siendo gobernantes supremos cuando el gobierno y la supremacía han sido la recompensa de esfuerzos pasados, sacrificar las ventajas de una explotación comercial de las tierras dependientes y colonias que sólo pueden ser garantizadas por la confirmación del dominio y la supremacía, afrontar desinteresadamente el ingreso en una actividad nacional libre de vigorosas y a veces enormes masas de hombres que fueron gentes sometidas y pasivos medios de enriquecimiento para las naciones dominadoras pero que a partir de ahora serán poderosos iguales y quizás rivales formidables, es una exigencia demasiado grande para que la egoísta naturaleza humana la conceda fácil y espontáneamente, a menos que su mentalidad se vea forzada por una necesidad real o lo haga con la esperanza de una ganancia grande y palpable que compense la pérdida inmediata y visible. Además, Europa no ha renunciado todavía a su pretensión de controlar el mundo en interés de la civilización -por la que entiende civilización Europea-, ni a dejar de exigir la adopción de esta civilización como condición previa para que las razas Asiáticas accedan a cualquier tipo de igualdad o libertad. Esta exigencia, que está destinada a perder pronto toda su fuerza en Asia, encuentra aún una poderosa justificación en el estado actual del continente Africano. Por el momento, señalemos que esta exigencia se opone con fuerza a un reconocimiento más amplio del recién nacido ideal y que, hasta que los problemas que suscita no hayan sido resueltos, la organización del mundo de acuerdo con un principio ideal de este género debe esperar la evolución de nuevas fuerzas y la maduración, tanto en Asia como en Europa, de revoluciones espirituales, intelectuales y materiales no verificadas hasta ahora³⁷.

³⁷ Estas revoluciones ya han tenido lugar y estos obstáculos, aunque no en su totalidad, han desaparecido o están desapareciendo.

CAPÍTULO XIX

LA TENDENCIA A LA CENTRALIZACIÓN Y LA UNIFORMIDAD- ADMINISTRACIÓN Y CONTROL DE LOS ASUNTOS EXTERIORES

Suponiendo que la agrupación libre de las naciones de acuerdo con sus afinidades naturales, sus sentimientos, su sentido de la conveniencia económica u otras, fuese la base definitiva de una unión mundial estable, el problema que se plantea a continuación es cuál sería, exactamente, el estatuto de estas unidades-nación en el seno de esta unidad humana más vasta y compleja. ¿Sería su separación sólo nominal y se convertirían en partes de una maquinaria o conservarían una individualidad viva y real, una libertad efectiva, una vida orgánica? En la práctica, esto supone tanto como preguntarse si el ideal de la unidad humana se orienta hacia la fusión y soldadura de la humanidad por la fuerza -o cuando menos, con fuerza- en una única y vasta nación, un Estado-Mundial centralizado con muchas provincias, o si su agregación apunta más bien a una unión mundial de nacionalidades libres bajo un sistema más complejo, abierto y flexible. Si la primera idea o tendencia o necesidad predominase con todo su rigor, sufriríamos un periodo de compresión, constricción, negación de las libertades nacionales e individuales como en la segunda de las tres etapas históricas de la formación nacional en Europa. Este proceso concluiría, si tuviese pleno éxito, en un gobierno mundial centralizado que impondría su orden y su ley uniformes, su administración uniforme, su sistema económico y educativo uniforme, una sola cultura, un solo principio social, una sola civilización, quizás incluso una sola lengua y religión a toda la humanidad. Estando centralizado, delegaría algunos de sus poderes en las autoridades y consejos nacionales, pero sólo como el gobierno central Francés -Parlamento y burocracia- delega algunos de sus poderes en los prefectos y consejos departamentales y en los funcionarios de las comunidades que les están subordinadas.

Semejante estado de cosas parece un sueño suficientemente lejano y sin duda no demasiado hermoso, salvo para el rígido doctrinario. Ciertamente, se requeriría un largo tiempo para que pudiese ponerse en práctica y debería verse precedido por un periodo de formación laxa equivalente al de la unidad feudal de Francia o Alemania en la Europa medieval. Sin embargo, teniendo en cuenta el ritmo cada vez más acelerado con el que el mundo está empezando a progresar y las gigantescas revoluciones de pensamiento, perspectiva y práctica internacional que el futuro promete, debemos considerarlo no sólo como algo remoto, sino como una posibilidad factible y no excesivamente lejana. Si las cosas continúan moviéndose persistente y victoriosamente en una sola dirección, y si la Ciencia consigue eliminar los obstáculos de espacio y de división mental y geográfica que todavía existen así como acrecentar sus medios y poderes de organización a gran escala y en todos sus detalles, semejante posibilidad podría ser viable dentro de un siglo o dos o, como mucho, dentro de tres o cuatro. Sería la conclusión lógica de cualquier proceso que utilizase, como instrumento principal de unificación, la fuerza y la compulsión o el predominio de un pequeño número de grandes naciones, o bien la aparición de un Estado-rey, un imperio que predominase en tierra y mar. Suponiendo que se hubiese establecido una primera unidad imprecisa, esta posibilidad podría materializarse por el triunfo en todo el mundo de la doctrina y el dominio políticos de un partido de

doctrinarios socialistas e internacionalistas de mentalidad semejante a los Jacobinos unitarios de la Revolución Francesa, que no tendrían ninguna consideración por los sentimientos del pasado ni por cualquier forma de individualismo grupal y tratarían de aniquilar todos sus fundamentos visibles a fin de imponer perfectamente a la humanidad su idea de una igualdad y unidad absolutas.

Un sistema de este tipo, fuesen cuales fuesen el modo y las fuerzas que lo instaurasen, ya se rigiese por la idea democrática de Estado inspirada en el socialismo moderno o por la mera idea de Estado -socialista, quizás, pero no democrática o incluso antidemocrática-, se fundaría en el principio de que la unidad perfecta sólo puede alcanzarse por medio de la uniformidad. En realidad, todo pensamiento que trata de establecer la unidad por medios mecánicos o externos tiende de modo natural a la uniformidad. Sus tesis parecen hallarse apoyadas por la historia y las lecciones del pasado; porque, en la formación de la unidad nacional, la tendencia a la centralización y uniformidad ha sido el factor decisivo, y un estado de uniformidad ha sido el punto culminante. El precedente de la formación de un solo Estado nacional a partir de los diversos, y a menudo conflictivos, elementos de un pueblo sería naturalmente el precedente determinante en la formación de la nación-mundial y el Estado-Mundial únicos a partir de las poblaciones de la tierra, el pueblo humano. En los tiempos modernos ha habido significativos ejemplos del poder de esta tendencia a la uniformidad, que crece a medida que la civilización progresa. El movimiento Turco empezó con el ideal de tolerancia para con todos los elementos heterogéneos -razas, lenguas, religiones, culturas- del destartalado imperio Turco, pero inevitablemente el joven elemento Turco dominante se desvió de forma instintiva para establecer, aun por medio de la coerción, una cultura Otomana y una nacionalidad Otomana uniformes. Esta tendencia ha conducido, tras la eliminación del elemento Griego y la pérdida del imperio, al pequeño Estado puramente Turco actual; pero, curiosamente, la uniformidad nacional halló su coronación asociándose a la cultura Europea y asimilándola junto con sus formas y hábitos sociales. Bélgica, compuesta casi igualmente por Flamencos Teutones y Valones Galos, se convirtió en una nacionalidad bajo la égida de una cultura Franco-Belga y con el Francés como lengua dominante; el movimiento Flamenco, que lógicamente debería haberse contentado con la igualdad de derechos para ambas lenguas, pretendió en realidad una inversión total de la situación: no meramente una afirmación, sino el dominio de la lengua Flamenca y de una cultura Flamenca indígena. Alemania, al unir sus antiguos elementos en un solo cuerpo, consintió en que persistiesen los Estados existentes con sus propios gobiernos y administraciones, pero la posibilidad de notables diversidades así abierta fue anulada por la centralización de la vida nacional en Berlín; hubo, es cierto, una separación nominal, pero eclipsada por una uniformidad real y dominante que convirtió a Alemania en la imagen de una Prusia más grande, a pesar de las tendencias e instituciones más democráticas y humanistas de los Estados del Sur. Existen, en efecto, tipos de federación aparentemente más libres, como Suiza, los Estados Unidos, Australia, Sudáfrica, pero aun aquí el espíritu de uniformidad prevalece en realidad o tiende a prevalecer, a pesar de la variación en el detalle y de la libertad de legislación en materias menores concedida a sus Estados componentes. En todas partes parece que la unidad exija, y se esfuerce en crear, una uniformidad mayor o menor para consolidar su base.

La primera uniformidad de la que arrancan todas las restantes es la de un gobierno centralizado cuya función natural es crear y garantizar una administración uniforme. Un gobierno central le resulta necesario a todo agregado que trate de llegar a una unidad

orgánica de su vida política y económica. Aunque este gobierno central sólo sea nominalmente, o al principio, un órgano creado por diversos Estados que se siguen considerando soberanos dentro de sus propias fronteras, un instrumento en el que delegan por conveniencia unos pocos de sus poderes para la consecución de fines comunes, aquél tiende siempre en realidad a convertirse en el cuerpo soberano y siempre desea concentrar más y más poder en sus manos dejando sólo poderes delegados a las jurisdicciones y autoridades locales. Las inconveniencias prácticas de un sistema más laxo fortalecen esta tendencia y debilitan gradualmente la fuerza de las medidas erigidas contra una férrea estructuración, que parece cada vez más beneficiosa y verse confirmada por la lógica de la utilidad general. Incluso en los Estados Unidos, con su fuerte apego a su constitución original y su reluctancia a aceptar innovaciones constitucionales sobre líneas distintas de las locales, se manifiesta la misma tendencia; y ésta habría provocado ya cambios grandes y radicales, si no hubiese existido una Corte Suprema con la misión de anular cualquier intrusión legislativa en la constitución original; o si la política Americana de no injerencia en los asuntos y problemas extranjeros no hubiese eliminado la presión de esas necesidades que, en otras naciones, han ayudado al gobierno central a acaparar todo el poder real y a convertirse en la fuente tanto como en la cabeza o centro de las actividades nacionales. La tradicional política de los Estados Unidos, su pacifismo, su antimilitarismo, su aversión a tomar parte en las complicaciones Europeas o a cualquier contacto íntimo con las políticas de Europa, su celo ante la interferencia de las Potencias Europeas en los asuntos Americanos a pesar de sus colonias e intereses en el hemisferio Occidental, se deben en gran parte al instinto de que esta separación es la única garantía de la preservación de sus instituciones y de su tipo particular de vida nacional. Una vez militarizados, una vez lanzados al vórtice de las políticas del viejo mundo, amenaza que a veces parece inminente, nada podría proteger durante mucho tiempo a los Estados Unidos de la necesidad de grandes cambios en dirección a la centralización y al debilitamiento del ideal federal³⁸. Suiza debe la seguridad de su constitución federal a una neutralidad egocéntrica similar.

Porque el desarrollo de la centralización nacional debe a dos necesidades primordiales, de las cuales la primera y más apremiante es la necesidad de cohesión: una unidad de intención, una acción única y concentrada contra otras naciones, ya sea para la defensa frente la agresión externa, ya sea con fines agresivos para satisfacer los intereses y las ambiciones nacionales. El efecto centralizador de la guerra y el militarismo, su exigencia de concentración de poderes, ha sido un tópico en la historia desde sus primeros tiempos. Ha sido el primer factor en la evolución de las monarquías centralistas y absolutas, en el mantenimiento de cerradas y poderosas aristocracias, en la amalgama de elementos dispares y en el debilitamiento de las tendencias centrífugas. Las naciones que, puestas frente a esta necesidad de cohesión, no han logrado desarrollar o preservar tal concentración de poderes, han tendido siempre a llevar el peor partido en la lucha por la vida, aun cuando no hayan compartido el largo destino soportado por Italia y Polonia en Europa, y por la India en Asia. La fuerza del Japón centralizado, la debilidad de una China descentralizada, fueron prueba evidente de que, aun en las condiciones modernas, la vieja norma sigue siendo válida. Ayer mismo, sin ir más lejos, los Estados libres de la Europa Occidental se vieron obligados a suspender todas sus libertades -ganadas con tanto esfuerzo- y a retornar al antiguo sistema Romano de un Senado no sujeto a control, e incluso de una dictadura encubierta, para hacer frente a la fuerza concentrada de una

³⁸La política de Roosevelt y las dificultades que encontró ilustran claramente el poder de estas dos fuerzas antagónicas en los Estados Unidos; la tendencia a reforzar el principio federal, aunque lenta, es inequívoca.

nación poderosamente centralizada y organizada para la defensa y la agresión militar. Si el sentimiento de esta necesidad lograra sobrevivir velada o abiertamente, no puede caber duda alguna de que la democracia y la libertad recibirían el golpe más peligroso, y posiblemente fatal, que han sufrido desde su restablecimiento en los tiempos modernos³⁹.

El poder de Prusia para dominar la vida de Alemania se debió casi enteramente al sentimiento de inseguridad que imponía al Reich su posición particular en Europa entre dos grandes naciones hostiles, y a su sensación de cerco e incertidumbre ante la expansión de aquéllas. Otro ejemplo de la misma tendencia lo constituye la fuerza que adquirió la idea de confederación en Inglaterra y sus colonias como resultado de la guerra. Mientras las colonias pudieron mantenerse aparte, sin verse afectadas por las guerras de Inglaterra y su política exterior, esta idea tuvo pocas posibilidades de materializarse; pero la experiencia de la guerra y de sus perturbaciones, así como la patente incapacidad para concentrar toda la fuerza potencial de un imperio bajo un sistema de descentralización casi total, parecen haber hecho inevitable un mayor rigor en la estructura hasta ahora fluida y abierta del Imperio Británico, rigor que puede llegar muy lejos una vez que el principio haya sido reconocido y puesto inicialmente en práctica⁴⁰. Una federación flexible, bajo una u otra forma, sirve convenientemente donde la paz es la regla; donde la paz es insegura o la lucha por la vida es difícil y está llena de amenazas, la flexibilidad se convierte en una desventaja y puede resultar incluso un defecto fatal: la oportunidad del destino para la destrucción.

La presión del peligro desde el exterior y la necesidad de expansión sólo crean la tendencia a una fuerte centralización militar y política; el aumento de la uniformidad surge de la necesidad de una estrecha organización interior, de la cual el centro así creado se convierte en instrumento. Esta organización es exigida en parte por las mismas necesidades que han creado el instrumento pero, en un grado mucho mayor, por las ventajas de la uniformidad para una vida económica y social bien organizada, y basada en una conveniencia que a la vida no le preocupa pero que la inteligencia del hombre exige constantemente: un principio de orden claro, simple y, en la medida en que lo permita la complejidad de la vida, de fácil aplicación. La inteligencia humana, tan pronto como empieza a ordenar la vida de acuerdo con su propia idea y no con el principio instintivamente más plástico y flexible de orden orgánico inherente a la vida, tiende necesariamente a imitar a la Naturaleza física en sus principios uniformes fundamentales de organización, pero intenta darles también, en la medida de lo posible, una aplicación uniforme. Así, tiende a la supresión de todas las variaciones importantes. Sólo cuando ha crecido y se siente más capaz de entender y tratar con las complejidades naturales, se encuentra suficientemente cómoda para gobernar lo que el principio de la vida parece exigir siempre: la libre variación y la aplicación sutilmente diversa de los principios uniformes. Ante todo, en la ordenación de una sociedad nacional, la inteligencia humana tiende espontáneamente a la uniformidad en ese aspecto que más atañe a la necesidad particular del centro de orden creado: su función política y militar. Procura primero una unidad suficiente y después una unidad y uniformidad de administración absolutas.

³⁹Incluso actualmente, la dirección del impulso de las fuerzas tiende evidentemente a alejarse del ideal democrático y a orientarse hacia un control y organización por parte del Estado cada vez más rigurosos.

⁴⁰De momento, esto no ha ido más allá de una igualdad de estatuto con estrechas consultas en el terreno de los asuntos exteriores, y de ciertos intentos de una cooperación económica mayor. Pero una continuidad de las grandes guerras podría, según sus éxitos, o disolver este sistema aún flexible, o imponer un sistema más cohesivo. Hoy por hoy, sin embargo, esta posibilidad se halla frenada por el acceso al verdadero Estatuto de Dominio y al Estatuto de Westminster, que hacen la federación innecesaria en la práctica y, quizás, incluso indeseable para los partidarios de una independencia de hecho.

Las monarquías, creadas por la necesidad de concentración, apuntaron primero a una concentración preliminar y reunieron los principales hilos de la administración en las manos de una autoridad central. Vemos esto en todas partes, pero las etapas del proceso se hallan más claramente indicadas en la historia política de Francia; porque es aquí donde la confusión causada por el separatismo feudal y las jurisdicciones feudales crearon las dificultades más formidables; y, sin embargo, es aquí donde éstas fueron resueltas y eliminadas con mayor éxito, gracias a una constante insistencia centralizadora y a una violenta reacción final contra los elementos feudales sobrevivientes. La monarquía centralizadora, llevada al poder supremo por las repetidas lecciones de las invasiones Inglesas, de la presión Española, de las guerras civiles, desarrolló inevitablemente ese absolutismo que tan remarcablemente personifica la gran figura histórica de Luís XIV. Su famosa sentencia, “El Estado soy yo”, expresaba realmente la necesidad que sentía el país de un único e indisputable Poder soberano que concentrase en sí toda la autoridad militar, legislativa y administrativa, en oposición a la imprecisa y casi caótica organización de la Francia feudal. El sistema de los Borbones procuró primero la centralización y la unidad administrativas; en segundo lugar, una cierta dosis de uniformidad administrativa. No tuvo pleno éxito en este segundo propósito debido a su dependencia de la aristocracia, a la que había reemplazado pero a la que estaba obligada a dejar los confusos despojos de sus privilegios feudales. La Revolución tuvo poco respeto de esta aristocracia y barrió las reliquias del antiguo sistema. Al establecer una rigurosa uniformidad, no desmanteló sino más bien completó la obra de la monarquía. Una plena unidad y uniformidad legislativa, fiscal, económica, judicial, social, era la meta a la que el absolutismo Francés, monárquico o democrático, tendía por su impulso original. El gobierno de los Jacobinos y el régimen de Napoleón no hicieron sino ayudar a una rápida maduración de lo que había estado preparándose lentamente bajo la monarquía a partir del confuso organismo de la Francia feudal.

En otros países, el movimiento fue menos directo y la supervivencia de viejas instituciones, aun tras la pérdida de la razón original de su existencia, fue más obstinada; pero en toda Europa, incluso en Alemania⁴¹ y Rusia, la tendencia ha sido la misma y el resultado final es inevitable. El estudio de este proceso es de considerable importancia para el futuro, porque las dificultades que debieron superarse son idénticas en esencia, aunque diferentes en la forma y alcance, a las que podrían obstaculizar el camino de la evolución hacia un Estado-Mundial a partir del organismo impreciso y aun confuso del mundo civilizado moderno.

⁴¹Nótese la absoluta culminación de esta tendencia en Alemania, en la centralización sin precedentes, en la rígida estandarización y uniformidad impuestas por el régimen Nacional-socialista bajo Hitler.

CAPÍTULO XX

LA TENDENCIA A LA CENTRALIZACIÓN ECONÓMICA

La organización objetiva de una unidad nacional aún no se halla completa cuando posee una única autoridad central y ha alcanzado la unidad y uniformidad de sus funciones política, militar y estrictamente administrativa. Existe otra parcela de su vida orgánica igualmente importante: la legislativa y su corolario, la función judicial. El ejercicio del poder legislativo acaba por convertirse, aunque no fue siempre así, en el signo característico de la soberanía. Lógicamente, podría suponerse que la determinación consciente y organizada de las propias normas de vida habría de ser la primera tarea de una sociedad; tarea de la que todas las demás deberían derivar y depender y, por esta razón, su desarrollo debería ser posterior al de aquélla. Pero la vida evoluciona obedeciendo a su propia ley y a la presión de las fuerzas, y no de acuerdo con la ley y la lógica de la mente consciente; su primera trayectoria está determinada por el subconsciente, y es consciente de sí misma sólo de forma secundaria y derivada. El desarrollo de la sociedad humana no ha sido una excepción a esta regla; pues el hombre, aunque en la esencia de su naturaleza es un ser mental, ha empezado en la práctica con una mentalidad en gran parte mecánica, como el ser vivo consciente, el animal humano de la Naturaleza, y sólo más tarde pudo convertirse en el ser vivo consciente de sí mismo, el *Manu* capaz de autoperfección. Ésta es la trayectoria que ha debido seguir el individuo; el hombre gregario sigue la huella del individuo y se encuentra siempre muy rezagado con respecto al desarrollo individual más elevado. Por ello, el desarrollo de la sociedad como organismo capaz de legislar consciente y plenamente de acuerdo con sus necesidades, que en la lógica de la razón debería ser el primer paso necesario, es en realidad, en la lógica de la vida, el paso último y la etapa culminante. Permite por fin a la sociedad perfeccionar conscientemente, por medio del Estado, toda la organización de su vida militar, política, administrativa, económica, social, cultural. La culminación del proceso depende de la culminación del desarrollo por el que el Estado y la sociedad se hacen, en la medida de lo posible, sinónimos. Aquí reside la importancia de la democracia; aquí reside también la importancia del socialismo. Ambos son el signo de que la sociedad empieza a estar preparada para ser un organismo enteramente consciente de sí y, por ello, capaz de autorregularse libre y conscientemente⁴². Pero debe señalarse que la democracia y el socialismo modernos son sólo un primer intento, inmaduro y torpe, de lograr este objetivo, un esbozo ineficaz y no una realización libremente inteligente.

Al comienzo, en la primera etapa de la sociedad, no existe nada semejante a lo que entendemos por ley, la *lex* Romana; existen sólo un cúmulo de hábitos vinculantes, *nomoi*, *mores*, *_c_**ra*, determinados por la naturaleza interior del hombre gregario y acordes con la acción que ejercen sobre él las fuerzas y las necesidades de su entorno. Éstos se convierten en *instituta*, elementos que adquieren un estatuto fijo y formal, instituciones, y se cristalizan en leyes. Además, abarcan toda la vida de la sociedad: no existe distinción entre la ley política y la administrativa, la ley social y la religiosa; éstas no sólo coinciden en un único sistema sino que se imbrican una en otra de modo inextricable y se determinan mutuamente. A este tipo pertenecían la antigua ley Judía y el

⁴²El Fascismo y el Nacionalsocialismo han tachado el "libremente" de esta fórmula y han emprendido la tarea de crear la consciencia organizada y autorregulada por medio de una violenta regimentación.

Shastra Hindú, que preservaron hasta tiempos recientes este primer principio de la sociedad, a pesar de las tendencias a la especialización y a la separación que prevalecieron en todas partes como resultado del desarrollo normal de la razón práctica y analítica de la humanidad. Esta compleja ley consuetudinaria evolucionó, ciertamente, pero lo hizo por un desarrollo natural del cuerpo de los hábitos sociales obedeciendo a ideas cambiantes y a necesidades cada vez más complejas. No existía una única y fija autoridad legislativa que determinase las leyes por medio de una acción consciente de adaptación y selección, o en anticipación al consenso popular, o por una acción directa de las ideas sobre la unanimidad general de la necesidad y la opinión. Los Reyes y profetas, los *Rishis* y *Brahmanes* juristas pudieron ejercer esta acción de acuerdo con su poder e influencia, pero ninguno de ellos estaba investido como soberano legislador; el rey, en la India, era el administrador del *Dharma*, pero no el legislador salvo sólo excepcionalmente y en un grado difícilmente perceptible.

Vale la pena señalar, en efecto, que esta ley consuetudinaria fue a menudo atribuida a un legislador original, un Manu, un Moisés, un Licurgo; pero la verdad histórica de tal tradición ha sido desacreditada por la investigación moderna y quizás con razón, si consideramos sólo los hechos reales verificables y el proceso ordinario de la mente humana y de su desarrollo. En realidad, si examinamos la profunda tradición legendaria de la India, vemos que su idea del Manu es más un símbolo que otra cosa. Su nombre significa hombre, el ser mental. Él es el legislador divino, el semidió mental en la humanidad, que traza las líneas según las cuales la raza o el pueblo debe gobernar su evolución. En el Purana se dice que él o sus hijos reinan en las tierras o mundos sutiles o, como diríamos nosotros, reinan en la vasta mentalidad que nos es subconsciente y, desde ella, tienen poder para determinar las líneas del desarrollo de la vida consciente del hombre. Su ley es el *m_nava-dharma__stra*, la ciencia de la ley de conducta del ser mental o humano y, en este sentido, podemos considerar la ley de cualquier sociedad humana como la evolución consciente del tipo y las líneas que su Manu ha fijado para ella. Si aparece un Manu encarnado, un Moisés o Mahoma vivientes, éste es sólo el profeta o portavoz de la Divinidad velada en el fuego y la nube, Yahveh en el Sinaí, Allah que habla a través de sus ángeles. Mahoma, como sabemos, sólo desarrolló costumbres sociales, religiosas y administrativas ya existentes del pueblo Árabe convirtiéndolas en un nuevo sistema dictado por la Divinidad a su secreta mente intuitiva, a menudo en un estado de trance en el que pasaba de su ser consciente a su ser supraconsciente. Todo esto puede ser suprarracional, o si se quiere irracional, pero representa una etapa del desarrollo humano distinta de la de una sociedad gobernada por la mente práctica y racional que, en contacto con las necesidades cambiantes y los requerimientos permanentes de la vida, exige una ley creada y codificada, determinada por una autoridad legislativa fija: el cerebro o centro organizado de la sociedad.

Este desarrollo racional consiste, tal como hemos visto, en la creación de una autoridad central -al principio, una fuerza central distinta, pero que enseguida se extiende y se funde más y más con la sociedad misma o la representa de una forma directa-, que gradualmente asume las partes especializadas y separadas de la actividad social. Al principio, esta autoridad era el rey, electo o hereditario; en su carácter original, éste era un líder guerrero y en su país sólo el jefe, la cabeza de los ancianos o de los más fuertes, el que convocaba a la nación y al ejército, el eje de la acción pero no el principal factor determinante. Sólo en la guerra, donde la plena concentración del poder es la primera condición para la acción eficaz, era la autoridad suprema. Como líder de las huestes,

strategos, era también *imperator*, el que detenta el mando absoluto. Cuando extendió esta combinación de dirección y autoridad desde el exterior al interior, tendió a convertirse en el poder ejecutivo: no sólo el instrumento principal de la administración social, sino también el soberano ejecutivo.

Era naturalmente más fácil para él convertirse en autoridad suprema en el terreno de la política exterior que en el de la interior. Aun ahora, los gobiernos Europeos que en asuntos internos tienen que referirse a la voluntad popular o persuadir o engatusar a la nación son capaces, en política exterior, de actuar enteramente o en un alto grado de acuerdo con sus propias ideas: porque se les permite determinar sus actos por medio de una diplomacia secreta en la que el pueblo no puede tener voz y respecto a la cual los representantes de la nación tienen sólo un poder genérico de crítica o de ratificación de sus resultados. En política exterior, la acción de estos últimos es nominal o, en cualquier caso, restringida al mínimo, puesto que no pueden impedir acuerdos y tratados secretos; incluso en el caso de los tratados hechos tempranamente públicos, sólo pueden frenar su ratificación a riesgo de destruir la seguridad, la continuidad y la uniformidad necesarias de la acción exterior de la nación destruyendo así también la confianza de los gobiernos extranjeros, sin la cual no puede haber negociaciones ni pueden formarse alianzas y combinaciones estables. Tampoco pueden retirar realmente su sanción en caso de crisis, ya sea para la guerra o la paz, porque son consultados a última hora o incluso en el último minuto, cuando una u otra se ha hecho ya inevitable. Esta situación era aun más obligada en el caso de las viejas monarquías, en las que el rey era el hacedor de la guerra y de la paz, y dirigía los asuntos exteriores del país de acuerdo con su idea personal del interés de la nación, una idea condicionada en gran medida por sus propias pasiones, sus predilecciones e intereses personales y familiares. Pero fueran cuales fueran las desventajas del sistema, la dirección de la guerra, de la paz y de la política exterior, así como la conducción del ejército en el campo de batalla, se encontraban al menos centralizadas y unificadas en la autoridad soberana. La reivindicación de un control parlamentario real de la política exterior e incluso de una diplomacia abierta -una cuestión difícil para nuestras nociones corrientes y, sin embargo, practicada en el pasado y perfectamente practicable- indica un paso más en la transformación de un sistema monárquico y oligárquico en un sistema democrático, transformación que está lejos de haber culminado a pesar de la pretensión moderna de democracia; señala, además, la asunción de todas las funciones soberanas, que se hallaban en manos de un solo administrador soberano o de unos pocos agentes ejecutivos dominantes, por el conjunto de la sociedad organizada como Estado democrático.

Para adueñarse de las funciones internas, la autoridad central debe afrontar una tarea más difícil porque, si quiere absorberlas o ejercer sobre ellas el máximo control, debe tener en cuenta la rivalidad o intervención de fuerzas e intereses poderosos, la resistencia de inveterados hábitos nacionales a menudo caros al pueblo, y los derechos y privilegios existentes. Pero al final debe inevitablemente llegar a cierto control unificado de aquellas funciones que son esencialmente ejecutivas y administrativas. Este aspecto administrativo de la organización nacional se compone de tres partes principales: la financiera, la propiamente ejecutiva y la judicial. El poder financiero comporta el control del tesoro público y de las contribuciones de la sociedad para los fines nacionales, y es evidente que éste debe pasar a manos de cualquier autoridad que se haya propuesto organizar y hacer eficiente la acción unificada de la comunidad. Pero esta autoridad, que tiende a una gestión no compartida ni controlada, a una completa unificación de poderes,

naturalmente desea no sólo determinar el gasto público de acuerdo con su propia y libre voluntad, sino también las contribuciones de la sociedad al tesoro tanto en lo que respecta a su cuantía como a su distribución entre los individuos y las clases que constituyen la nación. La monarquía, en su tendencia a un centralismo despótico, ha tratado siempre de acrecentar este poder y ha luchado para retenerlo; porque el control del tesoro de la nación es el signo más importante y el elemento más eficaz de la soberanía real, más esencial quizás que el derecho sobre la vida y la muerte. En los regímenes más despóticos, este control es absoluto e incluye el poder de confiscación y expoliación sin recurrir a procedimientos judiciales. Por el contrario, un dirigente que tenga que negociar con sus súbditos la cantidad de su contribución y los métodos de imposición se ve limitado en su soberanía y ya no es, de hecho, el soberano único y total. Así, un poder vital se hallaría en las manos de un estamento inferior del reino y podría volverse fatalmente contra él en todo conflicto que pretendiese transferir la soberanía del rey a este estamento. Ésta es la razón de que el supremo instinto político del pueblo inglés afrontase, en la lucha con la monarquía, la cuestión de los impuestos como primer punto vital en el conflicto por el poder financiero. Una vez resuelta ésta en el Parlamento por la derrota de los Estuardo, la transformación de la soberanía monárquica en soberanía del pueblo o, más precisamente, la transferencia del control orgánico del trono a la aristocracia, de ella a la burguesía y de ésta al conjunto del pueblo -los dos últimos pasos, de los cuales uno está aún incompleto, comprenden la rápida evolución de los últimos ochenta años- fue sólo una cuestión de tiempo. En Francia, la fuerza de la monarquía fue haber logrado absorber prácticamente este poder; fue su incapacidad de dirigir con justicia y economía el tesoro público, su reluctancia a gravar las enormes riquezas de la aristocracia y el clero mientras el pueblo era aplastado por los impuestos, y la consiguiente necesidad de recurrir de nuevo a la nación lo que propició la ocasión de la Revolución. En países modernos avanzados tenemos una autoridad dirigente que declara, al menos, representar más o menos perfectamente a toda la nación; los individuos y las clases deben someterse porque no existe recurso alguno contra la voluntad de toda una sociedad. Pero aun así, es cuestión no de impuestos, sino de la correcta organización y administración de la vida económica de la sociedad lo que está preparando las revoluciones del futuro.

CAPÍTULO XXI

LA TENDENCIA A LA CENTRALIZACIÓN Y UNIFORMIDAD LEGISLATIVAS Y SOCIALES

La concentración de los poderes esenciales de la administración en manos del soberano es completa cuando hay unidad y uniformidad en la administración de justicia, especialmente en el campo de lo criminal, pues ésta se halla íntimamente relacionada con el mantenimiento del orden y de la paz interna. Y le es necesario, además, al soberano tener la justicia criminal en sus manos para poder aplastar toda rebelión contra él, en cuanto que traición, y también para sofocar en la medida de lo posible la crítica y la oposición, y penalizar aquella libertad de pensamiento y de palabra que, por su constante búsqueda de un principio social más perfecto y su estímulo sutil o directo al progreso, resulta tan peligrosa para los poderes e instituciones oficiales y tan subersiva del orden vigente con su impulso hacia una realidad futura mejor. La unidad de jurisdicción, el poder de constituir los tribunales, de nombrar, financiar y destituir jueces, y el derecho a determinar las ofensas y sus castigos correspondientes constituyen, en el apartado de lo criminal, todo el poder judicial del soberano. Análogamente, una unidad de jurisdicción, el poder de constituir tribunales, de administrar la ley civil y el derecho a modificar las leyes relativas a la propiedad, el matrimonio y otras cuestiones sociales concernientes al orden público, constituyen su apartado civil. Pero la unidad y uniformidad de la ley civil es de una importancia menos inmediata y urgente para el Estado cuando éste se halla en proceso de substituir a la sociedad natural orgánica; es un instrumento menos directamente esencial. Por ello, es la jurisdicción criminal la que, en mayor o menor grado, es absorbida en primer lugar.

Originalmente, todos estos poderes pertenecían a la sociedad orgánica y eran ejercidos principalmente por medio de varios mecanismos naturales de carácter flexible y consuetudinario, tales como el *panchayet* Indio o jurado de aldea, la jurisdicción de los gremios u otras asociaciones naturales, el poder judicial de la asamblea o de los consejos de ciudadanos, como en los varios *comitia* de Roma o en los grandes e imprácticos jurados elegidos por suerte o de otro modo, como en Roma y Atenas; y sólo en una pequeña medida eran ejercidos por la acción judicial del rey o los ancianos en su capacidad administrativa. Por ello, las primeras sociedades humanas conservaron durante largo tiempo un aspecto de gran complejidad en su administración de justicia y no poseyeron una uniformidad jurisdiccional ni una unidad centralizada en la fuente de la autoridad judicial, ni sintieron necesidad de ello. Pero a medida que la idea de Estado se desarrolla, deben verificarse esta unidad y esta uniformidad. Inicialmente, esto se realiza por el reagrupamiento de todas estas jurisdicciones diversas, siendo el rey simultáneamente la fuente de sanciones, la alta corte de apelación y el poseedor de los poderes originales, que a veces se ejercen, como en la antigua India, por medio del proceso judicial pero que en otras ocasiones, en el caso de regímenes más autocráticos, se ejercen por decreto; este último procedimiento sirviendo sobre todo en materia criminal, en la adjudicación de penas y, de un modo más particular, en las penas por ofensas contra la persona del rey o la autoridad del Estado. Contra esta tendencia a la unificación y la autoridad del Estado milita frecuentemente un sentimiento religioso en la comunidad que otorga, como en la

mayoría de los países de Oriente, un carácter sacrosanto a sus leyes y costumbres, y tiende a mantener al rey o al Estado circunscrito en sus propios límites: el soberano es aceptado como administrador de justicia, pero se le supone estrictamente limitado por la ley, de la que él no es fuente sino canal. A veces, este sentimiento religioso desarrolla un elemento teocrático en la sociedad, una Iglesia con su autoridad y jurisdicción eclesiásticas independientes, un *Shastra* en manos de los *Brahmines* juristas, una ley confiada a los *Ulemas*. Donde el sentimiento religioso conserva su predominio, la solución consiste en la asociación de los juristas *Brahmines* y el rey o el juez nombrado por él en cada tribunal de Estado, y en el mantenimiento de la autoridad suprema de los *Pandits* o *Ulemas* en toda cuestión judicial sujeta a controversia. Donde, como en Europa, el instinto político es más poderoso que el religioso, la jurisdicción eclesiástica acaba con el tiempo por quedar subordinada a la del Estado, hasta que finalmente desaparece.

Así, el Estado o la monarquía -ese gran instrumento de transición de la sociedad orgánica a la racional- se convierte al final en la cabeza de la ley tanto como en la encarnación de la eficacia y el orden públicos. El peligro de subordinar enteramente lo judicial a un ente ejecutivo en posesión de poderes arbitrarios y no sujetos a control es obvio, pero sólo en Inglaterra -el único país en que a la libertad se le ha otorgado siempre el mismo valor e importancia que al orden y no ha sido considerada de menor o incluso de nula necesidad- el intento de limitar el poder judicial del Estado tuvo éxito desde una etapa temprana. Esto se debe, en parte, a la firme tradición de independencia de los tribunales apoyada por la completa seguridad de los jueces, una vez nombrados, de conservar su posición y emolumentos; en parte, se debe también a la institución del jurado. Quedaba aún mucho margen para la opresión y la injusticia, como en toda institución social o política humana, pero el objetivo fue alcanzado en sus grandes líneas. Nótese que otros países han adoptado el jurado pero, más dominados por el instinto de orden y de sistema, han dejado el poder judicial bajo el control del ejecutivo. Esto, sin embargo, no supone un defecto tan grave allí donde el poder ejecutivo no sólo representa a la sociedad, sino que es nombrado y controlado por ella; pero lo es allí donde el poder ejecutivo es independiente del control público.

La uniformidad de la ley se desarrolla sobre líneas que difieren de las de la unidad y uniformidad en la administración de justicia. En sus comienzos, la ley es siempre consuetudinaria y, donde es libremente consuetudinaria, esto es, donde meramente expresa los hábitos sociales del pueblo -excepto en sociedades pequeñas-, debe conducir de forma natural a una considerable variedad de costumbres o debe, al menos, permitir las. En la India, a cada secta o incluso a cada familia se le permitió desarrollar variaciones en sus costumbres religiosas o sociales, variaciones que la ley general de la sociedad estaba obligada a aceptar dentro de límites bastante vagos; y esta libertad es todavía parte de la teoría de la ley Hindú, aunque ahora, en la práctica, resulta difícil el reconocimiento de cualquier nueva variación. Esta espontánea libertad de variación es el signo superviviente de una vida natural u orgánica anterior, opuesta a una vida ordenada intelectualmente, racionalizada o mecanizada. La vida grupal orgánica fijaba sus líneas generales y sus divergencias particulares por el sentido e instinto colectivos o la intuición de vida grupal, más que por la rigurosa estructura de la razón.

El primer signo evidente de una evolución racional es la tendencia del código y la constitución a prevalecer sobre la costumbre. Pero existen códigos y códigos. Porque, primero, existen sistemas que no se hallan escritos y que no toman estrictamente la forma

de códigos, sino que son una masa flotante de leyes, *decreta*, precedentes, y admiten todavía una importante cantidad de ley meramente consuetudinaria. Por otra parte, existen sistemas que sí toman la forma rígida de códigos, como el *Shashtra* Hindú, pero que no son en realidad sino una osificación de la costumbre; éstos ayudan a estereotipar la vida de la sociedad, pero no a racionalizarla. Finalmente, existen esos códigos deliberadamente ordenados, que constituyen un intento de sistematización inteligente; una autoridad soberana fija las líneas directivas de la ley y admite de tanto en tanto cambios que son adaptaciones inteligentes a nuevas necesidades, variaciones que no perturban la inteligente unidad y la razonable fijeza del sistema sino que se limitan a modificarla y desarrollarla. La perfección de este último tipo supone el triunfo del instinto racional, más estrecho en su horizonte pero más consciente de sí y más industrioso, sobre el instinto vital de la sociedad, más vasto pero a la vez más vago e ineficaz. Cuando ha logrado este triunfo en la determinación y organización perfectamente conscientes y sistemáticamente racionales de su vida -que realiza, por una parte, gracias a una constitución fija y uniforme y, por la otra, gracias a una ley civil y penal uniformes e inteligentemente estructurales-, la sociedad está preparada para la segunda fase de su desarrollo. Puede emprender, entonces, el ordenamiento consciente y uniforme de la totalidad de su vida a la luz de la razón, como lo quiere el principio del socialismo moderno y la tendencia de todas las Utopías de los pensadores.

Pero antes de que podamos llegar a esta etapa, debe resolverse la gran cuestión: ¿quién debe ser el Estado? La encarnación del intelecto, la voluntad y la consciencia de la sociedad, ¿habrá de serla un rey con sus consejeros o una clase gobernante teocrática, autocrática o plutocrática?, ¿o un cuerpo que sea, o por lo menos parezca, suficientemente representativo del conjunto de la sociedad?, ¿o bien un compromiso entre algunas de estas posibilidades o todas ellas? Todo el curso de la historia constitucional ha girado en torno a esta cuestión y, aparentemente, ha vacilado con incertidumbre entre varias posibilidades; pero, en realidad, podemos observar que a lo largo de todo este proceso ha estado actuando la presión de una necesidad que atravesó, es cierto, la etapa monárquica, la aristocrática y otras etapas, pero para desembocar inevitablemente al final en una forma democrática de gobierno. El rey, en su tentativa de ser el Estado -una tentativa impuesta por el impulso de su evolución-, debe tratar, en efecto, de convertirse tanto en la fuente como en la cabeza de la ley; debe tratar de absorber las funciones tanto legislativas como administrativas de la sociedad, su esfera de pensamiento eficiente tanto como la de acción eficaz. Pero aun actuando así, no hacía sino preparar el camino para el Estado democrático.

El rey, su consejo militar y civil, el clero y la asamblea de hombres libres -que se transformaba en tropa armada para afrontar las exigencias de la guerra- fueron quizás en todas partes, pero ciertamente entre las razas Arias, los elementos con los que comenzó la evolución consciente de la sociedad: representan los tres órdenes de la nación libre en su forma temprana y elemental, con el rey como piedra angular de la estructura. El rey puede desligarse del poder del clero, puede reducir su consejo a la mera función de instrumento de su voluntad y hacer de la nobleza, representada por el consejo, un simple soporte político y militar de sus acciones; ahora bien, hasta que no se ha librado de la asamblea o de la obligación de convocarla -como lo hizo la monarquía Francesa con sus Estados Generales, convocados sólo una o dos veces en el curso de siglos y ello sólo bajo la presión de grandes dificultades- no puede ser la principal autoridad legislativa y, mucho menos, la única. Aun en el caso de que deje el trabajo práctico de legislación en manos de

un cuerpo no político, un cuerpo judicial, como lo fueron las Cortes de Justicia Francesas, hallará en él un foco de resistencia. Por consiguiente, la desaparición de la asamblea, o el poder del monarca para convocarla o no según su placer constituyen siempre el signo real de su absolutismo. Pero cuando se ha librado de todos los demás poderes de la vida social o los ha subordinado a su persona, en ese mismo clímax de su éxito empieza su fracaso: el sistema monárquico ha cumplido su función positiva en la evolución social y todo lo que le queda por hacer es mantener la cohesión del Estado hasta que éste se transforme a sí mismo, o bien provocar con su opresión el movimiento que conducirá a la soberanía del pueblo.

La razón se halla en que, al absorber el poder legislativo, la monarquía ha excedido la verdadera ley de su ser, ha ido más allá de su *Dharma*, ha asumido funciones que no puede satisfacer de un modo sano y eficaz. La administración es simplemente la regulación de la vida exterior del pueblo, el ordenado mantenimiento de las actividades externas de su ser desarrollado o en vía de desarrollo, y el rey bien puede ser su regulador; el rey puede cumplir satisfactoriamente la función que la política India le asignaba, la de defensor del *Dharma*. Pero la legislación, el desarrollo social, la cultura, la religión, incluso la determinación de la vida económica del pueblo están más allá de su propia esfera: constituyen la expresión de la vida, el pensamiento, el alma de la sociedad y, si el rey es una fuerte personalidad en contacto con el espíritu de los tiempos, podrá influir en ellos, pero nunca determinarlos. Éstos constituyen el *Dharma* nacional -debemos usar la palabra India porque sólo ella es capaz de expresar la totalidad de la idea; pues nuestro *Dharma* significa la ley de nuestra naturaleza y supone, también, su expresión formulada-. Sólo la sociedad misma puede determinar el desarrollo de su propio *Dharma* o formular su expresión; y si esto debe de hacerse no al viejo modo, es decir, por un proceso naturalmente orgánico e intuitivo, sino por una regulación consciente a través de la razón y la voluntad nacionales organizadas, deberá crearse un cuerpo que -si no puede encarnarla totalmente- represente al menos de una forma más o menos adecuada la razón y la voluntad de toda la sociedad. Una clase gobernante, una aristocracia o teocracia inteligente, puede representar no esto, en efecto, pero sí una parte vigorosa y noble de la razón y de la voluntad nacionales; pero incluso esto sólo puede ser una etapa del desarrollo hacia un Estado democrático. Ciertamente, tal como se practica ahora, la democracia no es la última fase, ni siquiera la penúltima; porque con frecuencia es democrática sólo en apariencia y, aun en el mejor de los casos, no significa sino el dominio de la mayoría y funciona por el método defectuoso de un gobierno de partidos. Estos defectos, cada vez más perceptibles, influyen en la insatisfacción actual que provocan los sistemas parlamentarios. Ni siquiera una democracia perfecta será, probablemente, la última etapa de la evolución social; sin embargo, constituye la plataforma necesaria para que el ser social logre la plena consciencia de sí mismo⁴³. Democracia y Socialismo son, tal como ya hemos dicho, el signo de que esa autoconsciencia empieza a alcanzar su madurez.

La legislación, a primera vista, puede parecer algo externo, una simple forma de administración, y no una parte de la textura íntima de la vida social como lo son sus formas económicas, su religión, su educación y su cultura. Tiene esta apariencia porque, en la antigua política de las naciones Europeas, no ha abarcado todos los aspectos de la vida, tal como lo ha hecho la legislación oriental o *Shastra*; hasta hace poco tiempo se ha

⁴³Esto no implica que deba llegar a existir una verdadera democracia. Para el hombre, alcanzar una plena consciencia de sí, individual o colectivamente, es una de las tareas más difíciles. Antes de que una verdadera democracia pueda establecerse, es probable que el proceso sea superado por un prematuro intento socialista.

limitado a la política y el derecho constitucional, a los principios y métodos de la administración, y sólo a aquel aspecto de la legislación económica y social que era estrictamente necesario para asegurar la propiedad y el mantenimiento del orden público. Todo esto, parecería, bien podría formar parte de las atribuciones del rey y ser ejecutado por él con tanta eficacia como la de un gobierno democrático. Pero no es así en realidad, tal como la historia lo demuestra: el rey es un legislador ineficiente y las aristocracias puras no son mejores. Porque las leyes y las instituciones de una sociedad son la estructura que ésta erige para su vida y su *Dharma*. Cuando empieza a determinarlas por sí misma, por una acción consciente de su razón y de su voluntad, sea el que sea el grado en que lo haga, ha dado ya el primer paso en una dirección que conducirá inevitablemente a una tentativa de regular de forma consciente toda su vida social y cultural; a medida que crece la consciencia de sí misma, debe intentar realizar algo semejante a la Utopía del pensador. Porque el pensador Utópico es la mente individual que, por la orientación de su pensamiento, se adelanta a la tendencia que finalmente debe seguir la mente social.

Pero así como ningún pensador individual puede determinar en su pensamiento y por su razón arbitraria la evolución de la sociedad racional y consciente de sí, ningún agente ejecutivo individual o sucesión de agentes ejecutivos individuales puede tampoco determinarla en la práctica por su poder arbitrario. Es evidente que un agente de este orden no puede determinar toda la vida social de la nación, es demasiado vasta para él; ninguna sociedad soportaría la pesada mano de un individuo arbitrario sobre toda su vida social. No puede determinar la vida económica, también ésta es demasiado vasta para él; sólo puede vigilarla o impulsarla en una u otra dirección, cuando tal necesidad se hace sentir. No puede determinar la vida religiosa, aunque ello no ha dejado de intentarse: es demasiado profunda para él. Porque la religión es la vida espiritual y ética del individuo, las relaciones de su alma con Dios, el trato íntimo de su voluntad y su carácter con otros individuos; y ningún monarca o clase gobernante, ni siquiera una teocracia o clero, puede substituir realmente al alma del individuo o al alma de una nación. Tampoco puede determinar la cultura nacional; sólo puede, en tiempos de gran florecimiento de esa cultura, ayudarla con su protección al establecer la dirección que ella estaba ya empezando a tomar por la fuerza de su propia tendencia. Pretender más es una empresa irracional que no puede conducir al desarrollo de una sociedad racional. El agente ejecutivo sólo puede sustentar semejante tentativa por medio de una opresión autocrática que al final conduce a la debilidad y al estancamiento de la sociedad, y justificarla con alguna falacia mística sobre el derecho divino de los reyes o el carácter peculiarmente divino de la institución monárquica. Incluso monarcas excepcionales, un Carlomagno, un Augusto, un Napoleón, un Chandragupta, un Asoka o un Akbar, no pueden hacer nada más que fijar ciertas instituciones nuevas que el tiempo ha hecho necesarias y ayudar al surgimiento de sus mejores o más poderosas tendencias en un periodo crítico. Cuando intentan más, fracasan. El esfuerzo de Akbar de crear por su razón ilustrada un nuevo *Dharma* para la nación India supuso una brillante futilidad. Los edictos de Asoka permanecen grabados en roca y pilar, pero el desarrollo de la religión y la cultura Indias siguió su propia línea en direcciones distintas y mucho más complejas, determinadas por el alma de un gran pueblo. Sólo el raro individuo, *Manu*, el *Avatar* o profeta, que viene a la tierra una vez quizás cada milenio, puede hablar con verdad de su derecho divino, pues el secreto de su fuerza no es político sino espiritual. El que un gobernante o institución política revelen semejante pretensión es una de las locuras más sorprendentes entre las muchas propias de la mente humana.

Sin embargo, el hecho mismo de la tentativa, dejando aparte sus falsas justificaciones y fracaso práctico, fue inevitable, fructífero y un paso necesario en la evolución social. Fue inevitable porque este instrumento de transición representó la primera idea de la razón y la voluntad humanas al adueñarse de la vida del grupo para recrearla, modelarla y organizarla de acuerdo con su propio placer, poder y decisión inteligente, y para gobernar la naturaleza en la masa humana como había aprendido ya parcialmente a gobernarla en el individuo humano. Y, puesto que la masa carece de ilustración y no es capaz de un esfuerzo inteligente de este orden, ¿quién podría realizarlo por ella sino el individuo capaz o un cuerpo de individuos inteligentes y capaces? Éste es todo el argumento racional del absolutismo, la aristocracia y la teocracia. Su idea es falsa o sólo una media verdad o verdad provisional, porque la verdadera tarea de una clase o de un individuo avanzados es ilustrar y adiestrar progresivamente a todo el cuerpo a fin de que éste pueda realizar por sí mismo y conscientemente su propio trabajo, en lugar de hacer las cosas eternamente por él⁴⁴. Pero la idea tenía que seguir su curso, y la voluntad en la idea -pues toda idea lleva en sí una voluntad imperiosa de realización- debía necesariamente intentar su posibilidad extrema. La dificultad consistió en que el soberano o la clase dirigente podía controlar la parte más mecánica de la vida de la sociedad, pero todo lo que representaba el ser más íntimo de la misma eludía su poder: no podían adueñarse de su alma. Ahora bien, a menos que esto pueda hacerse, su impulso absolutista no se verá plenamente satisfecho y su dominio será inseguro, pues en cualquier momento el soberano o la clase dirigente podrán ser reemplazados por poderes más aptos, inevitablemente surgidos de la mente más vasta de la humanidad para expulsarlos y ocupar su trono.

Sólo dos medios principales parecen adecuados y han sido utilizados en todas las tentativas de dominio total. Uno fue fundamentalmente negativo; actuó oprimiendo la vida y el alma de la comunidad, inhibiendo más o menos completamente su libertad de pensamiento, de expresión, de asociación, de acción individual o asociada -a menudo se sirvió de los más abominables métodos de inquisición, interferencia y presión sobre las relaciones y libertades más sagradas del hombre en cuanto que ser individual y social-, mientras incitaba y patrocinaba sólo aquel pensamiento, cultura y actividades que aceptaban, adulaban y ayudaban al absolutismo gobernante. Otro fue positivo: consistió en lograr el control sobre la religión de la sociedad y convertir al sacerdote en el asistente espiritual del rey. Porque en las sociedades naturales y en aquellas que, aunque parcialmente intelectualizadas, todavía se adhieren a los principios naturales de nuestro ser, la religión, si no es la totalidad de su vida, cuando menos vela, influye y modela toda la vida del individuo y de la sociedad; así lo ha hecho hasta tiempos recientes en la India y, en gran medida, en todos los países Asiáticos. Las religiones de Estado son una expresión de esta tentativa. Pero una religión de Estado es una monstruosidad artificial, aunque una religión nacional bien pueda ser una realidad viviente; pero incluso ésta, si no quiere formalizar y al final asesinar el espíritu religioso o detener la expansión espiritual, debe ser tolerante, capaz de adaptarse, flexible, debe ser un espejo del alma profunda de la sociedad. Estos dos mecanismos, por más que parezcan triunfar por un tiempo, están predestinados al fracaso: fracaso por revuelta del ser social oprimido, o fracaso porque el ser social decae, se debilita y muere, o muere en vida. Estancamiento y debilidad como los que al final sobrevinieron a Grecia, a Roma, a las naciones Musulmanas, a China, a la India, o bien una salvífica revolución espiritual, social y política son las únicas salidas

⁴⁴Esto no significa que en una sociedad perfecta no habría lugar para el elemento monárquico, aristocrático o teocrático; pero ahí, éstos cumplirían su función natural en un cuerpo consciente en lugar de mantener y mover a una masa inconsciente.

posibles del absolutismo. Sin embargo, éste constituyó una etapa inevitable del desarrollo humano, un experimento que no podía dejar de hacerse. Fue además fructífero, a pesar de su fracaso y aun a causa de él; porque el Estado absolutista monárquico y aristocrático fue el padre de la idea moderna del Estado socialista absoluto, que parece hallarse ahora en vías de nacimiento. Fue, con todos sus vicios, un paso necesario porque sólo así podía emerger decididamente la idea clara de una sociedad inteligentemente gobernada por sí misma.

Porque lo que el rey o la aristocracia no podían hacer, el Estado democrático -quizás con más probabilidades de éxito y una mayor seguridad- podrá intentarlo y acercarlo más a su madurez: la unidad consciente y organizada, la eficacia regularizada por principios uniformes e inteligentes, el orden racional y el perfeccionamiento autogobernado de una sociedad desarrollada. Ésta es la idea y, por más imperfecta que sea, la tentativa de la vida moderna. Y esta tentativa ha sido todo el fundamento del progreso moderno. La unidad y la uniformidad son su tendencia principal, porque ¿de qué otro modo serían abarcadas, dominadas, hechas calculables y manejables por una inteligencia lógica y una voluntad unificada las incalculables complejidades de esa realidad vasta y profunda que llamamos vida? El socialismo es la completa expresión de esta idea. Uniformidad de los principios y procesos sociales y económicos que gobiernan la colectividad, garantizada por la igualdad de todos, y gestión de toda la vida económica y social, en todos sus aspectos, por el Estado; uniformidad de cultura por el proceso de educación Estatal organizada según líneas científicas; regularizar y mantener la totalidad social por medio de un gobierno y administración unificados, uniformes y perfectamente organizados que representen y actúen por todo el ser social: ésta es la moderna Utopía que, de una forma u otra, se espera poder convertir en una realidad viviente, a pesar de todos los obstáculos existentes y de todas las tendencias opuestas. La ciencia humana reemplazará, parece, a los largos y oscuros procesos de la Naturaleza dando lugar a la perfección, o al menos a una aproximación a la misma, en la vida colectiva de la humanidad.

CAPÍTULO XXII

UNIÓN MUNDIAL O ESTADO MUNDIAL

Ésta es, pues, en principio la historia del crecimiento del Estado. Es una historia de unificación estricta por la creación de una autoridad central; después, de una uniformidad creciente en la administración, la legislación, la vida económica y social, la cultura y los principales medios de cultura, la educación y el lenguaje. En todos estos ámbitos, la autoridad central se convierte, más y más, en el poder determinante y regulador. El proceso culmina con la transformación de esta autoridad gobernante única o poder soberano, que pasa de ser el gobierno del individuo ejecutivo central o de la clase capaz a constituir un cuerpo cuya función es representar el pensamiento y la voluntad de todo el colectivo. El cambio representa, en principio, una evolución desde un estado de sociedad natural y orgánico a otro racional y mecánicamente organizado. Una unificación inteligente centralizada que tiende a una perfecta eficacia racional reemplaza a una unidad fluida y natural cuya eficacia es la de la vida en el desarrollo espontáneo de sus órganos y poderes bajo la presión del impulso interior, las necesidades del entorno y las primeras condiciones de la existencia. Una uniformidad racional, ordenada, estricta, reemplaza a una unidad laxa llena de complejidades y variaciones naturales. La voluntad inteligente de toda la sociedad expresada en una ley cuidadosamente concebida y en una ordenada regulación reemplaza a su voluntad natural orgánica expresada en una masa de costumbres e instituciones desarrolladas como resultado de su naturaleza y su temperamento. En la última perfección del Estado, un mecanismo cuidadosamente planeado, y al final una gigantesca maquinaria productiva y reguladora, reemplaza al vigor y a la fertilidad de la vida con la simplicidad natural de sus grandes líneas y la obscura, confusa y lujosa complejidad de sus detalles. El Estado es la ciencia y la razón del hombre, triunfantes pero arbitrarias e intolerantes, que logran ocupar el puesto de las instituciones y los experimentos evolutivos de la Naturaleza: la organización inteligente substituye al organismo natural.

La unificación de la raza humana por medios administrativos y políticos implica, en definitiva, la formación y organización de un Estado Mundial único a partir de una unidad natural y orgánica de la humanidad ya creada, aunque todavía laxa. Porque la unidad natural y orgánica ya existe: una unidad de vida, de asociación involuntaria, de interdependencia estrecha de las partes constituyentes en la que la vida y los movimientos de una afectan a la vida de las otras de un modo que hubiera sido imposible hace cien años. Los continentes ya no pueden vivir separados unos de otros; ninguna nación puede ya aislarse a voluntad y vivir una existencia separada. La ciencia, el comercio y la comunicación rápida han generado un estado de hecho en el que las masas dispares de la humanidad, que en otros tiempos vivían para sí mismas, se descubren aproximadas unas a otras por un proceso sutil de unificación y convertidas en una sola masa que posee ya una existencia vital común y está formando rápidamente una existencia mental común. Era necesaria una gran conmoción precipitadora y transformadora que evidenciase esta unidad orgánica sutil, que revelase la necesidad de una unión más estrecha y organizada, y crease la voluntad para lograrla. Esta conmoción llegó con la Gran Guerra. La idea de un Estado Mundial o unión mundial ha nacido no sólo en la mente especulativa y profética del pensador, sino en la consciencia de la humanidad y a partir de la necesidad

misma de esta nueva existencia común.

Ahora, el Estado Mundial debe crearse o bien por mutuo entendimiento, o bien por la fuerza de las circunstancias y una serie de nuevas y desastrosas conmociones. Porque el viejo orden de cosas todavía reinante fue fundado en circunstancias y condiciones que ya no existen. Las nuevas condiciones exigen un orden nuevo y, mientras éste no se cree, habrá una era de transición sembrada de continuos problemas o desórdenes recurrentes, crisis inevitables que servirán a la Naturaleza para poner en obra, según su método violento, la necesidad que ella misma ha engendrado. Este proceso comportaría un máximo de pérdida y sufrimiento bajo el choque de los egoísmos nacionales e imperiales, o acaso un mínimo si prevaleciesen la razón y la buena voluntad. A esta razón se le presentan dos posibilidades alternativas, dos ideales: un Estado Mundial fundado sobre un principio de centralización y uniformidad, es decir, una unidad formal y mecánica, o bien una unión mundial fundada sobre un principio de libertad y variación en una unidad inteligente y libre. Son estas dos ideas y posibilidades las que debemos considerar sucesivamente.

CAPÍTULO XXIII

FORMAS DE GOBIERNO

La idea de una unión mundial de naciones libres e imperios, laxa al principio pero cada vez más compacta con el tiempo y la experiencia, parece a primera vista la forma más viable de unidad política. De hecho, es la única forma que sería viable de modo inmediato, suponiendo que la voluntad de unidad se concretase rápidamente en la mente de la raza. Sin embargo, es la idea del Estado la que ahora prevalece. El Estado ha sido el medio de unificación más eficaz y de mayor éxito, y se ha mostrado el más capaz de enfrentar las diversas necesidades que la vida agregada de las sociedades se ha creado en su progreso y continúa creándose todavía. Es, además, el recurso al que la mente humana actual se ha acostumbrado y es también el medio más cómodo, tanto para su razón lógica como práctica, porque le proporciona aquello que nuestra limitada inteligencia se ve siempre tentada a considerar su mejor instrumento: un mecanismo definido y preciso, y un método de organización riguroso. Por ello, no es en absoluto imposible que, aun empezando por una unión laxa, las naciones se vean rápidamente empujadas a convertirla en una forma más rígida de Estado Mundial por la presión de los muchos problemas que surgirían en la interrelación cada vez más estrecha de sus necesidades e intereses. No podemos hallar ninguna conclusión válida a propósito de la inviabilidad inmediata de su creación o de las muchas dificultades que se alzarían en su camino, porque la experiencia del pasado muestra que el argumento de inviabilidad es de muy poco valor. Lo que el hombre práctico de hoy niega como algo absurdo e inviable es muy a menudo, precisamente, lo que las generaciones futuras se disponen a realizar y a lo que finalmente, de uno u otro modo, consiguen darle una existencia práctica.

Pero un Estado Mundial implica un poderoso órgano central de poder que representaría, o al menos supondría, la unida voluntad de las naciones. Una unificación de todos los poderes necesarios -el poder militar, el administrativo, el judicial, el económico, el legislativo, el social, el educativo- en las manos de este cuerpo central gobernante, por lo menos en su origen, sería indispensable. Y como resultado casi inevitable se produciría una creciente uniformidad de la vida humana a lo largo y ancho del mundo en todos estos departamentos; hasta el punto, quizás, en que se acabaría por elegir o crear un lenguaje común universal. Éste es, ciertamente, el sueño de un mundo unificado que los pensadores Utópicos se han visto cada vez más inclinados a presentarnos. Las dificultades para alcanzar este resultado son obvias actualmente, pero no son quizás tan grandes como parecen a primera vista y ninguna de ellas es insoluble. Ya no se trata de una Utopía que pueda ser descartada como el sueño irrealizable del pensador ideal.

La primera dificultad sería el carácter y la composición de este cuerpo gobernante, un problema erizado de dudas y peligros. En los tiempos antiguos se resolvió con bastante facilidad, a más pequeña escala, por la solución absolutista y monárquica con el dominio de una raza conquistadora como punto de partida, como en los imperios Persa y Romano. Pero este recurso ya no nos resulta fácilmente utilizable en las nuevas condiciones de la sociedad humana, sean los que sean los sueños que hayan alimentado en el pasado las mentes de las naciones poderosas o de sus Zares y Kaisers. La idea monárquica misma empieza a eclipsarse después de un breve e ilusorio intento de persistencia y reanimación.

Casi parece estar acercándose su agonía final; el sello de la noche está sobre ella. Las apariencias contemporáneas son muy a menudo engañosas, pero en este caso lo son probablemente mucho menos que en otros porque la fuerza que empuja a la desaparición de las monarquías aún supervivientes es poderosa, radical y en constante crecimiento. Los agregados sociales han madurado, han alcanzado una consciencia propia y ya no tienen necesidad de una monarquía hereditaria que realice por ellos la tarea de gobierno o los represente siquiera como símbolo de su unidad -excepto, quizás, en ciertos casos excepcionales como el Imperio Británico-. Así, pues, la monarquía o bien puede sobrevivir sólo de nombre -como en Inglaterra, donde el rey tiene menos poder incluso, si ello fuera posible, que el Presidente Francés e infinitamente menos que las cabezas visibles de las repúblicas Americanas-, o bien acaba por ser origen de descontento, un impedimento al creciente espíritu democrático de los pueblos y, en mayor o menor grado, un centro, un refugio o por lo menos una oportunidad para las fuerzas de la reacción. Su prestigio y popularidad tienden por ello no a aumentar, sino a declinar, y en alguna crisis, cuando la monarquía entra en un conflicto muy directo con el sentimiento de la nación, se desmorona con escasas posibilidades de restauración duradera.

Así, la monarquía ha caído o está amenazada en casi todas partes, y de un modo más inmediato en los países en que su tradición ha sido más poderosa. En estos tiempos, ha caído incluso en Alemania, en Austria, en China, en Portugal, en Rusia; ha estado en peligro en Grecia e Italia⁴⁵ y ha sido expulsada de España. En ningún país continental está realmente a salvo excepto en algunos de los Estados más pequeños. En la mayoría de ellos existe por razones que pertenecen al pasado y que pronto perderán su fuerza, si no la están perdiendo ya. El continente Europeo parece destinado a volverse, con el tiempo, tan universalmente republicano como las dos Américas. Porque la realeza es ahora sólo una supervivencia del mundo del pasado, no tiene raíces profundas en las necesidades prácticas ni en los ideales ni en el temperamento de la humanidad actual. Cuando desaparezca, será más justo decir que ha dejado de sobrevivir que de vivir.

De hecho, la tendencia republicana es Occidental en su origen y tanto más poderosa cuanto más nos desplazamos hacia el Oeste; históricamente, ha sido poderosa sobre todo en la Europa Occidental y ha dominado en las nuevas sociedades de América. Podría pensarse que con la entrada de Asia en la vida activa y unificada del mundo, cuando el continente oriental haya superado las conmociones actuales de la transición, la idea monárquica recobrará fuerza y hallará una nueva fuente de vida. Porque en Asia la realeza ha sido no sólo un hecho material fundado en necesidades y condiciones políticas, sino un símbolo espiritual investido de un carácter sacrosanto. Pero en Asia no menos que en Europa, la monarquía ha seguido un desarrollo histórico, ha sido el resultado de unas circunstancias, y por ello está abocada a desaparecer cuando tales circunstancias dejen de existir. Detrás de las apariencias superficiales, la verdadera mentalidad de Asia siempre ha sido social, no política; ha sido monárquica y aristocrática en la superficie, pero con una tendencia fundamentalmente democrática y un espíritu teocrático. Japón, con su sentimiento monárquico profundamente enraizado, es la única excepción importante a esta regla general. Ya es visible una importante tendencia al cambio. China, en el fondo siempre un país democrático aunque haya admitido en su sistema democrático una aristocracia oficial del intelecto y una cabeza imperial simbólica, es ahora definitivamente republicana. La dificultad en el intento de hacer revivir la monarquía o de reemplazarla por dictaduras provisionales se ha debido a un sentimiento democrático innato, reforzado

⁴⁵También en Italia ha caído ahora y sin esperanza, prácticamente, de recuperación.

ahora por la aceptación de la forma democrática como supremo gobierno -la única contribución valiosa de la experiencia Occidental a un problema que las democracias puramente sociales del Este fueron incapaces de resolver-. Al romper con la última de su larga sucesión de dinastías, China había roto con un elemento de su pasado que a su temperamento y hábitos sociales les resultaba más superficial que central. En la India, el sentimiento monárquico, que coexistió con el teocrático y social pero que nunca fue capaz de prevalecer sobre ellos excepto durante el gobierno comparativamente breve de los Mongoles, se vio irremediamente debilitado, aunque no eliminado, por el gobierno de la burocracia Británica y la Europeización política de la mente activa de la raza⁴⁶. En el Asia Occidental, la monarquía ha desaparecido de Turquía y existe sólo en los Estados que necesitan al monarca como poder centralizador o piedra angular del Estado.

Por lo que respecta a los dos extremos del mundo Asiático, Japón y Turquía, la monarquía conserva aún, tras el fin de la guerra, algo de su antiguo carácter sacrosanto y halla respuesta en el sentimiento de la raza. En Japón, aún imperfectamente democratizado, el sentimiento que aureola al Mikado se ha debilitado visiblemente; su prestigio sobrevive, pero su poder real ha quedado muy limitado y el desarrollo de la democracia y el socialismo está destinado a cooperar con este proceso de debilitamiento y limitación produciendo, incluso, los mismos resultados que en Europa. El Califato Musulmán, originalmente la cabeza de una democracia teocrática, se convirtió en una institución política debido al rápido crecimiento de un imperio Musulmán ahora quebrado y fragmentado. El Califato, ahora abolido, sólo podría haber sobrevivido como una autoridad puramente religiosa e, incluso con tal carácter, su unidad estaba amenazada por el surgimiento de nuevos movimientos nacionales y espirituales en Persia, Arabia y Egipto. Pero el único hecho real e importante en el Asia de hoy en día es que la totalidad de la fuerza activa de su futuro está centrada no en el sacerdocio o la aristocracia sino, como ocurrió en Rusia antes de la Revolución, en una *intelligentsia* de nuevo cuño, poco numerosa al principio pero cuya energía y firme voluntad de progreso crece constantemente, y que está destinada a volverse extremadamente dinámica en razón de su heredada fuerza espiritual. Asia bien puede preservar su antigua espiritualidad; aun en la hora de su mayor debilidad ha sido capaz de imponer cada vez más su prestigio, incluso a la mente positiva Europea. Pero cualquiera que sea la dirección que tome esa espiritualidad, se verá determinada por la mentalidad de la nueva *intelligentsia* y sin duda fluirá por canales diversos de los de las viejas ideas y símbolos. Las viejas formas de la monarquía y la teocracia Asiáticas parecen por ello destinadas a desaparecer; actualmente no existe ninguna posibilidad de que resuciten en nuevas figuras, aunque tal cosa podría ocurrir en el futuro.

La única posibilidad aparente a la larga para la idea monárquica es que su forma se conserve como un símbolo útil para la unidad de los imperios heterogéneos, que serían los elementos mayores en cualquier unificación basada en la presente configuración política del mundo. Pero ni siquiera para estos imperios el símbolo ha probado ser indispensable. Francia ha existido sin él, Rusia se ha desprendido recientemente de él. En Austria, signo de sometimiento, se hizo odioso a algunas de las razas constituyentes y estaba destinado a desaparecer, incluso sin el colapso de la Gran Guerra. Sólo en Inglaterra y en algunos pequeños países es al mismo tiempo inocuo y útil y, por esta razón, es

⁴⁶Ahora, con la liberación del país y el establecimiento de una constitución republicana y democrática, los príncipes gobernantes o bien han desaparecido, o bien se han convertido en cabezas subordinadas con sus pequeños reinos parcial o totalmente democratizados, o destinados a fundirse en una India unificada.

aprobado por el sentimiento general. Si el Imperio Británico⁴⁷, aun ahora el líder, el de mayor influencia, la fuerza más poderosa en el mundo, se convirtiese en el núcleo o el modelo de la futura unificación, podría concebirse que el elemento monárquico tuviese cierta posibilidad de supervivencia como figura -e incluso una figura vacía es útil en ocasiones como soporte y centro a fin de que las potencialidades futuras crezcan y se colmen de vida-. Pero contra esto se alza el firme sentimiento republicano de toda América y la difusión creciente de la forma republicana. Existen pocas posibilidades de que una realeza, aunque sea nominal, representativa de uno de los elementos de una totalidad muy heterogénea, fuese aceptada por el resto en cualquier forma de unificación general. En el pasado, al menos, esto sólo ocurrió bajo la presión de la conquista. Incluso si el Estado Mundial hallase conveniente, como resultado de la experiencia, introducir o reintroducir en su constitución el elemento monárquico, sólo podría hacerlo de un modo completamente nuevo, como una especie de realeza democrática. Pero el mundo moderno no ha logrado crear una realeza democrática en contraposición a la imagen pasiva de la monarquía.

En las condiciones modernas, dos hechos determinantes alteran todo el problema: por una parte, que en una unificación mundial las naciones asumen el puesto de los individuos y, por la otra, que estas naciones son sociedades maduras, conscientes de sí mismas y predestinadas por ello a pasar por pronunciadas formas de democracia social o por alguna otra forma de socialismo. Es razonable suponer que el Estado Mundial seguirá el mismo principio de formación que el que prevalece en las sociedades separadas antes de constituirlo. El problema sería más simple si pudiésemos suponer que las dificultades creadas por los temperamentos nacionales, los intereses y las culturas en conflicto serían eliminadas, o dominadas con éxito y minimizadas, por la depresión de los sentimientos nacionalistas separativos y el desarrollo de un cosmopolitismo internacionalista. Esta solución no es del todo imposible a pesar del serio impedimento que afronta hoy el internacionalismo y del poderoso aumento de los sentimientos nacionalistas provocado por la Guerra Mundial. Porque puede, efectivamente, concebirse que el internacionalismo reviva con fuerza redoblada cuando la exacerbación de los sentimientos creados por la Guerra haya pasado. En este caso, la tendencia a la unificación podría contemplar el ideal de una República mundial con las naciones como provincias -aunque al principio provincias muy marcadamente diferenciadas- y gobernada por un consejo o parlamento responsable ante las democracias unidas del mundo. O bien, podría dar lugar a algo semejante a la oligarquía disfrazada de un consejo internacional cuyo gobierno reposaría en el consentimiento, expresado por elección o de cualquier otro modo, de lo que podría llamarse una semipasiva democracia, como primera de sus formas. Porque esto es, de hecho, lo que la democracia moderna significa: los únicos elementos democráticos son la opinión pública, las elecciones periódicas y el poder del pueblo para rechazar la reelección de aquellos que le han disgustado. El gobierno está realmente en las manos de la burguesía, los profesionales y hombres de negocios, los terratenientes -donde esta clase sobrevive aún-, reforzados por un número de recién llegados de la clase obrera que asimilan muy pronto el temperamento e ideas políticas de las clases gobernantes⁴⁸. Si se hubiese de fundar el Estado Mundial sobre la base actual de la sociedad humana, es bien posible que tratase de organizar su gobierno central sobre este principio.

Pero el presente es un momento de transición y un Estado Mundial burgués no es

⁴⁷Ahora ya no un Imperio, sino una *Commonwealth*.

⁴⁸La situación ha cambiado ahora; los Sindicatos e instituciones similares han alcanzado un poder igual al de las otras clases.

un fin probable. En todas las naciones progresistas, el dominio de la clase media está amenazado por dos lados. En primer lugar, por el descontento de los intelectuales, que hallan en su pragmatismo mercantilista falta de toda imaginación y en su obstinado comercialismo un obstáculo para la realización de sus ideales; después, por el descontento del poder vasto y creciente del Proletariado, que ve los ideales y los cambios democráticos continuamente explotados en interés de la clase media, aunque hasta ahora no ha encontrado otra alternativa al Parlamentarismo por el que esa clase asegura su gobierno⁴⁹. Qué cambios pueda producir la alianza de estos dos descontentos es algo imposible de prever. En Rusia, donde esta alianza fue poderosísima, la vimos dirigir la Revolución y obligar al burgués a someterse a su control, aunque el compromiso así efectuado no pudo sobrevivir mucho tiempo a las exigencias de la guerra. A partir de entonces, el viejo orden fue “liquidado” y el triunfo de las nuevas tendencias fue completo. Éste puede conducir en dos direcciones a una nueva forma de oligarquía mitigada con una base democrática. El gobierno de una sociedad moderna se está convirtiendo en un asunto tremendamente complicado en que cada sector requiere un conocimiento especial, una competencia especial, unas facultades especiales, y cada nuevo paso hacia un socialismo de Estado debe incrementar esta tendencia. La necesidad de este tipo de formación especializada o de facultades especiales en el consejero y administrador, combinada con las tendencias democráticas de la era, pueden conducir a una forma moderna del antiguo principio Chino de gobierno: debajo, una organización democrática de la vida; encima, el gobierno de una especie de burocracia intelectual, una aristocracia de funcionarios provistos de conocimientos y capacidades especiales y reclutados en el cuerpo general sin distinción de clases. La igualdad de oportunidades sería indispensable pero esta élite gobernante formaría por sí misma, no obstante, una clase en la constitución de la sociedad. Por otra parte, si el industrialismo de las naciones modernas se transformase, tal como algunos piensan, en una especie de socialismo corporativo, bien podría ocurrir que una aristocracia corporativa del Trabajo se convirtiese en el cuerpo gobernante de la sociedad⁵⁰. Si se verificase alguna de estas dos posibilidades, el movimiento hacia el Estado Mundial tomaría la misma dirección y desarrollaría un cuerpo gobernante a partir del mismo modelo.

Pero en estas dos posibilidades no hemos considerado el importante factor del nacionalismo y los intereses y tendencias contradictorios que éste crea. Para superar estos intereses en conflicto, se ha supuesto que el mejor medio sería desarrollar una especie de Parlamento Mundial en el que, presumiblemente, prevalecería la opinión libremente formada y libremente expresada de la mayoría. El Parlamentarismo, la invención del genio político Inglés, constituye una etapa necesaria en la evolución de la democracia, porque sin él la facultad general de considerar y tratar con la mínima fricción posible los grandes problemas de la política, la administración, la economía y la legislación relativos a enormes agregados humanos no puede desarrollarse fácilmente. Ha sido también el único medio descubierto hasta ahora capaz de impedir que el poder ejecutivo del Estado suprima las libertades del individuo y de la nación. Las naciones que alcanzan la forma moderna de sociedad se ven, por ello, natural y justamente atraídas por este instrumento de gobierno. Pero todavía no se ha logrado combinar el Parlamentarismo con la tendencia moderna a una democracia más democrática; ha sido siempre el instrumento de gobierno

⁴⁹Escrito antes de la aparición del Estado Soviético en Rusia y de los Estados Fascistas. En los últimos, es la clase media misma la que se alzó contra la democracia y estableció durante un tiempo una nueva forma de gobierno y sociedad.

⁵⁰Algo semejante se intentó en la Rusia Soviética durante un tiempo. Las condiciones existentes no fueron favorables y no puede verse por ninguna parte una forma definida de gobierno que no sea revolucionario y provisional. En la Italia Fascista se anunció un Estado cooperativo, pero tampoco éste tomó forma efectiva o perfecta.

ya de una aristocracia modificada, ya de una clase media. Además, su método implica un inmenso derroche de tiempo y energía así como una acción confusa, vacilante e incierta que sólo al final logra arrojar a veces un resultado tolerable. Este método se adapta mal a las ideas estrictas de eficacia gubernamental y administrativa cuya fuerza y necesidad no dejan de crecer en el presente, y podría resultarle fatal a la eficacia de algo tan complejo como la dirección de los asuntos mundiales. Parlamentarismo significa también, en la práctica, el gobierno y a menudo la tiranía de la mayoría, aun de una muy pequeña mayoría, y la mente moderna concede cada vez mayor importancia a los derechos de las minorías. Y estos derechos resultarían aun más importantes en un Estado Mundial, donde cualquier intento de ignorarlos podría fácilmente significar serios descontentos y desórdenes, o incluso convulsiones fatales para toda la estructura. Pero sobre todo, un Parlamento de las naciones debe ser necesariamente un parlamento unido de las naciones libres, y no podría originarse en el estado anómalo y caótico de la presente distribución de poder en el mundo. Sólo ya el problema Asiático, si quedase por resolver, sería un obstáculo fatal; y no es el único: las desigualdades y anomalías están por todas partes y son innumerables.

Una forma más factible sería un consejo supremo de las naciones libres e imperiales del sistema mundial existente, pero esto tiene también sus dificultades. Sólo sería viable al principio si significase, de hecho, la oligarquía de un reducido número de poderosas naciones imperiales cuya voz y cuyo peso prevaleciesen en cada punto sobre las *commonwealths* no imperiales, más numerosas pero más pequeñas; y sólo podría perdurar por una evolución progresiva y, si fuera posible, pacífica desde esta forma de oligarquía del poder real hacia un sistema más ideal y justo en el que la idea imperialista se disolviera y la existencia separada de los grandes imperios se fundiese en una humanidad unificada. ¿Hasta qué punto permitiría el egoísmo nacional que esta evolución se verificase sin vehementes conflictos y peligrosas convulsiones? Ésta es, a pesar del liberalismo superficial hoy ampliamente profesado, una cuestión cargada aún de graves y ominosas dudas.

Por consiguiente, cualquiera que sea la dirección que tomemos, la cuestión de la forma de un Estado Mundial está en conjunto erizada de dudas y de dificultades que son, por el momento, insolubles. Algunas surgen de los sentimientos e intereses supervivientes del pasado; otras, de las fuerzas revolucionarias del futuro en rápido progreso. No debe concluirse que no puedan resolverse ni que no vayan a resolverse nunca, pero el medio y la dirección de cualquiera de sus soluciones escapan a todo cálculo, y sólo pueden determinarse realmente por la experiencia y el experimento prácticos bajo la presión de las fuerzas y las necesidades del mundo moderno. Por lo demás, la forma de gobierno no es de suprema importancia. El verdadero problema es el de la unificación de poderes y la uniformidad que cualquier sistema operativo de Estado Mundial haría inevitables.

CAPÍTULO XXIV

LA NECESIDAD DE UNIFICACIÓN MILITAR

En el proceso de centralización por el que todos los poderes de una comunidad organizada acaban concentrados en un solo cuerpo gobernante soberano -proceso que ha sido la característica más prominente de las formaciones nacionales-, la necesidad militar ha desempeñado desde el principio la función manifiesta más importante. Esta necesidad era tanto interna como externa; externa, por la defensa de la nación contra la intromisión o conquista desde afuera; interna, por su defensa contra la conmoción y los desórdenes civiles. Si una autoridad administrativa común es esencial para aunar las partes constituyentes de una nación en formación, la primera necesidad y reivindicación de esa autoridad central es tener en sus manos los medios para prevenir toda disidencia mortal, toda lucha violenta que pudiesen debilitar o quebrantar la formación orgánica. La monarquía, o cualquier otro cuerpo central, debe lograr este objetivo parcialmente por fuerza moral y sugestión psicológica. Porque ella representa el símbolo de la unión e impone respeto por su unidad visible y consagrada a las partes constituyentes, por más fuerte que sea el instinto separatista local, racial, clánico o de clase de estas últimas. Encarna la autoridad unificada de la nación con derecho a imponer la superioridad de su fuerza moral al derecho moral de las partes separadas, aun en el caso de que éstas sean algo parecido a subnaciones, y a exigir su obediencia. Pero como último recurso, puesto que estos móviles pueden fracasar cuando los intereses o sentimientos rebeldes son poderosos y las pasiones se encienden, el cuerpo gobernante debe poseer siempre la fuerza militar más grande y detentar su mando para intimidar a los elementos constituyentes y prevenir el estallido de una destructiva guerra civil. O si la guerra civil o rebelión llega a producirse, como puede ocurrir siempre que la monarquía o el gobierno están íntimamente identificados con uno de los partidos en disputa o ellos mismos son objeto de descontento y ataque, el cuerpo central debe estar respaldado por una fuerza lo bastante grande como para tener la seguridad moral de la victoria en el conflicto. Esta preponderancia sólo puede quedar garantizada en la mayor medida posible -y no puede ser absoluta más que en el caso de un desarme efectivo- cuando toda la autoridad militar está concentrada en el cuerpo central y todo el poder militar real o potencial de la sociedad se halla sometido a su control indiviso.

En el proceso de formación del Estado Mundial, por más subconsciente, vago e informe que éste sea todavía, la necesidad militar ha empezado a revestirse de la misma gran importancia manifiesta. Los pueblos del mundo poseen ya una imprecisa y caótica unidad de vida en la que ninguno puede seguir con una existencia aislada, independiente y autónoma. Cada uno siente en su cultura, sus tendencias políticas y su existencia económica la influencia y las repercusiones de los acontecimientos y movimientos que tienen lugar en otras partes del mundo. Cada uno siente ya, sutil o directamente, que su vida separada está eclipsada por la vida del conjunto. La ciencia, el comercio internacional y la penetración política y cultural en Asia y África por parte de un Occidente dominante han sido los agentes de este importante cambio. Pero incluso en esta unidad imprecisa, subyacente y no reconocida, el evento o la posibilidad de grandes guerras se ha convertido en un poderoso elemento de perturbación para toda la estructura, una perturbación que puede llegar a ser un día mortal para la raza. Aun antes de la guerra

Europea, se dejó sentir la necesidad de evitar o minimizar una colisión entre una o dos naciones que pudiese ser fatal para todas; con este fin, se intentó introducir varios mecanismos, que resultaron bien intencionados pero débiles y torpes. Si cualquiera de estos mecanismos provisionales hubiese resultado tolerablemente eficaz, el mundo habría seguido satisfecho con sus poco ideales condiciones presentes y la apremiante necesidad de una organización internacional más compacta no se habría impuesto a la mente general de la raza. Pero la colisión Europea hizo imposible la prolongación indefinida del viejo régimen caótico. La necesidad de evitar cualquier repetición de la catástrofe fue, durante un tiempo, universalmente reconocida. De un modo u otro, debía hallarse o crearse un medio de conservar la paz internacional y de constituir una autoridad que tuviese poder para resolver las peligrosas cuestiones internacionales e impedir lo que, desde el nuevo punto de vista de la unidad humana, podríamos llamar la guerra civil entre los pueblos de la humanidad.

Con mayor o menor autoridad, fueron expuestas diversas ideas que trataban de definir las condiciones necesarias para la paz internacional. La más tosca de todas ellas fue la absurda noción, creada por una propaganda partidista, que imaginó que la destrucción del militarismo Germánico era lo único necesario, y por sí mismo suficiente, para asegurar la futura paz del mundo. El poder militar, el poder político y las ambiciones comerciales de Alemania, el agudo sentimiento de hallarse confinada geográficamente, rodeada por una alianza hostil, constituyeron la causa moral inmediata de esta guerra particular; pero la verdadera causa se hallaba en la naturaleza misma de la situación internacional y en la psicología de la vida nacional. La principal característica de esta psicología es el predominio del egoísmo nacional y el culto que se le rinde bajo el sagrado nombre de patriotismo. Todo ego nacional, como toda vida orgánica, desea una doble realización: intensiva y extensiva o expansiva. No le basta con profundizar y enriquecer su cultura, su fuerza política y su bienestar económico dentro de sus fronteras si no se verifica en el exterior una extensión o expansión de su cultura, un incremento de su importancia política, de su dominio, de su poder o influencia, y un incontestable crecimiento de su explotación comercial del mundo. Este deseo natural e instintivo no supone una depravación moral anormal, sino que es el mismísimo instinto de la vida egoísta -¿y qué vida no es egoísta en la actualidad?- Ahora bien, este egoísmo sólo puede satisfacerse en un grado muy limitado por medios pacíficos y no agresivos. Y donde se siente cercado por obstáculos que considera insuperables, donde se le oponen barreras, donde se halla rodeado, insatisfecho con una posesión y un dominio que considera desproporcionados a sus necesidades y a su fuerza, o donde se le abren nuevas posibilidades de expansión de las que sólo su poder puede extraer el disfrute ambicionado, este ego se ve empujado inmediatamente a servirse de algún tipo de fuerza y no será refrenado más que por la suma de resistencia que se arriesga a tener que enfrentar. Si sólo debe superar una débil oposición de pueblos desorganizados o mal organizados, no dudará; si ha de temer la oposición de poderosos rivales, se detendrá, buscará alianzas o esperará su momento. Alemania no tenía el monopolio de este instinto expansionista ni de semejante egoísmo; pero su egoísmo era el mejor organizado y el menos satisfecho, el más joven, rudo, hambriento, el más seguro de sí mismo y presuntuoso, el más convencido de la legitimidad brutal de sus deseos. La destrucción del militarismo Germánico puede atenuar por un instante la intensidad de la lucha comercial, esta hidra de muchas cabezas; pero la eliminación de un peligroso y activo competidor, no puede darle fin. Mientras sobreviva cualquier tipo de militarismo, mientras persistan los territorios de expansión política y comercial, mientras los egoísmos nacionales vivan y sean considerados sagrados y no

haya un freno definitivo a sus instintos inherentes de expansión, la guerra será siempre una posibilidad y casi una necesidad de la vida de los pueblos humanos.

Otra idea expuesta y respaldada por grandes autoridades fue la de una liga de naciones libres y democráticas que mantendría la paz por medio de la presión o por el uso de la fuerza, si ésta llegase a ser necesaria. Si bien menos tosca, la solución no es por ello más satisfactoria que la anterior. Se trata de una vieja idea, la idea que Metternich puso en práctica tras la caída de Napoleón; sólo que, en lugar de una Santa Alianza de monarcas para mantener la paz y el orden monárquico y subyugar la democracia, la propuesta era ahora formar una liga de pueblos libres -e imperiales- para reforzar la democracia y mantener la paz. Una cosa es perfectamente segura: la nueva alianza seguiría el camino de la antigua; se resquebrajaría tan pronto como los intereses y ambiciones de las Potencias constituyentes se volviesen lo bastante dispares o se produjese una nueva situación, tal como la creada en 1848 por el violento resurgir de la democracia oprimida o como la que provocaría el inevitable duelo del futuro entre el joven Titán, el Socialismo, y los viejos dioses Olímpicos de un mundo burgués democrático. Este conflicto, que proyectaba ya su sombra formidable sobre la Rusia revolucionaria, ha tomado cuerpo ahora y no puede tardar en cernirse sobre toda Europa. Porque la guerra y sus consecuencias lo dejaron momentáneamente en suspenso, pero bien pudiera ser en realidad que éstas lo hubiesen precipitado y acentuado su fuerza. Una u otra de estas causas, o ambas conjuntamente, provocarían seguramente una disolución. Ninguna liga voluntaria puede ser permanente por naturaleza. Las ideas que un día la sustentaron varían; los intereses que la hicieron posible y efectiva se modifican fatalmente o se tornan caducos.

La suposición que subyace a esta idea es que las democracias estarán menos dispuestas a lanzarse a la guerra que las monarquías, pero esto es verdad sólo hasta cierto punto. Lo que recibe el nombre de democracias son, de hecho, Estados burgueses bajo la forma de monarquías constitucionales o de repúblicas de la clase media. Pero en todas partes la clase media ha asumido, con ciertas modificaciones, los hábitos diplomáticos, la política exterior y las ideas internacionales de los gobiernos monárquicos o aristocráticos que la precedieron⁵¹. Esta continuidad parece haber sido una ley natural de la mentalidad de la clase gobernante. En Alemania fueron la clase aristocrática y la capitalista combinadas las que constituyeron el partido Pangermánico con su ambición desmesurada y casi demente. En la nueva Rusia, la burguesía, durante su breve gobierno, rechazó las ideas políticas del Zarismo en los asuntos internos y ayudó a derribar la autocracia, pero preservó sus ideas en los asuntos exteriores -menos en lo concerniente a la influencia Germánica- y apoyó la expansión de Rusia y la anexión de Constantinopla. Ciertamente, existe una importante diferencia. El Estado monárquico o aristocrático tiene una mentalidad política y busca ante todo la expansión territorial y el predominio político o la hegemonía sobre las naciones; los fines comerciales son sólo una preocupación secundaria y subordinada a la anterior. En el Estado burgués hay una inversión de valores: su mirada está puesta principalmente en la posesión de mercados, el control de nuevas esferas de riqueza, la formación o conquista de colonias o dependencias que puedan ser comercial e industrialmente explotadas, y en la expansión política piensa sólo como medio para alcanzar ese fin más deseado. Además, el estadista monárquico o aristocrático recurre a la guerra casi como primer expediente. Tan pronto como se siente insatisfecho con la respuesta a su diplomacia, aferra la espada o el rifle. El estadista burgués vacila, calcula, da más cuerda a su diplomacia, trata de lograr sus fines por medio de negociaciones,

⁵¹También la Rusia Socialista ha tomado de los Zares estas ideas y hábitos con muy poca o ninguna modificación.

acuerdos, presión pacífica, demostraciones de poder. Al final está dispuesto a recurrir a la guerra, pero sólo cuando estos recursos le han fallado, sólo si el fin le parece a la altura de los medios y si la gran especulación de la guerra promete una poderosa oportunidad de éxito y de sólido provecho. Pero, por otra parte, el Estado democrático burgués ha desarrollado una estupenda organización militar que ni siquiera los más poderosos monarcas y aristócratas pudieron soñar. Y si esto tiende a retrasar el estallido de las guerras, tiende también a hacer su estallido final seguro y sus proporciones enormes y, hoy en día, incalculables e inconmensurables.

Por aquel entonces, se sostuvo con calor que un espíritu más verdaderamente democrático, y por consiguiente más pacífico, y unas instituciones más profundamente democráticas reinarían tras el restablecimiento de la paz por el triunfo de las naciones liberales. Una de las normas de la nueva situación internacional debía ser el derecho de las naciones a disponer de sus propios destinos y a ser gobernadas sólo por su libre consentimiento. El cumplimiento inmediato de la última de las condiciones es imposible excepto en Europa e, incluso para Europa, este principio no se halla, en realidad, reconocido en su entero significado ni puesto totalmente en práctica. Si fuera susceptible de aplicación universal, si las relaciones existentes entre los pueblos y la psicología de las naciones fuese alterada hasta el punto de poder establecerlo como principio operante, se eliminaría una de las causas más fecundas de guerra y la revolución, pero no desaparecerían todas las causas. Una mayor democratización de los pueblos de Europa no significa ninguna garantía segura. En efecto, la democracia de cierto tipo, la democracia cuya constitución natural se apoya en la libertad individual, estaría probablemente poco dispuesta a la guerra excepto en momentos de gran excitación universal. La guerra exige una violenta concentración de todas las fuerzas, un espíritu de sumisión, una suspensión de la libre voluntad, la libre acción y del derecho a la crítica, que son ajenos al verdadero instinto democrático. Pero las democracias del futuro serán probablemente gobiernos poderosamente concentrados en los que el principio de libertad quedará subordinado a la eficacia de la vida de la comunidad por medio de alguna forma de Socialismo de Estado. Un Estado democrático de esta clase bien podría poseer un poder aun mayor para la guerra, ser capaz de poner en funcionamiento, en caso de hostilidades, una organización militar más violentamente concentrada que incluso las democracias burguesas; y no es en absoluto seguro que esté menos tentado a usar sus medios y su poderío. El Socialismo ha sido de tendencia internacional y pacífica porque las necesidades que plantea la preparación de una guerra resultan favorables al gobierno de las clases altas y porque la guerra misma sirve a los intereses de los gobiernos y de los capitalistas; las ideas y clases representadas por el Socialismo están actualmente oprimidas y no se desarrollan por los usos de la guerra ni toman parte en sus beneficios. Qué ocurrirá cuando hayan asumido el gobierno y con él sus tentaciones y oportunidades es algo que está aún por ver, pero puede pronosticarse fácilmente. La posesión del poder constituye la gran prueba de los idealismos y hasta ahora no ha habido ninguno, ni religioso ni secular, que la haya superado o escapado al envilecimiento y la corrupción.

Confiar en el consentimiento general de los egoísmos nacionales en conflicto para preservar la paz entre las naciones es confiar en una contradicción lógica. Una improbabilidad práctica que, si juzgamos por la razón y la experiencia significa tanto como una imposibilidad, difícilmente puede constituir un sólido fundamento para la creación del futuro. Una Liga de la Paz sólo puede impedir la lucha armada durante un tiempo. Un sistema de arbitraje obligatorio, incluso respaldado por la amenaza de una

gran alianza armada contra el ofensor, puede minimizar las posibilidades bélicas e incluso inhibirlas por completo en el caso de las naciones más pequeñas o más débiles; pero una gran nación que ve una oportunidad de convertirse en el centro de una poderosa combinación de pueblos interesados en derrocar el orden existente en beneficio propio siempre podrá asumir el riesgo de la aventura con la esperanza de procurarse ventajas que en su estimación sobrepasen a los peligros⁵². Además, en tiempos de grandes trastornos y movimientos, cuando vastas ideas, enormes intereses e inflamadas pasiones dividiesen a los pueblos del mundo, probablemente todo el sistema se haría pedazos y los elementos mismos de su eficacia dejarían de existir. Cualquier mecanismo imperfecto y provisional se vería forzado muy pronto a revelar su ineficiencia, y el intento de lograr una deliberada organización de la vida internacional habría de ser abandonado confiando en que la fuerza de los acontecimientos realizase tortuosamente la tarea. El único paso efectivo posible por esta vía es la creación de una autoridad real, eficiente y poderosa que represente el sentimiento general y el poder general de la humanidad en su vida y espíritu colectivos, y que sea algo más que una maraña de Estados vigorosamente separados y vagamente ligados por el frágil vínculo de un violable convenio moral. Sólo el futuro revelará si tal autoridad puede crearse verdaderamente por acuerdo o si, por el contrario, no debería más bien crearse en parte por el desarrollo de las ideas y en mayor parte aun por el choque de las fuerzas.

Una autoridad de esta naturaleza debería disponer del consentimiento psicológico de la humanidad, ejercer sobre las naciones una fuerza moral mayor que la de la propia autoridad nacional y obligarlas a una obediencia más inmediata en todas las circunstancias normales. Debería no sólo ser un símbolo y un centro de la unidad de la raza, sino hacerse constantemente útil al mundo garantizando con efectividad la defensa y el desarrollo de vastos intereses y beneficios comunes que superasen a todos los intereses nacionales separados, satisfaciendo así plenamente la necesidad que habría provocado su existencia. Deberá contribuir cada vez más a imponer el sentimiento creciente de una humanidad común y una vida común en las que las profundas divisiones que separan a un país de otro, una raza de otra, un color de otro, un continente de otro pierdan gradualmente su fuerza y sean progresivamente eliminadas. Dadas estas condiciones, desarrollaría una autoridad moral que le permitiría intentar la unificación de la humanidad con una oposición y fricción cada vez menores. La naturaleza del consentimiento psicológico que se asegurase desde el principio dependería en gran medida de su constitución y su carácter, y determinaría a su vez tanto la naturaleza como el poder de la autoridad moral que podría ejercer sobre los pueblos de la tierra. Si su constitución y su carácter fuesen tales que conciliasen el sentimiento y el interés en su conservación con el apoyo activo de la mayor parte de los sectores de la humanidad o de aquéllos al menos cuyo sentimiento y apoyo son poderosos, si lograrse representar las ideas e intereses políticos, sociales y culturales principales de su momento, aquélla obtendría el máximo de consentimiento psicológico y de autoridad moral, y su camino sería comparativamente fácil. Si se mostrase defectuosa en estos puntos, debería compensar tal deficiencia con el respaldo de una mayor concentración y demostración de fuerza militar, y con extraordinarios y asombrosos servicios a la vida, la cultura y el desarrollo generales de la raza humana, tales como los que garantizaron a la autoridad imperial Romana el consentimiento duradero y general de los pueblos Mediterráneos y Occidentales a la sujeción y obliteración de sus existencias nacionales.

⁵²La historia ulterior de la Sociedad de Naciones, que no había sido constituida cuando se escribieron estas páginas, ha probado ampliamente la ineficacia de estos mecanismos.

Pero, en cualquier caso, la posesión y concentración de poder militar sería durante mucho tiempo la primera condición de su seguridad, y la efectividad de su control y la posesión de este poder deberían ser, tan pronto como fuera posible, una posesión exclusiva. Es difícil prever actualmente el consentimiento de las naciones del mundo a su propio desarme total. Porque mientras persistan poderosos egoísmos nacionales de algún tipo, y con ellos la desconfianza mutua, las naciones no sacrificarán la posesión de una fuerza armada a la que pueden confiar su defensa en el caso de que sus intereses, o al menos aquellos que consideran esenciales para su prosperidad y existencia, lleguen a ser amenazados. Cualquier desconfianza respecto a la imparcialidad del gobierno internacional actuaría en la misma dirección. Sin embargo, en ausencia de un cambio moral y psicológico grande y radical, tal desarme sería esencial para garantizar el fin de la guerra. Si los ejércitos nacionales existen, la posibilidad, e incluso la certeza, de la guerra coexiste con ellos. Por más pequeños que éstos fuesen en tiempos de paz, una autoridad internacional aun respaldada por una fuerza militar propia se hallaría en la posición del rey feudal, que nunca pudo estar totalmente seguro de su control efectivo sobre sus vasallos. Para poder cumplir su función de policía de las naciones, la autoridad internacional debe tener bajo su mando la única fuerza militar instruida del mundo y también -de otra forma el monopolio resultaría inefectivo- debe tener a su exclusiva disposición los medios para la fabricación de armamento y de material bélico. Deben desaparecer las fábricas de munición y las fábricas de armas, tanto nacionales como privadas. Los ejércitos nacionales, como las antiguas tropas de las baronías, deben convertirse en un recuerdo de las edades muertas del pasado.

Este resultado señalaría definitivamente la creación de un Estado Mundial, que substituiría a las presentes condiciones internacionales. Porque éste sólo puede crearse verdadera y efectivamente si la autoridad internacional se convierte, no meramente en un árbitro en caso de disputas, sino en la fuente de la ley y del poder final que garantiza su ejecución. Para la aplicación de sus decretos a países o clases recalcitrantes, para impedir todo tipo de conflictos no sólo políticos sino comerciales, industriales y otros, o para evitar al menos su resolución por medios distintos del recurso pacífico a la ley y el arbitraje, para suprimir todo intento violento de cambio y revolución, el Estado Mundial, aun en el máximo de su poder, seguiría necesitando la concentración de toda la fuerza en sus manos. Mientras el hombre siga siendo lo que es, la fuerza, a pesar de todo el idealismo y de las generosas esperanzas de paz, seguirá siendo el árbitro último y el gobernador de su vida, y su poseedor será el verdadero soberano. La fuerza puede velar su presencia brutal en tiempos ordinarios y asumir únicamente formas dóciles y civilizadas -dóciles en comparación, pues ¿no son la cárcel y el verdugo los dos grandes pilares del orden social?-, pero sigue ahí, sosteniendo silenciosamente las engañosas apariencias de nuestra civilización y dispuesta a intervenir, en cuanto se apela a ella, en las operaciones de los dioses del cosmos social, más equitativos pero por el momento más débiles también. Difusa, la fuerza lleva a cabo las libres operaciones de la Naturaleza y es la sirvienta de la vida, pero también de la discordia y el enfrentamiento; concentrada, se convierte en el garante de la organización y en el aval del orden.

CAPÍTULO XXV

LA GUERRA Y LA NECESIDAD DE UNIDAD ECONÓMICA

La necesidad militar, la presión de la guerra entre naciones y la necesidad de prevenir la guerra concentrando la fuerza y la autoridad en las manos de un cuerpo internacional, Estado-Mundial o Federación o Liga de la Paz, es lo que acabará por empujar más directamente a la humanidad a alguna forma de unión internacional. Pero, detrás de esta necesidad, existe otra cuyo efecto es mucho más poderoso sobre la mente moderna: la comercial e industrial, la necesidad nacida de la interdependencia económica. El comercialismo es un fenómeno sociológico moderno, casi podría decirse que es todo el fenómeno de la sociedad moderna. El aspecto económico de la vida es siempre importante para una comunidad organizada; es, incluso, fundamental. Pero en tiempos pasados era simplemente la primera necesidad, no lo que ocupaba los pensamientos de los hombres, lo que daba todo el tono a la vida social, lo que se hallaba a la cabeza y era claramente reconocido como la raíz de los principios sociales. El hombre antiguo, en la comunidad, era principalmente un ser político en sentido Aristotélico -tan pronto como dejó de ser principalmente religioso-, y a esta preocupación añadía, donde gozaba de la suficiente tranquilidad, la preocupación por el pensamiento, el arte y la cultura. Los impulsos económicos del grupo eran tratados como una necesidad mecánica, un poderoso deseo en el ser vital más que un pensamiento conductor en la mente. Tampoco la sociedad era contemplada o estudiada como un organismo económico, excepto en alguno de sus aspectos más superficiales. El hombre económico tenía una posición honorable en la sociedad, pero comparativamente inferior; constituía sólo la tercera casta o clase, el *Vaishya*. El liderazgo estaba en manos de las clases intelectual y política: el *Brahmin*, el pensador, erudito, filósofo y sacerdote, el *Kshatriya*, el gobernante y guerrero. Eran los pensamientos y preocupaciones de estos últimos los que dieron el tono a la sociedad, los que determinaron su impulso y su acción conscientes, los que colorearon con mayor intensidad todas sus motivaciones. Los intereses comerciales influían en la relación entre los Estados y en los motivos de la guerra y la paz, pero lo hacían como causas subordinadas y secundarias que predisponían a la amistad u hostilidad, y sólo raramente, casi de un modo accidental, se enumeraron entre las causas manifiestas y conscientes de la paz, la alianza y la contienda. Dominó la consciencia política, el móvil político; el aumento de la riqueza se consideró principalmente un medio para lograr el poder político, la grandeza y la opulencia de los recursos movilizables del Estado más que como un fin en sí mismo o un bien prioritario.

Ahora todo ha cambiado. El fenómeno del desarrollo social moderno significa el declive del *Brahmin* y del *Kshatriya*, de la Iglesia, de la aristocracia militar y de la aristocracia de las letras y la cultura, y el ascenso al poder o al predominio de las clases comercial e industrial, el *Vaishya* y el *Shudra*, Capital y Trabajo. Juntos, éstos han devorado o desterrado a sus rivales y están ahora comprometidos en un conflicto fratricida por la supremacía exclusiva, en el que la culminación de la tendencia descendente de la fuerza de gravitación social, el triunfo final del Trabajo y la remodelación de todas las concepciones e instituciones sociales bajo la égida del Trabajo -considerado el primero, el más digno de los términos y el que otorga su valor a todos los demás- parece ser el escrito

visible del Destino. Actualmente, sin embargo, es el *Vaishya* el que todavía predomina; y su impronta en el mundo es el comercialismo, el predominio del hombre económico, la universalidad del valor comercial o del valor utilitario y productivo, materialmente eficaz, en todas los dominios de la vida humana. Incluso en el terreno del conocimiento, del pensamiento, la ciencia, el arte, la poesía y la religión, la concepción económica de la vida prevalece sobre todas las demás⁵³.

De acuerdo con la moderna perspectiva económica de la vida, la cultura y sus productos tienen principalmente un valor decorativo; son lujos costosos y deseables, pero en absoluto necesidades indispensables. La religión es desde esta perspectiva un producto secundario de la mente humana con una utilidad muy restringida, cuando no es un derroche y un estorbo. La educación goza de una reconocida importancia, pero su objeto y su forma no son ya tan culturales como científicos, utilitarios y económicos, y su valor consiste en preparar a una célula individual eficiente para que ocupe su lugar en el cuerpo de la organización económica. La Ciencia es de inmensa importancia no porque descubra los secretos de la Naturaleza para el avance del conocimiento, sino porque los utiliza para la creación de maquinaria y desarrolla y organiza los recursos económicos de la comunidad. El poder intelectual de la sociedad, casi su poder anímico -si todavía conserva algo tan insubstancial e improductivo como un alma-, no está en su religión ni en su literatura, aunque la primera arrastra una débil existencia y la segunda abunda y crece, sino en la Prensa diaria, que es principalmente un instrumento del comercialismo gobernado por el espíritu político y comercial y no es, como la literatura, un instrumento directo de la cultura. La política, el gobierno mismo, se están convirtiendo cada vez más en una maquinaria para el desarrollo de una sociedad industrializada, dividida entre el servicio al capitalismo burgués y la función de canal semi-involuntario para la penetración del Socialismo económico. El libre pensamiento y la cultura se mantienen en la superficie de esta gran masa creciente de comercialismo e influyen en ella y la modifican, pero ellos mismos se ven más y más influidos, penetrados, coloreados, subyugados por la perspectiva económica, comercial e industrial de la vida humana.

Este gran cambio ha afectado profundamente al carácter de las relaciones internacionales en el pasado y probablemente las afectará en el futuro de un modo aun más manifiesto y poderoso. Porque no existe ninguna probabilidad aparente de cambio de dirección en el futuro inmediato. Algunas voces proféticas anuncian, en efecto, que la era del comercialismo pasará con rapidez. Pero no es fácil ver cómo tendrá lugar su desaparición; ciertamente, no se tratará de un retorno al espíritu predominantemente político del pasado o al temperamento y las formas del viejo tipo social aristocrático. El suspiro de la mente ultraconservadora en añoranza de la edad dorada del pasado -que no fue tan dorada como le parece en la distancia al ojo de la imaginación- es un vano soplo lanzado a los vientos por el carro precipitado del Espíritu del Tiempo en la extrema velocidad de su progreso. El fin del comercialismo sólo puede verificarse o bien por un inesperado desarrollo del comercialismo mismo, o bien gracias a un resurgimiento de la espiritualidad de la raza que culminase en la subordinación de los móviles político y económico de la vida al móvil espiritual.

Se considera que ciertos signos apuntan en esta dirección. El espíritu religioso está

⁵³Resulta notable que las nuevas sociedades Socialistas hayan adoptado y continuado, a una escala aun mayor, el hábito burgués del comercialismo, aunque sobre una base obrera en lugar de burguesa e intentando una nueva distribución de beneficios o, aun más típicamente, una concentración de todos ellos en las manos del Estado.

reviviendo e incluso los viejos y debilitados credos y formas religiosas están recuperando una especie de vigor. En el pensamiento secular de la humanidad hay signos de un idealismo que, cada vez más, admite un elemento espiritual entre sus móviles. Pero todo ello es hasta ahora débil y superficial; el cuerpo del pensamiento y la praxis, el móvil efectivo, el impulso propulsor, siguen intactos e inalterados. El impulso está todavía orientado hacia la industrialización de la raza humana y la perfección de la vida de la sociedad en cuanto que organismo económico y productivo. Tampoco parece probable que este espíritu pueda morir pronto de agotamiento: aún no ha dado todo de sí y su fuerza no está declinando, sino creciendo. Se ve apoyado, además, por el Socialismo moderno, que promete ser el dueño del futuro; porque el Socialismo sigue el principio Marxista de que su propio reino debe ser precedido por una era de capitalismo burgués de la que él será el heredero, y tomará las riendas del trabajo y la organización burgueses para ponerlos a su servicio y modificarlos de acuerdo con sus propios principios y métodos. En efecto, su intención es dar la primacía al Trabajo en lugar de al Capital⁵⁴; pero esto sólo significa que todas las actividades serán valoradas de acuerdo con el trabajo aportado y la obra producida, y no según la contribución y la producción de riqueza. Será el cambio de un lado del economicismo al otro, pero no un cambio del economicismo a la primacía de un móvil distinto y más elevado de la vida humana. El cambio mismo será, probablemente, uno de los factores principales que deberá afrontar la unificación internacional y constituirá su mayor apoyo o su mayor dificultad.

En tiempos pasados, el efecto del comercialismo fue crear, en la raza humana, una unidad económica real tras su aparente separación política. Pero ésta era una unidad subconsciente, hecha de inevitables relaciones mutuas y de una íntima interdependencia, no una unidad de espíritu ni de vida consciente organizada. Por ello, estas interrelaciones produjeron al mismo tiempo la necesidad de la paz y la inevitabilidad de la guerra. La paz era necesaria para su actividad normal; la guerra, temiblemente perturbadora para la totalidad de su sistema. Pero, porque las unidades organizadas estaban políticamente separadas y eran naciones rivales, sus interrelaciones comerciales se convirtieron en relaciones de rivalidad y conflicto o, mejor, en una confusa maraña de intercambio, interdependencia y separatismo hostil. El proteccionismo por medio de barreras aduaneras entre países, la carrera en busca de mercados y áreas de explotación exclusivos, la lucha por un puesto o por el predominio en mercados y sectores que no podían ser monopolizados, y el intento de mutua interpenetración a pesar de las barreras arancelarias, han sido las principales características de esta hostilidad y de este separatismo. En estas condiciones, el estallido de la guerra era sólo una cuestión de tiempo y estaba destinada a producirse tan pronto como una nación o grupo de naciones se sintiese o bien incapaz de seguir avanzando por medios pacíficos, o bien amenazada por una limitación definitiva a su expansión impuesta por la alianza creciente de sus rivales. La Franco-Germana fue la última gran guerra dictada por motivos políticos. Desde entonces el motivo político ha sido principalmente un modo de encubrir el comercial. No fue el sometimiento político de Serbia, que sólo podía crear nuevos motivos de molestia para el imperio Austriaco, sino la posesión comercial de la salida a través de Salónica lo que constituyó el móvil de la política Austriaca. El Pangermanismo fue la máscara puesta a los anhelos de la industria Alemana, que quería poseer los grandes recursos de los países de la cuenca del Rhin y la vasta salida al Mar del Norte ofrecida por ellos. Su verdadera intención era conquistar los

⁵⁴La relación entre el Socialismo y la idea democrática o igualitaria, o la revuelta del proletariado, es no obstante un accidente de su historia, no su esencia. En el Fascismo italiano surgió un Socialismo cuya forma, idea y temperamento no eran ni democráticos ni igualitarios. El Fascismo ha desaparecido, pero no existe una relación inevitable entre Socialismo y dominación del Trabajo.

territorios de explotación Africanos y acaso los yacimientos de carbón Franceses, no gobernar el territorio Francés. En África, en China, en Persia, en Mesopotamia, fueron los motivos comerciales los que determinaron la acción política y militar. La guerra ya no es el hijo legítimo de la ambición y los apetitos territoriales, sino el bastardo de la avidez de riquezas o del comercialismo con la ambición política por padre putativo.

Por otro lado, el efecto o el impacto de la guerra se ha hecho intolerable para la organización industrial de la vida humana y la interdependencia comercial de las naciones. Sería exagerado decir que la guerra dejó esa organización en ruinas, pero la trastornó totalmente, dañó todo su sistema y la desvió hacia fines antinaturales. Y produjo un sufrimiento y una privación enormes en los países beligerantes, perturbó la vida de los países neutrales hasta un punto que no tiene parangón en la historia del mundo. El grito de cólera de las naciones exigiendo que nada de esto fuese tolerado otra vez y que los responsables de esta amenaza y perturbación de la moderna organización industrial del mundo -la susodicha civilización- fuesen castigados ejemplarmente y convertidos por un tiempo en parias internacionales bajo proscripción y boicot mostró el profundo efecto que la lección había producido. Pero mostró también, tal como la mentalidad de postguerra ha revelado, que la verdad real, interior, de la guerra no se ha comprendido todavía o que no se ha captado aún su aspecto central. En efecto, también desde este punto de vista la prevención de la guerra debe ser una de las primeras preocupaciones del nuevo ordenamiento de la vida internacional. Pero ¿cómo evitar la guerra totalmente, si el viejo estado de rivalidad comercial entre naciones políticamente separadas debe perpetuarse? Si la paz es sólo una guerra encubierta, una organización de la lucha y la rivalidad, ¿cómo puede impedirse el choque físico? Podría decirse que a través de la regulación de la lucha y la rivalidad inevitables, una regulación fundada en un estado de derecho, como ocurría en la vida comercial competitiva de una nación antes del advenimiento del Socialismo. Pero esta reglamentación sólo fue posible porque los individuos o grupos competidores eran parte de un único organismo social sujeto a una sola autoridad gubernativa, e incapaces de afirmar contra ella su voluntad de existencia individual. Por ello, tal regulación entre naciones sólo puede abocar, lógicamente o prácticamente, a la formación de un Estado Mundial centralizado.

Pero supongamos que se evita el choque físico de la guerra no por medio de la ley, sino por el principio de arbitraje obligatorio en casos extremos que podrían desembocar en guerra; no por la creación de una autoridad internacional, sino por la constante amenaza de la presión internacional. Aun en este caso, el estado de guerra encubierta continuará existiendo; y podría incluso asumir formas nuevas y desastrosas. Privadas de otras armas, las naciones se verían obligadas a recurrir cada vez más a la de la presión comercial, como hicieron Capital y Trabajo en su crónico estado de lucha “pacífica” en el marco de la vida nacional. Los instrumentos serían diferentes, pero seguirían el mismo principio: el de la huelga y el del cierre patronal, que son, por un lado, una resistencia pasiva organizada del partido más débil para imponer sus reivindicaciones y, por el otro, una presión pasiva ejercida por el partido más fuerte para obligar al cumplimiento de sus deseos. Entre naciones, el arma correspondiente a la huelga sería el boicot comercial, usado ya más de una vez tanto en Asia como en Europa aunque no de un modo sistemático, y que sería extremadamente efectivo y poderoso una vez organizado, aun en el caso de que lo emplease una nación política o comercialmente débil. Porque la nación más débil le resulta necesaria a la más fuerte, aunque sólo sea como mercado o como víctima comercial e industrial. El arma correspondiente al cierre patronal sería el rechazo

de capital o de maquinaria, la prohibición de toda importación o de algunas importaciones esenciales para la nación ofensora o víctima; incluso sería posible un bloqueo naval que provocase, si se prolongase mucho tiempo, la ruina industrial o la asfixia nacional. El bloqueo es un arma usada originalmente sólo en caso de guerra, pero se empleó contra Grecia como sustituto de la guerra y esta utilización puede difundirse fácilmente en el futuro. Existe siempre también el arma de aranceles prohibitivos.

Está claro que estas armas no tienen por qué usarse sólo con propósitos o por motivos comerciales; puede recurrirse a ellas para defender o para atacar cualquier interés nacional, para la imposición de cualquier exigencia, justa o injusta, entre naciones. Ha quedado demostrado qué arma tan tremenda puede llegar a ser la presión comercial, cuando se utiliza como recurso bélico. Si Alemania fue finalmente destruida, los medios reales de victoria fueron el bloqueo, la suspensión de créditos, de los recursos y el aprovisionamiento, la ruina de la industria y el comercio. Porque el desastre militar no se debió directamente a la debilidad militar sino, sobre todo, a la disminución y luego la falta de recursos, al agotamiento, al hambre y a la depresión moral causada por la posición intolerable del país, que veía morir toda esperanza de reaprovisionamiento y de recuperación. Esta lección puede tener también en el futuro una aplicación considerable en tiempos de “paz”. Ya algunos círculos propusieron en cierto momento continuar la guerra comercial una vez que la política hubiese terminado para que Alemania no sólo fuese borrada de la lista de las grandes naciones imperiales, sino que quedase permanentemente paralizada, incapacitada o incluso arruinada como rival comercial e industrial. Se preconizó abiertamente una política de rechazo de capital y de relaciones comerciales, y una especie de cordón o de bloqueo hostil; y estos medios casi llegaron a entrar en vigor durante un tiempo contra la Rusia Bolchevique. Se ha sugerido también que una Liga de la Paz⁵⁵ podría usar el arma de la presión comercial contra cualquier nación recalcitrante en lugar de la fuerza militar.

Pero mientras no exista una autoridad internacional firme, el uso de esta arma no se limitará probablemente a estos casos ni servirá sólo para fines justos y legítimos. Podrá emplearla una nación fuerte, segura de la indiferencia general, para destruir y violar a una nación débil; podrá emplearla una alianza de grandes Potencias imperiales para obligar al mundo a cumplir su voluntad egoísta y nociva. La fuerza y la coerción de cualquier tipo, cuando no están concentradas en las manos de una autoridad justa e imparcial, son siempre susceptibles de una aplicación abusiva y errónea. Por esta razón, inevitablemente, la unidad creciente de la humanidad debe incitar de un modo inmediato y apremiante al desarrollo de una autoridad de este género. El Estado Mundial, incluso en su primera e imperfecta organización, debe no sólo empezar a concentrar la fuerza militar en sus manos, sino emprender desde el principio, conscientemente, aquello que el Estado nacional logró únicamente a través de un desarrollo lento y natural: la organización de la vida comercial, industrial y económica de la raza, y el control, al principio sin duda sólo de las principales relaciones del comercio internacional⁵⁶, pero inevitablemente al final de todo su sistema y sus principios. Puesto que la industria y el comercio representan ahora cinco sextas partes de la vida social y que el económico es el principio dominante de la sociedad, un Estado Mundial que no controle el principio más importante y la actividad más extendida de la vida humana existirá sólo nominalmente.

⁵⁵Más tarde hecha realidad bajo el nombre de Sociedad de Naciones.

⁵⁶Unas primeras tentativas de este género quisieron figurar entre las actividades de la Sociedad de Naciones, ahora casi moribunda. Estas actividades eran todavía sólo platónicas y consultivas, tal como su fútil discusión acerca del desarme y sus intentos estériles de regular ciertas relaciones entre Capital y Trabajo, pero demostraron que esta necesidad ya es percibida y constituyeron un poste indicador en el camino hacia el futuro.

CAPÍTULO XXVI

LA NECESIDAD DE UNIDAD ADMINISTRATIVA

Casi todas las ideas corrientes acerca del primer paso hacia la organización internacional dan por supuesto que las naciones continuarán disfrutando de su existencia separada y de sus libertades no dejando a la acción internacional más que la prevención de la guerra, la regulación de las disputas peligrosas y el poder de resolver los grandes problemas internacionales que aquéllas no puedan regular por medios ordinarios. Es imposible que el proceso pueda detenerse ahí; este primer paso conduciría necesariamente a otros que sólo podrían avanzar en una dirección. Cualquiera que sea la autoridad que se establezca, si debe ser una verdadera autoridad en uno u otro grado y no un mero concierto de vaniloquios, se verá abocada a actuar con una frecuencia cada vez mayor y a asumir poderes siempre crecientes. Impedir perturbaciones y fricciones evitables, llegar a conjurar la recurrencia de problemas y desastres que al principio su limitación de poderes no le había permitido evitar a tiempo con una intervención oportuna antes de que estallasen, coordinar las actividades para fines comunes: tales serían los principales móviles que empujarían a la humanidad a avanzar desde una unión difusa a una unión más estrecha, desde una subordinación voluntaria en cuestiones importantes y excepcionales a una subordinación obligatoria en la mayoría de las cuestiones. El deseo de las naciones poderosas de usar esta autoridad para sus propios fines, la utilidad para las naciones más débiles de apelar a ella exigiendo la protección de sus intereses, el impacto real o la amenaza de perturbaciones y revoluciones internas, proporcionarían a la autoridad internacional un poder mayor y darían ocasión a que extendiese su acción normal. La Ciencia, el pensamiento y la religión, las tres grandes fuerzas que en los tiempos modernos tienden cada vez más a superar las distinciones nacionales y a encaminar a la raza hacia la unidad de vida y espíritu, se harían más impacientes ante los obstáculos, hostilidades y divisiones nacionales, y con su poderosa influencia contribuirían al cambio. La gran contienda entre Capital y Trabajo podría lograr rápidamente un alcance mundial, llegar a organizarse internacionalmente de tal modo que precipitase el paso inevitable o incluso provocase la crisis real que produciría la transformación⁵⁷.

Supondremos por el momento que el resultado final de este proceso será un Estado Mundial bien unificado, con las naciones como provincias. Al principio, asumiendo la regulación de las disputas internacionales, de los tratados y las relaciones económicas, la autoridad internacional empezaría como árbitro y como poder ejecutivo ocasional, y se transformaría gradualmente en un cuerpo legislativo y en un poder ejecutivo permanente. Su legislación sería absolutamente necesaria en cuestiones internacionales, si deben evitarse nuevas convulsiones; porque es vano suponer que todas las convenciones internacionales y todas las sistematizaciones del ordenamiento mundial tras la conclusión de la gran guerra puedan ser permanentes y definitivas. En las relaciones entre naciones, entre continentes, persistirían la injusticia, las desigualdades, las anomalías, las causas de conflicto o insatisfacción, que conducirían a nuevas

⁵⁷Podría parecer que la difusión general del Fascismo debiera impedir este proceso por la abolición de la lucha de clases; pero todavía está sujeto a duda el que, incluso en los países Fascistas, esta abolición no sea un mero interludio, un suspenso y no una solución definitiva.

hostilidades y explosiones. Tal como éstas son impedidas en el Estado nacional por la autoridad legislativa, que modifica constantemente el sistema existente en conformidad con las nuevas ideas, intereses, fuerzas y necesidades, así debería ocurrir en el Estado Mundial en construcción. A medida que este poder legislativo desarrollase, extendiese, sistematizase sus acciones, poderes y procesos, se volvería más complejo, se vería obligado a intervenir en muchos casos y a pasar por encima de la acción nacional separada o a reemplazarla por la propia. Esto implicaría asimismo el aumento de su poder ejecutivo y el desarrollo de una organización internacional ejecutiva. Al principio, ésta podría limitarse a las cuestiones y asuntos más importantes que exigiesen claramente su control, pero tendería cada vez más a extender su acción sobre todas o la mayoría de las materias consideradas de repercusión e importancia internacionales. Pronto invadiría y ocuparía incluso aquellos ámbitos en los que las naciones están ahora más celosas de sus derechos y de su poder. Y, finalmente, impregnaría la totalidad del sistema de la vida nacional y la sometería al control internacional en interés de la mejor coordinación de la unidad de la vida, la cultura, la ciencia, la organización, la educación, la eficacia de la raza humana. Reduciría las naciones ahora libres y separadas, primero, a la posición de los Estados de la Unión Americana o del Imperio Germánico y, finalmente, quizás a provincias o departamentos geográficos de la nación única de la humanidad.

El obstáculo actual a esta conclusión extrema es el principio todavía poderoso del nacionalismo, el sentimiento de separación del grupo, el instinto de independencia colectiva y su orgullo, su placer en sí misma, sus diversas fuentes de satisfacción egoísta, su insistencia en la subordinación de la idea humana a la idea nacional. Pero estamos suponiendo que la recién nacida idea del internacionalismo crecerá deprisa, someterá la idea y el temperamento pasados del nacionalismo, se impondrá y tomará posesión de la mente humana. Así como el grupo-nación mayor ha subordinado y tendido a absorber a los grupos menores -el clan, la tribu y el colectivo regional-, así como el grupo-imperio tiende ahora a subordinar y podría, si se le permitiese, absorber finalmente a los grupos-nación más pequeños, estamos suponiendo que el grupo completo de la humanidad unificada subordinará del mismo modo y acabará por absorber a los grupos menores de la humanidad separada. Sólo el crecimiento de la idea internacional, la idea de una humanidad única, puede hacer desaparecer el nacionalismo, si el viejo mecanismo natural de unificación externa por conquista o por medio de cualquier otra fuerza compulsiva continúa sin ser posible; porque los métodos de la guerra se han hecho demasiado desastrosos y ningún imperio tiene, por sí mismo, los medios y la fuerza necesarios para vencer al resto del mundo, ya sea rápidamente, ya sea según el método gradual Romano. Sin duda, el nacionalismo es un obstáculo más poderoso para el progreso de la unificación que la separatividad de las antiguas agrupaciones -más pequeñas y con una consciencia menos firme de sí mismas- que precedieron al Estado-nación desarrollado. Es todavía el sentimiento más poderoso en la mente colectiva de la humanidad, proporciona aún una indestructible vitalidad a la nación y puede reaparecer incluso cuando parecía haber sido abolido. Pero no podemos concluir con precisión, al principio de una gran era de transiciones, cuál es el presente equilibrio de tendencias. Existen ya en acción no sólo ideas sino fuerzas, fuerzas tanto más poderosas cuanto que pertenecen al futuro y no a los poderes establecidos del presente; fuerzas que podrían llegar a someter el nacionalismo mucho más pronto de lo que actualmente podemos concebir.

Si el principio del Estado Mundial es llevado a su conclusión lógica y a sus

consecuencias extremas, el resultado será un proceso análogo en principio -con todas las diferencias necesarias en cuanto al modo o forma o alcance de su ejecución- al que en el curso de la formación del Estado-nación sirvió al gobierno central, primero como monarquía y después como asamblea democrática y ejecutiva, para concentrar toda la administración de la vida nacional. Habrá una centralización de todo el control, el militar y el policial, el administrativo, el judicial, el legislativo, el económico, el social y el cultural en una autoridad internacional única. El espíritu de centralización será una poderosa idea unitaria y el principio de uniformidad será impuesto para una mayor comodidad práctica; el resultado será una mecanización racionalizada de la vida y de las actividades humanas en todo el mundo con la justicia, el bienestar universal, la economía del esfuerzo y la eficacia científica como objetivos principales. En lugar de las actividades individuales de los grupos nacionales, en las que cada uno trabaja para sí mismo con el máximo de fricción, derroche y conflicto, se daría un esfuerzo de coordinación similar al que ahora observamos en un Estado moderno bien organizado, del que la idea completa es un socialismo de Estado integral, algo no alcanzado en ninguna parte, cierto, pero en rápida vía de aparición⁵⁸. Si contemplamos brevemente cada departamento de la actividad comunitaria, constataremos que este proceso es inevitable.

Ya hemos visto que todo el poder militar -y en el Estado Mundial esto significaría una policía internacional armada- debe estar concentrado en las manos de una autoridad común; de otro modo, el Estado no puede perdurar. Una cierta concentración del poder último de decisión en materias económicas resultaría también, llegado el momento, inevitable. Y al final, esta supremacía no podría detenerse antes de haber logrado el control completo. Porque la vida económica del mundo es, cada día más, una realidad única e indivisible; pero el estado presente de las relaciones internacionales es una condición anómala de principios opuestos que están en parte en conflicto, en parte adaptados uno a otro del mejor modo posible -pero el mejor modo posible es malo y nocivo para el interés común-. Por una parte, existe una unidad subyacente que hace que cada nación sea comercialmente dependiente de todo el resto; por la otra, hay un espíritu de codicia, de egoísmo nacional, un sentimiento de existencia separada que hacen que cada nación intente a un tiempo reafirmar su independencia industrial y lograr el control de mercados extranjeros para extender sus propias actividades comerciales. Actualmente, la interacción de estos dos principios está regulada por el juego admitido de las fuerzas naturales, por la práctica y el entendimiento tácitos, por sistemas de protección arancelaria, primas, subvenciones Estatales de uno u otro tipo, o por tratados y acuerdos comerciales. Inevitablemente, a medida que el Estado Mundial creciese, esta situación se percibiría como una anomalía, un proceso despilfarrador y antieconómico. Una autoridad internacional eficiente se vería cada vez más obligada a intervenir en los acuerdos libres entre naciones y a modificarlos. Se consideraría de primera importancia los intereses comerciales de la humanidad en general; las tendencias independentistas y los celos o ambiciones comerciales de esta o aquella nación serían obligados a subordinarse al bien humano. El ideal de explotación recíproca sería reemplazado por el ideal de una adecuada y oportuna participación en la vida económica unificada de la raza. Especialmente, a medida que el socialismo avanzase y empezase a regular toda la existencia económica de los países separados, este mismo principio ganaría terreno en el campo internacional y al final se pediría al Estado Mundial que tomase en sus manos la correcta organización de la producción y distribución industriales del mundo. A cada país podría permitírsele durante

⁵⁸Desde que se escribieron estas páginas, la aparición del socialismo de Estado se hizo mucho más rápida y profunda en tres, al menos, de las grandes naciones; y una imitación más vacilante y menos claramente consciente resulta evidente en países menores.

un tiempo producir sus propias necesidades, pero al final probablemente se juzgaría que esto no es más necesario que el hecho de que Gales o Escocia produzcan todas sus necesidades propias independientemente del resto de las Islas Británicas o que una provincia India sea una unidad económica independiente del resto del país; cada uno produciría y distribuiría entonces sólo lo que pudiese hacer más ventajosamente, de un modo más natural, más eficiente y más económico de acuerdo con los requerimientos y necesidades comunes de la humanidad, de las que las suyas propias formarían parte inseparable. Cada uno obedecería al sistema establecido por la voluntad común de la humanidad a través de su gobierno estatal y de acuerdo con un método uniforme en sus principios aunque variable en el detalle local, que aseguraría la operación más simple, fluida y racional de un mecanismo necesariamente complicado.

La administración del orden público de la sociedad es una cuestión menos apremiante de lo que lo fue para los Estados nacionales en su periodo de formación, porque aquéllos eran tiempos en los que el elemento de orden casi debió ser creado, y la violencia, el crimen y la rebelión constituían la propensión más inmediata, natural y general de la humanidad. Hoy en día, las sociedades no sólo están tolerablemente bien organizadas en este terreno y equipadas con los convenios indispensables entre naciones sino que, gracias a un elaborado sistema de gobiernos nacionales, regionales y municipales comunicados por medios cada vez más rápidos, el Estado puede regular parcelas de la vida que los rudimentarios gobiernos de antaño eran incapaces de controlar efectivamente. En el Estado Mundial, podría pensarse, a cada país se le dejaría libertad de acción en materias de orden interno y, ciertamente, de toda su vida política, social y cultural. Pero aun aquí es probable que el Estado Mundial exigiese una centralización y uniformidad mayores que las que podemos llegar a imaginar ahora fácilmente.

Por ejemplo, en la cuestión de la lucha continua de la sociedad contra el elemento aún inerradicable del crimen que ella engendra en su propio seno, se acabaría seguramente por reconocer lo tosco del sistema presente y se realizaría un serio intento de abordarlo de una forma mucho más radical. La primera necesidad sería una rigurosa observación y supervisión de la gran masa de material humano corrupto en constante recreación, en la que el bacilo del crimen halla su caldo de cultivo natural. Esto lo realizan actualmente de un modo muy rudimentario e imperfecto -y, en general, sólo después del acontecimiento del crimen- las policías separadas de cada nación, sirviéndose de tratados de extradición y de una informal ayuda recíproca para evitar la evasión a países extranjeros. El Estado Mundial insistiría en una supervisión local tanto como internacional no sólo para tratar el fenómeno de lo que podría ser llamado crimen y desorden internacionales, que pueden incrementarse ampliamente en las condiciones futuras, sino con el objetivo más importante aun de prevenir el crimen.

Porque la segunda necesidad que sentiría el Estado Mundial sería tratar el crimen desde su misma raíz y en sus comienzos. Podría intentarlo, al principio, por medio de un método más inteligente de educación y formación moral del carácter que hiciese más difícil el desarrollo de las propensiones criminales; en segundo lugar, por medio de métodos científicos o eugenésicos de observación, de tratamiento, de aislamiento y quizás esterilización del material humano corrupto; tercero, por medio de un sistema penal y de un régimen penitenciario humanos e inteligentes que tuviesen como propósito no el castigo, sino la reforma de los criminales incipientes y empedernidos. Insistiría en una cierta uniformidad de principio, de modo que no hubiese países que perseverasen en

sistemas retrógrados o viejos o erráticos haciendo fracasar así el objetivo general. Para ello, sería necesaria, o por lo menos profundamente aconsejable, la centralización del control. Lo mismo ocurriría también con el sistema judicial. El sistema presente es considerado todavía ilustrado y civilizado, y lo es si se lo compara con los métodos medievales; pero sin duda llegará un tiempo en que será condenado por grotesco, ineficiente, irracional y, en la mayoría de sus aspectos principales, por semibárbaro: se le juzgará, en el mejor de los casos, como una semiadaptación de los métodos más confusos y arbitrarios propios de un estado primitivo del pensamiento, el sentimiento y la vida sociales. Con el desarrollo de un sistema más racional, la preservación de los viejos principios y métodos jurídicos y judiciales en cualquier parte del mundo se juzgaría intolerable, y el Estado Mundial sería llevado a estandarizar los nuevos principios y métodos por medio de una legislación común y probablemente de un control general centralizado.

Puede admitirse que en todas estas materias la uniformidad y la centralización resultaran beneficiosas y, hasta cierto punto, inevitables; en estas condiciones, no podría permitirse que ningún sentimiento de separación e independencia nacional interfiriese con el bien común de la humanidad. Pero al menos en la elección de su sistema político y en otras esferas de su vida social, a las naciones bien podría permitírseles que siguiesen sus propios ideales y propensiones, y que fuesen saludable y naturalmente libres. Podría decirse incluso que las naciones no tolerarían nunca una interferencia seria en estas cuestiones y que el intento de servirse del Estado Mundial para semejante fin sería fatal para su propia existencia. Pero, de hecho, el principio de no interferencia política será probablemente mucho menos admitido en el futuro de lo que lo ha sido en el pasado o de lo que lo es en el presente. En tiempos de lucha intensa y apasionada entre ideas políticas discrepantes -entre la oligarquía y la democracia en la antigua Grecia, entre el viejo régimen y las ideas de la Revolución Francesa en la Europa moderna-, el principio de no interferencia política siempre ha sido desechado. Pero ahora observamos otro fenómeno: el principio opuesto, el de interferencia, se erige poco a poco en una norma consciente de la vida internacional. Cada vez es más posible una intervención como la Americana en Cuba: no por razones reconocidas de interés nacional, sino ostensiblemente en nombre de la libertad, el constitucionalismo y la democracia, o en nombre de un principio político y social opuesto; es decir, por razones internacionales y, en la práctica, en virtud del siguiente argumento: que la organización interna de un país concierne, en ciertas condiciones de desorden o insuficiencia, no sólo al propio país sino a sus vecinos y a la humanidad en general. Un principio similar fue invocado por los Aliados en relación con Grecia durante la guerra. Se le aplicó además a una de las naciones más poderosas del mundo al negarse los Aliados a tratar con Alemania o, prácticamente, a readmitirla en el comité de naciones a menos que rindiese su sistema y principios políticos existentes y adoptase las formas de la democracia moderna, abjurando de todo vestigio de gobierno absolutista⁵⁹.

Esta idea del interés común de la raza en los asuntos internos de una nación está destinada a crecer en importancia a medida que la vida de la humanidad se unifique. La gran cuestión política del futuro será, probablemente, el desafío del Socialismo, la plena evolución del Estado omnipotente. Y si el Socialismo triunfa en las naciones líderes del

⁵⁹La intervención apenas disfrazada de las Potencias Fascistas en España para combatir y derrocar al Gobierno democrático del país es un asombroso ejemplo de lo que, probablemente, se hará más frecuente en el futuro. A partir de entonces, se ha observado la interferencia en sentido opuesto, esto es, presionando al régimen de Franco para que éste cambie su método y su principio, a pesar de que esta presión ha sido incompleta y vacilante.

mundo, tratará inevitablemente de imponer su gobierno no sólo por medio de la presión indirecta, sino incluso por intervención directa en lo que considerará países atrasados. Una autoridad internacional, Parlamentaria o de otro tipo, en la que poseyese una mayoría o una influencia preponderante, sería un medio demasiado cómodo para ser negligido. Además, a un Estado Mundial cuya mayoría fuera socialista probablemente le resultaría imposible tolerar que ciertas naciones continuasen siendo sociedades capitalistas: una Gran Bretaña capitalista o socialista no toleraría una Escocia o un Gales socialistas o capitalistas. Por otra parte, si todas las naciones adoptasen la forma socialista, sería natural que el Estado Mundial coordinase todos estos socialismos separados en un único y gran sistema de vida humana. Pero el Socialismo llevado a la plenitud de su desarrollo significa la destrucción de la diferencia entre actividades políticas y sociales; significa la socialización de la vida común y su sujeción, en todos sus aspectos, al gobierno y administración organizados. Nada pequeño o grande escapa a su esfera. Nacimiento y matrimonio, trabajo y diversión y reposo, educación, cultura, formación del cuerpo y del carácter, el sentido socialista no deja que nada escape a su activo e intolerante control. Por ello, supuesto un Socialismo internacional, ni la política ni la vida social de los pueblos separados escaparían probablemente al control centralizado del Estado Mundial⁶⁰.

Un sistema mundial semejante está, en efecto, muy lejos de nuestras concepciones presentes y de nuestros arraigados hábitos de vida, pero tales concepciones y hábitos están ya radicalmente sometidos a poderosas fuerzas de cambio. La uniformidad se está convirtiendo cada vez más en la ley del mundo y, a pesar del sentimiento y de los esfuerzos conscientes de conservación y renovación, a las individualidades locales les resulta más y más difícil sobrevivir. Pero el triunfo de la uniformidad favorecería naturalmente la centralización; el incentivo radical a la separación desaparecería. Y la centralización, una vez lograda, contribuiría a su vez a crear una uniformidad más completa. Si cierta descentralización resultase indispensable en una humanidad uniforme, lo sería por conveniencia administrativa, no por la voluntad de establecer verdaderas variaciones separativas. Una vez que el sentimiento nacional hubiese sido sofocado por un internacionalismo dominante, las grandes cuestiones de la cultura y la raza serían los únicos fundamentos que quedarían para la preservación de un principio de separación poderoso, aunque subordinado, en el Estado Mundial. Pero la diferencia de cultura está tan amenazada hoy en día como cualquier otro principio externo de variación grupal. Las diferencias entre las naciones Europeas son simplemente las variaciones menores de una cultura occidental común. Y ahora que la Ciencia, ese gran poder para la uniformidad del pensamiento y la vida y el método, se está convirtiendo cada vez más en el aspecto de mayor peso de la cultura y la vida, y amenaza con convertirse en la totalidad de las mismas, es probable que la importancia de estas variaciones disminuya aun más. La única diferencia radical que todavía existe es la que distingue la mente de Occidente de la mente Oriental. Pero también aquí Asia está sufriendo el impacto del Europeísmo y Europa está empezando a sentir, aunque todavía débilmente, el reflujo de la influencia Asiática. El resultado más probable es, pues, una cultura mundial común. Así, la objeción válida a la centralización se verá en gran medida debilitada, si no totalmente eliminada. El sentimiento racial es quizás un obstáculo mayor porque es más irracional; pero también éste puede ser abolido por medio de intercambios intelectuales, culturales y físicos más estrechos, inevitables en un futuro no distante⁶¹.

⁶⁰Este aspecto del Socialismo en acción ha recibido una confirmación sorprendente en la tendencia al control gubernamental total en Alemania e Italia. La lucha entre el Nacionalsocialismo (Fascismo) y el puro Socialismo Marxista no pudo ser prevista en el momento en que se escribieron estas páginas; pero prevalezca la forma que prevalezca, el principio es idéntico.

⁶¹El racismo Fascista y Nazi se opone a esta probabilidad y, si continúa mostrándose irreductible, hará imposible la unificación excepto mediante

El sueño del pensador socialista cosmopolita podría, así pues, hacerse realidad. Y si la tendencia presente de las fuerzas mundiales persiste con todo su poder, es en cierto sentido inevitable. Incluso lo que ahora parece más quimérico, un lenguaje común, puede hacerse realidad. Porque un Estado tiende naturalmente a que su instrumento en todos los asuntos públicos, su pensamiento, su literatura, sea una única lengua; el resto se convierte en dialectos, lenguas provinciales, como el Galés en Gran Bretaña o el Bretón y Provenzal en Francia. Las excepciones como Suiza son pocas, apenas más de una o dos, y perduran sólo en condiciones inusitadamente favorables. Resulta, en efecto, difícil suponer que lenguas con poderosas literaturas, habladas por millones de hombres cultos, se dejen relegar a una posición absolutamente secundaria y mucho menos que permitan que un idioma nuevo o antiguo del hombre las sofoque. Pero no puede afirmarse con certeza que la razón científica, tomando posesión de la mente de la raza y rechazando el sentimiento separativo como un anacronismo bárbaro, no pueda realizar un día incluso este milagro psicológico. En cualquier caso, la variedad de lenguaje no tiene por qué presentar un obstáculo insuperable para la uniformidad de la cultura, la educación, la vida y la organización, ni para un mecanismo científico regulador aplicado a todos los departamentos de la vida y establecido para el bien común por la voluntad y la inteligencia unificadas de la raza humana. Porque esto sería lo que significaría un Estado Mundial tal como lo hemos imaginado; tal sería su sentido, su justificación, su objetivo humano. Es probable que esto y sólo esto fuese considerado al final la plena justificación de su existencia.

CAPÍTULO XXVII

EL PELIGRO DEL ESTADO MUNDIAL

Tal es, pues, la forma extrema que puede asumir un Estado Mundial, la forma soñada por los pensadores socialistas, científicos, humanistas, que representan a la mente moderna en su punto álgido de autoconsciencia y que son, por ello mismo, capaces de detectar la dirección de sus tendencias, aunque a la mentalidad semirraccional del hombre ordinario, cuya mirada no alcanza más allá del día de hoy y del mañana más inmediato, sus especulaciones puedan parecerle quiméricas y utópicas. En realidad, no son nada de ello: en su esencia, no necesariamente en su forma, son como hemos visto no sólo el resultado lógico, sino la conclusión práctica inevitable del impulso incipiente hacia la unidad humana -suponiendo que ésta deba efectuarse de acuerdo con el principio de unificación mecánica, es decir, según el principio del Estado-. Por esta razón, hemos considerado necesario mostrar los principios y necesidades operativos que han presidido la formación del Estado-nación unificado y finalmente socialista; resultaba preciso observar cómo el mismo movimiento hacia la unificación internacional debe conducir a los mismos resultados, de acuerdo con una análoga necesidad de desarrollo. El principio del Estado conduce necesariamente a la uniformidad, a la regulación, a la mecanización; su fin inevitable es el socialismo. No hay nada fortuito, no hay lugar para el azar en el desarrollo político y social, y la aparición del socialismo no fue un accidente ni algo que pudiera no haber sido, sino el resultado inevitable contenido ya en la mismísima semilla de la idea del Estado. Era inevitable desde el momento en que esa idea empezó a forjarse en los hechos. La obra de los Alfredos y Carlomagnos y otros unificadores nacionales o imperiales prematuros lo contenía ya como resultado seguro, porque los hombres actúan casi siempre sin conocer aquello por lo que han actuado. Pero en nuestros tiempos modernos los signos son tan claros que no necesitamos engañarnos o imaginar, al empezar a establecer una base mecánica para la unificación mundial, que el resultado latente en este esfuerzo mismo no insistirá en desarrollarse, por más lejano que ello pueda parecer actualmente de toda posibilidad inmediata o incluso distante. Una estricta unificación, una vasta uniformidad, una regulada socialización de la humanidad unida será el fruto predestinado de nuestra labor.

Este resultado sólo puede evitarse si una fuerza opuesta interviene y pone su veto, tal como ocurrió en Asia, donde la idea del Estado, aunque afirmada con fuerza dentro de ciertos límites, nunca pudo sobrepasar cierto punto porque el principio fundamental de la vida nacional se oponía a su pleno e intolerante desarrollo. Las razas de Asia, aun las más organizadas, han sido siempre pueblos más que naciones en el sentido moderno. O fueron naciones sólo en el sentido de tener un alma vital común, una cultura común, una organización social común, una cabeza política común, pero no fueron Estados-nación. La máquina Estatal existió sólo para servir a una acción restringida y superficial; la vida real del pueblo fue determinada por poderes distintos en los que el Estado no podía intervenir. Su función principal era preservar y proteger la cultura nacional así como mantener el grado suficiente de orden político, social y administrativo -en la medida de lo posible, un orden inmutable- para que la vida real del pueblo funcionase sin perturbaciones, a su modo y de acuerdo con sus propias tendencias innatas. Una unidad similar le es posible a la raza humana en lugar de un Estado Mundial organizado, si las naciones de la

humanidad consiguen preservar su desarrollado instinto nacionalista, mantenerlo intacto y lo suficientemente fuerte como para resistir el predominio de la idea del Estado. De este modo, el resultado sería no una única nación de la humanidad y un Estado Mundial, sino un único pueblo humano con una asociación libre de sus unidades-nación. O podría ocurrir también que la nación, tal como la conocemos hoy, desapareciera; se daría, entonces, un nuevo tipo de unidades grupales cuyo funcionamiento social, económico y cultural sería pacífica y naturalmente garantizado por un adecuado mecanismo de orden internacional.

Así, pues, entre estas dos posibilidades mayores ¿cuál sería la preferible? Para responder a esta cuestión debemos preguntarnos cuál sería, para la vida de la raza humana, el balance de pérdidas y ganancias que resultaría de la creación de un Estado Mundial unificado. Con toda probabilidad, y a pesar de la gran diferencia entre entonces y ahora, los resultados serían muy parecidos en esencia a los que observamos en el antiguo Imperio Romano. Entre los activos, deberíamos colocar ante todo una enorme ganancia: la garantía de la paz mundial. Ésta podría no gozar de una seguridad absoluta contra confrontaciones y disturbios internos pero, suponiendo que ciertas cuestiones pendientes hallasen una solución próxima a lo permanente, serían eliminadas incluso las violencias ocasionales de los conflictos civiles que perturbaron la vieja economía imperial Romana; y fuesen cuales fuesen los desórdenes aún susceptibles de producirse, éstos no tendrían por qué dañar la estructura de la civilización hasta el punto de volver a sumirlo todo en los espasmos de un cambio radical y violento. Asegurada la paz, habría un desarrollo sin paralelo de la tranquilidad y el bienestar. Un gran número de problemas pendientes serían resueltos por la inteligencia unificada de la humanidad, que dejaría de actuar de modo fragmentario para hacerlo como una única realidad. La vida dinámica de la raza se fundaría en un orden racional, confortable, bien regulado, bien informado, provisto de un mecanismo satisfactorio para enfrentar todas las dificultades, exigencias y problemas con la menor fricción, perturbación y mera incertidumbre de la aventura y peligro posibles. Al principio, habría un gran florecimiento cultural e intelectual. La Ciencia se organizaría para la mejora de la vida humana, el desarrollo del conocimiento y la eficiencia mecánica. Las diversas culturas del mundo -ésas que aún existen como realidades separadas- no sólo intercambiarían ideas más íntimamente, sino que acumularían sus ganancias en un fondo común y, durante un tiempo, surgirían nuevos móviles y formas en el pensamiento, la literatura y el Arte. Los hombres se relacionarían de un modo mucho más estrecho y completo que antes, desarrollarían un mayor entendimiento mutuo, libre de muchas razones accidentales de lucha, odio y rechazo que ahora existen; y llegarían, si no a la hermandad -que no puede alcanzarse por la mera unión política, social y cultural-, sí al menos a cierta imitación de la misma, a una asociación e intercambio suficientemente fraternales. Habría un esplendor, un bienestar y amenidad en el desarrollo de la vida humana sin precedentes y, sin duda, algún poeta principal de la era, escribiendo en la lengua común u oficial -¿acaso el Esperanto?-, cantarían confiadamente la proximidad de la edad de oro o proclamaría incluso su llegada efectiva y su duración eterna. Pero, pasado un tiempo, la fuerza se agotaría, se generaría una condición estática en la mente y la vida humanas; seguiría luego el estancamiento, la decadencia, la desintegración. En medio de estas adquisiciones, el alma del hombre empezaría a marchitarse.

Este resultado se debería esencialmente a las mismas razones que en el ejemplo Romano. Las condiciones de una vida vigorosa se habrían perdido: la libertad, el flujo de variaciones y el impacto recíproco de vidas diferenciadas que se desarrollan libremente.

Podría decirse que esto no ocurrirá, porque el Estado Mundial será un Estado libre democrático, no un imperio o una autocracia liberticida, y porque la libertad y el progreso son el verdadero principio de la vida moderna y no se toleraría ningún proceso contrario a este principio. Pero en todo esto, no existe en realidad la garantía que parece ofrecerse. Porque lo que ahora es no tiene por qué continuar en circunstancias completamente diferentes y la idea de que debe hacerlo es un extraño espejismo proyectado por las realidades del presente sobre las realidades del futuro, que posiblemente serán bien diversas. La democracia no es, en modo alguno, una garantía segura de libertad; por el contrario, observamos hoy que los sistemas democráticos de gobierno caminan obstinadamente hacia una aniquilación tan sistemática de la libertad individual como no podría haber sido soñada en los viejos sistemas aristocráticos y monárquicos. En efecto, puede que la democracia haya acabado con las formas más violentas y brutales de opresión despótica asociadas a los viejos sistemas, que haya liberado a las naciones suficientemente afortunadas como para alcanzar formas liberales de gobierno, y esto es sin duda una gran conquista. La antigua opresión revive ahora sólo en periodos de revuelta y excitación, a menudo bajo las formas de una tiranía del populacho o de una salvaje represión revolucionaria o reaccionaria. Pero existe una privación de la libertad, más respetable en apariencia, más sutil y sistematizada, más moderada en su método porque la respalda una fuerza mayor pero, por esta misma razón, más efectiva e integral. La tiranía de la mayoría se ha convertido en una locución familiar y sus mortales efectos han sido descritos con una gran fuerza de resentimiento por ciertos intelectuales modernos⁶²; sin embargo, lo que el futuro nos promete es algo más formidable aun: la tiranía de la totalidad, de la masa autohipnotizada, sobre sus unidades y grupos constituyentes⁶³.

Éste es un proceso muy remarcable; tanto más cuanto que la libertad individual fue el ideal proclamado en los orígenes del movimiento democrático, tanto antiguo como moderno. Los Griegos asociaron la democracia a dos ideas principales: primero, una participación efectiva y personal de cada ciudadano en el gobierno, la legislación y la administración reales de la comunidad; segundo, una gran libertad de temperamento y de acción individuales. Pero ninguna de estas características puede florecer en el tipo moderno de democracia, aunque en los Estados Unidos de América existió tiempo atrás una cierta tendencia en esta dirección. En los grandes Estados, la participación personal de cada ciudadano en el gobierno no puede ser efectiva; éste sólo puede participar -ilusoriamente para el individuo, aunque efectivamente para la masa- en la elección periódica de sus legisladores y administradores. Y aunque éstos no tienen que ser elegidos prácticamente entre una clase que no sea la totalidad o la mayoría de la comunidad -actualmente, en casi todas partes la clase media-, los legisladores y administradores no representan realmente a sus electores. El Poder que representan es otro, una entidad sin forma ni cuerpo que ha tomado el lugar del monarca y la aristocracia, ese ser grupal impersonal que asume una especie de forma y cuerpo exteriores y una acción consciente en el enorme mecanismo del Estado moderno. Contra este poder el individuo se halla mucho más desprotegido que contra las viejas opresiones. Cuando siente que su presión lo tritura y lo somete a sus moldes uniformes, no tiene otro recurso que un impotente anarquismo o un retiro, todavía posible hasta cierto punto, a la libertad de su alma o a la

⁶²Ibsen en su drama *An Enemy of the People*.

⁶³Se observó primero el drástico inicio de este fenómeno en la Italia Fascista y en la Rusia Soviética. En la época en que se escribieron estas páginas, sólo podía vislumbrarse este proceso como previsión especulativa. Más tarde, asumió proporciones cada vez mayores y podemos contemplar ahora su cuerpo completo y formidable.

libertad de su ser intelectual.

Porque éste es uno de los logros de la democracia moderna que la vieja libertad no desarrolló en la misma medida y al que aún no se ha renunciado: una plena libertad de expresión y de pensamiento. Y, mientras esta libertad perdure, el miedo a una condición estática de la humanidad y el subsiguiente estancamiento puede parecer falta de base, sobre todo cuando a esta libertad la acompaña una educación universal que proporciona el mayor terreno humano posible para que nazca en él una fuerza realizadora. La libertad de pensamiento y de expresión -ambas van necesariamente juntas, pues no puede haber libertad real de pensamiento donde se pone un candado a la libertad de expresión- no es completa sin libertad de asociación; porque libre expresión significa propaganda libre, y la propaganda sólo se vuelve efectiva con la asociación para la realización de sus objetivos. Esta tercera libertad existe también en todos los estados democráticos con restricciones más o menos limitativas o prudentes salvaguardias. Pero cabe preguntarse si estas grandes libertades fundamentales han sido conquistadas por la raza con plena garantía -aparte de sus suspensiones ocasionales incluso en las naciones libres y de las considerables restricciones que las paralizan en los países sometidos-. Es posible que el futuro nos depare ciertas sorpresas en esta dirección⁶⁴. La libertad de pensamiento sería la última libertad humana directamente atacada por el Estado omnirregulador, que trataría primero de regular toda la vida del individuo de acuerdo con el modelo aprobado por la mente colectiva o por sus dirigentes. Pero cuando descubriese lo absolutamente importante que es el pensamiento para modelar la vida, se vería llevado a controlar este ámbito también, a formar el pensamiento del individuo por medio de una educación Estatal y a adiestrarlo en la aceptación de las ideas comunitarias, éticas, sociales, culturales y religiosas, tal como hicieron muchos sistemas antiguos de educación. Sólo si hallase esta arma inefectiva, sería probable que limitase la libertad de pensamiento directamente bajo el pretexto de peligro para el Estado y la civilización. Observamos ya que el derecho del Estado a interferir en el pensamiento del individuo es proclamado aquí y allá del modo más ominoso. Se habría imaginado que al menos la libertad religiosa le estaba garantizada a la humanidad; pero recientemente hemos visto a un exponente del “nuevo pensamiento” avanzar en tono categórico la doctrina de que el Estado no tiene la obligación de reconocer la libertad religiosa del individuo y que, aun en el caso de que garantice la libertad de pensamiento religioso, ésta sólo puede ser concedida por conveniencia, no como como un derecho. No existe ninguna obligación, se sostiene, de permitir la libertad de culto. Y, en efecto, esto parece lógico porque, si el Estado tiene el derecho de regular toda la vida del individuo, debe tener sin duda el derecho de regular su religión, que es una parte muy importante de su vida, y de regular su pensamiento, que tiene un poderoso efecto sobre su vida⁶⁵.

Suponiendo que se estableciese un Estado Mundial socialista omnirregulador, la libertad de pensamiento, bajo un régimen semejante, significaría necesariamente una crítica no sólo de los detalles, sino de los mismos principios de la condición existente. Esta crítica, si se orientase no al pasado muerto sino al futuro, sólo podría tomar una dirección: la del anarquismo, ya fuese del tipo espiritual Tolstoyano, ya del tipo intelectual, que es ahora el credo de una pequeña minoría pero una fuerza en aumento en

⁶⁴Esto no es ya una sorpresa sino, cada día más, un hecho consumado. En este momento, la libertad de pensamiento y expresión ya no existe en Rusia y, durante un tiempo, fue enteramente suspendida en Alemania y en el Sur de Europa.

⁶⁵Fue un error de previsión suponer que el Estado dudaría por un tiempo en suprimir totalmente la libertad de pensamiento. Se hizo de un modo inmediato y decisivo en la Rusia Bolchevique y en los Estados totalitarios. La libertad religiosa no ha sido completamente destruida, pero está siendo severamente limitada en Rusia, como lo fue en Alemania, por la presión del Estado.

muchos países Europeos. Éste proclamaría su evangelio de libre desarrollo del individuo y denunciaría al gobierno como un mal, un mal que ha dejado de ser necesario. Afirmaría que el pleno y libre crecimiento religioso, ético, intelectual y emotivo -un crecimiento desde el interior- es el verdadero ideal de la vida humana y que todo lo demás no merece la pena ser adquirido al precio de la renuncia a este ideal, renuncia que describiría como la pérdida del alma. Y predicaría como ideal de la sociedad una libre asociación o hermandad de los individuos sin género alguno de imposición.

¿Qué haría el Estado Mundial con esta forma de libre pensamiento? Podría tolerarlo mientras no se tradujese en una acción individual y asociada; pero en el momento en que se difundiese o tratase de afirmarse prácticamente en la vida, todo el principio del Estado y su existencia se verían atacados y su misma base socavada, minada y en inminente peligro. Detener la destrucción desde su raíz o consentir la subversión serían las dos alternativas que tendría el Poder establecido. Pero aun antes de que se dejase sentir esta necesidad, el principio de regulación total por parte del Estado se habría extendido a la regulación de la vida mental y física del hombre por parte de la mente colectiva, tal como lo quiso el ideal de civilizaciones precedentes. La consecuencia necesaria sería un orden estático de la sociedad, porque sin libertad individual una sociedad no puede ser progresiva. Se ve obligada a fosilizarse en la forma de una perfección regulada, o de algo a lo que da este nombre a causa de la racionalidad del sistema y de la simétrica idea de orden que encarna. La consciencia de la masa colectiva es siempre conservadora y estática y sólo se mueve lentamente, siguiendo el tardío proceso de la subconsciente Naturaleza. El ser consciente y progresivo es el individuo libre: sólo cuando éste es capaz de transmitir a la masa su propia consciencia móvil y creativa se hace posible una sociedad progresiva.

CAPÍTULO XXVIII

DIVERSIDAD EN LA UNIDAD

Es esencial no perder jamás de vista los poderes y realidades fundamentales de la vida, si no queremos vernos traicionados por el dominio caprichoso de la razón lógica y su apego a ideas rigurosas y restrictivas siendo inducidos a experimentos que, aunque sean convenientes en la práctica y cautiven el pensamiento unitario y simétrico, bien pueden destruir el vigor de la vida y empobrecer sus raíces. Porque eso que le resulta perfecto y satisfactorio al sistema de la razón lógica puede, no obstante, ignorar la verdad de la vida y las necesidades vivientes de la raza. La unidad no es una idea en absoluto arbitraria o irreal; porque la unidad es la verdadera base de la existencia. La unidad que yace secretamente en el fundamento de todas las cosas es aquello que el espíritu evolutivo de la Naturaleza está destinado a manifestar conscientemente en la superficie. La evolución procede a través de la diversidad, desde una unidad simple hacia una unidad compleja. La raza avanza hacia la unidad y debe hacerla realidad algún día.

Pero la uniformidad no es la ley de la vida. La vida existe por la diversidad; insiste en que cada grupo, cada individuo, aun siendo uno con todo el resto en su universalidad, sea único gracias a algún principio o a algún ordenado detalle de variación. La ultracentralización, que es la condición de una uniformidad operante, no es un sano método de vida. El orden es ciertamente la ley de la vida, pero no lo es una regulación artificial. El orden sano es el que proviene del interior, como resultado de una naturaleza que se ha descubierto a sí misma, que ha hallado su propia ley y la ley de sus relaciones con otras naturalezas. Por ello, el orden más verdadero es aquel que se funda en el mayor grado de libertad posible; porque la libertad es al mismo tiempo la condición de una vigorosa variación y la condición del descubrimiento de sí mismo. La Naturaleza asegura la variación por medio de la división en grupos e insiste en la libertad fortaleciendo la individualidad de los miembros del grupo. Por ello, la unidad de la raza humana, para ser enteramente saludable y estar en consonancia con las más profundas leyes de la vida, debe fundarse en agrupaciones libres y estos grupos, por su parte, deben ser la asociación natural de individuos libres. Éste es un ideal que, ciertamente, es imposible hacer realidad en las condiciones presentes y quizás incluso en cualquier futuro cercano de la raza humana; pero es un ideal que no debe ser perdido de vista porque, cuanto más nos aproximemos a él, más seguros estaremos de hallarnos en la vía correcta. La artificialidad de la mayor parte de la vida humana es la causa de sus dolencias más profundamente arraigadas: la vida no se es fiel a sí misma ni sincera con la Naturaleza y por ello tropieza y sufre.

La utilidad, la necesidad de las agrupaciones naturales puede constatarse si consideramos el propósito y funcionamiento de uno de los grandes principios de división en la Naturaleza: su insistencia en la diversidad de las lenguas. La búsqueda de un lenguaje común para toda la humanidad fue muy intensa a finales del último siglo y principios del presente, y dio lugar a diversos experimentos, ninguno de cuyos resultados pudo lograr permanencia vital alguna. Ahora bien, sea la que sea la necesidad de un medio común de comunicación para la humanidad y aunque ésta pudiera ser satisfecha generalizando una lengua artificial y convencional o un lenguaje natural -así como el

Latín y más tarde, en cierta medida también, el Francés fueron durante un tiempo la lengua común en las relaciones entre las naciones Europeas, o el Sánscrito entre los pueblos de la India-, toda unificación que destruyese, eclipsase, empequeñeciese o debilitase el uso vasto y libre de las diversas lenguas naturales de la humanidad sería nociva para la vida y el progreso humanos. La leyenda de la Torre de Babel habla de la diversidad de las lenguas como de una maldición para la raza; pero cualesquiera que sean sus desventajas -y éstas tienden a minimizarse cada vez más por el desarrollo de la civilización y de sus relaciones-, supuso más una bendición que una maldición, un don más que una tara impuesta a la humanidad. La exageración sin propósito de algo es siempre un mal, y un exceso de lenguas que no sirven para la expresión de una diversidad real del espíritu y la cultura es ciertamente un obstáculo más que una ayuda: pero este exceso, aunque existió en el pasado⁶⁶, difícilmente supone una posibilidad del futuro. La tendencia es, más bien, en sentido contrario. En tiempos pasados, la diversidad de lenguajes contribuyó a alzar barreras contra el conocimiento y las simpatías; incluso se convirtió a menudo en pretexto de verdadera antipatía y favoreció una división demasiado rígida. La carencia de suficiente interpenetración creó tanto una pasiva falta de entendimiento como una fértil cosecha de activos malentendidos. Pero éste fue el mal inevitable de una etapa particular de desarrollo, la exageración de la necesidad entonces existente de hacer crecer almas grupales fuertemente individualizadas en la raza humana. Estas desventajas todavía no han desaparecido pero, con relaciones más estrechas y el creciente deseo en el hombre y las naciones de conocer el pensamiento y espíritu y personalidad de los demás, se han debilitado y tienden a debilitarse más y más sin que exista razón alguna para que al final no resulten inoperantes.

La diversidad de las lenguas sirve a dos importantes fines del espíritu humano: tiene una utilidad de unificación y una utilidad de variación. Un lenguaje ayuda a reunir a todos aquellos que lo hablan en una gran unidad que favorece el desarrollo del pensamiento, la formación del temperamento, la maduración del espíritu. Es un vínculo intelectual, estético y expresivo que suaviza la división donde la división existe y fortalece la unidad donde la unidad ha sido lograda. Especialmente, proporciona a la unidad nacional o racial consciencia de sí misma y crea el vínculo de una expresión común y de una historia común de realizaciones. Por otra parte, es un medio de diferenciación nacional y quizás el más poderoso de todos; no un mero principio estéril de división, sino un medio de diferenciación fértil y útil. Porque cada lengua es el signo y el poder del alma del pueblo que la habla de forma natural. Cada una desarrolla, por ello, su propio espíritu peculiar, el temperamento de su pensamiento, su forma de abordar la vida, el conocimiento y la experiencia. Si recibe y acoge el pensamiento, la experiencia vital, el impacto espiritual de otras naciones, los transforma en algo nuevo que le es propio y, por este poder de transmutación, enriquece la vida de la humanidad con sus improntas fructíferas en lugar de repetir meramente lo que ya había sido logrado en otro contexto. Por ello a una nación, a un alma grupal humana le resulta de máxima importancia el preservar su lengua y hacer de ella un instrumento cultural vivo y fuerte. Una nación, raza o pueblo que pierde su lengua, no puede vivir enteramente su vida o no puede vivir su vida real. Y esta ventaja para la vida nacional es al mismo tiempo una ventaja para la vida general de la raza humana.

Cuánto llega a perder un grupo humano diferenciado por no poseer una lengua

⁶⁶En la India, los pedantes enumeran no se sabe cuántos cientos de lenguas. Ésta es una afirmación inexacta y estúpida; existen alrededor de una docena de grandes lenguas, el resto son o bien dialectos, o bien supervivencias originales de lenguajes tribales destinadas a desaparecer.

separada y propia o por cambiar su modo natural de autoexpresión por uno ajeno es algo que puede ser contemplado en los ejemplos de las colonias Británicas, los Estados Unidos de América e Irlanda. Las colonias son en realidad pueblos separados en sentido psicológico, aunque no sean todavía naciones separadas. Inglesas en su mayor parte o al menos en gran parte, no son sin embargo réplicas de Inglaterra, sino que gozan ya de un temperamento diferente, una tendencia propia, un carácter especial en formación. Pero esta nueva personalidad sólo puede manifestarse en las partes más externas y mecánicas de su vida e, incluso en ellas, no de un modo fértil y efectivo. Las colonias Británicas no cuentan en la cultura del mundo porque no tienen una cultura nativa, porque por el hecho de su lengua son y deben ser provincias de Inglaterra. Sean las que sean las peculiaridades que pueda desarrollar su vida mental, tienden a crear un tipo de provincialismo y no una vida intelectual, estética, espiritual, que sea central, que les sea propia y que posea una importancia peculiar para la humanidad. Por la misma razón, toda América, a pesar de su ser político y económico poderosamente independiente, ha tendido a ser en el terreno de la cultura una provincia de Europa; el sur y el centro, por su dependencia del Español; el norte por su dependencia de la lengua Inglesa. Sólo la vida de los Estados Unidos tiende a ser, y se esfuerza en ser, una realidad cultural grande y separada, pero su éxito no está a la altura de su poder. Culturalmente, todavía es en gran parte una provincia de Inglaterra. Ni su literatura, a pesar de dos o tres grandes nombres, ni su arte ni su pensamiento ni nada que pertenezca a los niveles superiores de su mente ha logrado llegar a una madurez vigorosa, a un alma-tipo independiente. Y ello porque su instrumento de expresión, la lengua que la mente nacional debe modelar y por la cual debe a su vez dejarse modelar, el factor en el que se ve obligada a hallar su centro y la ley de su desarrollo, fue formado y debe continuar siendo formado por otro país dotado con una mentalidad diversa. En tiempos antiguos, América habría desarrollado y transformado la lengua Inglesa de acuerdo con sus propias necesidades hasta convertirla en una lengua nueva, tal como las naciones medievales hicieron con el Latín, creando de este modo un instrumento de expresión característico; pero en las condiciones modernas esto no es fácil⁶⁷.

Irlanda contaba con su propia lengua cuando poseía una nacionalidad y una cultura propias y libres, y su pérdida fue un perjuicio para la humanidad tanto como para la nación Irlandesa. Porque ¿qué no habría dado al mundo durante todos estos siglos, en condiciones naturales, esta raza Céltica con su fina tendencia psíquica, su rápida inteligencia y su delicada imaginación, que tanto hizo por la cultura y la religión Europeas en sus comienzos? Pero la imposición forzosa de una lengua extranjera y su reducción a provincia dejaron a Irlanda muda y culturalmente estancada durante muchos siglos, una fuerza muerta en la vida de Europa. Tampoco puede considerarse una adecuada compensación por esta pérdida la influencia nimia e indirecta de esta raza en la cultura Inglesa o las pocas contribuciones directas aportadas por Irlandeses dotados, que se vieron forzados a verter su genio natural en un molde de pensamiento extranjero. Incluso cuando Irlanda, en su lucha por la libertad, trataba de recuperar su alma libre y de darle una voz, se vio estorbada por tener que servirse de una lengua que no expresaba de forma natural su espíritu y su inclinación peculiar. Con el tiempo puede superar este obstáculo, hacer de esta lengua la suya, forzarla a convertirse en un medio adecuado a su expresión; pero pasarán muchos años, si es que llega a conseguirlo alguna vez, antes de que pueda hacerlo, antes de que pueda expresarse en esa lengua con la misma riqueza, fuerza y libre

⁶⁷Se afirma que esta evolución independiente tiene lugar ahora en América; tendrá que verse en qué medida se hace una realidad verdaderamente vigorosa. Hasta ahora, ha significado sólo un giro provincial, una especie de dialecto nacional o una rareza llena de vivacidad. Pero, aun en el mejor de los casos, no será más que una especie de dialecto, no una lengua nacional.

individualidad que le habría permitido su lengua Gaélica. Irlanda ha tratado de recuperar este lenguaje, pero los obstáculos naturales han sido y serán siempre, probablemente, demasiado grandes y definitivos para que de semejante esfuerzo pueda resultar un éxito completo.

La India moderna es otro asombroso ejemplo. Nada ha supuesto un obstáculo mayor para el rápido progreso de la India, nada le ha impedido más tenazmente encontrarse a sí misma y desarrollarse de acuerdo con las condiciones modernas, que el largo eclipse de los lenguajes Indios como instrumentos culturales provocado por la lengua Inglesa. Es significativo que la única subnación de la India que desde el principio rechazó someterse a este yugo, que se consagró al desarrollo de su propia lengua e hizo de ella durante mucho tiempo su preocupación principal, que le dedicó sus mentes más originales y sus más vivas energías mientras todo el resto merecía para ella una atención superficial -descuidando el comercio, practicando la política como un pasatiempo intelectual o un ejercicio de oratoria-, esto es, Bengala, fuese la primera en recuperar su alma, en re-espiritualizarse a sí misma, en obligar a todo el mundo a oír hablar de sus grandes personalidades espirituales. Bengala dio el primer poeta Indio moderno y el primer científico Indio de fama y estatura mundiales, devolvió al arte moribundo de la India la vida y el poder, fue la primera en darle de nuevo un peso en la cultura universal y la primera, como recompensa en su vida exterior, que alcanzó una consciencia política vital y un vívido movimiento político cuyo espíritu e ideal central no eran miméticos ni meros sucedáneos⁶⁸. Porque hasta tal punto es importante el lenguaje en la vida de una nación, hasta tal punto enriquece a la humanidad en general, que sus almas grupales deberían preservar y desarrollar y usar con vigorosa individualidad grupal su instrumento natural de expresión.

Un lenguaje común favorece la unidad; por ello, podría decirse, la unidad de la raza humana exige unidad de lenguaje y las ventajas de la diversidad deben ser abandonadas en aras de este bien mayor, por más grave que sea este sacrificio temporal. Pero favorece una unidad real, fructífera, viviente, sólo cuando es la expresión natural de la raza o se ha hecho natural gracias a una larga adaptación y desarrollo desde el interior. La historia de las lenguas universales habladas por pueblos a los que no les resultaban naturales no es estimulante. Siempre han tendido a convertirse en lenguas muertas, esterilizantes mientras conservaban su impronta, fértiles sólo cuando se descomponían y se fragmentaban en nuevos lenguajes derivados o desaparecían dejando que la vieja lengua, donde ésta persistía aún, reviviese tras haber recibido este nuevo sello e influencia. El Latín, pasado su primer siglo de dominio general en Occidente, se convirtió en algo muerto, impotente para la creación, y no generó ninguna cultura nueva o viviente y evolutiva en las naciones que lo hablaban; ni siquiera una fuerza tan importante como la que significó la Cristiandad logró darle una nueva vida. Los tiempos en que sirvió de instrumento al pensamiento Europeo fueron precisamente aquellos en los que el pensamiento fue más pesado, más tradicional y menos fructífero. Sólo pudo brotar una nueva vida, rápida y vigorosa, cuando las lenguas que surgieron del detrito del Latín moribundo, o las viejas lenguas que no se habían perdido, ocuparon su lugar como plenos instrumentos de la cultura nacional. Porque no basta con que la lengua natural sea hablada por el pueblo: debe ser, además, la expresión de su vida y de su pensamiento superiores. Un lenguaje que sobrevive sólo en su forma vulgar o como lengua provincial -tal como el Galés tras la conquista Inglesa o el Bretón y el Provenzal en Francia, tal como el Checo

⁶⁸Ahora, por supuesto, todo ha cambiado y estas aserciones ya no son aplicables al estado actual de cosas en la India.

en Austria o el Ruteno y Lituano en la Rusia imperial- se marchita, se vuelve estéril y no sirve al verdadero propósito de su supervivencia.

La lengua es el signo de la vida cultural de un pueblo, el índice del alma de su pensamiento y de su mente, que está detrás de su alma activa y la enriquece. Por ello, es aquí más que en lo puramente exterior donde el fenómeno y las utilidades de la diversidad pueden captarse más fácilmente; pero estas verdades son importantes porque se aplican igualmente a aquello que la diversidad expresa, simboliza y a lo que sirve de instrumento. La diversidad de lenguaje es valiosa porque la diversidad de las culturas y la diferenciación de las almas grupales es valiosa y porque, sin esta diversidad, la vida no puede expresarse plenamente. Si la diversidad falta, existe el peligro, casi la inevitabilidad de decadencia y estancamiento. La desaparición de la variación nacional para dar lugar a una única unidad humana uniforme -el ideal soñado por el pensador sistemático y que, hemos visto, supone una posibilidad substancial e incluso una probabilidad, si cierta tendencia se hace predominante- podría conducir a la paz política, al bienestar económico, a una perfecta administración, a la solución de cientos de problemas materiales, como lo hizo a escala menor la unificación Romana en los tiempos antiguos; pero ¿qué bien final podría esperarse, si conduce también a la impotencia y esterilización de la mente, al estancamiento del alma de la raza? Al subrayar de este modo la cultura, las realidades de la mente y el espíritu, no se pretende aquí infravalorar el lado exterior y material de la vida; no es en absoluto mi propósito desestimar aquello a lo que la Naturaleza otorga siempre una importancia tan persistente. Por el contrario, lo interior y lo exterior son recíprocamente dependientes. Porque vemos que, en la vida de una nación, un gran periodo de cultura nacional, de vigorosa vida mental y anímica, es siempre parte de un despertar y de un movimiento generales que tiene su contrapartida en la vida exterior, política, económica y práctica de la nación. El progreso cultural provoca o incrementa el progreso material, pero asimismo precisa de este último para poder florecer con entera plenitud y saludable vigor. La paz, el bienestar y el orden estable del mundo humano son cosas eminentemente deseables como base de una gran cultura universal en la que toda la humanidad esté unida; pero a ninguna de estas unidades, la exterior o la interior, debe faltarle un elemento más importante incluso que la paz, el orden y el bienestar: la libertad y el vigor de la vida, que sólo pueden verse garantizados por la variación y por la libertad del grupo y del individuo. Así, pues, el ideal que debemos proponernos y esforzarnos en hacer realidad en el futuro del hombre no es una unidad uniforme, una igualdad mecánica lógicamente simple, científicamente rígida y hermosamente límpida, sino una unidad viviente, llena de sana libertad y de poder de variación.

Pero ¿cómo garantizar el logro de este difícil objetivo? Porque, si una uniformidad y centralización excesivas tienden a hacer desaparecer las variaciones necesarias y las libertades indispensables, una vigorosa diversidad y un fuerte individualismo grupal pueden conducir a una incurable persistencia o a una recurrencia constante del viejo separatismo, que impediría la plenitud de la unidad humana o no le permitiría siquiera establecer raíces firmes. Porque no será suficiente que las divisiones o grupos constitutivos tengan una cierta separación formal en lo administrativo y lo legislativo, como la de los Estados de la unión Americana, si como allí existe libertad sólo en las variaciones mecánicas mientras que todo decidido alejamiento de la norma general, nacido de una variación interna más profunda, es desanimado o prohibido. Tampoco será suficiente fundar una suma de unidad e independencia local según el tipo Germánico; porque ahí la verdadera fuerza decisiva fue un Prusianismo unificador y disciplinado, y la

independencia sobrevivió sólo formalmente. Tampoco el sistema colonial Inglés nos proporciona ninguna sugerencia útil; porque aquí existe una independencia local y cierto vigor de vida separada, pero el cerebro, el corazón y el espíritu central están en el país metropolitano y el resto son sólo, en el mejor de los casos, anexos de la idea Anglo-Sajona⁶⁹. La vida cantonal Suiza no ofrece ninguna fértil similitud porque, aparte de lo exiguo de sus proporciones y estructura, observamos aquí el fenómeno de una vida Suiza única y un solo espíritu práctico dependiendo mentalmente de tres culturas extranjeras que dividen netamente a la raza: una cultura común Suiza es algo que no existe. El problema es más bien -a una escala mayor, más difícil y con complejidades más importantes- el que se le ofreció por un momento al Imperio Británico: cómo, admitiendo que sea posible, fundir Gran Bretaña, Irlanda, las Colonias, Egipto y la India en una unidad real; cómo reunir sus logros en un fondo común, usar sus energías para un fin común, ayudarles a hallar el lugar de su individualidad nacional en la vida supranacional pero conservando esa individualidad -preservando Irlanda el alma y vida y principio cultural Irlandeses; la India, el alma y vida y principio cultural Indios; desarrollando las otras unidades sus propios principios, no unidas en una Anglosajonización común, que era el antiguo ideal imperial, sino juntas por un principio de unión libre, más grande y todavía no inventado-. En ningún momento llegó a sugerirse nada como vía de solución a este problema salvo una especie de sistema de amasijo o de ramillete que unificase los diversos elementos ligándolos no por el tallo viviente de un origen común o de un pasado en común, sino por el cordel artificial de la unidad administrativa, que puede romperse irreparablemente en cualquier momento por la presión de las fuerzas centrífugas.

Pero, al fin y al cabo, podría afirmarse que la unidad es la necesidad primordial y que debería lograrse a cualquier precio, así como se logró la unidad nacional gracias a la demolición de la existencia separada de las unidades locales; después, podría hallarse un nuevo principio de variación grupal distinto del de la unidad-nación. Pero aquí el paralelo se torna ilusorio porque falta un importante factor. Pues la historia del nacimiento de la nación nos muestra la coalescencia de pequeños grupos en una unidad mayor, entre unidades mayores similares. La vieja riqueza de las pequeñas unidades, que dio tan espléndidos resultados culturales en Grecia, Italia y la India -aunque tan insatisfactorios resultados políticos-, se perdió; ahora bien, el principio de vida, vivificado por la diversidad de variaciones, fue preservado de acuerdo con un sistema en el que las naciones constituían las diversas unidades y la vida cultural de un continente era el trasfondo común. Aquí no es posible nada similar. Existiría una sola unidad, la nación mundial; toda otra fuente de diversidad desaparecería. Por ello, la fuente interior ha de ser ciertamente modificada, subordinada de algún modo, pero preservada e incitada a sobrevivir. Podría no ocurrir así; la idea unitaria podría imponerse con fuerza y convertir a las naciones existentes en meras provincias geográficas o departamentos administrativos de un único Estado bien mecanizado. Pero en este caso, la ultrajada necesidad vital se vengaría o bien con el estancamiento, el colapso y una fructífera desintegración que conduciría a nuevas separaciones, o bien por medio de algún principio de rebelión desde el interior. Por ejemplo, pudiese ser que un evangelio Anarquista cobrase fuerza y derribase el orden mundial dando lugar a una nueva creación. La cuestión es saber si existe en alguna parte un principio de unidad en la diversidad que pueda hacer que este método de acción y reacción, creación y destrucción, realización y recaída, sea, si no totalmente evitado, por lo menos mitigado en su acción y reconducido a una operación más serena y armoniosa.

⁶⁹Quizás menos hoy en día que en el pasado, pero el progreso no es mucho mayor.

CAPÍTULO XXIX

LA IDEA DE UNA LIGA DE NACIONES

El único procedimiento que se nos ocurre de inmediato para preservar la necesaria libertad del grupo y al mismo tiempo lograr la unificación de la raza humana es orientar nuestro esfuerzo no a la consecución de un Estado Mundial rígidamente organizado, sino a la de una unión mundial libre, elástica y progresiva. Para hacerlo, debemos disuadir a la tendencia casi inevitable que conduce a la unificación por medios políticos, económicos y administrativos -en una palabra, por la fuerza del mecanismo- a seguir la analogía de la evolución del Estado-nación. Y deberemos estimular y revitalizar esa fuerza de idealismo nacionalista que antes de la guerra parecía a punto de ser sofocada, por un lado, bajo el peso de los crecientes imperios mundiales como Inglaterra, Rusia, Alemania y Francia; por el otro, a causa del progreso del ideal contrario: el internacionalismo, con su desprecio inmenso y devastador hacia las ideas de nación y país, y su denuncia de los males del patriotismo nacionalista. Pero al mismo tiempo, deberemos encontrar un remedio para los sentimientos separativos, hasta ahora incurables, connaturales a esa idea a la que debemos proporcionar una fuerza renovada. ¿Cómo realizar todo esto?

En esta tarea, tenemos a nuestro favor el principio natural de las reacciones de compensación. La ley de acción y reacción, válida incluso en la Ciencia física, es en la acción humana -que siempre depende en gran medida de fuerzas psicológicas- una verdad aun más constante y universal. En la vida, a cada presión de fuerzas activas le corresponde una tendencia reactiva de fuerzas de oposición o de variación que pueden no actuar inmediatamente, pero que acabarán por entrar en juego, o que pueden no actuar con una fuerza plenamente compensatoria, pero que deben hacerlo con cierta fuerza de compensación. Esto es algo que puede considerarse bien fundado en tanto que es no sólo una necesidad filosófica, sino un hecho de experiencia constante. Porque la Naturaleza actúa de acuerdo con un sistema que equilibra la interacción de fuerzas opuestas. Cuando ha insistido durante un tiempo en el predominio de una tendencia contra todas las demás, trata de corregir sus exageraciones resucitando -si muerta- a la tendencia exactamente opuesta, o despertándola de nuevo -si sólo está dormida-, o haciéndola entrar en el terreno de la acción bajo una forma nueva y modificada. Tras una larga insistencia en la centralización, intenta modificarla por medio -cuando menos- de una descentralización subordinada. Tras insistir en más y más uniformidad, pone de nuevo en juego el espíritu de variación multiforme. El resultado no tiene por qué ser un equilibrio entre las dos tendencias; puede ser cualquier tipo de compromiso. O, en lugar de un compromiso, puede ser una fusión de hecho cuyo resultado implique una nueva creación, una mezcla de ambos principios. Podemos esperar de la Naturaleza, pues, que aplique el mismo método a las tendencias de unificación y variación grupal, al tratar con esta gran unidad masiva que es la humanidad. Actualmente, la nación es el fulcro del que la última de estas dos tendencias se ha estado sirviendo para oponerse a la tendencia imperialista de asimilación unificadora. Ahora, la acción de la Naturaleza en la humanidad puede destruir a la unidad-nación tal como destruyó a la tribu y el clan, y desarrollar un nuevo principio de agrupación. Pero también podría preservarla y darle suficiente poder vital y durabilidad como para equilibrar útilmente la tendencia a una fuerza de unificación demasiado pesada. Es esta última posibilidad la que debemos considerar.

Antes de la guerra, las dos fuerzas en acción fueron el imperialismo -de varios colores: el rígido imperialismo de Alemania y el imperialismo más liberal de Inglaterra- y el nacionalismo. Éstas eran la cara y la cruz de un único fenómeno: el aspecto agresivo y expansivo y el aspecto defensivo del egoísmo nacional. Pero, en la tendencia imperialista, este egoísmo tenía la oportunidad de acabar disolviéndose por un exceso de expansión, tal como desapareció la tribu agresiva. La tribu Persa, por ejemplo, se disolvió primero en el imperio y después en la nacionalidad del pueblo Persa; la ciudad-estado desapareció también, primero en el Imperio Romano y después -tanto ésta como la tribu sin esperanza de recuperación- en las naciones que surgieron por fusión a partir de la irrupción de las tribus Germánicas en la decadente unidad Latina. De un modo igual o similar, el agresivo imperialismo nacional, al expandirse por todo el mundo, podría acabar por destruir totalmente a la unidad-nación, tal como la ciudad-estado y la tribu fueron destruidas por la agresiva expansión de unas pocas ciudades-estado y tribus dominantes. La fuerza del nacionalismo defensivo ha reaccionado contra esta tendencia, la ha contenido y ha frustrado constantemente su propósito evolutivo. Pero antes de la guerra, la fuerza separativa del nacionalismo parecía condenada a la impotencia y a la supresión final frente al tremendo poder con el que la ciencia, la organización y la eficiencia habían armado a los Estados gobernantes de los grandes agregados imperiales.

Todos los hechos apuntaban en la misma dirección. Corea había desaparecido en el imperio Japonés naciente en el continente Asiático. El nacionalismo Persa había sucumbido y yacía sofocado bajo un sistema de esferas de influencia que eran, en realidad, un velado protectorado -y toda experiencia muestra que el principio de un protectorado es también el principio del fin de la nación protegida, pues éste no es sino un eufemismo para el proceso de masticación que precede a la deglución-. Tibet y Siam eran tan débiles y su decadencia tan visible que apenas podía esperarse que su inmunidad se prolongase. China había escapado sólo gracias a los celos recíprocos de las Potencias mundiales y a su propio tamaño, que hacía de ella un bocado incómodo de tragar y mucho más incómodo aun de digerir. La partición de toda Asia entre cuatro o cinco grandes imperios, como máximo seis, parecía un final inevitable que nada, salvo una convulsión internacional sin precedentes, podía impedir. La conquista Europea del Norte de África se había completado prácticamente con la desaparición de Marruecos, la confirmación del protectorado Inglés sobre Egipto y el dominio de Trípoli por parte de Italia. Somalia se hallaba en un proceso preliminar de lenta deglución; Abisinia, salvada una vez por Menelik pero desgarrada luego por la discordia interna, fue objeto del sueño resucitado del imperio colonial Italiano. Las repúblicas Boers se habían hundido ante la marea en avance de la agresión imperialista. Todo el resto de África, prácticamente, era la propiedad privada de tres grandes Potencias y dos Potencias menores. En Europa existían aún, sin duda, unas pocas pequeñas naciones independientes, Balcánicas y Teutónicas, y también dos países neutralizados sin ninguna importancia. Pero los Balcanes eran un teatro constante de incertidumbre y perturbación, y los egoísmos nacionales rivales, en el caso de que Turquía fuese expulsada de Europa, sólo podían conducir a la formación de un joven imperio Eslavo, hambriento y ambicioso, bajo el dominio de Serbia o Bulgaria, o bien a la desaparición de los Balcanes bajo la sombra de Austria y Rusia. Los estados Teutónicos eran codiciados por una Alemania expansionista y, si esta Potencia hubiese estado guiada por la diplomacia prudentemente audaz de un nuevo Bismarck -una contingencia en absoluto improbable, si Guillermo II hubiese descendido a la tumba antes de soltar los perros de la guerra-, su absorción podría haberse consumado. Quedaba

América, donde el imperialismo no había surgido todavía aunque estaba emergiendo ya en la forma del Republicanismo Rooseveltiano, y la interferencia en Méjico, titubeante como lo fue, apuntaba sin embargo a la inevitabilidad de un protectorado y a una absorción final de las desordenadas repúblicas Centroamericanas. La unión de Sudamérica se habría convertido entonces en una necesidad defensiva. Sólo el formidable cataclismo de la guerra mundial interfirió en el avance progresivo hacia la división del mundo en menos de una docena de grandes imperios.

La Guerra hizo revivir la idea de la libre nacionalidad con una fuerza asombrosa proyectándola bajo tres formas, cada una con una impronta propia. En primer lugar, en oposición a las ambiciones imperialistas de Alemania en Europa, las naciones aliadas, aunque ellas mismas imperios, se vieron obligadas a apelar a un moderado ideal de libre nacionalidad y a erigirse en sus campeones y protectores. América, más idealista políticamente que Europa, entró en la liza clamando por una liga de naciones libres. Finalmente, el idealismo original de la revolución Rusa arrojó a este nuevo caos creativo un elemento enteramente nuevo: el reconocimiento claro, positivo, sin compromisos, libre de toda reserva diplomática y egoísta, del derecho de todo agregado humano naturalmente diverso de otros agregados a decidir su propio estatuto político y su destino. Estas tres posiciones eran, de hecho, distintas una de otra; pero cada una tiene, en efecto, cierta relación con el futuro verdaderamente posible de la humanidad. La primera se basaba en las condiciones presentes y apuntaba a cierta reorganización práctica de las mismas. La segunda trataba de acelerar, de hacer inmediatamente viable una posibilidad del futuro no del todo remota. La tercera pretendía precipitar por la alquimia de la revolución -porque lo que llamamos revolución es sólo un movimiento rápidamente concentrado de evolución- un resultado todavía remoto que, de acuerdo con el curso ordinario de los acontecimientos, sólo podía hacerse realidad -si llegaba a lograrlo- en un futuro muy distante. Todas ellas deben tomarse en consideración, porque una perspectiva que sólo tenga en cuenta las fuerzas existentes ya manifestadas de las posibilidades aparentemente realizables está condenada al error. Además, la idea Rusa, por su intento mismo de materializarse -aunque éste no haya resultado inmediatamente efectivo-, se ha convertido en una fuerza real que debe ser tenida en cuenta entre aquellas que pueden influir en el futuro de la raza. Una gran idea que lucha por imponerse en el campo de la práctica es un poder que no puede ser olvidado, ni tampoco valorado sólo en función de sus posibilidades aparentes de efectuación inmediata en el momento actual.

La posición asumida por Inglaterra, Francia e Italia, la sección Europea Occidental de los Aliados, contemplaba un reajuste político del mundo, pero no un cambio radical de su orden existente. Es verdad que proclamó el principio de nacionalidades libres; pero en la política internacional, que es todavía un juego de fuerzas e intereses naturales y en el que los ideales son sólo una creación comparativamente reciente de la mente humana, los principios sólo pueden prevalecer en el contexto y en la medida en que son consonantes con los intereses, o en el contexto y medida en que, siendo hostiles a los intereses, se ven ayudados por fuerzas naturales lo bastante poderosas como para vencer a esos intereses opuestos. La aplicación pura de los ideales a la política es todavía un método de acción revolucionario que sólo puede esperarse en crisis excepcionales. El día en que se convierta en una norma de vida, la naturaleza humana y la vida misma se habrán convertido en un fenómeno nuevo, algo casi supraterrrestre y divino. Ese día no ha llegado. Las Potencias Aliadas de Europa eran ellas mismas naciones con un pasado y un futuro imperiales; aunque lo hubiesen querido, no podían sustraerse a ese pasado y a ese

futuro por la fuerza de una mera idea. Su primer interés, y por ello el primer deber de sus estadistas, tiene que ser preservar su propio imperio e incluso, donde esto puede hacerse legítimamente -desde su propia perspectiva-, incrementarlo. El principio de la libre nacionalidad sólo podía ser aplicado por ellos con pureza allí donde sus propios intereses imperiales no se veían afectados, es decir, contra Turquía y las Potencias Centrales. Porque ahí el principio era compatible con sus propios intereses y podía ser sustentado contra los intereses Alemanes, Austriacos o Turcos por las fuerzas naturales de una guerra triunfal cuyo resultado era o podía presentarse como moralmente justificado porque aquélla había sido provocada por las mismas Potencias que habían de sufrir sus consecuencias. Pero no podía aplicarse con pureza allí donde sus propios intereses imperiales se hallaban afectados, porque en este caso se oponía a fuerzas existentes y no había ninguna fuerza suficiente que contraponer a esa oposición. Por ello, aquí, este principio debió ponerse en práctica de una forma mitigada, como una fuerza que moderase la del imperialismo puro. Así aplicado, significaba de hecho, en el mejor de los casos, la concesión de una autonomía interna o *Home Rule* en la proporción, el momento y a través de las etapas que fuesen posibles, viables y aconsejables para los intereses del imperio y de la nación sometida, siempre que éstos pudieran adaptarse entre sí. En otras palabras, el principio debía comprenderse tal como lo comprendería el sentido común del hombre ordinario; no podía entenderse, y nunca lo fue, en el sentido que le daría el idealista puro del tipo Ruso, al que no le importaba nada más que la pureza desnuda de su principio.

¿Cuáles serían, pues, las consecuencias prácticas de este mitigado principio de libre nacionalidad, tal como hubiera sido posible aplicarlo tras una victoria completa de las Potencias Aliadas, sus representantes? En América, no existía campo de aplicación inmediata. En África, no sólo no existen naciones libres sino que, con las solas excepciones de Egipto y Abisinia, no existen naciones propiamente dichas; porque África es la única parte del mundo donde las viejas condiciones tribales han sobrevivido y donde sólo existen pueblos tribales, no naciones en el sentido político de la palabra. Aquí, pues, la victoria completa de los Aliados significaba la partición del continente entre tres imperios coloniales, Italia, Francia e Inglaterra, con la permanencia de los enclaves Belga, Español y Portugués, y la precaria perduración del reino Abisinio. En Asia, significaba la aparición de tres o cuatro nuevas nacionalidades a partir de las ruinas del imperio Turco; pero éstas, por su inmadurez, estaban condenadas a seguir por un tiempo al menos bajo la influencia o protección de una u otra de las grandes Potencias. En Europa, implicaba la mengua de Alemania por la pérdida de Alsacia y Polonia, la desintegración del imperio Austriaco, la devolución de la costa Adriática a Serbia e Italia, la liberación de las naciones Checa y Polaca, cierto reajuste en la Península Balcánica y los países adyacentes. Todo esto, está claro, significa un gran cambio en el mapa del mundo, pero no una transformación radical. La tendencia existente del nacionalismo ganaría cierta extensión por la creación de un número de naciones independientes; la tendencia existente de agregación imperial conseguiría una extensión aun mayor por la expansión del territorio de los imperios vencedores, de su influencia mundial y de sus responsabilidades internacionales.

Sin embargo, no podían dejar de producirse ciertos resultados de gran importancia que finalmente deberán conducir a una unión mundial libre. El más importante de éstos -el resultado de la Revolución Rusa, nacido de la guerra y de su grito de batalla a favor de la nacionalidad libre, pero dependiente del éxito y de la supervivencia del principio

revolucionario- es la desaparición de Rusia como imperio agresivo y su transformación, de agregado imperialista, en un conjunto o federación de repúblicas libres⁷⁰. El segundo es la destrucción del tipo de imperialismo Alemán y la salvación de un número de nacionalidades independientes que estaban bajo su amenaza⁷¹. El tercero es la multiplicación de nacionalidades distintas que exigen el reconocimiento de su existencia separada y una voz legítima en los asuntos mundiales, cosa que refuerza la idea de una unión mundial libre como solución última a los problemas internacionales. El cuarto es el decidido reconocimiento por parte de la nación Británica al principio moderado de libre nacionalidad en la inevitable reorganización del Imperio.

Este último resultado asumió dos formas: el reconocimiento del principio del *Home Rule* en Irlanda y la India, y el reconocimiento del derecho de cada nación constituyente a una voz -que en el marco del *Home Rule*⁷² debe significar una voz libre y paritaria- en los consejos del Imperio. Juntas, estas dos concesiones significarían la conversión final de un imperio fundado sobre el viejo principio del imperialismo nacionalista, representado por el gobierno supremo de una nación predominante, Inglaterra, en una comunidad libre e igualitaria de naciones que gestionarían sus asuntos comunes de acuerdo con una coordinación flexible, buena voluntad recíproca y acuerdo. En otras palabras, este resultado podía significar en última instancia la aplicación, dentro de ciertos límites, del principio mismo sobre el que se fundaría, a una escala más amplia, una unión mundial libre. Mucho trabajo debería realizarse aún, muchas ampliaciones deberían efectuarse, muchas fuerzas contrarias deberían ser superadas, antes de que una mancomunidad semejante pudiera convertirse en un hecho real; pero el que haya tomado una forma inicial, germinal, constituye un acontecimiento notable en la historia del mundo. En cuanto al futuro, persistirían dos cuestiones. ¿Cuál sería el efecto de este experimento sobre el resto de los imperios, adheridos al principio de centralización dominante? Probablemente, si lograrse el éxito, tendría el efecto de conducir a estos imperios, frente al aumento de poderosos movimientos nacionalistas, a adoptar una solución idéntica o similar, tal como adoptaron de Inglaterra con ciertas modificaciones su útil sistema de gobierno Parlamentario para los asuntos de la nación. En segundo lugar, ¿cuál sería la relación entre estos imperios y las muchas naciones o repúblicas no imperiales independientes que existirían en la nueva organización del mundo? ¿Cómo podría defenderse a éstas de nuevos intentos de extender la idea imperial o cómo hacer compatible su existencia, en el consejo internacional, con el poder inmenso y abrumador de los imperios? Es aquí donde intervino la idea Americana de una Liga de Naciones Libres y halló su justificación de principio.

Desafortunadamente, siempre fue difícil saber qué significaba exactamente esta idea en la práctica. Las expresiones de su primer portavoz, el Presidente Wilson, estaban marcadas por un magnífico mas nebuloso idealismo lleno de ideas y frases inspiradas, pero desprovisto de aplicaciones claras y específicas. Para comprender la idea que el

⁷⁰En la práctica, no tan libres bajo el gobierno Bolchevique como en un principio. Sin embargo, el principio aún existe y es susceptible de desarrollo en un futuro más abierto.

⁷¹Desafortunadamente, este resultado parece destinado a desaparecer a causa de la formidable supervivencia de una Alemania militarista bajo el Führer.

⁷²Llamado ahora *Estatuto de Dominio*. Desafortunadamente este reconocimiento no pudo ponerse en práctica en Irlanda más que tras una violenta lucha y se vio deformado por la partición del país. En la India, tras una vehemente resistencia pasiva, acabó por ser reconocido pero de un modo truncado, quedando la concesión plena para un futuro distante. En Egipto, la libertad también exigió una lucha, pero quedó sujeta al control de la alianza Británica. Sin embargo, el principio nacionalista operó en la creación de un Irak libre, la creación de los reinos Árabes y las repúblicas Sirias, la desaparición de la influencia imperialista en Persia y, sobre todo, la institución del *Estatuto de Dominio*, que substituía al Imperio dominante por una comunidad internamente libre de pueblos en un mismo plano de igualdad. Sin embargo, estos resultados, aunque imperfectos, preparaban los grandes logros que ahora vemos consumados como parte de un nuevo mundo de pueblos libres.

Presidente tenía en perspectiva debemos recurrir a la luz de la historia pasada y del temperamento tradicional del pueblo Americano. Los Estados Unidos fueron siempre, en sus sentimientos y principios, pacíficos y no imperialistas; ahora bien, no estaba ausente en ellos un trasfondo de susceptibilidad nacionalista que amenazó recientemente con tomar un giro imperialista y condujo la nación a dos o tres guerras que acabaron en conquistas y cuyos resultados debió entonces conciliar con su pacifismo no imperialista. Se anexionó la Tejas Mejicana por medio de la guerra y la convirtió en un Estado constituyente de la unión, inundándola al mismo tiempo de colonos Americanos. Arrebató Cuba a España; arrebató las Filipinas primero a España y después a los Filipinos insurgentes y, no siendo capaz de inundarlas de colonos, otorgó la independencia a Cuba bajo influencia Americana y prometió a los Filipinos una independencia completa. El idealismo Americano estuvo gobernado siempre por un perspicaz sentido de sus intereses y el más alto de estos intereses es la preservación de la idea política y de la constitución Americanas, que consideran todo imperialismo, Americano o extranjero, un peligro mortal.

En consecuencia, y como resultado de su inevitable fusión con el proyecto mucho más modesto de las Potencias Aliadas, una Liga de Naciones estaba obligada a tener al mismo tiempo un elemento oportunista y un elemento idealista. El elemento oportunista necesariamente debía adoptar, como primera de sus formas, la de la legalización del mapa y la formación política del mundo tal como éstos emergieron de la convulsión de la guerra. Su lado idealista, si se veía apoyado por la influencia Americana en la Liga, favorecería la aplicación cada vez mayor del principio democrático en sus actuaciones y su consecuencia podría ser la creación final de unos Estados Unidos del mundo con un Congreso democrático de las naciones como instrumento de gobierno. La legalización del mapa del mundo tendría el efecto positivo de minimizar las posibilidades de guerra, si una Liga de Naciones real demostrase ser viable y tuviese éxito -cosa que ni siquiera en las mejores condiciones supone un resultado inevitable⁷³-. Pero tendría el efecto negativo de tender a estereotipar un estado de cosas que es en parte artificial, irregular, anómalo y que no es útil sino sólo temporalmente. La ley es necesaria para el orden y la estabilidad, pero se convierte en una fuerza conservadora y obstaculizadora si no está dotada de un mecanismo eficaz para cambiar las leyes tan pronto como las circunstancias y las nuevas necesidades lo hagan deseable. Esto sólo puede ocurrir si un verdadero Parlamento, Congreso o Consejo libre de naciones se convierte en una realidad de hecho. Mientras tanto, ¿cómo contrarrestar la acrecentada fuerza de conservación de los viejos principios y garantizar la evolución hacia el resultado deseado por el ideal democrático Americano? La presencia y la influencia de América en una Liga como ésta no serían suficientes para lograr este propósito; porque América tendría a su lado influencias interesadas en preservar el *statu quo* y aun otras interesadas en propiciar la solución imperialista. Otra fuerza, otra influencia serían necesarias. Es aquí donde el ideal Ruso, si se aplicase verdaderamente y se convirtiese en fuerza, podría intervenir y hallar su justificación. Para nuestro propósito, sería la más interesante e importante de las tres influencias antiimperialistas que la Naturaleza puede arrojar a su gran crisol a fin de remodelar la masa terrestre humana con miras a un objetivo todavía imprevisto.

⁷³La Liga fue formada finalmente sin la participación de América y como instrumento de la diplomacia Europea, lo que era ya de por sí un mal augurio para su futuro.

CAPÍTULO XXX

EL PRINCIPIO DE LIBRE CONFEDERACIÓN

El desarrollo de la idea original Rusa de una confederación de nacionalidades libres y autodeterminadas fue enormemente difícil debido al fenómeno transitorio de una revolución que había tratado, como la revolución Francesa antes que ella, de transformar de un modo súbito y sin etapas intermedias que simplificasen el proceso toda la base no sólo del gobierno, sino de la sociedad; un proceso, además, que tuvo lugar bajo la presión de una guerra desastrosa. Esta doble situación condujo inevitablemente a una anarquía sin paralelo y, de forma incidental, al dominio forzoso de un partido extremista que representaba las ideas de la Revolución en su forma más intransigente y violenta. El despotismo Bolchevique corresponde, en este sentido, al despotismo Jacobino del Reinado del Terror Francés. Este último duró el tiempo suficiente para dar solidez a su obra, que efectuaría de modo violento e irrevocable la transición desde el sistema postfeudal de la sociedad a la primera base burguesa de desarrollo democrático. El despotismo Obrero en Rusia, el gobierno de los Soviets, si consolidaba su poder y duraba lo suficiente, podía impulsar la transición de la sociedad a una segunda y más avanzada base del mismo desarrollo o, incluso, a una etapa ulterior. Pero a nosotros nos preocupa sólo su efecto sobre el ideal de la libre nacionalidad. En este punto, toda Rusia, excepto el pequeño partido reaccionario, estuvo desde el principio de acuerdo; pero el recurso al principio de gobierno por la fuerza aportó un elemento contradictorio que puso en peligro la sana realización de aquel ideal incluso en la misma Rusia y, en consecuencia, debilitó la fuerza que debería de haber tenido en el futuro inmediato de la evolución mundial⁷⁴. Porque el ideal de la libre nacionalidad se funda en un principio moral que pertenece al futuro, mientras que el gobierno de otras naciones por la fuerza pertenece al pasado y al presente, y es radicalmente incompatible con la creación del nuevo orden mundial fundado en la libre elección y el libre estatuto. Por ello, este ideal debe ser considerado en sí mismo, independiente de cualquier aplicación actual, que será necesariamente limitada e imperfecta.

Hasta el presente, la organización política del mundo ha descansado sobre una base casi enteramente física y vital, es decir, geográfica, comercial, política y militar. Tanto la idea de nación como la idea del Estado han sido construidas y han operado a partir de este fundamento. La primera unidad intentada fue la de una unión geográfica, comercial, política y militar y, al establecer esta unidad, el antiguo principio vital de la raza en que reposaban el clan y la tribu fue eliminado en todas partes. Es cierto que la nacionalidad todavía se funda en buena medida en la idea de raza, pero ésta es de naturaleza ficticia. Vela el hecho histórico de una fusión de muchas razas y atribuye un motivo natural a una asociación histórica y geográfica. La nacionalidad se funda en parte en esta asociación y en parte en otras que la acentúan -intereses comunes, comunidad de lenguaje, comunidad de cultura-; unidas, todas éstas han creado una concepción psicológica, una unidad psicológica, que halla expresión en la idea del nacionalismo. Ahora bien, la idea de nación y la idea de Estado no coinciden en todas partes; en la mayoría de los casos, la segunda ha suplantado a la primera y siempre por las mismas

⁷⁴Los Estados que componen la Rusia Soviética gozan de cierta autonomía cultural, lingüística y de otro tipo, pero todo el resto es ilusorio en la medida en que éstos se hallan, de hecho, gobernados por la fuerza de una autocracia altamente centralizada en Moscú.

razones físicas y vitales: razones de necesidad o conveniencia geográfica, política y militar. En el conflicto entre las dos, la fuerza, como en toda lucha física y vital, es siempre el árbitro último. Pero el nuevo principio propuesto⁷⁵, el del derecho de toda agrupación natural que siente su propia separatividad a elegir su estado y sus asociados, elimina totalmente estas razones vitales y físicas, y substituye las pretensiones surgidas de las necesidades políticas y económicas por un principio puramente psicológico de libre voluntad y libre elección. O mejor, las razones físicas y vitales de agrupación se aceptan como válidas cuando reciben la sanción psicológica y se fundan en ella.

De qué modo operan estos dos principios rivales es algo que puede contemplarse en el ejemplo de la misma Rusia, ejemplo que hoy en día goza de un notable protagonismo ante nuestra mirada. Rusia no ha sido nunca un Estado-nación en el puro sentido de la palabra como Francia, España, Italia, Gran Bretaña o la Alemania moderna; ha sido un conjunto de naciones, la Gran Rusia, la Ucrania Rutena, Bielorrusia, Lituania, Polonia, Siberia -todas ellas Eslavas con un toque de sangre Tártara y Alemana-, Curlandia, que es sobre todo Eslava pero en parte Alemana, Finlandia, que no tiene nada en común con el resto de Rusia, y últimamente las naciones Asiáticas del Turquistán, unidas todas ellas por un solo lazo: el cetro del Zar. La única justificación psicológica de semejante unión era la posibilidad de fusión futura en una nación única con la lengua Rusa como instrumento de su cultura, su pensamiento y su gobierno; y era esto lo que el viejo régimen Ruso tenía en perspectiva. El único modo de llevarlo a cabo era por medio de la fuerza gubernamental, la vía tanto tiempo intentada por Inglaterra en Irlanda y por Alemania en la Polonia Germánica y en Lorena. Podría haberse ensayado el método Austriaco de federación empleado con Hungría como segundo asociado, o el de una presión moderada por la tolerancia, por las concesiones y medidas propias de una semiautonomía administrativa, pero su éxito en Austria ha sido escaso. La federación no ha demostrado ser hasta ahora un principio afortunado excepto entre Estados y naciones o subnaciones ya dispuestos a unirse por los lazos de una cultura común, un pasado común o un sentimiento de nacionalidad común ya creado o en proceso de creación. Estas condiciones existieron en los Estados de América y en Alemania, en China y en la India, pero no han existido en Austria ni en Rusia. O bien, si las circunstancias e ideas hubiesen gozado de un grado de madurez suficiente, en lugar de esta tentativa, habría podido ensayarse la creación de una unión libre de naciones con el Zar como símbolo de la idea supranacional y vínculo de su unidad; pero el mundo no estaba todavía preparado para esto. Contra una obstinada resistencia psicológica, los motivos físico y vital de unión sólo pudieron recurrir a la fuerza militar, administrativa y política, que tan a menudo ha triunfado en el pasado. En Rusia, este método habría acabado a la larga, probablemente, por tener éxito en lo que respecta a las partes Eslavas del Imperio. En Finlandia, quizás también en Polonia, habría fracasado probablemente de un modo mucho más irrevocable que el largo reinado de la fuerza en Irlanda; en parte, porque ni siquiera una autocracia Rusa o Alemana puede aplicar de modo tan simple y perfecto los métodos minuciosamente completos y absolutamente brutales y depredatorios de un Cromwell o una Elizabeth⁷⁶; en parte, porque el factor psicológico de resistencia, el nacionalismo, se había hecho demasiado consciente en estos países y capaz de una organizada resistencia pasiva o, por lo menos, de una pasiva fuerza de supervivencia.

⁷⁵Este principio fue reconocido en teoría por los Aliados bajo el nombre de "autodeterminación" pero, innecesario es decirlo, fue descartado tan pronto como la consigna hubo cumplido su cometido.

⁷⁶Esto no puede sostenerse ya tras la resurrección de la bárbara crueldad medieval en la Alemania Nazi, una de las más sorprendentes manifestaciones recientes de la humanidad "moderna". Pero quizás deba considerarse este fenómeno como una recaída temporal, aunque arroja una luz siniestra sobre las más oscuras posibilidades aún existentes de la naturaleza humana.

Pero si la justificación psicológica era insuficiente o estaba sólo en proceso de formación, los argumentos vital y físico en favor de una Rusia estrictamente unida, sin excluir Finlandia, eran abrumadores. La obra de los Pedros y las Catalinas se fundaba en una poderosa necesidad política, militar y económica. Desde el punto de vista político y militar, todas estas naciones Eslavas tenían mucho que perder con la desunión porque, desunidas, cada una de ellas estaba expuesta y exponía a las demás a la opresión de cualquier vecino poderoso: Suecia, Turquía, Polonia mientras fue un Estado hostil y poderoso, Alemania y Austria. La unión de la Ucrania Cosaca con Rusia se llevó a cabo, ciertamente, por acuerdo mutuo como defensa contra Polonia. La misma Polonia, una vez debilitada, habría gozado de una mejor suerte unida a Rusia que desvalida y sola entre tres grandes y poderosos vecinos; su inclusión completa habría sido sin duda para ella una solución mejor que su fatal partición entre tres Potencias hambrientas. Por otra parte, en Rusia la unión creó un Estado tan compacto geográficamente y, sin embargo, de un volumen tan grande, con una población tan numerosa, tan bien defendido por las condiciones naturales y tan rico en recursos potenciales que, si hubiese estado adecuadamente organizado, no sólo podría haber gozado de plena seguridad, sino dominado media Asia -como ya lo hace- y media Europa -como ya una vez estuvo a punto de hacerlo, aun sin la organización y el desarrollo adecuados, cuando intervino como árbitro armado, aquí como libertador, allí como campeón de la opresión, en Austro-Hungría y en los Balcanes-. Incluso la asimilación de Finlandia estaba justificada desde este punto de vista, porque una Finlandia libre dejaba a Rusia geográfica y económicamente incompleta, obstaculizada y limitada por su estrecha salida al Báltico, mientras que una Finlandia dominada por una Suecia fuerte o por una poderosa Alemania habría sido una constante amenaza militar para la capital y el imperio Rusos. La inclusión de Finlandia, por el contrario, daba a Rusia seguridad, comodidad y fuerza en este punto vital. Podría argüirse que tampoco Finlandia perdía con ello porque, independiente, habría sido muy pequeña y débil para mantenerse contra las agresiones imperiales de sus vecinos y debía confiar en el apoyo de Rusia. Todas estas ventajas han sido abolidas, al menos temporalmente, por las fuerzas centrífugas desencadenadas por la Revolución y su principio de libre elección de las nacionalidades.

Es evidente que estos argumentos, fundados como lo están en la necesidad vital y física e indiferentes a la justificación moral y psicológica, podrían ser llevados muy lejos. Justificarían no sólo la pasada dominación Austriaca de Trieste y de sus territorios Eslavos -como justificaron la conquista y dominio de Irlanda por parte de Inglaterra, a pesar de la permanente resistencia del pueblo Irlandés-, sino también, llevados aun un poco más lejos, el modelo Alemán de Pangermanismo e incluso sus más ambiciosas ideas de absorción y expansión. Podrían utilizarse para validar toda expansión imperial de las naciones Europeas, que hoy por hoy carece de cualquier justificación moral y que sólo podría justificarse moralmente en el futuro por la creación de unidades psicológicas supranacionales; porque las razones físicas y vitales no faltan nunca. Incluso podría extenderse la justificación moral -o, por lo menos, la psicológica y la cultural- a la unificación de una cultura y vida Rusas en proceso de formación, tanto como a la pretensión Europea de difundir y universalizar la civilización de Europa por anexión y fuerza gubernamental que, a mayor escala, presenta una cierta analogía moral con el caso anterior. Ésta, a su vez, podría servir para justificar el ideal Alemán de la preguerra: una especie de unificación del mundo bajo la égida del poder y la cultura Germánicos. Pero, aunque sujeta a extensiones abusivas, a la necesidad vital debe permitírsele una palabra en

un mundo dominado aún fundamentalmente por la ley de la fuerza -por más mitigada que ésta se halle en su aplicación- y por las necesidades vital y física, al menos en lo que concierne a unidades geográficas como Rusia, el Reino Unido⁷⁷ e incluso Austria dentro de sus fronteras naturales⁷⁸.

En realidad, el principio Ruso pertenece a un futuro posible en el que los principios moral y psicológico tendrán una posibilidad real de prevalecer y las necesidades vitales y físicas deberán adaptarse a ellos, y no al revés como ocurre ahora. Pertenece a un estado de cosas que sería exactamente lo opuesto al sistema internacional actual. En las condiciones presentes, debe afrontar dificultades que bien podrían resultar insuperables. Los Rusos fueron ridiculizados y aun más vilipendiados por su oferta de una paz democrática, fundada en la libre elección de las naciones, a la autocrática y militarista Alemania, inclinada, como otros imperios, a la expansión por el poder de la diplomacia deshonesto y de la espada. Desde el punto de vista del estadismo práctico, el ridículo estaba justificado; porque la oferta ignoraba los hechos y las fuerzas, y se fundaba en el poder de la idea desnuda y desarmada. Los Rusos, concienzudos idealistas, actuaron en realidad con el mismo espíritu que invadió tiempo atrás a los Franceses en el primer fervor de su entusiasmo revolucionario. Éstos ofrecieron su nuevo principio de libertad y paz democrática al mundo -no, en un principio, a Alemania sola- con la esperanza de que su belleza moral, su verdad y su inspiración harían que fuese aceptada, no por los Gobiernos, sino por los pueblos, que forzarían la acción de los Gobiernos o los derrocarían si se oponían. Como los Revolucionarios Franceses, descubrieron que el nuestro es todavía un mundo en el que los ideales sólo pueden imponerse si tienen una fuerza vital y física preponderante en sus manos o a sus espaldas. Los Jacobinos Franceses con su ideal de nacionalismo unitario fueron capaces de concentrar sus energías e hicieron triunfar a su principio durante un tiempo, por la fuerza de las armas, contra el mundo hostil. Los idealistas Rusos descubrieron, en su intento de hacer realidad su principio, que ese mismo principio era una fuente de debilidad. Se encontraron desvalidos contra el empecinado cinismo Alemán no porque estuviesen desorganizados -porque la Francia revolucionaria también estaba desorganizada y superó la dificultad-, sino porque la disolución de la vieja estructura Rusa, a la que habían consentido, les privaba de los medios de una acción unida y organizada. Sin embargo, su principio, porque era moral, era más avanzado que el nacionalismo agresivo que en el plano internacional constituyó el único resultado de la Revolución Francesa; y tiene un significado mucho más importante para el futuro.

Porque pertenece a un futuro de libre unión mundial en el que precisamente este principio de autodeterminación debe ser o el movimiento preliminar o el principal resultado final; pertenece a un estado de cosas en el que el mundo habrá renunciado a la guerra y a la fuerza como fundamento último de las relaciones nacionales e internacionales, y estará preparado para aceptar el libre acuerdo como sustituto de las mismas. Si la idea pudiera materializarse -aunque lo hiciera sólo dentro de los límites de Rusia⁷⁹- y alcanzar cierto principio de acción común, aun a costa de la fuerza agresiva que sólo una centralización nacional puede proporcionar, ello significaría la aparición de un nuevo poder moral en el mundo. Ciertamente, éste no sería aceptado en todas partes -excepto en el caso de inesperadas revoluciones- sin enormes reservas y modificaciones; pero sería un

⁷⁷Ahora debemos decir Gran Bretaña e Irlanda, porque el Reino Unido ya no existe.

⁷⁸Nótese, desde este punto de vista, los desastrosos resultados económicos de la fragmentación del imperio Austriaco en las pequeñas naciones que han surgido en su lugar.

⁷⁹La idea era sincera en su tiempo, pero ha perdido su significado por el principio de fuerza revolucionaria en la que aún reposa el Sovietismo.

poder en acción cuya tarea sería la de preparar el mundo y, cuando éste estuviese preparado, desarrollaría una función altamente determinante en la organización final de la unidad humana. Ahora bien, incluso si su impulso actual fracasa totalmente, todavía tendrá una función que desarrollar en un futuro mejor preparado.

CAPÍTULO XXXI

LAS CONDICIONES DE UNA UNIÓN MUNDIAL LIBRE

Una unión mundial libre debe ser, en esencia, una unidad compleja basada en la diversidad, y esta diversidad debe fundarse en la libre autodeterminación. Un sistema mecánico unitario consideraría las agrupaciones geográficas humanas como meras conveniencias para la división provincial y la administración, con un espíritu muy semejante a aquel del que la Revolución Francesa hizo gala en la reconstrucción de Francia mostrando un entero desprecio por sus viejas divisiones naturales e históricas. Contemplaría a la humanidad como una sola nación y trataría de borrar totalmente el viejo espíritu nacional separativo; organizaría su sistema, probablemente, por continentes y subdividiría los continentes en cómodas demarcaciones geográficas. Por el contrario, según la concepción diametralmente opuesta de una unión mundial libre, el principio geográfico, físico, de unión estaría subordinado a un principio psicológico; porque su objetivo no sería una división mecánica, sino una vívida diversidad. Si debe garantizarse la consecución de este objetivo, a los pueblos de la humanidad debe permitírseles agruparse de acuerdo con su libre voluntad y sus afinidades naturales. No debería permitirse que ninguna coerción o fuerza obligase a una nación recalcitrante o agrupación de pueblos con marcado carácter propio a entrar en otro sistema, a unirse o a permanecer unida a él en contra de sus deseos por mera conveniencia, por anhelo de extensión territorial, por la necesidad política de otro pueblo o incluso en nombre del bien común. Naciones o países geográficamente muy alejados unos de otros, como Inglaterra y Canadá o Inglaterra y Australia, podrían coalescer. Naciones estrechamente agrupadas en el ámbito local podrían elegir permanecer separadas, como Inglaterra e Irlanda, o Finlandia y Rusia. La unidad sería el principio de vida más importante, pero la libertad sería su piedra angular⁸⁰.

En un mundo edificado sobre la presente base política y comercial, tal sistema de agrupaciones puede presentar a menudo dificultades insuperables o serias desventajas; pero en ese otro orden de cosas, el único que haría posible una unión mundial libre, estas dificultades y desventajas dejarían de operar. La necesidad militar de unión forzosa por razones de defensa o de agresión no existiría, porque la guerra ya no sería posible. La fuerza como árbitro de diferencias internacionales y una unión mundial libre son dos ideas absolutamente incompatibles, y no pueden coexistir en la práctica. La necesidad política también desaparecería; porque ésta reposa en gran parte en ese mismo espíritu de conflicto y en las consiguientes condiciones de vida internacional inseguras, que otorgan el predominio en el mundo a las naciones física y orgánicamente más fuertes, hecho del que surge la necesidad militar. En una unión mundial libre que determinase sus asuntos y resolviese sus diferencias por acuerdo o, donde el acuerdo fallase, por arbitraje, la única ventaja política de agrupar a grandes masas de hombres -de otro modo sin afinidades- en un solo Estado sería la de una mayor influencia derivada de la masa y la población. Pero esta influencia no resultaría eficaz si las naciones fuesen agrupadas en un solo Estado en contra de su voluntad; por el contrario, en tal caso sería más bien una fuente de debilidad

⁸⁰Es necesario un límite razonable a la aplicación de cada principio; de otro modo, absurdos fantásticos e irrealizables acabarían por substituir a la verdad viviente.

y desunión en el terreno de la acción internacional del Estado -a menos, ciertamente, que a éste se le permitiese, en el sistema internacional, ejercer un peso correspondiente a su volumen y a su población sin tener en cuenta la voluntad y opinión de sus pueblos constitutivos-. Así, las poblaciones de Finlandia y Polonia podrían hinchar el número de voces con el que una Rusia unificada contaría en el consejo de las naciones, pero a la voluntad, el sentimiento y las opiniones de los Fineses y Polacos no se les otorgarían medios de expresión en esa unidad mecánica e irreal⁸¹. Ahora bien, tal orden de cosas sería contrario al sentido moderno de justicia y razón e incompatible con el principio de libertad, el único que puede proporcionar una base segura, sana y pacífica a la organización mundial. Así, la abolición de la guerra y la resolución pacífica de las diferencias eliminarían la necesidad militar de uniones forzosas, mientras que el derecho de todo pueblo a una voz y a un estatuto libre en el mundo eliminarían su necesidad y sus ventajas políticas. La eliminación de la guerra y el reconocimiento de iguales derechos para todos los pueblos están íntimamente vinculados uno a otro. Esta interdependencia, admitida por un momento -aunque imperfectamente- durante el conflicto Europeo, deberá ser permanentemente aceptada, si debe lograrse una unificación de la raza.

Resta la cuestión económica. Y éste es el único problema importante de orden vital y físico que podría presentar serias dificultades en este tipo de organización mundial, o el único en el que las ventajas del sistema unitario podrían superar realmente a las de esta unidad más compleja. En ambos casos, sin embargo, la explotación forzosa de una nación por otra -que es una parte tan importante del presente orden económico- debería abolirse necesariamente. Persistiría la posibilidad de una suerte de lucha económica pacífica, tendencias separativas, erección de barreras artificiales -fenómeno que constituye una característica asombrosa y cada vez más marcada de la presente civilización comercial-. Pero es probable que, una vez eliminado el elemento de conflicto en el terreno político, la intensidad del mismo en el terreno económico disminuyese en buena medida. Las ventajas de la autarquía y del predominio, a las que la rivalidad, la lucha política y la posibilidad de relaciones hostiles conceden hoy una enorme importancia, perderían mucho de su rigor, y las ventajas de un intercambio más libre resultarían más claramente visibles. Es obvio, por ejemplo, que una Finlandia independiente sacaría un provecho mayor si estimulase el paso del comercio Ruso a través de los puertos Fineses -o un Trieste Italiano si propiciase el paso del comercio de las actuales provincias Austriacas- que erigiendo barreras entre ella y sus proveedores naturales. A una Irlanda política y administrativamente independiente, capaz de desarrollar su educación técnica y agrícola y de intensificar su productividad, le resultaría más ventajoso compartir el movimiento del comercio de Gran Bretaña que aislarse; del mismo modo, Gran Bretaña sacaría mayor provecho de una Irlanda semejante que conservándola en su estado como una pobre sierva hambrienta. Una vez que la idea y el hecho de la unión se impusiesen de modo definitivo en todo el mundo, resultaría más claramente perceptible la unidad de intereses así como la ventaja superior del acuerdo y la participación común en una vida naturalmente armonizada respecto a la febril prosperidad artificial creada por la insistencia en las barreras separativas. Esta insistencia es inevitable en un orden de lucha y competencia internacional; pero se consideraría perjudicial en un orden de paz y unión que apuntase a una adaptación recíproca. Teniendo por principio el de la resolución de las cuestiones comunes por mutuo acuerdo, una unión mundial libre no podría limitarse únicamente a la eliminación de las diferencias políticas y a la organización de las relaciones políticas: debería extenderse de forma natural, además, al terreno de las

⁸¹La inclusión de la India en la Sociedad de Naciones ha supuesto evidentemente una disposición de este tipo.

diferencias económicas y de las relaciones económicas. A la eliminación de la guerra y al reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos debería añadirse, como tercera condición de una unión libre, la organización por mutuo y común acuerdo de la vida económica del mundo en su nuevo orden.

Queda la cuestión psicológica de la ventaja de todo ello para el alma de la humanidad, para su cultura, para su crecimiento intelectual, moral, estético, espiritual. Actualmente, la primera gran necesidad de la vida psicológica de la humanidad es avanzar hacia una unidad mayor. Ahora bien, su necesidad, lejos de hallarse en los aspectos exteriores de la civilización, en el vestido, las costumbres, los hábitos de vida, los detalles de orden político, social y económico, es la de una unidad viviente; no una uniformidad, que es la unidad hacia la que una era mecánica de civilización ha estado apuntando, sino un libre desarrollo universal con un intercambio constante y cordial, una íntima comprensión, la percepción de una humanidad común, de sus grandes ideales comunes y de las verdades hacia las que camina, una cierta unidad y correlación de esfuerzo en el avance de la raza humana unida. Por el momento, puede parecer que este objetivo se vería mejor servido y propiciado por el modelo de muchas naciones y culturas diferentes viviendo juntas en una unión política Estatal que por su separación política. Temporalmente, tal cosa puede ser verdad hasta cierto punto, pero examinemos cuáles son sus límites.

El viejo argumento psicológico para la anexión forzosa de una nación sometida por parte de un pueblo dominante era el derecho o la ventaja de imponer una civilización superior a una inferior o a una raza bárbara. Así, a los pueblos Galés e Irlandés se les decía que su servidumbre era una gran bendición para sus países, que sus lenguas eran insignificantes dialectos que debían desaparecer tan pronto como fuese posible y que su única vía a la civilización, la cultura y la prosperidad era asumir la lengua Inglesa, las instituciones Inglesas, las ideas Inglesas. El dominio Británico de la India fue justificado por el inapreciable don de la civilización Británica y de los ideales Británicos -para no mencionar el de la única religión verdadera, el Cristianismo- a una nación pagana, semibárbara y sumida en las tinieblas orientales. Todo esto es ahora un mito desacreditado. Podemos ver claramente que la larga supresión del espíritu Céltico y de la cultura Céltica, superior en espiritualidad -si bien inferior en ciertas cuestiones prácticas- a la Latina y a la Teutónica, fue una pérdida no sólo para los pueblos Celtas, sino para el mundo entero. India ha rechazado vehementemente las pretensiones de superioridad de la civilización, cultura y espiritualidad Británicas aun admitiendo no tanto los ideales Británicos, como los modernos ideales y métodos en política y la tendencia a una mayor igualdad social. Y está resultando evidente ahora, incluso para las mentes Europeas mejor informadas, que la Anglización⁸² de la India habría constituido un error no sólo para la India misma, sino para toda la humanidad.

⁸²N.T. traducimos por medio de este poco afortunado neologismo el término de Sri Aurobindo 'Anglicisation'.

Sin embargo, podría argüirse que, si el viejo principio de asociación era erróneo, la asociación como tal conduce en último término a un resultado positivo. Si Irlanda ha perdido en gran medida su vieja lengua nacional y Gales ha dejado de tener una literatura viva, el espíritu Céltico, en compensación, está reviviendo ahora y estampando su sello en la lengua Inglesa, hablada por millones de seres en todo el mundo; y, además, la inclusión de los países Célticos en el imperio Británico puede conducir al desarrollo de una vida y una cultura Anglo-Célticas mejores para el mundo que la evolución separada de los dos elementos. La India, por su posesión parcial de la lengua Inglesa, ha sido capaz de vincularse a la vida del mundo moderno, de remodelar su literatura, vida y cultura de acuerdo con una base más vasta y, ahora que su propio espíritu e ideales resucitan y adquieren nueva forma, está ejerciendo una influencia en el pensamiento de Occidente; por ello, una perpetua unión de los dos países y una constante interacción de sus culturas gracias a esta estrecha asociación resultarían más ventajosas para ellos y para el mundo que su separación cultural y su existencia independiente.

Existe una verdad aparente y provisional en esta idea, pero no es toda la verdad del caso y, si le hemos dado todo su peso, ha sido considerando los argumentos de la solución imperialista o de su línea de progreso en el camino a la unidad. Pero incluso los elementos de verdad que existen en ella sólo pueden ser admitidos siempre y cuando una unión libre e igualitaria substituya a las actuales relaciones, que son anormales, irritantes y mistificadoras. Además, tales ventajas sólo podrían resultar valiosas como etapa hacia una unidad mayor en la que esta estrecha asociación no poseería ya la misma importancia. Porque el fin último es una cultura mundial común en la que cada cultura nacional debería hallarse no inmersa o fundida con cualquier otra cultura diferente a ella en principio o en temperamento, sino desarrollada hasta la plenitud de su poder; podría entonces aprovecharse para tal fin de todas las demás culturas así como proporcionarles sus logros y ofrecerles su influencia, sirviendo todas ellas por su separación e interacción al propósito e idea comunes de la perfección humanas. Ahora bien, este objetivo se vería mejor servido no por la separación y el aislamiento, de los que no habría peligro, sino por una cierta distinción e independencia de vida, una vida que no estuviese subordinada a la fuerza mecanizadora de una unidad artificial. Incluso dentro de la misma nación independiente, resultaría ventajosa la tendencia a una mayor libertad de desarrollo y variación local, una especie de retorno a la intensa vida local y regional de la antigua Grecia, India y de la Italia del medioevo; porque mientras las desventajas de la lucha, la debilidad política y la precariedad de la independencia nacional ya no existirían en un estado de cosas que habría abolido los viejos términos de conflicto físico, podrían recobrase todas las ventajas culturales y psicológicas. Un mundo seguro de su paz y de su libertad podría consagrarse libremente a intensificar sus verdaderos poderes humanos de vida por medio del estímulo y florecimiento plenos de la mente y las capacidades individuales, locales, regionales y nacionales, en la firme estructura de una humanidad unida.

Qué forma concreta puede adoptar esta estructura es algo imposible de predecir y resulta inútil especular sobre ello, pero sí es cierto que algunas ideas ahora corrientes deberán ser modificadas o abandonadas. La idea de un Parlamento mundial resulta atractiva a primera vista, porque la forma parlamentaria es aquella a la que están acostumbradas nuestras mentes. Pero una asamblea del tipo nacional unitario actual no podría ser el instrumento adecuado de una unión mundial libre, vasta y compleja como la descrita; sólo podría ser el instrumento de un Estado Mundial unitario. La idea de una federación mundial -si por ésta se entiende la forma Alemana o Americana- sería

igualmente incompatible con la gran diversidad y libertad de desarrollo nacional que este tipo de unión mundial sostendría como uno de sus principios cardinales. El principio adecuado de esta unidad sería, más bien, cierto tipo de confederación de los pueblos para fines humanos comunes, para la eliminación de todas las causas de lucha y diferencia, para la interrelación y la regulación de la ayuda mutua y el intercambio, pero dejando a cada unidad plena libertad interior y un poder de autodeterminación total.

Pero, puesto que ésta es una unidad mucho más flexible, ¿qué impediría al espíritu de separatividad y a las causas de confrontación y diferencia sobrevivir bajo una forma lo bastante poderosa como para poner en peligro la duración del espíritu de unidad, suponiendo que aquel espíritu y aquellas causas permitiesen a este último alcanzar un estado de realización suficiente? El ideal unitario, por el contrario, intenta eliminar estas tendencias opuestas, aniquilar sus formas e incluso sus raíces y, de este modo, garantiza aparentemente una unión perdurable. Ahora bien, como respuesta podría argüirse que si la unidad se efectúa por medio de ideas e instrumentación políticas bajo la presión del espíritu político y económico, es decir, por la idea y la experiencia de las ventajas materiales, las conveniencias, el bienestar que se deriva de la unificación, tampoco en este caso el sistema unitario vería garantizada su persistencia. Porque, mientras la vida es activa, en la constante mutabilidad de la mente humana y de las circunstancias terrestres son inevitables nuevas ideas y cambios. El deseo reprimido de recobrar el perdido elemento de variabilidad, de separación, de vida independiente, podría servirse de tales cambios e ideas para dar lugar a lo que, entonces, se consideraría una reacción sana y necesaria. La unidad alcanzada, exenta de vitalidad, se disolvería por la presión de la necesidad interior de la vida -como la unidad Romana se disolvió por falta de vitalidad en desvalida respuesta a la presión exterior- y una vez más el egoísmo local, regional, nacional, crearía para sí mismo formas jóvenes y nuevos centros.

Por otro lado, en una unión mundial libre, aunque originalmente surgiese de una base nacional, podría esperarse que la idea nacional experimentase una radical transformación: ésta podría incluso fundirse en una forma e idea nuevas y no tan estrictamente compactas de agregación grupal cuyo espíritu no sería separativo, pero preservaría el elemento de independencia y variación que necesitan tanto el individuo como el grupo para su plena satisfacción y su sana existencia. Además, enfatizando la idea y la base psicológicas tanto como las políticas y las mecánicas, se generaría una forma más libre y menos artificial, y se facilitaría el desarrollo decisivo del cambio intelectual y psicológico necesario; porque sólo un cambio interior semejante podría otorgar a la unificación cierta probabilidad de duración. Este cambio significaría el surgimiento de la idea viva o religión de la humanidad; sólo así podría tener lugar una modificación psicológica de la vida, del sentimiento y las perspectivas, que diese al individuo y al grupo el hábito de vivir en primer lugar y sobre todo en su humanidad común, subyugando su egoísmo individual y grupal sin perder por ello nada de su aptitud individual y colectiva para desarrollar y expresar, cada uno a su modo, la divinidad en el hombre que, una vez la raza gozase de seguridad material, se impondría como el verdadero objetivo de la existencia humana.

CAPÍTULO XXXII

INTERNACIONALISMO

La idea de la humanidad como una sola raza de seres con una vida común y un interés general común está entre los productos más característicos y significativos del pensamiento moderno. Es el fruto de la mente Europea, que, característicamente, procede de la experiencia vital a la idea y sin alcanzar una profundidad mayor retorna de la idea a la vida en un intento de cambiar sus formas exteriores y sus instituciones, su orden y su sistema. En la mentalidad Europea, esta idea ha tomado la forma conocida corrientemente como internacionalismo. El internacionalismo es el intento de la mente y de la vida humanas de superar la idea y la forma nacionales, e incluso, en cierto modo, de destruirlas en interés de una síntesis más vasta de la humanidad. Una idea que proceda de acuerdo con estas líneas necesita siempre asociarse a una fuerza real o a un poder en desarrollo en la vida de la época antes de lograr la capacidad de ejercer una influencia práctica. Pero usualmente, por el contacto con el interés y los prejuicios de su aliado -menos sutil- sufre alguna disminución menor o mayor, incluso cierta deformación, y entra así una vez perdido su carácter puro y absoluto en la primera fase práctica.

La idea del internacionalismo nació del pensamiento del siglo dieciocho y adquirió cierta voz en las primeras etapas idealistas de la Revolución Francesa. Pero en ese tiempo, era más bien un vago sentimiento intelectual y no una idea clara, capaz de vislumbrar su vía hacia el terreno práctico: no halló ninguna fuerza en la vida que le ayudase a tomar un cuerpo visible. Lo que surgió de la Revolución Francesa y de la lucha que creció a su alrededor fue un nacionalismo completo y consciente de sí, no el internacionalismo. Durante el siglo diecinueve vemos a esta importante idea desarrollarse de nuevo en las mentes de los pensadores, a veces bajo una forma modificada, a veces en su puro idealismo, hasta que aliándose con las fuerzas en ascenso del socialismo y el anarquismo adoptó un cuerpo definido y una fuerza vital reconocible. En su forma absoluta, se convirtió en el internacionalismo de los intelectuales, intolerante con el nacionalismo -que le parecía un espíritu estrecho del pasado-, desdeñoso con el patriotismo -un prejuicio irracional, un maligno egoísmo corporativo característico de los intelectos limitados y generador de arrogancia, prejuicios, odio, opresión, división y lucha entre las entidades nacionales, una grosera supervivencia del pasado que el desarrollo de la razón estaba destinado a destruir-. Este internacionalismo se funda en una perspectiva de las cosas que contempla al hombre en su humanidad únicamente y desprecia todos esos accidentes físicos y sociales del nacimiento, el rango, la clase, el color, el credo, la nacionalidad, que han sido erigidos como barreras y murallas detrás de las cuales el hombre se ha escondido de su prójimo, convirtiéndolas en refugios y trincheras contra toda simpatía y desde donde lleva a cabo una guerra de defensa y agresión -una guerra de naciones, guerra de continentes, guerra de clases, guerra de color contra color, de credo contra credo, de cultura contra cultura-. La idea del internacionalismo intelectual busca abolir toda esta barbarie poniendo al hombre frente al hombre sobre la base de su simpatía humana común, sus objetivos comunes, los intereses comunes más elevados del porvenir. Es totalmente futurista en su perspectiva: se aparta de los bienes confusos y oscurecidos del pasado y se vuelve hacia los bienes más puros del futuro, hacia el momento en que el hombre, empezando al fin a ser una entidad verdaderamente inteligente y ética, se liberará

de todas estas fuentes de prejuicio y pasión y males. La humanidad se volverá una en idea y sentimiento, y la vida será conscientemente lo que ya ahora es a pesar de sí misma: una en su condición terrestre y en su destino.

La altura y nobleza de esta idea no pueden ser cuestionadas y, ciertamente, una humanidad que basase su vida en ella crearía una raza mejor, más pura, más pacífica e ilustrada que cualquier cosa que pueda esperarse en el presente. Pero tal y como está constituido el ser humano actualmente, la idea pura, aunque siempre constituye un gran poder, se ve afectada también por una gran debilidad. Una vez nacida, tiene la capacidad irresistible de apoderarse del resto del ser humano y forzarlo finalmente a reconocer su verdad, a intentar darle cuerpo real: ésta es su fuerza. Pero asimismo, porque el hombre actual vive más en su exterior que en su interior, porque está gobernado principalmente por su existencia vital, sus sensaciones, sus sentimientos, su mentalidad corriente más que por su mente superior, y porque en todo ello se siente vivir verdaderamente, ser y existir verdaderamente mientras que el mundo de las ideas le resulta remoto y abstracto y, aunque poderoso e interesante a su modo, no algo realmente vivo, la pura idea no le parece totalmente real en tanto no se ha encarnado en la vida. En esta abstracción y lejanía reside su debilidad.

Este sentimiento de abstracción impone a la idea una prisa indebida por hacerse reconocer por la vida y lograr encarnarse en una forma visible. Si pudiese confiar en su propia fuerza y contentarse con crecer, con insistir, con presionar hasta haber penetrado en el espíritu del hombre, concebiblemente acabaría por convertirse en parte real de su alma, un poder permanente en su psicología, y podría asimismo remodelar la totalidad de su vida de acuerdo con su propia imagen. Pero tiene inevitablemente un deseo de hacerse admitir, tan pronto como sea posible, en una forma de la vida; porque hasta entonces no se siente fuerte y no puede estar totalmente segura de haber demostrado su verdad. Se precipita a la acción antes de poseer el verdadero conocimiento de sí misma y prepara, de este modo, su propia decepción, aunque parezca triunfar y lograr su objetivo. Porque, para conseguir el éxito, se alía con poderes y movimientos impelidos por objetivos distintos del suyo pero que aceptan satisfechos su colaboración para dar fuerza a su propia causa y a sus exigencias. Así, cuando la idea alcanza por fin la realidad, lo hace bajo una forma impura, confusa e ineficaz. La vida la acepta como un hábito parcial, pero no de un modo completo y sincero. Ésta ha sido la historia de una idea tras otra y constituye una razón, al menos, del porqué hay siempre algo de irreal, inconcluso y atormentado en el progreso humano.

Existen muchas condiciones y tendencias en la vida humana actual que son favorables al progreso de la idea internacionalista. La más poderosa de estas fuerzas favorables es la constante aproximación de los vínculos de la vida internacional, la multiplicación de los puntos de contacto y las líneas de comunicación, y una comunidad creciente en el pensamiento, la ciencia y el conocimiento. La ciencia, en especial, ha significado una gran fuerza en esta dirección; porque la ciencia es una realidad común en sus conclusiones a todos los hombres, sus métodos están abiertos a todos, sus resultados son accesibles a todo el mundo. Por su misma naturaleza, es internacional; no puede existir algo semejante a una ciencia nacional, sino sólo las contribuciones nacionales al trabajo y al desarrollo de la ciencia, que es la herencia indivisible de toda la humanidad. Por ello, a los hombres de ciencia o a aquéllos poderosamente influidos por la ciencia les resulta más fácil desarrollar el espíritu internacional, y el mundo está ahora empezando a

sentir la impronta científica y a vivir en ella. La ciencia ha creado también un contacto más estrecho entre todas las partes del mundo, del que está emergiendo una especie de mentalidad internacional. Incluso son corrientes ahora los hábitos cosmopolitas de vida y existe un importante número de personas que son tan ciudadanos del mundo como ciudadanos de su propia nación. El desarrollo del conocimiento está generando el interés de los pueblos por el arte, la cultura, la religión, las ideas de los demás y está demoliendo en muchos puntos los prejuicios, la arrogancia y el exclusivismo del viejo sentimiento nacionalista. La religión debería haber abierto el camino pero, debido a la enorme dependencia de sus aspectos externos y a sus impulsos más irracionales que espirituales, ha sido tanto -o incluso más- un factor de discordia como una maestra de la unidad. No obstante, está empezando a percibir, aunque todavía un poco vaga e ineficazmente, que la espiritualidad es, después de todo, su tarea principal, su verdadero objetivo, y que ésta es además el elemento común y el vínculo común entre todas las religiones. A medida que estas influencias crezcan y cooperen de una forma más y más consciente, puede esperarse que la necesaria modificación psicológica se producirá de una forma serena, gradual, pero irresistible y finalmente con una rapidez creciente, preparando así el cambio real y fundamental en la vida de la humanidad.

Pero éste es, por el momento, un proceso lento. Por su parte, la idea internacionalista, impaciente por cobrar realidad, se alió y casi se identificó con dos movimientos cada vez más poderosos que asumieron un carácter internacional: el Socialismo y el Anarquismo. En efecto, es esta alianza lo que más usualmente recibió el nombre de internacionalismo. Pero este internacionalismo socialista y anarquista ha sido puesto a prueba hace poco -la prueba ardiente de la guerra Europea- y hallado tristemente defectuoso. En cada país, el partido Socialista se desentendió de su promesa internacionalista con la mayor ligereza y desenvoltura, y fue el socialismo Alemán, protagonista de la idea, el que abrió masivamente la marcha en esta formidable abjuración. Es verdad que una pequeña minoría en cada país permaneció heroicamente fiel a sus principios o retornó pronto a ellos y que, a medida que el cansancio general ante la masacre internacional aumentaba, incluso la mayoría mostró un giro sensible en esta dirección; pero esto fue más fruto de las circunstancias que de principio. El socialismo Ruso, podría decirse, al menos en su forma más extrema, ha demostrado que su sentimiento internacionalista está más firmemente arraigado. Pero, en realidad, lo que ha intentado establecer es un gobierno Proletario sobre la base de un nacionalismo purificado, independiente y no agresivo -excepto por motivos revolucionarios-, y no sobre la base de la más amplia idea internacional. En cualquier caso, los resultados reales de la tentativa Rusa muestran sólo, por el momento, un fracaso de la idea para adquirir la fuerza vital y la eficacia que justificarían su inclusión en el ámbito de la vida. Es más posible servirse de éstos como de poderosos argumentos contra el internacionalismo que como justificación de su verdad o, al menos, de su aplicabilidad en la presente etapa del progreso humano.

Pero ¿cuál es la causa de esta bancarrota casi total de la idea internacional ante la difícil prueba de la vida? En parte puede deberse a que el triunfo del socialismo no está necesariamente ligado al progreso del internacionalismo. El socialismo es, en realidad, un intento de completar el desarrollo de la comunidad nacional obligando al individuo a hacer lo que éste no ha hecho nunca: vivir más para la comunidad que para sí mismo. Es un vástago de la idea nacional, no de la internacional. Sin duda, cuando la sociedad de la nación haya sido perfeccionada, la sociedad de las naciones podrá e incluso deberá ser

formada; pero esto no es más que una posibilidad lejana o un resultado final del socialismo, no su primera necesidad vital. En las crisis de la vida, es la primera necesidad vital lo que importa, mientras que el otro elemento, más remoto, se revela como una mera idea todavía no lo suficientemente madura para su materialización; ese otro elemento sólo adquiere poder cuando se convierte, también él, en una necesidad vital o psicológica. La verdad real, la causa real del fracaso estriba en que por el momento el internacionalismo, excepto en el caso de algunos hombres excepcionales, no es nada más que una idea; no es todavía algo próximo a nuestros sentimientos vitales o una parte de nuestra psicología. El socialista o sindicalista corriente no puede escapar al sentimiento humano general y en el instante de la prueba, aun en el caso de confesarse un *sans-patrie* en tiempos ordinarios, revela un corazón y un ser íntimo nacionalistas. Además, como hecho vital, el Socialismo y el Anarquismo han sido una rebelión del Proletariado ayudado por un cierto número de intelectuales contra el orden establecido y, si se han aliado al internacionalismo, ha sido porque éste constituye también una rebelión intelectual y porque su idea les ayuda en la batalla. Si el Proletariado alcanza el poder, ¿mantendrá o abjurará de sus tendencias internacionalistas? La experiencia de los países en los que está o ha estado a la cabeza de los asuntos públicos no proporciona una respuesta estimulante y puede decirse cuando menos que, si llegado ese momento el cambio psicológico en la humanidad no ha sido mucho más profundo de lo que ahora puede percibirse, el Proletariado en el poder abjurará en gran parte, probablemente, del sentimiento internacional y actuará en buena medida de acuerdo con los viejos móviles humanos.

Sin duda, la misma guerra Europea fue una explosión de todo lo que era peligroso y perverso en el nacionalismo triunfante, y la conflagración resultante bien podría haber sido un proceso catártico capaz de consumir muchas de las cosas que debían desaparecer. Ya ha reforzado la idea internacional y la ha impuesto a gobiernos y a pueblos. Pero no podemos confiar demasiado en las ideas y resoluciones formadas en un momento de crisis anormal, bajo la violenta presión de circunstancias excepcionales. Es posible que a la larga se deje sentir algún efecto: un primer reconocimiento de principios más justos en las relaciones internacionales, el intento de un orden internacional mejor, más racional o por lo menos más conveniente. Pero mientras la idea de la humanidad no se haya impuesto en la inteligencia y también en los sentimientos, en las emociones, en las simpatías naturales y los hábitos mentales de los hombres, el progreso se habrá realizado más, probablemente, en los ajustes externos que en las cuestiones vitales, en una instrumentalización del ideal con fines egoístas y viciados que en una realización del ideal general y sincera, inmediata o próxima. Hasta que el corazón del hombre no esté preparado, no podrá producirse un cambio profundo en las condiciones del mundo, o bien se producirá sólo por la fuerza -la fuerza física o la fuerza de las circunstancias-, y esto deja todo el trabajo verdadero por hacer. Así, podría construirse el armazón, pero el alma todavía estaría por desarrollarse en semejante cuerpo mecánico.

CAPÍTULO XXXIII

INTERNACIONALISMO Y UNIDAD HUMANA

La gran necesidad y la gran dificultad, así pues, es apoyar a esta idea de la humanidad -que ya es activa en nuestras mentes y que incluso ha empezado a influir ligeramente desde arriba en nuestras acciones- y convertirla en algo más que una idea, en un motivo central y en una parte integrante de nuestra naturaleza. Hacerla realidad debe transformarse en una necesidad de nuestro ser psicológico, así como la idea de familia o la idea nacional se han convertido en motivos psicológicos, cada una con su necesidad de satisfacción propia. Pero ¿cómo realizarlo? La idea de familia tenía la ventaja de surgir de una necesidad vital primaria de nuestro ser y, por ello, no tuvo la menor dificultad en convertirse en un móvil y una necesidad psicológicos; porque nuestras necesidades psicológicas y nuestros móviles mentales más inmediatos y poderosos son aquellos que surgen de nuestras necesidades e instintos vitales. Las ideas de clan y de tribu tuvieron un origen similar, menos primario y compulsivo y, por ello, más vago y soluble. Sin embargo, nacían de la necesidad vital de agregación propia de la naturaleza humana y hallaron una base bien preparada en el inevitable desarrollo físico de la familia hacia el clan o la tribu. Éstas eran agregaciones naturales, formas evolutivas ya preparadas en el nivel animal.

La idea de nación, por el contrario, no surgió de una necesidad vital primaria, sino de una necesidad secundaria o incluso terciaria que no era el resultado de nada inherente a nuestra naturaleza vital; surgía de las circunstancias, de la evolución ambiental; surgía no de una necesidad vital, sino geográfica e histórica. Y constatamos que debió crearse más a menudo por la fuerza -por la fuerza de las circunstancias, sin duda, pero también por medio de la fuerza física, por el poder del rey y de la tribu conquistadora convertida en un estado militar y dominante-. O, también, nació como reacción contra la fuerza, como rebelión contra la conquista y el dominio que por un proceso lento o repentino habían soldado a pueblos que, aunque geográfica o incluso histórica y culturalmente uno sólo, habían carecido de poder de cohesión y permanecido demasiado conscientes de su heterogeneidad original o de sus divisiones locales, regionales y de otro tipo. Sin embargo, la necesidad existía y la forma nacional, tras muchos fracasos y falsos éxitos, acabó por nacer; y el motivo psicológico del patriotismo, signo del desarrollo de un ego nacional consciente, surgió en ella como expresión de su alma y garantía de su durabilidad. Porque sin esa alma, sin esa fuerza y presencia psicológica en la estructura, no puede existir garantía de persistencia. Sin ella, lo que las circunstancias han creado, las circunstancias pueden fácilmente destruirlo. Es esta razón la que impidió al mundo antiguo crear naciones, excepto a pequeña escala: pequeños clanes y naciones regionales menores de breve duración y, habitualmente, de estructura laxa; creó sólo imperios artificiales que acabaron fragmentándose totalmente y dejando el caos tras de sí.

¿Qué decir, pues, de esta unidad internacional que se halla ahora en los primeros y oscuros dolores del estado prenatal, semejante a un fermento de células que se atrajeren unas a otras para amalgamarse? ¿Cuál es la necesidad que la impele? Si nos fijamos sólo en los aspectos exteriores, la necesidad es mucho menos directa y mucho menos intensa que cualquiera que la haya precedido. No existe aquí ninguna necesidad vital: desde el

punto de vista de la mera existencia, la humanidad como conjunto bien puede prescindir de la unidad internacional. La suya no sería en absoluto una vida colectiva perfecta, racional, ideal, pero al fin y al cabo ¿dónde existe un elemento en la vida o en la sociedad humanas que sea perfecto, racional o ideal? Por el momento, al menos, en ninguna parte. Sin embargo, nos acomodamos de algún modo a la vida porque el hombre vital que existe en nosotros, el elemento dominante en el ámbito de nuestros instintos y nuestras acciones, no se preocupa por estas cosas y está plenamente satisfecho con cualquier forma de vida que sea tolerable o que le resulte temporal o parcialmente agradable; esto es todo aquello a lo que está acostumbrado y, por esta razón, todo lo que considera necesario. Los hombres que no están satisfechos, los pensadores, los idealistas, son siempre una minoría y al final una minoría ineficaz porque, aunque en parte acaben por lograr siempre sus propósitos, su victoria se convierte en derrota: el hombre vital sigue siendo la mayoría y degrada el éxito aparente transformándolo en una miserable parodia de la esperanza racional de aquéllos, de su ideal clarividente o de su firme convicción.

Necesidad geográfica para una unificación de este tipo no existe, a menos que consideremos que se ha creado gracias a la aproximación de la tierra y de sus habitantes operada por la Ciencia, a su mágica disminución de la distancia física y de las barreras. Pero ocurra lo que ocurra en el futuro, esto todavía no es suficiente: la tierra es aún lo bastante grande y sus divisiones son aún lo bastante reales como para prescindir de toda unidad formal. Si existe una necesidad poderosa, ésta puede describirse -si puede aplicarse un epíteto semejante a algo en el presente y el futuro- como una necesidad histórica, es decir, una necesidad que ha surgido como resultado de ciertas circunstancias presentes generadas en la evolución de las relaciones internacionales. Y esta necesidad es económica, política, mecánica; en ciertas circunstancias es capaz de crear una estructura experimental o preliminar pero no puede generar, de buen principio, una realidad psicológica que confiera vida a la estructura. Además, no es todavía lo bastante vital como para ser precisamente una necesidad; se trata esencialmente de la necesidad de alejar ciertos peligros e inconveniencias, como el peligro constante de guerra, y, como máximo, del intenso deseo de una mejor coordinación internacional. Pero por sí mismo, todo esto sólo puede crear la posibilidad -ni siquiera la certeza moral- de un primer bosquejo impreciso y una vaga estructura de unidad que podría, o no, abocar a algo más coherente y real.

Pero existe otro poder, distinto del de las circunstancias exteriores, que debemos tomar en consideración. Porque detrás de todas las circunstancias y necesidades externas que nos resultan más fácilmente perceptibles en la Naturaleza, existe siempre una necesidad interna en el ser, una voluntad y un designio en la misma Naturaleza, que preceden a los signos externos de su desarrollo y que, a pesar de todos los obstáculos y fracasos, acaban inevitablemente por hacerse realidad. Hoy en día, esta verdad puede observarse en toda la Naturaleza, hasta en sus formas ínfimas: una voluntad en la mismísima semilla del ser, no del todo consciente o sólo parcialmente consciente en la forma misma y, sin embargo, presente en la Naturaleza. Es subconsciente, o incluso inconsciente si se quiere, pero es en cualquier caso una voluntad ciega, una idea muda, que contiene de antemano la forma que va a crear, que percibe una necesidad distinta de la del medio, una necesidad contenida en el mismísimo ser, y que crea persistente e inevitablemente la forma que mejor responde a esa necesidad, aunque tratemos de interferir en el proceso o frustrar sus operaciones.

Esto es verdad biológicamente pero también, aunque de un modo más sutil y variable, psicológicamente. Ahora bien, por su misma naturaleza, el hombre es un individuo que por un lado está siempre reafirmando y desarrollando su ser individual hasta donde se lo permite su poder pero que, además, por la Idea o Verdad que existe en él, se ve empujado a unificarse con otros de su especie, a unirse a ellos o a aglutinarlos en torno a sí, a crear grupos, agregados y colectividades humanas. Y si le es posible formar un agregado o colectividad que todavía no existe, podemos estar seguros de que también a éste acabará por crearlo. Esta voluntad suya no es siempre, o no lo es a menudo, totalmente consciente o clarividente; es con frecuencia y en buena medida subconsciente, pero aun así acaba por resultar irresistible. Y si llega a influir su mente consciente, como ha ocurrido ahora con la idea internacional, puede esperarse una evolución más rápida. Semejante voluntad en la Naturaleza crea para sí misma circunstancias y eventos externos favorables o los halla creados por la fuerza de los acontecimientos. Y aunque éstos sean insuficientes, a menudo se sirve de ellos más allá de su aparente poder efectivo y sin preocuparse por la posibilidad de fracaso, porque sabe que al final triunfará y que toda experiencia de fracaso le ayudará a mejorar su éxito final.

Bien, podría decirse entonces, confiemos en esta irresistible voluntad de la Naturaleza y conformémonos con su método operativo. Creemos no importa cómo esta estructura, cualquier estructura posible de agregado; porque ella conoce ya la forma completa que desea y acabará por producirla en su momento por el poder de la idea y de nuestra voluntad de realizarla, con la ayuda de la poderosa fuerza de las circunstancias, de presiones de todo tipo, incluso por medio de la fuerza física, si no cabe otro remedio, puesto que ésta parece formar parte todavía de su necesario mecanismo. Así pues, creémosla. Creemos el cuerpo; el alma crecerá en el cuerpo. Y no debe preocuparnos si la formación corporal es artificial y carece al principio de una realidad psicológica que la anime o posea una muy pequeña. Ésta empezará a formarse en cuanto el cuerpo se haya formado. Porque también la nación se formó al principio más o menos artificialmente a partir de elementos incoherentes, reunidos, en realidad, por la necesidad de una idea subconsciente, aunque en apariencia por la fuerza física y la fuerza de las circunstancias. Así como se formó un ego nacional que se identificó con el cuerpo geográfico de la nación y creó en ésta el instinto psicológico de la unidad nacional y la necesidad de satisfacerlo, se desarrollará un ego colectivo humano en el cuerpo internacional que producirá el instinto psicológico de la unidad humana y la necesidad de satisfacerlo. Ésta será la garantía de su duración. Y siendo el hombre como es, así ocurrirá posiblemente; cierto, si no somos capaces de hacerlo mejor, es así como tendrá lugar, puesto que la unidad debe producirse de algún modo, ya sea del mejor o del peor modo posible.

Llegados a este punto, sería bueno repasar brevemente, a la luz de estas consideraciones, las principales posibilidades y los principales poderes que, en las presentes condiciones mundiales, están dirigiendo nuestra evolución hacia esa meta, la meta de la unidad humana. El viejo método de unificación, es decir, la conquista por parte de una única y gran Potencia que somete a una parte del mundo por la fuerza y reduce el resto de las naciones a la condición de dependencias, protectorados y aliados dependientes, formando así el conjunto la estructura básica de una gran unificación final -tal es el carácter del antiguo precedente Romano-, no parece inmediatamente posible. Requeriría un gran predominio militar en mar y tierra simultáneamente⁸³, una ciencia y organización irresistiblemente superiores y, junto a todo esto, una diplomacia

⁸³Ahora también en el aire.

constantemente coronada por el éxito y una invencible buena suerte. Si la guerra y la diplomacia deben ser todavía factores decisivos en la política internacional del futuro como lo fueron en la del pasado, sería temerario predecir que tal combinación de elementos no pueda producirse y, si otros medios fracasan, deberá producirse; porque nada puede descartarse como imposible entre las posibilidades del futuro y el impulso de la Naturaleza crea siempre sus propios medios. Pero, actualmente, las posibilidades futuras no parecen apuntar en esta dirección. Existe, por el contrario, una considerable posibilidad de que toda la tierra, o por lo menos los tres continentes del hemisferio oriental, sea dominada por tres o cuatro grandes imperios, que ampliarían enormemente la extensión de su dominio, sus esferas de influencia y sus protectorados. Éstos gozarían así de una preeminencia que podrían mantener o bien por medio de acuerdos, evitando así toda causa de conflicto, o bien por una rivalidad que causaría nuevas guerras y cambios. Éste habría sido normalmente el resultado del gran conflicto Europeo.

Pero esta posibilidad se ha visto frenada por un recrudescimiento de la idea de nacionalidad expresada por la nueva fórmula del principio de autodeterminación, al que los grandes imperios mundiales han tenido que rendir homenaje, cuando menos verbal. La idea de unidad internacional a la que apunta esta renovada fuerza de la nacionalidad asume la forma de la así llamada Liga de Naciones. Sin embargo, prácticamente, en las condiciones actuales, la Liga de Naciones o cualquier otra Liga inmediatamente posible significaría el control de la tierra por un pequeño número de grandes Potencias -un control sólo moderado por la necesidad de ganarse la simpatía y el apoyo de las naciones más pequeñas o menos poderosas, pero más numerosas-. La decisión en todos los litigios importantes dependería en la práctica, si no manifiestamente, de la fuerza e influencia de estas pocas Potencias. Y en ausencia de tal fuerza e influencia no habría posibilidad alguna de obligar a una Potencia o combinación de Potencias recalcitrante a acatar las decisiones de la mayoría. El desarrollo de instituciones democráticas ayudaría quizás a minimizar las posibilidades de conflicto y de abuso de poder -aunque esto no es totalmente seguro-, pero no alteraría el carácter real de este sistema.

Nada de esto nos permite abrigar la esperanza inmediata de una forma de unificación tal que diese lugar a un sentimiento psicológico real de unidad, y mucho menos que requiriese su desarrollo. Semejante forma puede producirse, pero deberíamos confiársela al capítulo de accidentes o, en el mejor de los casos, al impulso ya visible de la Naturaleza que se expresa en la idea internacionalista. En este sentido, existió tiempo atrás una posibilidad que pareció desarrollarse repentinamente y transformarse con rapidez en algo más importante: la aparición, en todos los países desarrollados del mundo, de un poderoso partido comprometido con el internacionalismo, consciente de su necesidad como primera condición de todo el resto de sus objetivos y cada vez más determinado a darle prioridad, a unirse internacionalmente con el fin de poder hacerlo realidad. Esta alianza de intelectuales y Proletariado, que creó los partidos Socialistas en Alemania, Rusia y Austria, que recientemente ha dado una nueva forma al partido del Trabajo en Inglaterra y que ha hallado réplicas en la mayoría de los demás países Europeos, parece estar avanzando en esa dirección. Este movimiento de alcance mundial, que hizo del internacionalismo y del gobierno del Proletariado sus dos principios fundamentales, había provocado ya la revolución Rusa y parecía dispuesto a desencadenar otra gran revolución socialista en Europa central. Podía concebirse que este partido se uniera en todas partes. Gracias a una cadena de revoluciones como las que tuvieron lugar en el siglo diecinueve y a una secuencia de procesos menos violentos aunque rápidos,

precipitados por la presión de su ejemplo, o incluso simplemente por el logro de la mayoría en cada país, este partido podría controlar Europa. Podría crear réplicas de sí mismo en todas las repúblicas Americanas y en los países Asiáticos. Podría, usando el mecanismo de la Liga de Naciones, o donde fuese necesario la fuerza física o económica u otro tipo de presión, persuadir u obligar a las naciones a aceptar un sistema más riguroso de unificación internacional. Podría crearse, de este modo, un Estado Mundial o incluso una estrecha confederación de pueblos democráticos con un cuerpo gobernante común para la decisiones de principio y para todos los asuntos de importancia general o, al menos, para todos los asuntos y problemas propiamente internacionales; podrían desarrollarse una ley común de las naciones, unas cortes internacionales que la administrasen y un sistema de control policial internacional para mantener la ley y obligar a su cumplimiento. De este modo, por la victoria general de una idea, socialista u otra, que tratase de organizar la humanidad de acuerdo con su propio modelo o por cualquier otro medio todavía imprevisible, podría llegar a existir una unidad formal suficiente.

Surge así la cuestión de cómo puede crearse una unidad psicológica real a partir de esta unidad puramente formal y de si ésta puede convertirse en una unidad viviente. Porque una mera unión formal, mecánica, administrativa, política y económica, no crea necesariamente una unidad psicológica. Ninguno de los grandes imperios lo ha logrado todavía. Incluso en el imperio Romano, donde se produjo cierto sentimiento de unidad, ésta no fue ni demasiado compacta ni muy viva, no pudo resistir todos los choques desde adentro y desde afuera, y no pudo impedir lo que era aun más peligroso: el riesgo de decadencia y de pérdida de vitalidad, causada por la disminución de los elementos de libre variación y sana competencia. Una unión mundial completa tendría, ciertamente, la ventaja de que no debería temer a las fuerzas exteriores, porque tales fuerzas no existirían ya más. Pero esta misma ausencia de presión exterior bien podría dar una importancia y poder mayores a los elementos internos de desintegración y, más aun, a las posibilidades de decadencia. Ciertamente, durante un largo tiempo esta unión podría favorecer una actividad interna de carácter intelectual y político así como un progreso social que la mantendrían viva; pero este principio de progreso no estaría siempre protegido contra la tendencia natural al agotamiento y el estancamiento, que bien podría verse acelerada por toda disminución de variedad e incluso por la misma satisfacción del bienestar social y económico. Se haría entonces necesario dislocar la unidad para devolver la vida a la humanidad. Por otra parte, mientras el Imperio Romano apeló sólo a la idea de unidad Romana -un principio accidental y artificial-, este Estado Mundial apelaría a la idea de la unidad humana, un principio real y vital. Pero si la idea de unidad puede atraer a la mente humana, también la idea de una vida separada puede hacerlo, pues ambas apelan a los instintos vitales de la naturaleza del hombre. ¿Qué seguridad existiría de que no prevalecería la última cuando el hombre hubiese experimentado la unidad y hallase que acaso sus ventajas no satisfacían a toda su naturaleza? Sólo el desarrollo de un factor psicológico muy poderoso le haría necesaria la unidad, cualesquiera cambios y manipulaciones pudiesen ser deseables para satisfacer al resto de sus necesidades e instintos.

La unificación formal de la humanidad nos llegaría en la forma de un sistema que nacería, crecería y alcanzaría su culminación. Pero todo sistema, por la misma naturaleza de las cosas, tiende a decaer y a morir después de su apogeo. Para impedir que el organismo decaiga y muera debe existir en él una realidad psicológica que persista y sobreviva a todos los cambios de su cuerpo. Las naciones la poseen en la forma de una especie de ego nacional colectivo que perdura a través de todos los cambios vitales. Pero este ego no

existe de ningún modo por sí mismo ni es inmortal, sino que se apoya en ciertas realidades con las que se halla identificado. En primer lugar, está el cuerpo geográfico, el país. En segundo lugar, los intereses comunes de todos los que viven en el mismo país: la defensa, el bienestar económico y el progreso, la libertad política, etc. En tercer lugar, un nombre, un sentimiento, una cultura comunes. Pero debe señalarse que este ego nacional debe su vida a la coalescencia del instinto separativo y del instinto de unidad, porque la nación se siente una en la medida en que se distingue de otras naciones pero, al mismo tiempo, debe su vitalidad al intercambio con esas otras naciones y a la lucha con ellas en todas las actividades de su naturaleza. Ahora bien, todo esto no es suficiente; existe un factor más profundo. Es necesaria una especie de religión del país, un reconocimiento constante, aunque no sea siempre explícito, no sólo de la sacralidad de la madre física, la patria, sino también -por más que obscuramente- de la nación en cuanto que alma colectiva; y el primero de los deberes y necesidades de todo hombre respecto a esta patria será mantenerla viva, defenderla de la aniquilación o del atentado mortal o, en caso de que fuese abatida, observar, esperar y luchar para su liberación y rehabilitación o, si llegase a sufrir una fatal enfermedad espiritual, trabajar siempre para curarla, reanimarla y salvar su vida.

El Estado Mundial ofrecerá a sus habitantes las grandes ventajas de la paz, del bienestar económico, de la seguridad general, le ofrecerá condiciones favorables para el progreso intelectual, cultural y para la actividad social. Ninguna de estas cosas basta para crear el factor necesario. La paz y la seguridad la deseamos todos en el presente porque no las tenemos en suficiente medida; pero debe recordarse que el hombre posee también en sí la necesidad del combate, de la aventura, del esfuerzo, y que casi los exige para su desarrollo y para una vida sana. Este instinto se vería en buena parte suprimido por una paz universal y una monótona seguridad, y podría alzarse victoriosamente contra tal supresión. El bienestar económico por sí mismo no puede satisfacer permanentemente al hombre, y el precio pagado por él podría llegar a ser tan alto como para empobrecer su atractivo y su valor. El instinto humano de libertad, tanto individual como nacional, bien podría resultar una amenaza constante para el Estado Mundial, a menos que éste organizase tan hábilmente su sistema que lograra proporcionarles suficiente campo libre. Una actividad y progreso comunes en el terreno intelectual y cultural pueden hacer mucho, pero no bastan probablemente para dar el ser a ese factor psicológico plenamente poderoso que se requeriría. Y, así, el ego colectivo creado debería confiar únicamente en el instinto de la unidad; porque se hallaría en conflicto con el instinto separativo, que confiere al ego nacional la mitad de su vitalidad.

No es imposible que el factor interior indispensable a esta estructura externa pueda crearse progresivamente, a lo largo del proceso mismo de crecimiento de esta última; pero, en tal caso, ciertos elementos psicológicos deberían estar presentes con gran fuerza. Se requeriría, para dar persistencia al cambio, una religión de la humanidad o un sentimiento equivalente pero mucho más poderoso, más explícito, más consciente de sí, de mensaje más universal que la religión nacionalista del país: sería necesario que el hombre reconociese claramente en todo su pensamiento y su vida que una única alma anima a la humanidad y que cada hombre y cada pueblo son una encarnación y una forma suyas; sería necesario que el hombre se elevase por encima del principio del ego -que vive gracias a la separatividad-, pero sin que ello significase la destrucción de la individualidad, porque sin ella el hombre se estancaría; serían necesarios un principio y una organización de vida comunitaria que diesen libre juego a la variación individual, al

intercambio en la diversidad y a la necesidad de aventura y conquista por la que el alma del hombre vive y crece; serían necesarios, en fin, medios suficientes para expresar toda la vida y crecimiento complejos resultantes de acuerdo con una forma flexible y progresiva de sociedad humana.

CAPÍTULO XXXIV

LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

La religión de la humanidad podría ser un ideal intelectual o sentimental, un dogma viviente con efectos intelectuales, psicológicos y prácticos o una aspiración espiritual y norma de vida, en parte signo y en parte causa de un cambio anímico en la humanidad. La religión intelectual de la humanidad existe ya hasta cierto punto, en parte como un credo consciente en las mentes de unos pocos, en parte como una sombra poderosa en la consciencia de la raza. Es la sombra de un espíritu que no ha nacido todavía, pero que está preparando su nacimiento. Este mundo material nuestro, además de las cosas plenamente encarnadas del presente, está poblado de poderosas sombras semejantes, espectros de cosas muertas y también espíritus de cosas todavía por nacer. Los espectros de cosas muertas son realidades muy molestas que hoy día resultan abundantes: espectros de religiones muertas, artes muertas, morales muertas, teorías políticas muertas, que todavía pretenden conservar sus cuerpos putrefactos o animar parcialmente el cuerpo de las cosas existentes. Repitiendo obstinadamente sus fórmulas sagradas del pasado, hipnotizan a las mentes retrógradas e intimidan incluso al sector progresivo de la humanidad. Sin embargo, existen también esos espíritus nonatos que aún son incapaces de tomar un cuerpo definido pero que ya han nacido en la mente, que existen como influencias perceptibles por la mente humana y a las que ésta responde de un modo irregular y confuso. La religión de la humanidad nació mentalmente en el siglo dieciocho, el *m_nasa putra*⁸⁴ de los pensadores racionalistas, que la propusieron como sustituto del espiritualismo formal del Cristianismo eclesiástico. Trató de encarnarse en el Positivismo, que fue un intento de formular los dogmas de esta religión pero sobre una base demasiado farragosa y severamente racionalista, que la hacía inaceptable incluso para una Edad de la Razón. El humanitarismo ha sido su resultado emocional más importante. La filantropía y otras actividades análogas han sido la expresión externa de sus buenas obras. La democracia, el socialismo, el pacifismo son en buena medida sus subproductos o, por lo menos, deben gran parte de su fuerza a su presencia interior.

La idea fundamental es que la humanidad es la divinidad que debe ser adorada y servida por el hombre y que el respeto, el servicio, el progreso del ser humano y de la vida humana son el deber principal y el principal propósito del espíritu humano. Ningún otro ídolo, ni la nación, ni el Estado, ni la familia, ni nada más, debería ocupar su puesto; éstos son dignos de respeto sólo en la medida en que son imágenes del espíritu humano, consagran su presencia y ayudan a su manifestación. Pero cuando el culto de estos ídolos trata de usurpar el lugar del espíritu y realiza exigencias incompatibles con su servicio, debe ser abandonado. Ninguna interdicción de los viejos credos religiosos, políticos, sociales o culturales, es válida cuando contraviene los derechos del espíritu. Ni siquiera a la ciencia, aunque es uno de los ídolos modernos, deben permitírsele exigencias contrarias al temperamento y propósito éticos del espíritu humano, porque la ciencia es sólo valiosa en la medida en que sirve y ayuda con el conocimiento y el progreso a la religión de la humanidad. La guerra, la pena capital, la destrucción de la vida humana, la crueldad de todo tipo, ya sea cometida por el individuo, por el Estado o por la sociedad -y no sólo la crueldad física, sino también la moral, la degradación de cualquier ser humano o cualquier

⁸⁴“El hijo de la mente”, una idea y expresión propia de la cosmología Puránica India.

clase de seres humanos bajo no importa qué maquillado pretexto o en servicio a qué interés-, la opresión y la explotación del hombre por el hombre, de una clase por otra, de nación por nación, y todos los hábitos de vida e instituciones sociales del mismo género que la religión y la ética toleraron en tiempos pasados o incluso favorecieron en la práctica, digan lo que digan sus reglas o su credo ideal, son crímenes contra la religión de la humanidad, abominables para su mente ética, están prohibidos por sus principios fundamentales, y deben ser siempre combatidos y, jamás, en ningún grado, tolerados. El hombre debe ser sagrado para el hombre independientemente de todas las distinciones de raza, credo, color, nacionalidad, estado, posición política o social. El cuerpo del hombre debe ser respetado, protegido de la violencia y el ultraje, fortalecido por la ciencia contra la enfermedad y contra la muerte evitable. La vida del hombre debe ser tenida por sagrada, debe ser preservada, fortalecida, ennoblecida, elevada. El corazón del hombre también debe ser considerado sagrado, debe dársele libre horizonte, debe ser protegido de toda profanación, aniquilación, mecanización, debe ser redimido de las influencias que lo empobrecen. La mente del hombre debe ser liberada de todo límite, debe ofrecérsele libertad y espacio y oportunidades, deben dársele todos los medios para su educación y su desarrollo, y debe organizarse el juego de sus poderes para el servicio de la humanidad. Y todo ello no debe considerarse un sentimiento pío o abstracto, sino que debe ser reconocido práctica y plenamente en las personas de los hombres, de las naciones y del género humano. Tal es, en sus grandes líneas, la idea y el espíritu de la religión intelectual de la humanidad.

Sólo hay que comparar la vida, el pensamiento y el sentimiento humanos de hace un siglo o dos con la vida, el pensamiento y el sentimiento humanos del periodo de la preguerra para ver qué influencia tan importante ha ejercido esta religión de la humanidad y qué fructífera ha sido su labor. Logró rápidamente muchas cosas que la religión ortodoxa había sido incapaz de realizar concretamente. Y lo hizo, en buena medida, porque actuaba como un solvente crítico e intelectual, como infatigable adversario de aquello que es y como inquebrantable campeón de lo que será, siempre fiel al futuro; mientras que la religión ortodoxa se alió con los poderes del presente, incluso con los del pasado, se encadenó a ellos por su pacto y pudo actuar, en el mejor de los casos, como una fuerza de moderación pero no de reforma. Además, esta religión tiene fe en la humanidad y en su futuro terrestre, y puede por ello servir de ayuda a su progreso en la tierra, mientras que las religiones ortodoxas miraron con ojos de pía y sombría tristeza a la vida terrestre del hombre e invitaron a éste muy expeditamente a soportar con calma y contento, a dar la bienvenida incluso a la dureza, a las crueldades, a las opresiones, a las tribulaciones de esta vida como medio para aprender a apreciar y a merecer la mejor vida que nos será acordada después de ésta. La fe, aun la fe intelectual, debe ser siempre una hacedora de milagros; y, en efecto, esta religión de la humanidad, aun sin haber asumido una forma corpórea ni una apariencia convincente, aun sin medios visibles de manifestación, fue no obstante capaz de efectuar mucho de lo que se había propuesto. Hasta cierto punto, humanizó a la sociedad, humanizó las leyes y las penas, humanizó la imagen del hombre para el hombre, abolió la tortura legalizada y las formas más groseras de esclavitud, levantó a los que estaban deprimidos y abatidos, proporcionó vastas esperanzas a la humanidad, estimuló la filantropía y la caridad y el servicio a la humanidad, animó en todas partes el deseo de libertad, puso un freno a la opresión y minimizó de modo importante sus más brutales expresiones. Casi logró humanizar la guerra y acaso lo habría conseguido plenamente, si no hubiera sido por la tendencia contraria, propia de la Ciencia moderna. Permitió al hombre concebir que un mundo libre de la

guerra era posible aun sin necesidad de esperar al milenio Cristiano. En cualquier caso, se dio un cambio importante: mientras que en tiempos pasados la paz era el raro interludio en una guerra incesante, fue la guerra la que pasó a ser un interludio -todavía demasiado frecuente- en la paz, aunque una paz todavía armada. Puede que éste no sea un gran paso pero es, al fin y al cabo, un paso adelante. Además, proporcionó nuevas concepciones de la dignidad del ser humano y abrió nuevas ideas y perspectivas a su educación, a su desarrollo y potencialidad. Difundió la ilustración, hizo al hombre más sensible a su responsabilidad respecto del progreso y la felicidad de la raza; ensalzó el respeto a uno mismo y elevó las capacidades medias de la humanidad; dio esperanza al siervo, permitió reafirmarse al oprimido e hizo al trabajador, por su calidad de hombre, potencialmente igual al rico y poderoso. Es verdad, si comparamos lo que es con lo que debería ser, el logro real con el ideal, todo esto parece sólo un precario trabajo de preparación. Pero significó un notable avance para un siglo y medio de actividad o poco más, y para un espíritu descarnado que debió actuar a través de los instrumentos que pudo encontrar y que todavía hoy carece de forma, habitación o motor visible que le permitan una acción concentrada. Pero quizás era aquí donde residían su poder y su ventaja; porque ello le salvó de cristalizarse en una forma y petrificarse o, al menos, de perder la mayor libertad y sutileza de su acción.

Sin embargo, para poder hacer realidad todo su futuro, esta idea y religión de la humanidad tiene que hacerse más explícita, insistente e imperativa. Porque, de otro modo, sólo podrá actuar con claridad en las mentes de una minoría, mientras que en la masa será sólo una influencia modificadora, pero no la norma de vida humana. Y mientras sea así, no podrá prevalecer totalmente sobre su principal enemigo. Ese enemigo, el enemigo de toda religión real, es el egoísmo humano, el egoísmo del individuo, el egoísmo de clase, el egoísmo nacional. A éstos podría suavizarlos por un tiempo, atenuarlos, frenar sus expresiones más arrogantes, visibles y brutales; podría obligarles a adoptar instituciones mejores, pero no a ceder su lugar al amor a la humanidad y a reconocer una unidad real entre hombre y hombre. Porque éste debe ser esencialmente el objetivo de la religión de la humanidad, así como debe ser el objetivo terrestre de toda religión humana: el amor, el reconocimiento mutuo de una fraternidad humana, un sentido viviente de la unidad humana y una práctica de la unidad humana en el pensamiento, el sentimiento y la vida; tal es el ideal expresado por primera vez en el antiguo himno Védico⁸⁵, hace miles de años, y debe seguir siendo siempre el mandamiento más elevado impuesto por el Espíritu que existe en nosotros a la vida humana en la tierra. Mientras no se consiga esto, la religión de la humanidad seguirá incompleta. Hecho esto, se habrá realizado el único cambio psicológico necesario sin el que ninguna unidad formal y mecánica, política y administrativa puede ser verdadera y estable. Si se lleva a cabo, la unificación exterior podría incluso no ser indispensable o, si lo fuese, acontecería de forma natural -no como ahora parece probable que ocurra, a través de medios catastróficos, sino por la insistencia de la mente humana-, y su seguridad se vería garantizada por una necesidad esencial de nuestra naturaleza humana perfeccionada y desarrollada .

Pero la cuestión es si una religión puramente intelectual y sentimental de la humanidad será suficiente para producir un cambio tan importante en nuestra psicología. La debilidad de la idea intelectual, incluso cuando se apoya en una apelación a los sentimientos y emociones, consiste en que no alcanza el centro del ser del hombre. El intelecto y los sentimientos son sólo instrumentos del ser y pueden ser instrumentos tanto

⁸⁵Rig Veda, X. 191.

de su forma inferior externa como del hombre interior y superior, pueden ser servidores del ego o canales del alma. El objetivo de la religión de la humanidad se formuló en el siglo dieciocho por una especie de intuición fundamental; este objetivo era y es todavía recrear la sociedad humana de acuerdo con tres ideas estrechamente emparentadas: libertad, igualdad y fraternidad. Ninguna de éstas ha sido conquistada realmente a pesar de todo el progreso realizado. La libertad, tan sonoramente proclamada como uno de los principios esenciales del progreso moderno, es una libertad exterior, mecánica e irreal. La igualdad, que tanto se ha buscado y por la que tanto se ha luchado, es asimismo algo mecánico y exterior, y acabará por revelarse irreal. De la fraternidad no puede decirse siquiera que sea un principio activo del ordenamiento de la vida; y lo que se propone como sustituto es el principio externo y mecánico de asociación igualitaria o, en el mejor de los casos, una camaradería laboral. Esto se debe a que la idea de la humanidad, en una era intelectual, ha sido forzada a enmascarar su verdadero carácter de religión, de realidad anímica y espiritual, y a apelar a la mente vital y física del hombre en lugar de a su ser interior. Ha limitado su esfuerzo al intento de revolucionar las instituciones políticas y sociales, de modificar las ideas y los sentimientos de la mente común de la humanidad a fin de que estas instituciones pudiesen recibir una aplicación práctica; en definitiva, ha actuado mucho más sobre el mecanismo de la vida humana y de la mente externa que sobre el alma de la raza. Se ha esforzado por establecer en igual medida una libertad, igualdad y asistencia mutua, tanto de carácter político, como social y legal.

Pero aunque estos fines son de gran importancia en su propio campo, no constituyen la realidad central; sólo pueden verse garantizados por un cambio de la naturaleza humana interior y de la forma interior de vida. En sí mismos, son importantes sólo en la medida en que contribuyen a proporcionar un horizonte más amplio y un campo más adecuado al progreso del hombre hacia ese cambio interior y, cuando éste ha sido logrado, en la medida en que se convierten en la expresión externa de esa vida interior más vasta. La libertad, la igualdad, la fraternidad son tres divinidades del alma; no pueden ser alcanzadas realmente por medio de los mecanismos externos de la sociedad, ni tampoco por el hombre mientras éste vive sólo en el ego individual y comunitario. Cuando el ego exige libertad, llega al individualismo competitivo. Cuando reivindica la igualdad, llega primero al conflicto, después intenta ignorar las variaciones de la Naturaleza y, como único modo para establecerla con éxito, construye una sociedad artificial y mecánica. Una sociedad que persigue la libertad como su ideal es incapaz de lograr la igualdad; una sociedad que persigue la igualdad se ve obligada a sacrificar la libertad. Para el ego, hablar de fraternidad es hablar de algo contrario a su naturaleza. Todo lo que conoce es una asociación para el logro de fines comunes egoístas y lo máximo que puede llegar a alcanzar es una organización más rigurosa en la distribución del trabajo, la producción, el consumo y el disfrute.

Sin embargo, la fraternidad es la clave real del triple evangelio de la idea de la humanidad. La unión de la libertad y la igualdad sólo puede conseguirse por el poder de la fraternidad humana y no puede fundarse en nada más. Pero la fraternidad sólo existe en el alma y por el alma; no puede existir por nada más. Porque esta fraternidad no tiene nada que ver con el parentesco físico o con la asociación vital o con el acuerdo intelectual. Cuando el alma exige libertad, es la libertad de desarrollarse, de hacer crecer el elemento divino en el hombre y en la totalidad de su ser. Cuando exige igualdad, lo que está pidiendo es una libertad igual para todos y el reconocimiento de la misma alma, la misma divinidad en todos los seres humanos. Cuando busca la fraternidad, funda esta libertad

igualitaria de desarrollo sobre un objetivo común, una vida común, una unidad de mente y sentimiento basada en el reconocimiento de esta unidad espiritual interior. Estas tres cosas son, de hecho, la naturaleza del alma; porque la libertad, la igualdad, la unidad, son tres atributos eternos del Espíritu. Es el reconocimiento práctico de esta verdad, es el despertar del alma en el hombre y el intento de hacerle vivir desde el alma y no desde el ego lo que constituye el significado interior de la religión, y es esto lo que la religión de la humanidad debe igualmente alcanzar antes de poder consumarse en la vida de la raza.

CAPÍTULO XXXV

RESUMEN Y CONCLUSIÓN

En otras palabras -y ésta es la conclusión a la que llegamos-, si bien es posible construir una unidad precaria y totalmente mecánica por medios políticos y administrativos, la unidad de la raza humana, aun siendo alcanzada, sólo puede consolidarse y hacerse real si la religión de la humanidad, que es actualmente el ideal activo más elevado del hombre, se espiritualiza y se convierte en la ley interior general de la vida humana.

La unidad exterior bien puede alcanzarse -y es posible que esto ocurra en un futuro no muy lejano, aunque ello no constituye en absoluto una certeza- porque ése es el fin inevitable de la acción de la Naturaleza en la sociedad humana, que propicia agregaciones cada vez más grandes y no puede dejar de llegar a una agregación total de la humanidad en un sistema internacional más estrecho.

Esta acción de la Naturaleza depende, por lo que respecta a sus medios de realización, de dos fuerzas que se combinan para hacer inevitable la agregación mayor. En primer lugar, existe una aproximación creciente del interés común o, por lo menos, una vinculación e interrelación de intereses en un círculo cada vez más amplio que convierte las viejas divisiones en un obstáculo y una causa de debilidad, de obstrucción y de fricción, y que convierte el conflicto y la colisión resultantes de esta fricción en una calamidad ruinosa para todos, incluso para el vencedor, que se ve obligado a pagar un precio demasiado alto por sus ganancias. E incluso estas esperadas ganancias, a medida que la guerra se torna más compleja y desastrosa, resultan cada vez más difíciles de lograr y su éxito más problemático. Una percepción creciente de esta comunidad o interrelación de intereses y una desgana en aumento para afrontar las consecuencias de la colisión y el ruinoso conflicto deben empujar a los hombres a dar la bienvenida a cualquier medio capaz de mitigar las divisiones que conducen a semejantes desastres. Si la tendencia a atenuar estas divisiones recibe por fin una forma definida, ello será el comienzo del impulso a una unión más y más estrecha. Si la Naturaleza no puede lograr sus fines por estos medios, si la incoherencia es demasiado grande para que triunfe la tendencia a la unificación, aquélla se servirá de otros medios, como la guerra y la conquista, el dominio temporal por parte de un Estado o imperio poderoso, o una amenaza de dominio semejante que obligase a los amenazados a adoptar un sistema de unión más estrecho. Éstos son los medios y la fuerza de la necesidad exterior que la Naturaleza empleó para crear las unidades-nación y los imperios nacionales y, si bien modificados en sus circunstancias y operaciones, son en el fondo los mismos medios y la misma fuerza que está usando ahora para conducir a la humanidad a la unificación internacional.

Pero, en segundo lugar, existe la fuerza de un sentimiento unificador común. Ésta puede actuar de dos formas: puede anteceder al proceso como causa originadora o auxiliar, o puede darse al final como un resultado que cimente la unión. En el primer caso, el sentimiento de una mayor unidad surge entre unidades que estaban previamente divididas y las conduce a buscar una forma de unión; ésta se efectúa entonces principalmente por la fuerza del sentimiento y de la idea, o bien secundariamente por

medio de éstos, que vienen a ayudar a otros acontecimientos y causas de índole más exterior. Podemos observar que en otros tiempos este sentimiento no fue lo suficientemente eficaz -como en el caso de los pequeños clanes o las naciones regionales- y la unidad tuvo entonces que ser generada habitualmente por circunstancias exteriores y, en general, por las más groseras: la guerra y la conquista, el dominio de los más poderosos entre el conjunto de los pueblos beligerantes o contiguos. Pero, posteriormente, la fuerza del sentimiento de unidad, apoyada como lo ha estado por una idea política más clara, ha adquirido mayor eficacia. Los grandes agregados nacionales se han formado por un simple acto de federación o unión, aunque éste debió ser precedido en ocasiones por una lucha en común por la libertad o una unión en la guerra contra un enemigo común. Así se unificaron los Estados Unidos de América, Italia, Alemania y, más pacíficamente, las federaciones Australiana y Sudafricana. Pero en otros casos, especialmente en el caso de los primeros agregados nacionales, el sentimiento de unidad se desarrolló en gran medida o enteramente como resultado de una unión formal, externa o mecánica. Pero en todo caso, ya sea para formar este sentimiento o para garantizar su desarrollo, el factor psicológico es indispensable: sin él no puede existir ninguna unión segura o duradera. Su ausencia, la incapacidad de crear este sentimiento o de hacerlo suficientemente vivo, natural, vigoroso, ha sido la causa de la precariedad de agregados tales como el Austro-Húngaro y del carácter efímero de los imperios del pasado. Y es probable incluso que provoque, a menos que las circunstancias cambien, el colapso o la desintegración de los grandes imperios actuales.

La tendencia de las fuerzas a algún tipo de organización mundial internacional que desemboque finalmente en una posible unificación futura -que sólo ahora está empezando a revelarse en forma de idea o aspiración, aunque las causas que la han hecho inevitable están en acción desde hace tiempo- viene impuesta por las circunstancias exteriores, por la presión de las necesidades y del medio. Al mismo tiempo, apoyado y estimulado por estas circunstancias exteriores, se ha despertado un sentimiento cosmopolita, internacional, algo todavía nebuloso y vagamente ideal, que podría acelerar el proceso de unión formal. En sí mismo, este sentimiento sería un cimiento insuficiente para preservar cualquier unión mecánica que pudiera crearse, porque no le resultaría fácil ser algo tan íntimo y vigoroso como el sentimiento nacional. Lo único que le ayudaría a subsistir sería la conveniencia de la unión. Pero la experiencia del pasado demuestra que la mera necesidad de conveniencia no resulta, al final, lo bastante fuerte como para resistir la presión de las circunstancias desfavorables y la reafirmación de viejas fuerzas centrífugas o el desarrollo efectivo de nuevas fuerzas de disociación. Sin embargo, hallamos en acción una fuerza más poderosa, una especie de religión intelectual de la humanidad -clara en las mentes de una minoría, vagamente percibida en sus efectos y disfraces por la mayoría- que ha contribuido ampliamente a formar las tendencias de la mente moderna y a orientar el desarrollo de sus instituciones. Es esta una fuerza psicológica que tiende a ir más allá de la fórmula nacional y que aspira a substituir la religión del país e incluso, en sus formas más extremas, a destruir totalmente el sentimiento nacional, a abolir sus divisiones y a crear una sola nación de la humanidad.

Podemos decir, así pues, que esta tendencia debe finalmente consumarse por más grandes que sean las dificultades. Y éstas son realmente enormes, mucho mayores que las que acompañaron a la formación nacional. Si el insatisfactorio estado presente de las relaciones internacionales condujese a una serie de cataclismos -ya fuesen vastos y de alcance mundial, como la presente guerra, ya de un alcance más limitado pero mundiales

en su conjunto y que, por la creciente interrelación de intereses, afectasen inevitablemente incluso a aquellos que no cayesen directamente bajo su impacto- la humanidad se vería al final forzada a crear, como medio de autodefensa, un nuevo orden de cosas más estrecha y rigurosamente unificado. Debería elegir entre esta opción y un lento suicidio. Si la razón humana no puede encontrar el camino de salida, la Naturaleza misma suscitará con toda seguridad estos trastornos para alcanzar sus fines. Por esta razón -ya sea pronto o en un futuro lejano, ya sea generada por un sentimiento creciente de unidad, estimulada por el interés y la conveniencia comunes o por la presión evolutiva de las circunstancias-, debemos concluir que una unificación final o, por lo menos, una organización formal de la vida humana en la tierra es prácticamente inevitable, aunque siempre hay lugar para lo imprevisible.

He tratado de demostrar, a partir de la analogía de la evolución pasada de la nación, que esta unificación internacional debe culminar o, por lo menos, es probable que culmine en una de estas dos formas posibles: un Estado Mundial centralizado o una unión mundial flexible, que podría ser una estrecha federación o una simple confederación de los pueblos para los fines comunes de la humanidad. La última de las formas es la más deseable, porque ofrece amplio terreno al principio de variación, tan necesario para el libre juego de la vida y el sano progreso de la raza. El proceso de formación de un Estado Mundial comenzaría por la creación de un cuerpo central que tendría al principio funciones muy limitadas pero que, una vez creado, absorbería necesariamente y de forma gradual los diferentes servicios de un control internacional centralizado del mismo modo que el Estado, primero bajo la forma de la monarquía y después del parlamento, ha ido absorbiendo gradualmente todo el control de la vida nacional hasta tal punto, que nos hallamos ahora cerca de un Estado socialista centralizado que no dejará de regular ningún aspecto de la vida de los individuos. En el Estado Mundial, un proceso similar desembocaría en la absorción y regulación por parte suya de toda la vida de los pueblos; podría acabar incluso en la abolición de la individualidad nacional y en la conversión de las divisiones a las que ésta dio lugar en meras agrupaciones departamentales, provincias y distritos de un Estado común. Este resultado puede parecer ahora un sueño fantástico o una idea inviable; pero en ciertas condiciones, que de ningún modo están más allá del horizonte de las posibilidades últimas, bien puede resultar algo factible y, a partir de cierto punto crítico, inevitable. Un sistema federal, y aun más una confederación, significaría, por otra parte, la preservación de la base nacional y una mayor o menor libertad de la vida nacional pero subordinando los intereses nacionales separados a los más amplios intereses comunes, y la plena libertad separada a las más grandes necesidades internacionales.

Podría preguntarse si las analogías pasadas son una guía segura en un problema tan nuevo y si no podría concebirse algo distinto, algo que derivase más íntima e independientemente de esta cuestión y se adecuase mejor a sus complejidades. Pero la humanidad, aun cuando se enfrenta a problemas nuevos, actúa desde la experiencia pasada y, por ello, a partir de móviles y analogías pasadas. Incluso cuando se adhiere a ideas nuevas, busca en el pasado la forma que habrá de darles. Tras los cambios aparentes de las revoluciones más radicales, vemos a este inevitable principio de continuidad sobrevivir en el corazón del nuevo orden. Además, las alternativas presentadas parecen el único modo de resolver el conflicto entre estas dos fuerzas opuestas ya sea por la desaparición de una de ellas, o sea, del instinto nacional separativo, ya por mutua adaptación. Por otra parte, es bien posible que el pensamiento y la acción humanos tomen una dirección tan nueva que pongan en juego un número de posibilidades imprevistas y

conduzcan a un resultado totalmente distinto. Y uno podría dejar a su imaginación trabajar sobre estas líneas y construir, quizás, una utopía más hermosa. Tales esfuerzos constructivos de la imaginación humana tienen su valor y a menudo un gran valor; pero cualquier especulación de esta clase habría estado evidentemente fuera de lugar en el estudio que he intentado.

Cierto, ninguna de las dos alternativas o de las tres formas consideradas están libres de serias objeciones. Un Estado Mundial centralizado significaría el triunfo de la idea de unidad mecánica o, mejor, de uniformidad. Significaría inevitablemente la indebida depresión de un elemento que le resulta indispensable al vigor de la vida y al progreso humanos: la libre vida del individuo, la libre variación de los pueblos. Si el Estado Mundial se hiciese permanente y consumase todas sus tendencias, ello conduciría a una muerte en vida, al estancamiento o a la insurrección de alguna fuerza o principio nuevo y salvífico, pero revolucionario, que haría añicos toda su estructura. La tendencia mecánica es tal que la razón lógica del hombre, siendo ella misma una máquina precisa, le es fácilmente adicta: sus operaciones son obviamente las más fáciles de controlar y las más accesibles; su plena evolución puede parecerle a la razón deseable, necesaria, inevitable, pero su fin está predestinado. Una vez constituido, un Estado socialista centralizado puede ser una necesidad del futuro, pero la reacción en su contra será igualmente una necesidad final del porvenir. Cuanto más grande sea su presión, más inevitablemente se verá contestado por la difusión del principio espiritual, intelectual, vital y práctico del Anarquismo en rebelión contra esa presión mecánica. Así también, un Estado Mundial mecánico centralizado vería alzarse al final una fuerza similar contra él y bien podría acabar derrumbándose y desintegrándose, incluso si ello significase la necesidad de repetir el ciclo humano para intentar resolver el problema con una mayor fortuna. Aquél sólo podría perdurar si la humanidad aceptase que todo el resto de su vida fuese regulado por él a cambio de paz y estabilidad y, para su libertad individual, se refugiase en la vida del espíritu, como ya ocurrió bajo el Imperio Romano. Pero incluso esto sería sólo una solución temporal. También un sistema federal tendería inevitablemente a establecer un único tipo general de vida, instituciones y actividades humanas; sólo podría permitir un juego de variaciones menores. Pero la necesidad de variación en la Naturaleza viviente no se sentiría siempre satisfecha con una provisión tan escasa. Por otra parte, a una confederación más flexible podría objetársele que estaría más abierta a fuerzas centrífugas, si éstas emergiesen con fuerza renovada. Una confederación flexible no podría ser permanente: debería derivar en una u otra dirección y acabar en una centralización estrecha y rígida, o en una pérdida de la unidad y en la escisión de sus elementos originales.

El requerido poder salvífico es un nuevo factor psicológico que haga necesaria para la humanidad una vida unificada y, al mismo tiempo, la obligue a respetar el principio de libertad. La religión de la humanidad parece ser la única fuerza en desarrollo que tiende en esta dirección, porque favorece el sentimiento de la unidad humana, posee la idea de la raza pero, al mismo tiempo, respeta al individuo humano y al grupo natural humano. Pero su presente forma intelectual apenas parece suficiente. La idea, poderosa en sí misma y en sus efectos, no es todavía lo bastante potente como para modelar la totalidad de la vida según su propia imagen. Porque tiene que hacer demasiadas concesiones al lado egoísta de la naturaleza humana -en el pasado, todo nuestro ser y aún ahora nueve décimas partes del mismo-, con la que su idea fundamental está en conflicto. Por otra parte, porque se apoya principalmente en la razón, se inclina con demasiada

facilidad hacia la solución mecánica. De hecho, la idea racional acaba siempre como cautiva de su maquinaria, se convierte en una esclava de su propio proceso, un proceso que se impone con demasiada fuerza. Una idea nueva, con una tendencia diversa de la de la máquina lógica, se rebela entonces contra ella y destruye la maquinaria, pero sólo para sustituirla finalmente por otro sistema mecánico, otro credo, otra fórmula y otra praxis.

Una religión espiritual de la humanidad es la esperanza del futuro. Por ésta no se entiende lo que habitualmente recibe el nombre de religión universal, un sistema, un credo y una creencia intelectual, un dogma y un rito externo. La humanidad ha intentado la unidad por estos medios, ha fracasado y ha merecido fracasar porque no puede existir un sistema religioso universal de credo mental y forma vital exclusivos. El espíritu interior es ciertamente uno pero, más que ninguna otra, la vida espiritual insiste en la libertad y variación de su expresión y de sus medios de desarrollo. Una religión de la humanidad significa la percepción creciente de que existe un Espíritu secreto, una Realidad divina, en la que todos somos uno, que la humanidad es su vehículo presente más elevado en la tierra, que la raza humana y el ser humano son los medios por los cuales esa Realidad se revelará progresivamente en este plano de la existencia. Esto implica un intento cada vez mayor de vivir este conocimiento e instaurar un reino del Espíritu divino en la tierra. Por el crecimiento de este reino en nuestro interior, la unidad con nuestros prójimos se convertirá en el principio que guíe toda nuestra vida, no meramente un principio de cooperación sino una hermandad más profunda, un sentimiento real, interior, de la unidad e igualdad y de la vida común. El individuo debe llegar a percibir que sólo en la vida de su prójimo se completa su propia vida. La raza debe hacerse consciente de que sólo en la vida libre y plena del individuo puede fundarse su propia perfección y su felicidad permanentes. Debe existir también una disciplina y un camino de salvación acorde con esta religión, es decir, un medio que le permita a cada hombre desarrollarla en su interior de modo que pueda ser manifestada en la vida de la raza. Abordar todo lo que esto implica supondría dar lugar a una temática demasiado amplia para estas páginas; basta señalar que la ruta final discurre en esta dirección. Sin duda, si ésta es sólo una idea como el resto, seguirá el camino de todas las ideas. Pero si es una verdad de nuestro ser, entonces debe ser la verdad hacia la que todo se oriente y en la que deben ser hallados los medios de una unidad humana fundamental, interior, completa y real, que sería la única base segura de una unificación de la vida humana. Una unidad espiritual que crease una unidad psicológica no dependiente de ninguna uniformidad intelectual o externa, que impusiese una unidad de vida no ligada a ningún medio mecánico de unificación y que estuviese siempre dispuesta a enriquecer su sólida unidad por medio de una libre variación interior y de una expresión exterior libremente diversa, tal sería la base de un tipo de existencia humana más elevada.

Si esta consciencia se desarrollase rápidamente en la humanidad, podríamos resolver el problema de la unificación de un modo más profundo y verdadero, desde la verdad interior hacia las formas exteriores. Hasta entonces, el intento de producirla por medios mecánicos debe proseguir. Pero la esperanza más elevada de la humanidad reside en el número cada vez mayor de hombres que se harán conscientes de esta verdad y tratarán de hacerla crecer en sí mismos, de forma que cuando la mente del hombre esté preparada para escapar a su inclinación mecánica -acaso cuando descubra que sus soluciones mecánicas son todas ellas temporales y decepcionantes-, la verdad del Espíritu podrá entrar en juego y conducir a la humanidad por el camino de la felicidad y perfección más elevadas posibles.

POSTSCRIPTUM⁸⁶

En el momento en que la composición de este libro estaba tocando a su fin, la primera tentativa de dar lugar a un vacilante principio de nuevo orden mundial -cosa que tanto los gobiernos como los pueblos habían empezado a contemplar como una necesidad permanente, si debía haber cuando menos un poco de orden en este mundo- era objeto de debate y consideración, pero no había recibido todavía una forma práctica y concreta. Sin embargo, ésta debía llegar y finalmente tuvo lugar un comienzo memorable. Éste asumió el nombre y la apariencia de lo que fue llamado una Sociedad de Naciones. No era algo afortunado en su concepción, inspirado en su formación o destinado a una considerable longevidad o a una carrera colmada de triunfos. Pero el mero hecho de que semejante empresa fuese organizada y puesta en acción, que siguiese su camino durante algún tiempo sin un hundimiento temprano, constituyó en sí mismo un acontecimiento de importancia capital y significó el principio de una nueva era en la historia del mundo. Pero sobre todo, se trataba de una iniciativa que, aun si fracasaba, no podía quedar sin secuela: debía ser emprendida de nuevo hasta que una solución lograrse imponerse para salvaguardar el futuro de la humanidad, no sólo contra el desorden permanente y el peligro letal, sino contra las posibilidades de destrucción que fácilmente podrían preparar el colapso de la civilización y quizás, finalmente, incluso algo que podría describirse como el suicidio de la raza humana. Así, la Sociedad de Naciones desapareció, pero fue reemplazada por la Organización de Naciones Unidas, que ahora está a la vanguardia del mundo y lucha por obtener algún tipo de firme permanencia y de éxito en la empresa magna y ambiciosa de la que depende el futuro del mundo.

Éste es el acontecimiento capital, el resultado crucial y decisivo de las tendencias universales que la Naturaleza ha puesto en movimiento para llegar a su predestinado propósito. A pesar de las insuficiencias constantes del esfuerzo humano y de los tropiezos de su mentalidad, a pesar de las posibilidades adversas que pueden contrariar o retrasar durante algún tiempo el éxito de esta gran aventura, es en este acontecimiento donde se halla la determinación de lo que debe ser. Todas las catástrofes que han acompañado este curso de acontecimientos y que parecen surgir a propósito para frustrar las intenciones de la Naturaleza no han impedido, ni siquiera catástrofes ulteriores lo impedirán, la aparición y el desarrollo triunfantes de un proyecto que se ha convertido en una necesidad para el progreso y, quizás, para la existencia misma de la raza. Dos guerras formidables y devastadoras han barrido el globo y han sido acompañadas o seguidas por revoluciones de importantísimas consecuencias que han alterado el mapa político de la tierra y el equilibrio internacional -en otro tiempo, un equilibrio relativamente estable en los cinco continentes-, y han cambiado todo el futuro. Una tercera guerra, aun más desastrosa, con la posibilidad de que en ella se usen armas y otros medios científicos de destrucción mucho más fatales y de un alcance mucho mayor que cualesquiera inventados hasta ahora -armas cuya proliferación podría destruir a la civilización humana y cuyos efectos provocarían algo semejante a un exterminio a gran escala- amenaza el futuro. Este constante temor gravita sobre la mente de las naciones y las empuja a prepararse aun mejor para la guerra creando una atmósfera de prolongado antagonismo, si no aún de conflicto, que da lugar a lo que se ha llamado “guerra fría” incluso en tiempos de paz. Pero las dos guerras pasadas no han impedido la realización del primer y segundo

⁸⁶N.E. Este *Postscriptum* fue escrito, o mejor dictado, a principios de 1950, menos de un año antes de la partida de Sri Aurobindo.

esfuerzos considerables para poner en marcha un principio de unión y crear en la práctica un organismo concreto, un instrumento organizado con ese objetivo; por el contrario, han precipitado y causado esta nueva creación. La Sociedad de Naciones llegó a la vida como consecuencia directa de la primera guerra; la O.N.U., de modo similar, como consecuencia del segundo conflicto mundial. Si la tercera guerra, que es contemplada por muchos -si no por todos- como algo inevitable, se produce, probablemente precipitará de forma ineluctable un paso más en esta dirección y quizás la consumación de este importante proyecto universal. La Naturaleza se sirve de estos medios, aparentemente peligrosos y opuestos al propósito que persigue, para la realización del mismo. Así como en la práctica de la ciencia espiritual y el arte del Yoga uno debe hacer emerger las posibilidades psicológicas que existen en la naturaleza y obstaculizan el camino de su perfección y realización espiritual con el fin de poder eliminarlas, incluso aquellas posibilidades dormidas que podrían surgir en un futuro para destruir el trabajo realizado, la Naturaleza no actúa de modo diverso con las fuerzas universales que se interponen en su camino: no sólo invoca a aquellas que cooperarán con su intención, sino que hace surgir también, para acabar con ellas, a aquellas otras que reconoce como los obstáculos normales o incluso inevitables y que no pueden dejar de aparecer para tratar de frustrar su voluntad secreta. Este proceso se ha observado a menudo en la historia de la humanidad; puede verse ejemplificado hoy con una potencia enorme, proporcional a la magnitud de lo que debe alcanzarse. Pero estas resistencias siempre acaban por ayudar, con su oposición, mucho más de lo llegan a contravenir la intención de la gran Creadora y de Aquel que la impulsa.

Así, podemos contemplar con legítimo optimismo lo que se ha conseguido hasta ahora y las perspectivas de otros logros futuros. Este optimismo, sin embargo, no debe cegarnos frente a los aspectos indeseables, las peligrosas tendencias y las posibilidades de serias interrupciones en la obra; tampoco frente a los desórdenes en el mundo humano que podrían pervertir la labor realizada. Por lo que respecta a las condiciones reales del momento, puede incluso admitirse que la mayoría de los hombres contemplan hoy en día con insatisfacción los defectos de la O.N.U., sus torpezas y las malas voluntades que ponen en peligro su existencia; muchos sienten un pesimismo creciente y observan con grandes dudas la posibilidad de su éxito final. Es innecesario y poco sabio compartir este pesimismo; porque semejante actitud psicológica tiende a provocar, a hacer posibles los resultados que predice y que no eran en absoluto inevitables. Pero a la vez, no debemos ignorar el peligro. Los líderes de las naciones, que tienen voluntad de éxito y a los que la posteridad considerará responsables de cualquier fracaso evitable, deben estar en guardia contra cualquier política insabida o contra errores fatales. Las deficiencias que existen en la organización o en su constitución deben ser rápidamente remediadas, o lenta y cuidadosamente eliminadas: si existen obstinadas oposiciones a cambios necesarios, deben ser superadas de algún modo o soslayadas sin destruir la institución; el progreso hacia su perfección, aunque no pueda ser realizado rápida o fácilmente, ha de ser emprendido y la frustración de la esperanza que el mundo ha puesto en ella debe ser impedida a toda costa. No existe otra vía para la humanidad más que ésta, a menos, ciertamente, que un camino mayor le sea abierto por el Poder que la guía gracias a un giro, a un cambio liberador en la voluntad o la naturaleza humanas, o a un repentino progreso evolutivo, un salto impredecible, que haría posible una solución distinta y más grande para nuestro destino humano.

Aunque en la primera idea y forma del inicio de una unión mundial, que tomó la

aparición de una Sociedad de Naciones, hubo errores estructurales como la insistencia en la unanimidad -que tendía a esterilizar, a limitar u obstruir la acción práctica y la eficacia de la Sociedad-, el defecto principal era inherente a su concepción y a su constitución general y esto, por su parte, era consecuencia natural de la condición del mundo en ese tiempo. La Sociedad de Naciones fue, de hecho, una oligarquía de grandes Potencias, cada una con un cortejo de pequeños Estados tras ella y sirviéndose del cuerpo general, en la medida de lo posible, para favorecer su propia política mucho más que el interés general y el bien del mundo en su totalidad. Este carácter se puso de manifiesto sobre todo en la esfera política, y las maniobras y desacuerdos, los acomodados y compromisos inevitables en este estado de cosas, no contribuyeron a que la acción de la Sociedad fuese benéfica o eficaz, tal como era su propósito. La ausencia de América y la postura de Rusia habían contribuido a hacer del fracaso final de esta primera aventura una consecuencia natural, aunque no ciertamente inevitable. En la constitución de la O.N.U. se intentó, en principio al menos, escapar a estos errores; pero esta tentativa no fue profunda y rigurosa, y en absoluto afortunada. Un poderoso elemento superviviente de oligarquía habría de manifestarse en el lugar preponderante que se asignó a las cinco grandes Potencias en el Consejo de Seguridad, elemento que fue confirmado por el mecanismo del veto. Éstas fueron concesiones al sentido del realismo, a la necesidad de reconocer el estado real de cosas y los resultados de la segunda gran guerra y, quizás, no hubieran podido ser evitados; pero han contribuido más a crear problemas, a estorbar la acción y disminuir el éxito de la nueva institución que ninguna otra cosa en el curso de su constitución, o incluso que el modo de acción impuesto por la situación mundial o por las dificultades propias de una labor combinada inherentes a su misma estructura. Un esfuerzo demasiado apresurado o radical para liberarse de estos defectos podría conducir a un colapso de todo el edificio; dejarlos sin modificación prolonga la enfermedad, la carencia de armonía y de buen funcionamiento, siembra el descrédito y una impresión de acción limitada y vana, causa todo ello del difundido sentimiento de futilidad y de la duda con la que el mundo en su conjunto ha empezado a contemplar esta institución importante y necesaria, fundada con tan altas esperanzas y sin la cual las condiciones del mundo serían infinitamente peores y más peligrosas, quizás incluso irremediables. Un tercer intento, la substitución de este organismo por un cuerpo de constitución diversa, sólo sería posible si esta institución se colapsase como consecuencia de una nueva catástrofe: si se hace realidad la amenaza de ciertos presagios dudosos, podría emerger un nuevo cuerpo y quizás, entonces, lograse un mayor éxito debido a una determinación más firme y más general de no permitir que semejante calamidad se produjese otra vez. Pero esto ocurriría después de un tercer cataclismo, que podría sacudir la estructura internacional, ya precaria y débil después de dos trastornos, hasta sus mismos cimientos. Sin embargo, aun en tales circunstancias, es probable que la intención que preside la obra de la Naturaleza venza los obstáculos que ella misma haya hecho surgir y que éstos sean eliminados de una vez por todas. Pero para esto será necesario construir, al menos como último recurso, un Estado Mundial verdadero, sin exclusiones y fundado sobre un principio de igualdad exento de consideraciones de tamaño y potencia. Éstas podrán ejercer la influencia que les es natural en una armonía bien estructurada de los pueblos del mundo, una armonía salvaguardada por la ley de un nuevo orden internacional. Una justicia segura, una igualdad fundamental y una conveniente adaptación de derechos e intereses debe ser la ley de este Estado Mundial y la base de todo su edificio.

En esta segunda etapa del progreso hacia la unidad, el verdadero peligro no reside en ningún defecto, por más serio que éste pueda ser, en la estructura de la Asamblea de las

Naciones Unidas, sino en la división de los pueblos en dos bloques que tienden a ser oponentes naturales, que pueden convertirse en cualquier momento en enemigos irreconciliables y declarar su coexistencia incompatible. Y esto se debe a que el llamado Comunismo de la Rusia Bolchevique nació como resultado no ya de una rápida evolución, sino de una revolución sin precedentes, feroz, prolongada y sanguinaria en extremo, que creó un sistema Estatal autocrático e intolerante fundado en la lucha de clases -una lucha en la que todas las clases, a excepción del proletariado, fueron destruidas, “liquidadas”-, fundado en una “dictadura del proletariado” o, mejor, de un restringido pero todopoderoso partido que lo representa, un Estado Policial; fundado, por último, en una lucha mortal con el mundo exterior. Y la ferocidad de esta contienda generó en las mentes de los organizadores del nuevo Estado la idea fija de la necesidad no sólo de supervivencia, sino de lucha continua y de la extensión de su dominio hasta que el nuevo orden hubiese destruido al viejo o lo hubiese expulsado, si no de la totalidad de la tierra, sí de la mayor parte de ella; generó, asimismo, la necesidad de imponer un nuevo evangelio político o social o, en todo caso, de lograr su aceptación general por todos los pueblos del mundo. Pero este estado de cosas puede cambiar, puede perder su acrimonia y su importancia, como ya ha ocurrido en cierta medida con el retorno de la seguridad y la cesación de la ferocidad primera, la amargura y la exasperación del conflicto. Los elementos más intolerantes y opresivos del nuevo orden podrían moderarse y el sentimiento de incompatibilidad o de imposibilidad de vivir juntos o lado a lado desaparecería entonces, mientras se hacía posible un *modus vivendi* más estable. Si buena parte de la fricción, del sentimiento de la inevitabilidad de la lucha, de la dificultad de tolerancia mutua y adaptación económica existe todavía, ello se debe sobre todo a que la idea de servirse de la lucha ideológica como medio de dominación mundial subsiste y mantiene a las naciones en un estado de aprensión mutua y de preparativos para la defensa armada y el ataque, y no tanto a la imposibilidad de coexistencia de las dos ideologías. Si se elimina este elemento, no tiene por qué ser imposible un mundo en el que estas dos ideologías puedan vivir juntas, llegar a un intercambio económico y aproximarse cada vez más. Al fin y al cabo, el mundo se encamina hacia una extensión cada vez mayor del principio de control por parte del Estado sobre la vida de la comunidad; y un grupo de Estados socialistas por un lado, y, por el otro, de Estados que coordinen y controlen un capitalismo atenuado, bien podrían llegar a coexistir y a desarrollar entre ellos relaciones amistosas. Incluso podría llegar a crearse un Estado Mundial en el que ambos grupos conservasen sus propias instituciones y se sentasen en una asamblea común: una unión mundial única sobre esta base no sería imposible. Este proceso es, ciertamente, el resultado final que presupone la fundación de la O.N.U., pues la presente organización no puede ser definitiva, es sólo un comienzo imperfecto, útil y necesario como primer núcleo de esa institución más vasta en la que todos los pueblos de la tierra podrán reencontrarse en el seno de una única unidad internacional: la creación de un Estado Mundial es, en un movimiento de este género, el único resultado final lógico e inevitable.

En las condiciones presentes, semejante perspectiva de futuro puede ser considerada una forma de optimismo demasiado fácil, pero este giro de las cosas es tan posible como el giro más desastroso esperado por los pesimistas, pues el cataclismo y el colapso de la civilización predicho a veces por ellos no tiene por qué ser el único resultado de una nueva guerra. La humanidad tiene el hábito de sobrevivir a pesar de las peores catástrofes creadas por sus propios errores o por los impactos violentos de la Naturaleza, y así debe ser si su existencia tiene algún significado, si su larga historia y su

continua supervivencia no son el accidente fortuito de un Azar, como lo querría la concepción puramente materialista de la naturaleza del mundo. Si el hombre está destinado a sobrevivir y llevar adelante la evolución, de la que él es en este momento la cabeza y hasta cierto punto el líder semiconsciente de su marcha, debe superar su caótica vida internacional presente y llegar a un principio de acción unificada y organizada; debe llegar a crear cierto tipo de Estado Mundial, unitario o federal, o una confederación o coalición; ningún expediente inferior o menos concreto le sería útil para este propósito. En tal caso, la tesis general expuesta en este libro quedaría justificada y podríamos predecir con cierta seguridad la línea de progreso principal que el curso de los acontecimientos probablemente seguiría o, cuando menos, la tendencia principal de la historia futura de los pueblos humanos.

El problema que la Naturaleza evolutiva plantea ahora a la humanidad es si su sistema internacional existente -si puede llamársele sistema a esta especie de orden provisional mantenido gracias a constantes cambios evolutivos y revolucionarios- puede ser reemplazado por una organización estable, voluntaria y concertada, un verdadero sistema, en última instancia, una unidad real que sirva a todos los intereses comunes de los pueblos de la tierra. Un torbellino, un caos original cuya confusión de fuerzas creaba, allí donde podía, masas de civilización y orden más grandes o más pequeñas cuya integridad estaba siempre en peligro o que podían ser totalmente destruidas por los ataques del caos exterior fue el primer ensayo de cosmos realizado con éxito por el genio de la humanidad. Esta situación fue finalmente reemplazada por algo semejante a un sistema internacional, con los elementos de lo que podría ser llamado una ley internacional o unos hábitos estables de intercomunicación e intercambio, que permitió a las naciones vivir juntas a pesar de los conflictos y antagonismos; constituyó un cierto estado de seguridad que se alternaba con la precariedad y el peligro, y toleraba ejemplos demasiado viles, aunque locales, de opresión, matanza, rebelión y desorden, sin hablar de las guerras que en ocasiones devastaron vastas zonas del globo. La deidad interior que preside el destino de la raza ha hecho surgir en la mente y el corazón del hombre la idea y la esperanza de un orden nuevo, un orden que reemplazará al sistema viejo e insatisfactorio por condiciones, en la vida del mundo, que acabarán por tener una posibilidad razonable de establecer una paz y bienestar permanentes. Esto, por primera vez, garantizaría la consecución del ideal de unidad humana que, anhelado por una minoría, pareció durante tanto tiempo una noble quimera. Podría crearse entonces una firme base de paz y armonía, dejando campo libre para la realización del más alto sueño humano: la perfección de la raza, una sociedad perfecta, una evolución en ascenso constante del alma y de la naturaleza humanas. Les corresponde a los hombres de nuestros días, y sobre todo a los de mañana, dar la respuesta. Porque una demora demasiado larga o un fracaso demasiado continuo abriría el camino a una serie de catástrofes cada vez mayores que podrían provocar una confusión y un caos prolongados, desastrosos, y convertir la solución en algo difícil o imposible. Este proceso podría desembocar, incluso, en algo semejante a un colapso irremediable no sólo de la presente civilización mundial, sino de toda civilización. Debería entonces tener lugar un nuevo, difícil e incierto comienzo en medio del caos y la ruina, acaso después de un exterminio general, y sólo podría predecirse el éxito de esta nueva creación si se hallase el medio de desarrollar una humanidad mejor o, quizás, una raza más grande, una superhumanidad.

El problema central es si la nación, la unidad natural más grande que la humanidad ha sido capaz de crear y preservar para el desarrollo de su vida colectiva, es

también su unidad última y definitiva o si puede crearse un agregado mayor que abarque a muchas, incluso a la mayoría de las naciones y finalmente a todas ellas, en su unidad global. El impulso a construcciones mayores, el ímpetu a la creación de agregados considerables y aun de inmensos agregados supranacionales, no ha faltado; ha sido incluso un rasgo permanente de los instintos vitales de la raza. Pero la forma que asumió fue la del deseo de una nación fuerte de dominar a las demás, de la posesión permanente de sus territorios, del sometimiento de sus pueblos, la explotación de sus recursos: se intentó también una semiasimilación, imponer la cultura de una raza dominante y, en general, una absorción masiva o tan completa como fuese posible. El Imperio Romano fue un ejemplo clásico de este tipo de tentativa y la unidad Grecorromana -un solo modo de vida y cultura en una inmensa estructura de unidad política y administrativa- fue la que más se aproximó, dentro de los límites geográficos alcanzados por esa civilización, a algo que podría considerarse una primera apariencia, una incompleta insinuación de unidad humana. A lo largo de la historia humana se han realizado otros intentos semejantes, aunque no todos a una escala tan grande y con una habilidad tan consumada, pero nada de ello perduró más allá de un reducido número de siglos. El método empleado fue fundamentalmente insano en la medida en que contravenía otros instintos vitales, necesarios para la vitalidad y para la saludable evolución del hombre, y cuya negación conduce al estancamiento, a la detención del progreso. El agregado imperial no pudo lograr la inconquistable vitalidad y el poder de supervivencia de la unidad-nación. Las únicas unidades imperiales perdurables fueron, en realidad, vastas unidades-nación que tomaron ese nombre, como Alemania y China; pero éstas no fueron formas del Estado supranacional y no fue necesario considerarlas en la exposición de la historia de la formación del agregado imperial. Así, aunque la tendencia a la creación del imperio testimonia un impulso en la Naturaleza hacia la creación de unidades mayores de vida humana -y, oculta en ello, podemos ver la voluntad de unir a gran escala masas dispares de la humanidad en una sola unidad de vida coalescente o combinada-, el imperio debe ser contemplado como una formación insatisfactoria y sin secuelas, inútil para todo progreso futuro en esta dirección. De hecho, un nuevo intento de dominación mundial sólo conseguiría, gracias a nuevos medios o en nuevas circunstancias, englobar a todas las naciones de la tierra persuadiéndolas o forzándolas a cierto tipo de unión. Una ideología, una triunfal alianza de pueblos unidos por un solo propósito y con una cabeza poderosa, como la Rusia Comunista, podría obtener un éxito temporal en la persecución de este objetivo. Pero el resultado, no demasiado deseable por sí mismo, no podría garantizar la creación de un Estado Mundial perdurable. Habría tendencias, resistencias, impulsos hacia metas distintas, que antes o después producirían su colapso o algún cambio revolucionario que significase su desaparición. Finalmente, una etapa semejante debería ser superada: sólo la formación de un verdadero Estado Mundial, ya fuese de un tipo unitario, aunque laxo -porque un Estado rígidamente unitario provocaría el estancamiento y la decadencia de las fuentes de la vida-, ya se tratase de una unión de pueblos libres, podría despejar el horizonte y ofrecer la esperanza de un orden mundial sano y perdurable.

No es necesario repetir o revisar, salvo en ciertos puntos, las consideraciones y conclusiones expuestas en este libro con respecto a los medios y métodos, o a las líneas de desarrollo divergente o sucesivo, que puede seguir la realización práctica de la unidad humana. Sin embargo, en algunos lugares han surgido posibilidades que exigen ciertas modificaciones de lo que se ha escrito o de las conclusiones a las que se ha llegado en estos capítulos. Se ha concluido, por ejemplo, que no era probable la conquista y

unificación del mundo por un solo pueblo o imperio dominante. Esto no resulta ya tan absolutamente seguro, pues acabamos de vernos obligados a admitir tal eventualidad en ciertas circunstancias. Una Potencia dominante podría agrupar en torno a sí fuertes aliados que, aun estándole subordinados, gozasen de poder y de recursos considerables y estuviesen dispuestos a invertirlos en un conflicto mundial contra otras Potencias y pueblos. Esta posibilidad sería aun más aguda si la Potencia dominante lograra procurarse, aunque fuese sólo temporalmente, el monopolio de una superioridad abrumadora en el uso de alguno de los tremendos medios de acción militar agresiva que la Ciencia se ha propuesto descubrir y utilizar en la práctica. El terror de la destrucción, e incluso del exterminio a gran escala, creado por estos ominosos descubrimientos puede provocar en los gobiernos y en los pueblos la voluntad de prohibir e impedir el uso militar de estos inventos pero, mientras no cambie la naturaleza de la humanidad, esta prohibición será incierta y precaria: una ambición sin escrúpulos podría hallar en ella una oportunidad para el disimulo y la sorpresa y, aprovechándose de un momento decisivo que creyese propicio para su victoria, asumir el riesgo de poner en práctica su tremendo proyecto. Puede argüirse que la historia de la última guerra contradice esta posibilidad porque, en condiciones que se aproximaban a esta combinación de circunstancias aunque sin reunir las totalmente, el intento de las Potencias agresivas fracasó y éstas sufrieron las desastrosas consecuencias de una importante derrota. Durante un tiempo, sin embargo, se hallaron al borde del éxito; el mundo podría carecer de una suerte tan buena ante una nueva aventura de este tipo, organizada y dirigida con mayor sagacidad. En cualquier caso, aquellos que tienen el poder de prevenir el peligro y la responsabilidad del bienestar de la raza deben tener en cuenta esta posibilidad y tomar las precauciones adecuadas.

Una de las posibilidades sugeridas en el momento de la composición de este libro fue la formación de bloques continentales: una Europa unida, una especie de consorcio de los pueblos del continente Americano bajo el liderazgo de los Estados Unidos e incluso, posiblemente, con el resurgir de Asia y su avance hacia la independencia respecto de los pueblos Europeos, un acercamiento mutuo de las naciones de este continente para la creación de una alianza defensiva. Indicamos, además, que esta eventualidad de vastas combinaciones continentales podría ser, incluso, una etapa en la formación última de una unión mundial. Esta posibilidad ha tendido a tomar cuerpo, hasta cierto punto, con una celeridad que entonces no podía preverse. En los dos continentes Americanos ha tomado efectivamente una forma predominante y práctica, aunque no total. La idea de unos Estados Unidos de Europa ha tomado cuerpo también y está adquiriendo una existencia formal, aunque todavía no es capaz de desarrollar plenamente sus posibilidades a causa del antagonismo ideológico que separa, con telón de acero, a Rusia y a sus satélites de la Europa Occidental. Esta separación es tan profunda que resulta difícil vislumbrar su fin en un periodo cercano o en un futuro predecible. En otras circunstancias, la tendencia a este tipo de combinaciones podría haber generado el temor a enormes conflictos continentales como la colisión, imaginada tiempo atrás, entre un Asia resucitada y Occidente. La aceptación por parte de Europa y América del resurgimiento de Asia y la liberación definitiva y completa de los pueblos Orientales así como la caída del Japón -que tiempo atrás figuró, y de hecho se presentó a sí mismo ante el mundo, como libertador y como líder de un Asia libre contra el dominio de Occidente- han eliminado esta peligrosa posibilidad. Aquí también, como en todos los terrenos, el peligro real se presenta como un choque entre dos ideologías opuestas: Rusia y la China Roja, por un lado, tratando de imponer el extremismo Comunista -en parte por medios militares y en parte por medios políticos violentos- a una Asia y una Europa recalcitrantes o por lo menos no enteramente

tolerantes aunque contaminadas y, por el otro lado, una alianza de pueblos en parte capitalistas, en parte moderadamente socialistas, que todavía se adhieren con cierto apego a la idea de libertad -a la libertad de pensamiento y a un residuo de libre vida individual-. En América parece existir la tendencia, especialmente en los pueblos Latinos, a una Americanización intolerante y completa de todo el territorio continental y de sus islas adyacentes, una especie de doctrina Monroe ampliada, que podría dar lugar a fricciones con las Potencias Europeas que todavía conservan posesiones en la parte norte del continente. Pero esto sólo generaría dificultades y desacuerdos menores, no la posibilidad de una colisión seria: un caso, quizás, para el arbitraje o el compromiso a través de la O.N.U., pero sin mayores consecuencias. En Asia, con la emergencia de la China Comunista, se ha producido una situación más peligrosa, que obstaculiza decididamente el camino hacia cualquier posibilidad de unión continental entre los pueblos de esta parte del mundo. Se ha creado ahí un bloque gigante que podría englobar fácilmente toda el Asia Septentrional en una alianza entre dos enormes Potencias Comunistas, Rusia y China, y extender su amenaza de absorción sobre el Asia Sudoccidental y el Tíbet. Esta alianza podría verse empujada a expandirse hasta las fronteras de la India amenazando la seguridad de este país y la del Asia Occidental con una eventual invasión y sometimiento -por infiltración o incluso por medio de una abrumadora fuerza militar- a una ideología no deseada, a instituciones políticas y sociales no deseadas y al dominio de esa masa comunista militante cuya presión podría probarse fácilmente irresistible. En cualquier caso, el continente quedaría dividido en dos grandes bloques que podrían entrar en mutua oposición activa, y la posibilidad de un conflicto mundial formidable emergería haciendo aparecer toda otra experiencia anterior de este género como algo insignificante: la posibilidad de una unión mundial, incluso sin ningún estallido real de hostilidades, se vería indefinidamente pospuesta a causa de una incompatibilidad de intereses e ideologías tan enorme que haría difícilmente factible la inclusión de ambos bloques en un solo cuerpo. La posibilidad de formación de tres o cuatro uniones continentales, que podrían coalescer posteriormente en una sola unidad, sería entonces muy remota y, excepto tras una conmoción tremenda, apenas viable.

Hubo un tiempo en que pudo contemplarse, en cuanto que posibilidad última, la extensión del Socialismo a todas las naciones. De este modo, hubiera podido crearse una unidad internacional por las tendencias innatas del socialismo, que se habrían orientado de modo natural a la superación de la fuerza divisora de la idea-nación y su separatismo, su inclinación a la competencia y a la rivalidad, que a menudo desembocan en lucha abierta. Éste podría haber parecido el camino natural a la unión del mundo y haberse convertido, de hecho, en su vía definitiva. Pero, en primer lugar, el Socialismo, bajo ciertas presiones, ha demostrado no ser en absoluto inmune al espíritu nacional divisor; su tendencia internacionalista podría no sobrevivir a su acceso al poder en Estados nacionales separados y a la consecuente herencia de intereses y necesidades nacionales competitivos: el viejo espíritu bien podría sobrevivir en los nuevos cuerpos socialistas. Pero, por otra parte, quizás no sea inevitable -o no lo sea durante un largo tiempo- que la marea en ascenso del Socialismo se extienda a todos los pueblos de la tierra: pueden surgir otras fuerzas que pongan en peligro lo que por un tiempo pareció, y quizás aún parece, el resultado más probable de las tendencias universales en juego. El conflicto entre el Comunismo y la idea socialista menos extrema que todavía respeta el principio de libertad -aunque una libertad restringida- y la libertad de consciencia, de pensamiento, de personalidad individual, crearía, si esta diferencia se perpetuase, una seria dificultad a la formación del Estado Mundial. No sería fácil diseñar una constitución, una ley de Estado

y una praxis armonizadas que hiciesen posible o concebible una módica cantidad de libertad individual genuina, o que el individuo pudiese existir como algo distinto de una célula sometida a la acción del automatismo rígidamente predeterminado del cuerpo del Estado colectivista, o como parte de una máquina. No es que el principio del Comunismo implique necesariamente una consecuencia semejante ni que su sistema deba guiar a una civilización de termitas o a la supresión del individuo; bien podría, por el contrario, ser un medio de realización para el individuo y al mismo tiempo para la perfecta armonía del ser colectivo. Los sistemas conocidos por este nombre desarrollados hasta ahora no son verdaderamente Comunistas, sino las interpretaciones de un Socialismo de Estado desorbitadamente rígido. Pero el Socialismo en sí mismo bien podría seguir una línea de desarrollo que lo alejase de la huella Marxista dando lugar a modalidades menos férreas. Podría llegar a existir, por ejemplo, un Socialismo cooperativo sin el rigor burocrático de una administración coercitiva, de un Estado Policial; pero en las circunstancias presentes, la generalización del Socialismo en el mundo entero no es fácilmente previsible, ni siquiera supone una posibilidad predominante: a pesar de ciertas posibilidades o tendencias creadas por recientes acontecimientos en Extremo Oriente, el resultado más probable parece ser hoy por hoy una división de la tierra en dos sistemas, el capitalista y el socialista. En América, sigue siendo absoluto el apego al individualismo y al sistema capitalista de la sociedad así como un fuerte antagonismo no sólo hacia el Comunismo, sino incluso hacia un Socialismo moderado, y pueden preverse pocas posibilidades de que su intensidad disminuya. El éxito completo del Comunismo, su total infiltración en los continentes del Viejo Mundo, que debimos considerar como una posibilidad futura, es todavía muy improbable, si tenemos en cuenta las circunstancias existentes y el equilibrio de las Potencias opuestas; y, aun si se produjera, sería necesario un compromiso, a menos que una de las dos fuerzas lograra una victoria abrumadora sobre su oponente. El éxito de un compromiso semejante exigiría la creación de un cuerpo en el que pudiesen resolverse todas las cuestiones de posible disputa en cuanto surgieran sin dar lugar al estallido de conflicto abierto: éste sería un sucesor de la Sociedad de Naciones y de la O.N.U., y seguiría la misma dirección. Así como Rusia y América, a pesar de su constante oposición política e ideológica, han evitado hasta ahora cualquier paso que hiciera demasiado difícil o imposible la continuidad de la O.N.U., este tercer cuerpo sería preservado por la misma necesidad o por la imperativa utilidad de que su existencia no cesase. Las mismas fuerzas operarían en la misma dirección y la creación real de una unión mundial todavía sería posible. Finalmente, puede confiarse en que el cúmulo de necesidades generales de la raza y su necesidad de autopreservación hiciesen esta unión inevitable.

Así pues, no hay nada que deba desanimarnos o debilitar nuestra esperanza en el éxito final de esta gran empresa, en el curso de los acontecimientos que siguió a la fundación de la Organización de Naciones Unidas ni en las secuelas del importante prelude de San Francisco, donde se dio el primer paso decisivo para la creación de un organismo mundial que pudiese desembocar en el establecimiento de una unión mundial verdadera. Existen peligros y dificultades, puede haber temor de conflictos, incluso de conflictos colosales que podrían poner en peligro el porvenir, pero no hay motivos para imaginar un fracaso total a menos que estemos dispuestos a predecir el fracaso de la raza. La tesis que nos hemos propuesto establecer, es decir, la tendencia de la Naturaleza a crear aglomeraciones cada vez mayores y, finalmente, a la concepción de la más grande de todas ellas, la unión última de los pueblos del mundo, permanece todavía inalterada: ésta es evidentemente la línea que exige el futuro de la raza humana y que los conflictos y perturbaciones, por enormes que sean, podrán demorar así como podrán modificar en

gran medida las formas que ahora promete asumir, pero no lograrán frustrar. Porque el único destino alternativo para el hombre sería una destrucción general. Pero semejante destrucción, a pesar de las posibilidades catastróficas que vienen a neutralizar los resultados indudablemente beneficiosos y de un alcance casi ilimitado de los recientes descubrimientos e invenciones de la Ciencia, parece tan quimérica como la esperanza de una conquista inmediata de la paz y la felicidad definitivas o de una sociedad perfecta de los pueblos humanos. Así, si no en otra cosa, podemos confiar en el impulso evolutivo y, si no en otro Poder oculto y mayor, en la acción manifiesta de esa Energía Cósmica que llamamos Naturaleza, en su tendencia o propósito, para que conduzca a la humanidad, por lo menos, hasta el próximo paso necesario, un paso de autopreservación: porque la necesidad existe y ha logrado, al menos, cierto reconocimiento general así como la idea del objetivo al que debe acabar por conducir, y el cuerpo que habrá de encarnar esta idea exige ya ser creado. En este libro hemos indicado las condiciones, las posibilidades, las formas que esta nueva creación puede tomar y aquellas que parecen ser las más deseables, sin dogmatizar ni dar preeminencia a la opinión personal: una consideración imparcial de las fuerzas en acción y de los resultados que probablemente seguirán era el propósito de este estudio. El resto dependerá de la capacidad intelectual y moral de la humanidad para llevar adelante lo que es ahora, sin lugar a dudas, lo único necesario.

Concluimos, pues, que en las condiciones actuales del mundo, aun tomando en consideración sus aspectos más negativos y sus posibilidades más peligrosas, no existe nada que exija alterar la perspectiva asumida respecto a la necesidad e inevitabilidad de cierto tipo de unión mundial: la tendencia de la Naturaleza, la dirección impuesta por las circunstancias y la necesidad presente y futura de la humanidad la hacen inevitable. Las conclusiones generales a las que hemos llegado se mantienen, tal como la consideración de las modalidades y de las posibles formas o líneas de desarrollo alternativo o sucesivo que aquélla pudiera tomar. El resultado último debe ser la formación de un Estado Mundial y la forma más deseable del mismo sería una federación de nacionalidades libres en la que todo sometimiento, toda desigualdad y subordinación forzosas de una nación a otra habría desaparecido y, aunque algunas podrían preservar una influencia natural mayor, todas gozarían de un *status* idéntico. Una confederación proporcionaría la máxima libertad a las naciones que constituyesen el Estado Mundial, pero dejaría un amplio campo libre a la acción de tendencias desintegradoras o centrífugas. Un orden federal sería, así pues, el más deseable. El resto sería determinado por el curso de los acontecimientos y por el acuerdo general, o por la forma que le diesen las ideas y necesidades surgidas en el futuro. Una unión mundial de este tipo tendría las máximas posibilidades de una larga supervivencia o de una existencia permanente. Éste es un mundo mutable y las incertidumbres y peligros podrían acosarla o perturbarla por un tiempo; la estructura constituida podría verse sometida a tendencias revolucionarias mientras nuevas ideas y fuerzas surgiesen y produjesen su efecto en la mentalidad general de la humanidad, pero el paso esencial habría sido dado y el futuro de la raza garantizado o, al menos, habría sido superada esta era actual en la que el hombre se ve amenazado y perturbado por necesidades y dificultades irresueltas, por condiciones precarias e por trastornos inmensos, por vastos y sanguinarios conflictos mundiales y por la amenaza de otros posibles. El ideal de la unidad humana no sería ya más un ideal insatisfecho, sino un hecho consumado, y su preservación quedaría en manos de los pueblos unidos de la humanidad. Su destino futuro reposaría en el regazo de los dioses y, si los dioses ven alguna utilidad en la continuidad de la raza, podría reposar en él seguro para siempre.